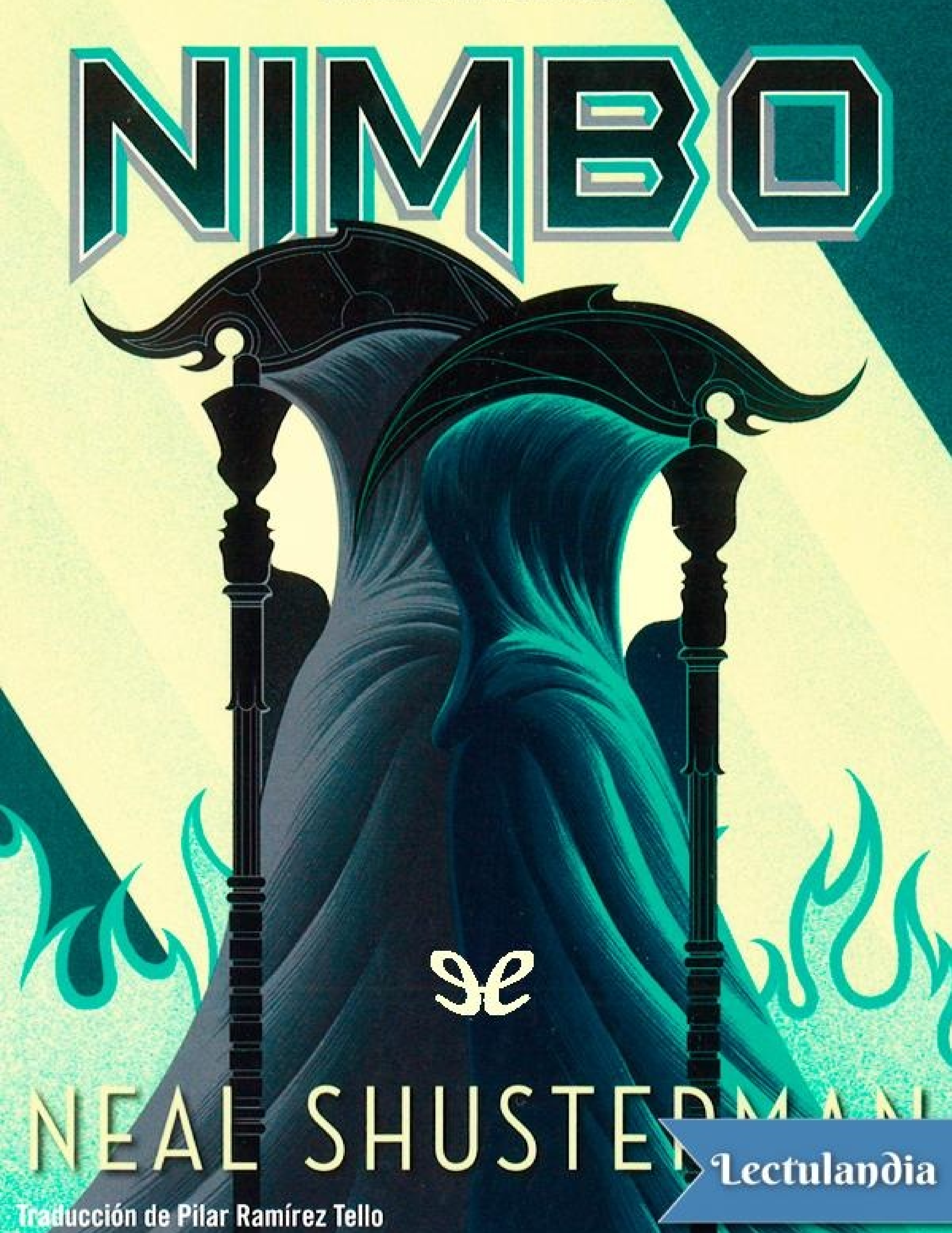
CONTINUACIÓN DE *SIEGA*



Traducción de Pilar Ramírez Tello

No han pasado más que un año desde que los caminos de Citra y Rowan se separaron, pero en este tiempo los rumores sobre un justiciero que persigue a los segadores corruptos se ha disparado. Por todo el continente se oyen susurros de que los culpables acaban siempre devorados por las llamas.

La segadora Anastasia criba con compasión y desafía abiertamente las ideas del nuevo orden. Sin embargo, cuando su vida se ve amenazada y sus métodos se cuestionan, queda claro que no todos los miembros de la Guadaña desean el cambio y que la podredumbre crece hasta en los cimientos más sólidos.

La muerte debe existir para que la vida tenga sentido. Pero ¿cuál es el precio que cada segador está dispuesto a pagar?

Lectulandia

Neal Shusterman

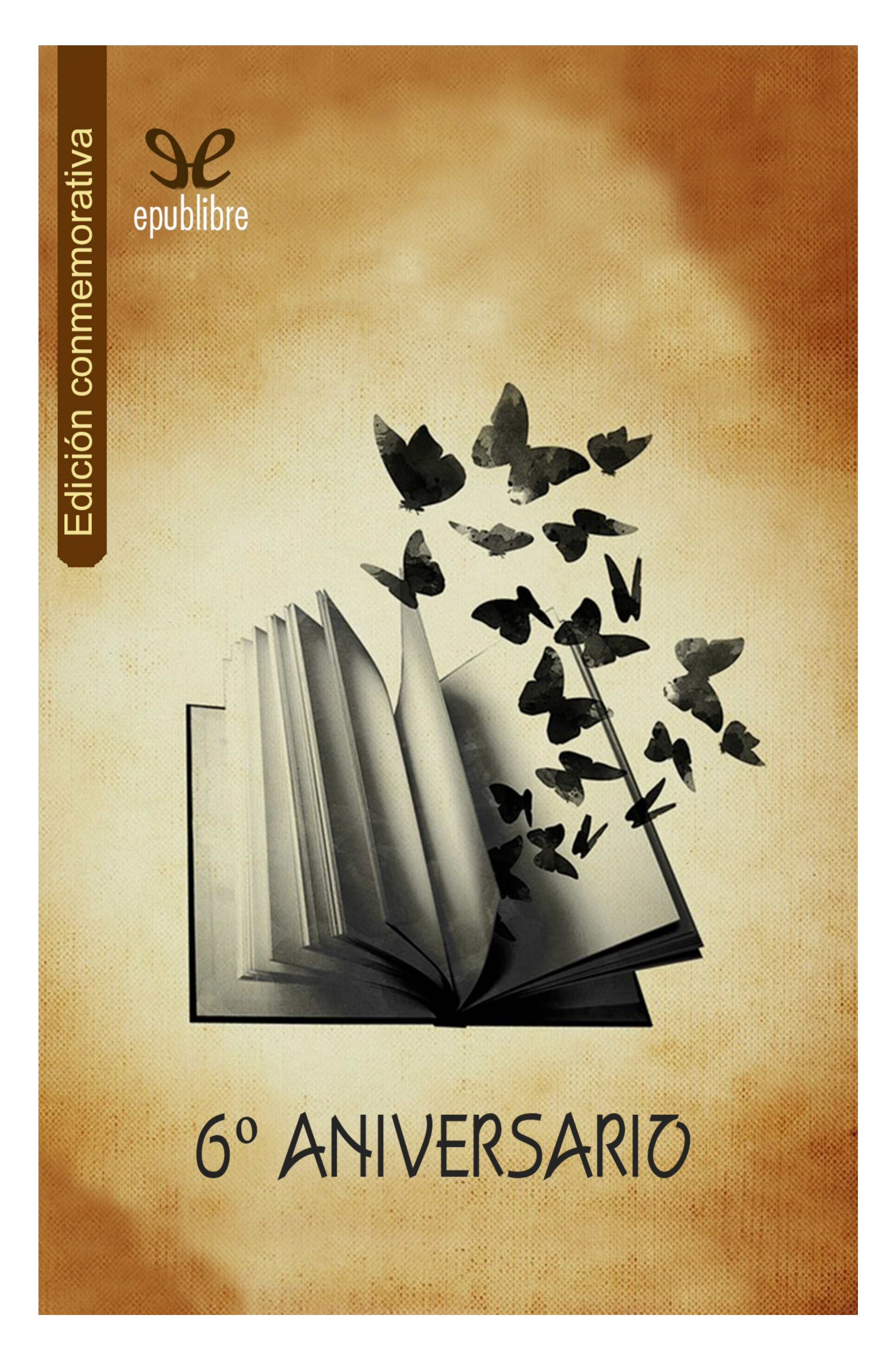
Nimbo

El arco de la Guadaña - 02

ePub r1.0
Titivillus 31.03.2019

Título original: *Thunderhead*
Neal Shusterman, 2018
Traducción: Pilar Ramírez Tello

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Edición conmemorativa
epublibre
6º ANIVERSARIO


NIMBO

Para January,
con amor.

1

Nana

Terciopelo de color melocotón con un ribete bordado en celeste. Al honorable segador Brahms le encantaba su túnica. Cierto, el calor del terciopelo le resultaba incómodo en los meses de verano, pero era algo a lo que se había acostumbrado en sus sesenta y tres años como segador.

Había reiniciado de nuevo el marcador recientemente, así que disfrutaba de una ágil edad física de veinticinco años. Y ahora, en su tercera juventud, había descubierto que el apetito por la criba era más fuerte que nunca.

Su rutina era siempre la misma, aunque los métodos variaban. Elegía a su sujeto, lo o la ataba y después le tocaba una nana (la de Brahms, para ser exactos), la obra más famosa de todas las de su histórico patrono. Al fin y al cabo, si un segador debe elegir una figura de la historia para tomar su nombre, ¿no debería integrar de algún modo a esa figura en su vida? Tocaba la nana en el instrumento que le resultaba más conveniente y, si no había ninguno disponible, la tarareaba sin más. Y después acababa con la vida de su sujeto.

En cuestiones políticas tendía más hacia las enseñanzas del difunto segador Goddard, ya que disfrutaba en grado sumo de la criba y no veía ningún motivo para que alguien considerara que eso era un problema. «En un mundo perfecto, ¿acaso no deberíamos disfrutar todos de nuestro trabajo?», había escrito Goddard. Era un sentimiento que cada día ganaba más partidarios en las distintas Guadañas regionales.

Aquella noche, el segador Brahms acababa de concluir una criba especialmente satisfactoria en el centro de Omaha, y todavía silbaba su distintiva melodía mientras paseaba por la calle y se preguntaba dónde encontrar una cena de última hora. Sin embargo, se paró a medio paso porque tenía la clara sensación de que lo observaban.

Sabía que había cámaras en todas las farolas de la ciudad, por supuesto. El Nimbo siempre vigilaba… Pero los segadores no prestaban atención a esos ojos insomnes e imperturbables. El Nimbo tenía prohibido comentar las idas y venidas de los segadores, y mucho más prohibido actuar al respecto. En cuanto a la muerte, se trataba del mirón definitivo.

No obstante, la sensación era algo más que la natural derivada de la presencia del Nimbo. Los segadores estaban entrenados para aguzar sus percepciones. No eran clarividentes, aunque cinco sentidos muy desarrollados a menudo ofrecían el aspecto de un sexto. Un aroma, un sonido, una sombra errante tan nimia que no se registraba de forma consciente quizá bastara para erizarle el vello de la nuca a un segador bien formado.

Brahms se volvió, olisqueó y escuchó. Examinó lo que lo rodeaba. Estaba solo en un callejón. En cualquier otra parte oiría el ruido de las terrazas y la vida nocturna, siempre animada, de la ciudad, pero donde se encontraba no había nada más que tiendas cerradas a aquellas horas. Tintorerías y sastres. Una ferretería y una guardería. El solitario callejón les pertenecía a él y a su invisible entrometido.

—Sal —dijo—. Sé que estás ahí.

Supuso que se trataría de un niño o, quizá, de un indeseable que esperaba negociar su inmunidad; como si un indeseable tuviera algo con lo que negociar. Tal vez fuera un tonista. Los cultos del tono despreciaban a los segadores, y aunque Brahms nunca había oído que un tonista atacara de verdad a un colega, sí que habían provocado algunas molestias.

—No te haré daño —insistió—. Acabo de terminar una criba… Hoy no deseo engordar más mi lista.

Aunque lo cierto era que quizá cambiara de idea si el intruso era demasiado ofensivo o servil.

En cualquier caso, nadie dio un paso adelante.

—De acuerdo, pues márchate, que no tengo tiempo ni paciencia para jugar al escondite.

Al fin y al cabo, podía ser cosa de su imaginación. Quizá sus sentidos rejuvenecidos fueran ahora tan agudos que respondían a estímulos mucho más lejanos de lo que él suponía.

Fue entonces cuando una figura salió disparada de detrás de un coche, como si tuviera un muelle. Brahms perdió el equilibrio; habría acabado en el suelo de haber tenido los reflejos de un hombre mayor en lugar de los de su versión de veinticinco años. Empujó al atacante contra una pared y consideró la posibilidad de sacar sus hojas para cribar a aquel depravado, pero el segador Brahms nunca había sido un hombre valiente. Así que huyó.

Entraba y salía de los charcos de luz creados por las farolas; mientras tanto, las cámaras de todas ellas se giraban para mirarlo.

Cuando volvió la vista atrás, la figura estaba a unos veinte metros de distancia. Iba vestida con una túnica negra. ¿Era una túnica de segador? No,

no podía ser: ningún segador se vestía de negro… No estaba permitido.

Aun así, corrían rumores…

La idea lo impulsó a acelerar. Sentía el cosquilleo de la adrenalina en los dedos, insuflándole velocidad y urgencia al corazón.

Un segador de negro.

No, tenía que existir otra explicación. Informaría de aquello al Comité de Irregularidades, eso es lo que haría. Sí, puede que se rieran de él y le dijeran que se había asustado de un indeseable disfrazado, pero había que informar de esa clase de sucesos, por muy embarazoso que resultara. Era su deber cívico.

Una manzana más allá, su atacante se había rendido; no lo veía por ninguna parte. El segador Brahms frenó un poco. Se acercaba a una zona más activa de la ciudad, de modo que el ritmo de la música y el embrollo de las conversaciones bajaban por la calle hacia él y le ofrecían una sensación de seguridad. Bajó la guardia. Craso error.

La figura oscura salió de un callejón estrecho, se abalanzó sobre él por el costado y le dio un puñetazo en la tráquea. Mientras Brahms intentaba recuperar el aliento, su agresor lo derribó con una patada de bokator, el brutal arte marcial que aprendían los segadores. Se le doblaron las piernas y aterrizó en una caja de coles podridas que habían dejado junto al lateral de un mercado. La caja estalló y escupió un denso hedor a metano. Brahms tenía el aliento entrecortado y notó que el calor se le extendía por el cuerpo: eran los nanobots analgésicos, que liberaban sus opiáceos.

«¡No! ¡Todavía no! No me lo puedo permitir. Necesito de todas mis facultades para luchar contra este facineroso».

Pero los nanobots no eran más que simples misionarios del alivio que sólo atendían al grito de las airadas terminaciones nerviosas. Hicieron caso omiso de sus deseos y calmaron su dolor.

Brahms intentó levantarse, pero resbaló en la verdura podrida al aplastarla con su peso y convertirla en un desagradable estofado escurridizo. Ahora tenía encima a la figura de negro, que lo sujetaba contra el suelo. El segador intentó en vano meter las manos en la túnica para sacar sus armas. Así que levantó los brazos, echó hacia atrás la capucha negra de su asaltante y descubrió que era un joven, apenas un hombre; un crío. La intensidad de su mirada dejaba claro que estaba decidido a, en términos de la Era de la Mortalidad, asesinarlo.

—Segador Johannes Brahms, se le acusa de abusar de su puesto y de múltiples crímenes contra la humanidad.

—¡Cómo te atreves! ¿Quién eres tú para acusarme?

El segador forcejeó para intentar recuperar la fuerza, aunque sin éxito. Los analgésicos que le recorrían el cuerpo ralentizaban sus reflejos. Los músculos se le habían quedado débiles e inútiles.

—Creo que sabe quién soy —repuso el joven—. Dígalo en voz alta.

—¡No lo haré! —respondió Brahms, decidido a no concederle semejante satisfacción.

Sin embargo, el chico de negro le propinó tal rodillazo en el pecho que temió que se le parara el corazón. Más nanobots analgésicos. Más opiáceos. La cabeza le daba vueltas. No tenía más remedio que ceder.

—Lucifer —dijo entre jadeos—. El segador Lucifer.

Brahms sintió que se desmoronaba; como si decirlo en voz alta diera cuerpo al rumor.

Satisfecho, el autoproclamado segador relajó la presión.

—No eres un segador —se atrevió a espetarle Brahms—. No eres más que un aprendiz fracasado, y no te librarás de esta.

El joven no tenía respuesta, sino que se limitó a afirmar:

—Esta noche has cribado a una joven con un cuchillo.

—¡Eso es asunto mío, no tuyo!

—La has cribado como favor a un amigo que quería librarse de ella.

—¡Esto es intolerable! ¡No tienes pruebas de eso!

—Te he estado observando, Johannes. Y también a tu amigo, que parecía muy aliviado cuando se enteró de la criba.

De repente, un cuchillo apareció contra el cuello del segador. Su propio cuchillo. Aquel crío infernal lo amenazaba con su propio cuchillo.

—¿Lo reconoces? —le preguntó a Brahms.

Todo lo que había dicho el joven era cierto, pero el segador prefería acabar morturiento antes que reconocerlo ante alguien de aquella calaña. Aunque le pusiera un cuchillo al cuello.

—Venga, córtame el cuello —lo retó Brahms—. No servirá más que para sumar otro delito inexcusable a tu lista. Y cuando me revivan declararé como testigo contra ti… Y no lo dudes, ¡se hará justicia!

—¿Quién hará justicia? ¿El Nimbo? He acabado con segadores corruptos de una costa a la otra a lo largo del último año y el Nimbo no ha enviado ni a un solo agente del orden a detenerme. ¿Por qué crees que será?

El segador se quedó mudo. Había dado por sentado que, si ganaba el tiempo suficiente y mantenía al supuesto segador Lucifer ocupado, el Nimbo enviaría a un pelotón completo para capturarlo. Es lo que ocurría cuando los ciudadanos corrientes amenazaban con actos de violencia. De hecho, le

sorprendía que el joven hubiera llegado tan lejos. Aquella clase de comportamiento entre la población se suponía cosa del pasado. ¿Por qué lo permitía?

—Si te quito la vida ahora —siguió el falso segador—, no te devolverían a la vida. Siempre quemo a los que aparto del servicio para que no quede de ellos más que cenizas imposibles de revivir.

—¡No te creo! ¡No te atreverías!

No obstante, sí que se lo creía. Desde enero, casi una docena de segadores de las regiones mericanas habían sido pasto de las llamas en circunstancias sospechosas. Sus muertes se habían declarado accidentales, pero estaba claro que no lo eran. Y, como los habían quemado, su fallecimiento era permanente.

Ahora Brahms sabía que las historias sobre el segador Lucifer que se cuchicheaban por ahí (los atroces actos de Rowan Damisch, el aprendiz caído en desgracia) eran ciertas. Cerró los ojos y tomó aire por última vez, procurando no vomitar con el hedor rancio de la col podrida.

Entonces, Rowan dijo:

—No vas a morir hoy, segador Brahms. Ni siquiera de forma temporal. —Le quitó el cuchillo del cuello—. Te voy a dar otra oportunidad. Si actúas con la nobleza que corresponde a los segadores y cribas con honor, no volverás a verme. Por el contrario, si continúas sirviendo a tus propios apetitos corruptos, acabarás convertido en cenizas.

Dicho lo cual, se fue, casi como si se evaporase en el aire, y en su lugar apareció una joven pareja que miraba a Brahms, horrorizada.

—¿Es un segador?

—Deprisa, ¡ayúdame a levantarlo!

Sacaron a Brahms de la basura. Su túnica de terciopelo de color melocotón estaba manchada de verde y marrón, como cubierta de mocos. Qué humillación. Consideró la posibilidad de cribar a la pareja (porque nadie debía seguir vivo después de ver a un segador en semejante tesitura), pero lo que hizo fue ofrecerles la mano para que le besaran el anillo, con lo que les concedía a ambos un año de inmunidad. Les explicó que era una recompensa por su amabilidad, aunque lo cierto era que sólo deseaba que se fueran y le ahorraran las preguntas que pudieran tener.

Cuando se marcharon, se sacudió la porquería de encima y decidió no contar nada sobre el tema al Comité de Irregularidades, puesto que eso lo convertiría en objeto de mofa y escarnio. Ya había sufrido suficientes indignidades.

¡El segador Lucifer, nada menos! Pocas cosas había tan lamentables en el mundo como un aprendiz de segador fracasado, y nunca había existido ninguno tan innoble como Rowan Damisch.

Aun así, sabía que el chico no amenazaba a la ligera.

El segador Brahms decidió que lo mejor era no llamar demasiado la atención durante un tiempo. Regresar a las cribas deslucidas para las que lo habían entrenado en su juventud. Concentrarse en la esencia de lo que hacía que el título de «honorable segador» fuera un rasgo distintivo y no un simple nombre.

Manchado, magullado y amargado, el segador Brahms regresó a su casa para meditar sobre su nuevo lugar en el mundo perfecto en el que vivía.

2

El aprendiz caído

Algo antes de su parlamento con el segador Brahms, Rowan se colocó frente al espejo del baño de su piso, en un edificio corriente de una calle corriente, para jugar a lo que jugaba siempre antes de acudir al encuentro de un segador corrupto. Era un ritual; a su modo, imbuido de un poder casi místico.

—¿Quién soy? —le preguntaba a su reflejo.

Tenía que preguntárselo porque sabía que ya no eran Rowan Damisch, no sólo porque en su carné de identidad falso dijera «Ronald Daniels», sino porque el chico que antes fuera había muerto de una forma triste y dolorosa durante su noviciado. Habían expulsado con éxito al niño que llevaba dentro. «¿Lamentará alguien su pérdida?», se preguntaba.

Había comprado su carné falso a un indeseable que se especializaba en esas cosas.

«Es una identidad desconectada de la red —le había asegurado el hombre—, pero tiene una ventana al cerebro trasero para que el Nimbo crea que es real».

Rowan no se lo creía porque, por experiencia propia, sabía que al Nimbo no se le podía engañar. La inteligencia artificial fingía hacerlo, nada más, como un adulto que juega al escondite con un niño pequeño. No obstante, si el niño echaba a correr hacia los coches, la farsa tocaba a su fin. Como Rowan sabía que se dirigía a un peligro mucho mayor que el tráfico, al principio le preocupaba que el Nimbo anulara su identidad falsa y lo agarrara por el cogote para protegerlo de sí mismo. Pero no había intervenido. Se preguntaba por qué… Aunque no quería gafar su buena suerte dándole demasiadas vueltas al tema. El Nimbo tenía sus razones para todo lo que hacía y no hacía.

—¿Quién soy? —se preguntó de nuevo.

El espejo le mostró a un chico de dieciocho años al que todavía le faltaba una pizca para llegar a la edad adulta, un joven de pelo oscuro rapado muy corto. No lo bastante como para que se le viera el cuero cabelludo ni para que pareciera una declaración de principios de alguna clase, sino lo justo para permitir todas las futuras posibilidades. Podía dejarlo crecer con el estilo que deseara. Ser quien quisiera ser. ¿No era esa la principal ventaja de un mundo

perfecto? ¿Que no había límites para lo que una persona pudiera hacer o ser? Todos los habitantes del mundo podían ser cualquier cosa que imaginaran. La pena era que esa imaginación se les había atrofiado. Para la mayoría se había convertido en algo vestigial e inútil, como el apéndice, un órgano eliminado del genoma humano hacía más de cien años. «¿Echa la gente de menos los vertiginosos extremos de la imaginación mientras viven sus vidas eternas y faltas de inspiración?», se preguntó Rowan. ¿Echaba la gente de menos su apéndice?

El joven del espejo tenía una vida interesante, eso sí, y un físico digno de admiración. Ya no era el torpe crío desgarbado que había iniciado su aprendizaje casi dos años atrás, el que pensaba, inocente, que no sería tan malo.

El noviciado de Rowan fue, como mínimo, irregular, empezando con el estoico y sabio segador Faraday para acabar con la brutalidad del segador Goddard. Si el segador Faraday le había enseñado algo, era a vivir según lo que le dictara el corazón, fueran cuales fueran las consecuencias. Y si el segador Goddard le había enseñado algo, era a no tener corazón, a arrebatar vidas sin sufrir remordimientos. Las dos filosofías estaban siempre en conflicto en su mente y lo partían por la mitad. Aunque en silencio.

Había decapitado a Goddard y había quemado sus restos. Tenía que hacerlo; el fuego y el ácido eran los únicos métodos para asegurarse de que no revivieran a alguien. Goddard, a pesar de toda su moralista retórica maquiavélica, era un hombre malvado y básico que recibió justo lo que se merecía. Había vivido su privilegiada vida de manera irresponsable y con gran teatralidad, así que lo lógico era que su muerte fuera merecedora de la naturaleza dramática de su vida. Rowan no sentía remordimientos por lo que había hecho. Ni tampoco por haberle quitado el anillo a Goddard.

El segador Faraday era un tema distinto. Hasta que lo vio después de aquel funesto Cónclave de Invierno no tenía ni idea de que seguía vivo. Descubrirlo fue una gran alegría. Podría haber dedicado sus días a mantener a Faraday con vida de no haber sentido la llamada de una vocación diferente.

De repente lanzó un puñetazo al espejo, pero el cristal no se rompió…: su puño se había detenido a un milímetro de la superficie. Cuánto control. Cuánta precisión. Ahora era una máquina bien engrasada, entrenada para el propósito específico de matar… Y la Guadaña le había negado justo aquello para lo que lo había forjado. Podría haber encontrado el modo de vivir con eso, suponía. Imposible volver al inocente anonimato de antes, pero era una

persona adaptable; sabía que habría descubierto una nueva forma de existir. Quizás incluso de encontrar algo de alegría en el mundo.

Pero…

Pero el segador Goddard era demasiado brutal para que se le permitiera seguir con vida.

Pero Rowan no había terminado el Cónclave de Invierno en silenciosa sumisión, sino que se había abierto paso a golpes hasta la salida.

Pero la Guadaña estaba infestada de segadores tan crueles y corruptos como Goddard…

… Y Rowan sentía la ineludible obligación moral de eliminarlos.

En cualquier caso, ¿por qué perder el tiempo lamentándose por los caminos perdidos? Mejor aceptar el camino que le quedaba por delante.

«Entonces, ¿quién soy?».

Se puso una camiseta negra que ocultaba su torneado físico bajo el oscuro tejido sintético.

—Soy el segador Lucifer.

Después se colocó la túnica de ébano y salió a la noche para acabar con otro de aquellos segadores que no se merecían el pedestal al que los habían subido.

3

Triálogo

El edificio antes se llamaba catedral. Sus altas columnas evocaban un inmenso bosque de caliza. Las vidrieras de colores estaban decoradas con la mitología de un dios de la Edad de la Mortalidad, un dios que caía para después alzarse.

Ahora, la venerable estructura era un emplazamiento histórico. Los guías, doctorados en el estudio de los humanos mortales, se encargaban de las visitas siete días a la semana.

Eso sí, en ocasiones muy poco frecuentes, el edificio se cerraba al público y se convertía en la sede de asuntos oficiales de muy delicada índole.

Xenocrates disfrutaba de su túnica, salvo en aquellas circunstancias en las que su peso le resultaba problemático. Como la vez que estuvo a punto de ahogarse en la piscina del segador Goddard, envuelto en las muchas capas de su ropaje dorado. Aunque prefería olvidar esa debacle.

Goddard.

Goddard era el responsable último de la situación en la que se encontraba. Incluso muerto, sembraba el caos. La Guadaña todavía sufría las fuertes réplicas del terremoto que había provocado.

En un extremo de la catedral, más allá del altar, estaba el parlamentario de la Guadaña, un tedioso segadorcito cuyo trabajo consistía en asegurarse de que las normas y los procedimientos se aplicaban como debía ser. Detrás de él había un conjunto de tres cabinas de madera tallada conectadas entre sí, aunque con divisiones entre ellas.

«El sacerdote solía sentarse en la cámara central —explicaban los guías a los turistas— y escuchaba las confesiones de la cabina derecha y después de la cabina izquierda, para que la procesión de suplicantes avanzara más deprisa».

Allí ya no se confesaba nadie, pero la estructura de tres compartimentos del confesionario lo convertía en el lugar perfecto para un triálogo oficial.

Los triálogos entre la Guadaña y el Nimbo eran poco frecuentes. Tanto que, de hecho, Xenocrates, en todos sus años como sumo dalle, nunca había participado en uno. Y le molestaba tener que hacerlo.

—Debe ocupar la cabina de la derecha, su excelencia —le explicó el parlamentario—. El agente del Cúmulo que representa al Nimbo se sentará a la izquierda. Cuando ambos estén colocados, traeremos al interlocutor para que se siente en el centro, entre los dos.

—Menudo fastidio —repuso Xenocrates con un suspiro.

—La audiencia por poderes es la única posible con el Nimbo en su caso, excelencia.

—Lo sé, lo sé, pero tengo derecho a quejarme.

Xenocrates ocupó su lugar en la cabina de la derecha, horrorizado por lo pequeña que era. ¿Tan desnutridos estaban los humanos mortales como para caber en un espacio de semejantes dimensiones? El parlamentario tuvo que aplicarse para cerrar la puerta.

Unos segundos después, el sumo dalle oyó que el agente del Cúmulo entraba en el compartimento del otro extremo y, tras un retraso interminable, el interlocutor se sentó en el puesto central.

Una ventana demasiado pequeña y baja para ver a través de ella se abrió, y el interlocutor habló:

—Buenos días, su excelencia —lo saludó una mujer de voz agradable—. Seré su representante ante el Nimbo.

—Representante del representante, querrá decir.

—Sí, bueno, el agente del Cúmulo que se sienta a mi derecha cuenta con plena autoridad para hablar en nombre del Nimbo en este triálogo. —Se aclaró la garganta—. El proceso es muy sencillo. Usted me dice lo que quiere comunicar y yo se lo transmito al agente del Cúmulo. Si considera que responder no viola la Separación entre Guadaña y Estado, el agente contestará y yo le informaré de su respuesta.

—Muy bien —repuso Xenocrates, impaciente por avanzar—. Exprese mis más cordiales saludos al agente del Nimbo y mis deseos de una próspera relación entre nuestras respectivas organizaciones.

La ventana se cerró y medio minuto después se abrió de nuevo.

—Lo siento —dijo la interlocutora—. El agente del Cúmulo dice que cualquier forma de saludo constituye una violación y que sus respectivas organizaciones tienen prohibido mantener cualquier tipo de relación, así que desear una próspera relación no resulta apropiado.

Xenocrates soltó una palabrota a tal volumen que la interlocutora lo oyó.

—¿Debo comunicarle su disgusto al agente del Cúmulo? —le preguntó ella.

El sumo dalle se mordió el labio. Estaba deseando que aquel tormento llegara a su fin. La forma más rápida de conseguirlo era ir directo al grano.

—Deseamos saber por qué el Nimbo no ha tomado ninguna medida contra Rowan Damisch. Es el responsable de la muerte permanente de numerosos segadores en distintas regiones mericanas, pero el Nimbo no ha hecho nada para detenerlo.

La ventana se cerró de golpe. El sumo dalle esperó y, cuando la interlocutora la abrió de nuevo, la respuesta fue la siguiente:

—El agente del Cúmulo desea que recuerde al sumo dalle que el Nimbo no tiene jurisdicción en los asuntos internos de la Guadaña. Tomar medidas sería una violación descarada de las normas.

—¡No es un asunto interno de los segadores porque Rowan Damisch no es un segador! —chilló Xenocrates, y la interlocutora le advirtió que no alzara la voz.

—Si el agente del Cúmulo lo oye directamente, se marchará —le recordó.

El sumo dalle respiró lo más hondo que pudo en el ajustado espacio.

—Usted dele el mensaje.

Ella lo hizo, y regresó con:

—El Nimbo siente discrepar.

—¿Qué? ¿Cómo va a sentir nada? ¡Si no es más que un programa informático con ínfulas!

—Le sugiero que evite insultar al Nimbo en este triálogo si desea continuar.

—Vale. Dígale al agente del Cúmulo que Rowan Damisch nunca fue ordenado por la Guadaña midmericana. Era un novicio que no estaba a la altura de nuestras exigencias, nada más… Lo que significa que entra dentro de la jurisdicción del Nimbo, no de la nuestra. El Nimbo debería tratarlo como a cualquier otro ciudadano.

La mujer se tomó su tiempo para contestar. El sumo dalle se preguntó de qué estarían hablando tanto rato el agente del Cúmulo y ella. Cuando regresó con la respuesta, no fue menos irritante que las anteriores.

—El agente del Cúmulo desea recordarle a su excelencia que, aunque la costumbre dicta que la Guadaña ordene a los nuevos segadores en sus cónclaves, no es más que una costumbre, no una ley. Rowan Damisch completó su noviciado y ahora está en posesión de un anillo de segador. El Nimbo cree que es una base adecuada para considerarlo un segador. Por lo tanto, seguirá dejando su captura y posterior castigo en manos de la Guadaña.

—¡No podemos atraparlo! —soltó Xenocrates.

Pero ya conocía la respuesta antes de que la interlocutora abriese la lamentable ventanita y dijera:

—Eso no es problema del Nimbo.

4

Mezclado, no agitado

La segadora Anastasia acechaba a su presa con paciencia. Se trataba de una habilidad aprendida, porque Citra Terranova nunca había sido una persona paciente. Pero todas las habilidades pueden adquirirse con tiempo y práctica. Todavía se veía como Citra, aunque nadie ya la llamara así, salvo su familia. Se preguntaba cuánto tardaría en convertirse de verdad en la segadora Anastasia, tanto por dentro como por fuera, y en darle descanso eterno a su antiguo nombre.

Su objetivo de hoy era una mujer de noventa y tres años que parecía tener treinta y tres, y que siempre estaba ocupada. Cuando no se encontraba mirando su móvil estaba mirando en su bolso; cuando no estaba mirando en su bolso, estaba mirándose las uñas o la manga de la blusa o el botón suelto de la chaqueta. «¿Por qué temerá la ociosidad?», se preguntaba Citra. La mujer estaba tan ensimismada que no tenía ni idea de que una segadora la observaba a pocos metros de distancia.

Y no era porque la segadora Anastasia pasara inadvertida. El color que había elegido para su túnica era el turquesa. Cierto, se trataba de un elegante turquesa desvaído, pero seguía siendo lo bastante llamativo como para destacar.

La ocupada mujer estaba en una esquina, absorta en una animada conversación telefónica, esperando a que el semáforo cambiara a verde. Citra tuvo que darle un toquecito en el hombro para que la atendiera. En cuanto lo hizo, todos los que las rodeaban se apartaron como una manada de gacelas después de que el león derribara a una de ellas.

La mujer se volvió para mirarla, aunque al principio no comprendió la gravedad de la situación.

—Devora Murray, soy la segadora Anastasia y la he seleccionado para la criba.

Los ojos de la señora Murray volaron de un lado a otro como si buscara un error en aquel dictamen. Pero no lo había. La afirmación era simple; no había forma de malinterpretarla.

—Colleen, luego te llamo —dijo al teléfono, como si la aparición de la segadora Anastasia fuera más un pequeño contratiempo que un asunto terminal.

El semáforo cambió de color. Ella no cruzó. Y por fin comprendió la realidad.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó—. ¿Aquí mismo? ¿Ahora mismo?

Citra sacó una pistola epidérmica de entre los pliegues de su túnica e inyectó rápidamente a la mujer en el brazo. Devora dejó escapar un jadeo.

—¿Ya está? ¿Voy a morir?

Citra no respondió. Dejó que la mujer se asustara con la idea. Permitía aquellos instantes de incertidumbre por un buen motivo. La mujer se quedó donde estaba, a la espera de que le cedieran las piernas, de que la oscuridad se cerniera sobre ella. Era como una niña pequeña, indefensa y desolada. De repente, su teléfono, su bolso, sus uñas, su manga y su botón no importaban nada. Toda su vida acababa de recuperar la perspectiva. Eso era lo que Citra deseaba para los sujetos de su criba: poner sus vidas en perspectiva durante un momento. Era por su propio bien.

—Ha sido seleccionada para la criba —repitió Citra con calma, sin juzgar y sin malicia, sino con compasión—. Le doy un mes para que ordene sus asuntos y se despida. Un mes para ponerle el punto final a su vida. Después hablaremos de nuevo y me dirá cómo elige morir.

Citra observó a la mujer, que intentaba hacerse a la idea.

—¿Un mes? ¿Elegir? ¿Me estás mintiendo? ¿Es una especie de prueba?

Citra suspiró. La gente estaba tan acostumbrada a que los segadores cayeran sobre ellos como ángeles de la muerte y les arrebataran la vida al instante que nadie se imaginaba un enfoque algo distinto. Sin embargo, cada segador era libre para hacer las cosas a su manera, y aquel era el método escogido por la segadora Anastasia.

—No es ninguna prueba ni tampoco un truco. Un mes —insistió—. El dispositivo de seguimiento que le acabo de inyectar en el brazo contiene una pizca de veneno mortal, pero sólo se activará si intenta abandonar Midmérica para escapar a la criba o si no se pone en contacto conmigo antes de que transcurra el plazo de treinta días para hacerme saber dónde y cómo le gustaría que la cribara. —Entonces le entregó una tarjeta de negocios. Tinta turquesa sobre fondo blanco. Decía simplemente «Segadora Anastasia», e incluía un número de teléfono reservado para los sujetos de su criba—. Si pierde la tarjeta, no se preocupe, sólo tiene que llamar al número general de la Guadaña midmericana, elegir la opción tres y seguir las instrucciones para

dejarme un mensaje. —Después, Citra añadió—: Y, por favor, no intente obtener la inmunidad de otro segador, ya que sabrán que está marcada y la cribarán de inmediato.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas, y Citra vio que empezaba la ira. No se sorprendió.

—¿Cuántos años tienes? —exigió saber la mujer en tono acusador y un poco insolente—. ¿Cómo puedes ser segadora? ¡Si no puedes tener más de dieciocho años!

—Acabo de celebrar mi decimoctavo cumpleaños, pero soy segadora desde hace más de un año. No tiene por qué gustarle que la cribe una segadora novata, pero está obligada a obedecer.

Entonces llegó el momento del regateo.

—Por favor —suplicó—, ¿no podrías darme seis meses más? Mi hija se casa en mayo…

—Seguro que podrá adelantar la fecha de la boda.

Citra no pretendía sonar cruel; sentía verdadera lástima por la mujer, pero tenía la obligación ética de mantenerse firme. En la edad mortal no se podía regatear con la muerte. Los segadores debían ser iguales.

—¿Entiende todo lo que le he explicado? —preguntó.

Devora, que ya estaba secándose las lágrimas, asintió.

—Espero que, en la larga vida que seguro que tendrás por delante, alguien te haga sufrir tanto como tú a los demás.

Citra se enderezó y adoptó una postura digna de la segadora Anastasia.

—De eso no tiene por qué preocuparse —le aseguró, y le dio la espalda para que se enfrentase a aquella encrucijada vital.

En el Cónclave Vernal de la última primavera (la primera vez que tuvo que rendir cuentas como segadora de pleno derecho) la habían reprendido porque se había quedado muy corta con su cuota. A continuación, cuando los otros segadores midmericanos descubrieron que les otorgaba a sus sujetos un mes de advertencia, se enfurecieron.

La segadora Curie, que seguía siendo su mentora, la había avisado al respecto: «Para ellos, todo lo que no sea una acción decisiva constituye una debilidad. Bramarán que es un fallo de tu personalidad y sugerirán que fue un error ordenarte. Aunque no pueden hacer nada al respecto: está prohibido quitarte el anillo, así que se limitarán a mangonearte».

A Citra le sorprendió que la indignación no procediera únicamente de los llamados segadores del «nuevo orden», sino también de la vieja guardia. A nadie le gustaba la idea de ofrecer un mero atisbo de control a la ciudadanía en su propia criba.

«¡Es inmoral! —se habían quejado los segadores—. Es inhumano».

Incluso el segador Mandela, que presidía el comité que concedía los anillos y siempre había defendido a Citra, la regañó.

«Saber que tus días están contados es una crueldad —dijo—. ¡Es un horror acabar tu tiempo en la tierra de ese modo!».

Sin embargo, la segadora Anastasia no permitió que la achantaran… o, al menos, no dejó que la vieran sudar. Explicó sus razones y las defendió sin vacilar. «Gracias a mis estudios sobre la edad mortal —les había dicho— aprendí que, para mucha gente, la muerte no era algo instantáneo. De hecho, había enfermedades que advertían a la gente de su llegada. Les daba tiempo a prepararse y a preparar a sus seres queridos para lo inevitable».

Aquello había arrancado un coro entero de rezongos de los cientos de segadores allí reunidos. La mayoría eran burlas o expresiones de desdén y disgusto, aunque también oyó a unas cuantas voces que le daban la razón.

«Pero… ¿permitir que los…, los condenados… elijan su método de criba? ¡Eso es una salvajada, sin duda!», gritó el segador Truman.

«¿Más que una electrocución? ¿O que una decapitación? ¿O que atravesar el corazón de alguien? Si al sujeto se le permite elegir, ¿no cree que se decidirá por el método que le resulte menos ofensivo? ¿Quiénes somos nosotros para decir que su elección es una salvajada?».

Aquella vez se oyeron menos quejas, no porque estuvieran de acuerdo con ella, sino porque empezaban a perder interés en la discusión. Una segadora novata advenediza (aunque fuera una que había alcanzado su puesto en medio de tanta controversia) no se merecía más que unos cuantos minutos de su atención.

«No viola ninguna ley y es el método de criba que he elegido», insistió Citra.

El sumo dalle Xenocrates, al que parecía darle igual el asunto, lo consultó con el parlamentario, que no encontró base legal alguna para objetar. En su primer desafío en un cónclave, la segadora Anastasia se había salido con la suya.

La segadora Curie estaba debidamente impresionada.

—Tenía la certeza de que te pondrían en periodo de prueba, que te elegirían las cribas y te obligarían a seguir una agenda estricta. Podrían

haberlo hecho…, pero no. Eso dice mucho más sobre ti de lo que imaginas.

—¿Qué? ¿Que soy un grano en el culo colectivo de la Guadaña? Eso ya lo sabían ellos.

—No —respondió Curie con una sonrisa de satisfacción—, que te toman en serio.

Lo que ya era más de lo que Citra podía decir de sí misma. La mitad del tiempo sentía que interpretaba un personaje. Un disfraz turquesa para su codiciado papel.

Había tenido bastante éxito con su forma de cribar. Apenas un puñado de sujetos había decidido no regresar al final de su periodo de gracia. Dos habían muerto al intentar cruzar la frontera de Texas y otro en la frontera oestemericana, donde nadie osó tocar el cadáver hasta que la segadora Anastasia en persona acudió para dictaminar su criba.

Otros tres aparecieron muertos en sus camas cuando se agotó el tiempo en su dispositivo de seguimiento letal. Eligieron el silencio del veneno antes que enfrentarse de nuevo a Anastasia. No obstante, en todos los casos, los sujetos habían decidido su forma de morir. Para Citra, aquello era crucial, ya que lo que más despreciaba de la política de la Guadaña era la humillación de que eligieran tu muerte por ti.

Por supuesto, aquel método le suponía trabajar el doble… porque debía enfrentarse a sus sujetos dos veces. Eso hacía que su vida fuera agotadora hasta extremos increíbles, pero, al menos, así dormía mejor por las noches. La noche del mismo día de noviembre en que había dado a Devora Murray sus noticias terminales, Citra entró en un lujoso casino de Cleveland. Todos los ojos se volvieron hacia ella cuando entró por la puerta.

Se había acostumbrado a ello; una segadora siempre era el centro de atención en cada situación en la que se encontrara, lo quisiera o no. Algunos disfrutaban de ello, mientras que otros preferían conducir sus negocios en lugares tranquilos, donde no hubiera nadie más que las personas involucradas. Citra no había elegido estar allí, pero debía respetar los deseos del hombre al que buscaba.

Lo encontró donde le había dicho que estaría: en el extremo opuesto del casino, en una zona especial elevada tres escalones por encima del resto de la planta. Era un lugar reservado a los jugadores más adinerados.

Vestía un elegante esmoquin y era el único que apostaba en las mesas con límites más altos, así que parecía el dueño del casino. Pero no lo era: el señor Ethan J. Hogan no era un jugador empedernido, sino un chelista de la Filarmónica de Cleveland. Se trataba de un músico muy competente, y eso

constituía el mayor cumplido que podía recibir en aquellos días. La pasión en el arte era cosa del pasado mortal, y el verdadero estilo había corrido el mismo destino que el dodó. Aunque, por supuesto, el dodó había vuelto; el Nimbo se había encargado de ello, y una colonia en plena expansión vivía feliz y en tierra en la isla de Mauricio.

—Hola, señor Hogan —lo saludó. Tenía que pensar en sí misma como la segadora Anastasia cuando cribaba. La representación. Su papel.

—Buenas noches, su señoría. Diría que es un placer volver a verla, pero dadas las circunstancias…

Dejó el pensamiento inconcluso. La segadora Anastasia se sentó a la mesa, junto a él, y esperó para permitirle llevar la voz cantante en aquel baile.

—¿Le gustaría probar suerte en el bacará? —preguntó él—. Es un juego sencillo, aunque con unos niveles de estrategia apabullantes.

No sabía si estaba siendo sincero o sarcástico en su evaluación del juego y no pensaba confesarle que desconocía las reglas.

—No tengo efectivo para apostar —fue lo único que dijo.

A modo de respuesta, el señor Hogan le acercó una columna de sus fichas.

—Sírvase usted misma. Puede apostar por la banca o por mí.

Anastasia empujó todas las fichas hacia delante, donde estaba la casilla marcada como «jugador».

—¡Bien por usted! Una jugadora valiente.

Él igualó la apuesta y le hizo un gesto al crupier, que repartió dos cartas al chelista y otras dos para él.

—El jugador tiene ocho, la banca tiene cinco. El jugador gana.

Después recogió las cartas con una larga paleta de madera que parecía de todo punto innecesaria y dobló ambas pilas de fichas.

—Es usted mi ángel de la buena suerte —comentó el chelista. A continuación se enderezó la pajarita y la miró—. ¿Está todo listo?

La segadora volvió la vista hacia la zona principal del casino. Nadie los miraba directamente, aunque se daba cuenta de que era el centro de atención de todos los presentes. Eso sería bueno para el casino: los jugadores distraídos apostaban mal. La dirección debía de adorar a los segadores.

—El camarero llegará en cualquier momento —le dijo a su sujeto—. Todo está dispuesto.

—Bueno, pues ¡una mano más mientras esperamos!

De nuevo, Anastasia empujó ambas pilas de ganancias para apostar por el jugador, y él lo igualó. De nuevo, las cartas estuvieron de su parte.

La segadora miró al crupier, que no le devolvió la mirada, como si temiera acabar también cribado. Después apareció el camarero con un vaso de martini helado en una bandeja, junto con una coctelera plateada y perlada de condensación.

—Vaya, vaya —exclamó el chelista—. Hasta ahora no se me había ocurrido que estas cocteleras parecen pequeñas bombas.

La segadora Anastasia no tenía respuesta al comentario.

—No sé si lo sabrá, pero existe un personaje de la ficción y las películas de la edad mortal, una especie de *playboy* —siguió contando el chelista—. Siempre lo he admirado; se parecía a nosotros, creo, porque no lograban acabar con él, daba la impresión de ser inmortal. Ni siquiera el más archi de los enemigos era capaz de matarlo.

Anastasia sonrió. Ahora entendía por qué el hombre había elegido aquella criba.

—Prefería su martini mezclado, no agitado.

—¿Procedemos, entonces? —repuso él tras devolverle la sonrisa.

Dicho lo cual cogió el contenedor plateado y mezcló en él la bebida hasta que le dolieron los dedos por culpa del hielo. Después abrió la tapa y sirvió el cóctel de ginebra, vermut y un toque de algo extra en el vaso de martini helado.

El chelista lo miró. La segadora creyó que sería displicente y pediría un *twist* de limón o una aceituna, pero no, se limitó a mirarlo. Igual que el crupier. Igual que el jefe de sector que tenía detrás.

—Mi familia está en una habitación del hotel de arriba, esperándola —le dijo el señor Hogan.

Ella asintió con la cabeza.

—La suite 1242 —respondió. Su trabajo consistía en conocer esos detalles.

—Por favor, procure ofrecer el anillo a mi hijo Jorie en primer lugar, que es el que se lo está tomando peor. Insistirá en que los demás reciban la inmunidad primero, pero darle ese trato especial significará mucho para él, aunque permita que los otros besen el anillo antes. —Examinó el vaso unos segundos más y añadió—: Me temo que he hecho trampas, aunque apuesto lo que sea a que ya lo sabe.

Se trataba de otra apuesta que iba a ganar.

—Su hija, Carmen, no vive con usted —respondió Anastasia—. Lo que significa que no tiene derecho a la inmunidad, a pesar de que se encuentre en la habitación del hotel con los demás. —Sabía que el chelista tenía ciento

cuarenta y tres años, y que había formado varias familias. A veces, los sujetos de sus cribas intentaban conseguir la inmunidad para verdaderas multitudes de descendientes. En esas circunstancias, a ella no le quedaba más remedio que negarse. Sin embargo, ¿una persona extra? Entraba dentro de lo prudencial—. Le concederé la inmunidad, siempre que me prometa no ir presumiendo de ello.

Él dejó escapar un suspiro de inmenso alivio. Estaba claro que aquel engaño le había pesado, pero podía dejar de considerarlo un engaño si la segadora Anastasia lo había sabido desde el principio… y más aún si lo había confesado en sus últimos minutos de vida. Ahora podía abandonar este mundo con la conciencia tranquila.

Por fin, el señor Hogan levantó el vaso con aire gallardo y examinó la forma en que el líquido recogía y refractaba la luz. La segadora no pudo evitar imaginarse su 007 en cuenta atrás, dígito a dígito, hasta el 000.

—Me gustaría darle las gracias, su señoría, por concederme estas últimas semanas para prepararme. Ha significado mucho para mí.

Eso era lo que la Guadaña era incapaz de comprender. Estaban tan concentrados en el acto de matar que no apreciaban lo que suponía el acto de morir.

El hombre se llevó el vaso a los labios y le dio un traguito diminuto. Luego se relamió para juzgar el sabor.

—Sutil —comentó—. ¡Salud!

Después se lo bebió entero de un único trago y dejó el vaso de golpe sobre la mesa, donde lo empujó hacia el crupier, que retrocedió un poco.

—¡Doblo la apuesta! —exclamó el chelista.

—Esto es el bacará, señor —respondió el crupier con voz algo temblorosa —. Sólo puede doblar la apuesta en el blackjack.

—Mierda.

Se derrumbó sobre su asiento y se acabó.

Citra le comprobó el pulso. Sabía que no lo encontraría, pero el procedimiento era el procedimiento. Después dio instrucciones al crupier para que embolsara el vaso, la coctelera e incluso la bandeja, y lo destruyera todo.

—Es un veneno muy fuerte; si alguien muere por accidente mientras lo maneja, la Guadaña pagará por la resurrección y compensará por las molestias. —Empujó su pila de ganancias hacia las del muerto—. Quiero que se asegure en persona de que todo este dinero vaya a parar a la familia del señor Hogan.

—Sí, su señoría.

El crupier le miró el anillo con la esperanza de recibir inmunidad. No obstante, ella retiró la mano de la mesa.

—¿Puedo contar con que se encargue del trabajo?

—Sí, su señoría.

Satisfecha, la segadora Anastasia se dirigió a la habitación del hotel para conceder un año de inmunidad a la familia que lloraba al chelista; procuró no prestar atención a la constelación de ojos que hacían lo que podían por no mirarla mientras ella se encaminaba a los ascensores.

5

Una oscuridad necesaria

Citra se subió a un publicoche al salir del casino. Era de conducción automática y estaba conectado a la red, aunque, en cuanto se subió, se apagó la luz que indicaba la comunicación con el Nimbo. Por la señal que emitía su anillo, el coche sabía que se trataba de una segadora.

El vehículo la saludó con una voz sintética desprovista de verdadera inteligencia artificial.

—¿Destino, por favor? —preguntó sin alma.

—Sur —contestó ella, y recordó el momento en que le había pedido a otro publicoche que la llevara al norte, cuando se encontraba en lo más profundo del continente sudmericano e intentaba escapar de toda la Guadaña chilargentina. Parecía haber transcurrido un siglo.

—El sur no es un destino —le informó el coche.

—Tú conduce hasta que te dé una dirección.

El coche arrancó y la dejó en paz.

Cada vez odiaba más usar los serviles coches automáticos. Era curioso, porque nunca le había molestado antes de su noviciado. Citra Terranova nunca había sentido el ardiente deseo de aprender a conducir…, pero la segadora Anastasia, sí. Aquella incomodidad al convertirse en pasajera pasiva de un publicoche quizá formara parte de la naturaleza independiente de los segadores. O quizá fuera el espíritu de la segadora Curie, que se le estaba pegando.

La segadora Curie conducía un llamativo coche deportivo, el único lujo que se permitía y lo único en su vida que no iba a juego con su túnica de color lavanda. Había empezado a darle lecciones de conducción a Anastasia con la misma paciencia inflexible con la que había enseñado a Citra a cribar.

La chica había llegado a la conclusión de que era más difícil conducir que cribar.

«Se necesitan unas habilidades distintas, Anastasia —le había explicado la mujer en su primera clase. Curie siempre usaba su nombre de segadora. Citra, por otro lado, siempre se sentía un poco rara cuando llamaba a la segadora Curie por su nombre de pila. Marie sonaba demasiado informal para la Gran

Dama de la Muerte—. Nadie puede dominar por completo el arte de conducir porque no hay dos viajes exactamente iguales —le había dicho Curie—. Pero una vez que lo controles, comprobarás que es gratificante; liberador, incluso».

Citra ignoraba si llegaría a alcanzar ese control; había demasiados puntos en los que concentrarse a la vez. Espejos, pedales y un volante que, con el simple desliz de un dedo, te enviaba barranco abajo. Peor todavía: el coche deportivo de la edad mortal que conducía la segadora Curie estaba desconectado de la red. Eso significaba que el vehículo no podía compensar los errores del conductor. Con razón los automóviles mataban a tanta gente durante la Era de la Mortalidad; sin un control informático en red, eran armas tan mortíferas como cualquiera de las que usaban los segadores para sus cribas. De hecho, se preguntó si habría algún segador que cribara con automóviles; decidió que prefería no pensar en ello.

La chica conocía a muy pocas personas que supieran conducir. Incluso los críos del instituto que presumían de sus relucientes coches nuevos tenían máquinas con conductores automáticos. Manejar de verdad un vehículo a motor en aquel mundo posmortal era tan excepcional como batir la mantequilla en casa.

—Llevamos diez minutos en dirección sur —le dijo el coche—. ¿Desea establecer ya un destino?

—No —respondió sin más, y siguió mirando por la ventana las luces que dejaban atrás en la autopista y que salpicaban la oscuridad.

El viaje que estaba a punto de realizar habría sido mucho más sencillo de haber podido conducir ella.

Incluso había visitado algunos concesionarios de coches pensando que, si tenía vehículo propio, aprendería a conducirlo de verdad.

En ningún sitio eran tan evidentes las ventajas de ser segadora como en un concesionario.

«Por favor, su señoría, elija uno de nuestros automóviles de alta gama —le decían los comerciales—. El que quiera es suyo; se lo regalamos».

Igual que estaban por encima de la ley, los segadores también estaban por encima del dinero, puesto que les daban gratis todo lo que necesitaran. Para una empresa automovilística, la publicidad de que un segador eligiera su coche era más valiosa que el coche en sí.

Todos querían que escogiera algo ostentoso que llamara la atención allá donde fuera.

«Una segadora debería dejar una huella social impresionante —le explicó un presumido comercial—. Cuando pase junto a ellos, tiene que dejarles claro

que dentro viaja una mujer con un profundo sentido del honor y la responsabilidad».

Al final decidió esperar porque ya lo que le faltaba era dejar una impresionante huella social.

Se tomó su tiempo para sacar su diario y redactar la criba del día, como era su obligación. Veinte minutos más tarde vio unos carteles que anunciaban un área de servicio y pidió al coche que saliera de la autopista; el vehículo obedeció. Cuando se detuvo el motor, respiró hondo y llamó a la segadora Curie para que supiera que no regresaría a casa aquella noche.

—El viaje es demasiado largo, y ya sabes que no soy capaz de dormir en un publicoche.

—No hace falta que me llames, querida —le respondió Marie—. Tampoco es que me esté muriendo de preocupación por ti.

—Es difícil olvidar las viejas costumbres —respondió Anastasia.

Además, sabía que, en realidad, Marie sí que se preocupaba. No tanto de que le ocurriera algo, sino más bien de que trabajara demasiado.

—Deberías cribar cerca de casa más a menudo —le dijo Marie por enésima vez.

El problema era que la Casa de la Cascada, la magnífica rareza arquitectónica en la que vivían, estaba en lo más profundo del bosque, justo al borde oriental de Midmérica, lo que significaba que, si no se alejaban un poco, cribarían demasiado en sus comunidades locales.

—Lo que de verdad quieres decir es que debería viajar más contigo, en vez de sola.

Marie se rio.

—En eso tienes razón.

—Te prometo que la semana que viene cribaremos juntas.

Y Anastasia lo decía en serio. Disfrutaba de su compañía, tanto en el ocio como en el trabajo. Como segadora novata, Anastasia podría haber decidido trabajar con cualquier segador que la aceptara (y muchos se habían ofrecido), pero la compenetración con Curie le hacía algo más soportable la criba.

—Búscate un lugar abrigado esta noche, querida —le pidió Marie—. Será mejor que no sobrecargues tus nanobots médicos.

Citra esperó un minuto entero después de colgar para salir del coche, como si Marie fuera a saber que tramaba algo incluso después de finalizar la llamada.

—¿Regresará para continuar su viaje al sur? —le preguntó el coche.

—Sí, espérame.

—¿Tendrá entonces un destino?

—Lo tendré.

El área de servicio estaba casi desierta a aquellas horas de la noche. Un personal mínimo se encargaba de las tiendas veinticuatro horas y de las estaciones de carga. La zona de los servicios estaba bien iluminada y limpia. Se acercó a toda prisa. Hacía frío, aunque su túnica contaba con células calefactoras que la mantenían caliente sin necesidad de llevar un abrigo grueso.

Nadie la miraba; o, al menos, ningún ojo humano. No obstante, no pudo evitar fijarse en las cámaras del Nimbo que giraban sobre las farolas y la seguían en su camino desde el coche a los baños. Quizá no hubiera estado con ella dentro del automóvil, pero sabía dónde se encontraba. Y quizá también lo que pretendía hacer.

En el cubículo del baño se quitó la túnica turquesa, y la túnica interior y las mallas a juego (todo hecho a medida para ella), y después se vistió con la ropa normal de calle que llevaba escondida bajo la túnica. Tuvo que luchar contra la vergüenza de hacerlo. Para los segadores era motivo de orgullo no llevar más prendas que la vestimenta oficial de su trabajo.

«Somos segadoras cada segundo de nuestras vidas —le había explicado Marie— y no debemos permitirnos olvidarlo, por mucho que queramos. Nuestra ropa es testimonio de ese compromiso».

El día que ordenaron a la joven, la segadora Curie le había dicho que Citra Terranova había dejado de existir: «Desde ahora mismo hasta que decidas abandonar este mundo, eres y serás la segadora Anastasia».

Y estaba dispuesta a vivir con eso…, salvo en las ocasiones en las que necesitaba ser Citra Terranova.

Salió de los servicios con la segadora Anastasia enrollada bajo el brazo. Ahora era de nuevo Citra; orgullosa y testaruda, aunque sin una huella social impresionante. Una chica que no era digna de demasiada atención, excepto en lo concerniente a las cámaras que giraban para seguirla en su camino de vuelta al publicoche.

En Pittsburgh, lugar de nacimiento del segador Prometheus, el primer dalle supremo mundial, había un enorme monumento conmemorativo. En un parque que abarcaba unas dos hectáreas habían esparcido los trozos rotos de un gran obelisco de obsidiana. Alrededor de los fragmentos negros había unas estatuas de un tamaño superior al natural que representaban a los segadores

fundadores, esculpidas en mármol blanco, en contraste con las piedras negras del obelisco caído.

Era el monumento conmemorativo que acabó con los monumentos conmemorativos.

Era el monumento que conmemoraba la muerte.

Turistas y escolares de todo el mundo acudían a visitar el Monumento Conmemorativo de la Mortalidad, en el que la muerte yacía destrozada ante los segadores, y se maravillaban con el concepto de que la gente antes muriese de causas naturales. Vejez. Enfermedades. Catástrofes. A lo largo de los años, la ciudad había llegado a aceptar su naturaleza de atracción turística que conmemoraba la muerte de la muerte. Tanto era así, que en Pittsburgh todos los días era Halloween.

Había fiestas de disfraces y clubs abiertos por doquier a la hora bruja. Cuando caía la noche, todas las torres eran torres del terror. Todas las mansiones eran mansiones encantadas.

Eran casi las doce cuando Citra recorría el Parque del Monumento Conmemorativo de la Mortalidad y se maldecía por no haber caído en llevar una chaqueta. A mediados de noviembre y a aquellas horas de la noche, en Pittsburgh hacía un frío que pelaba y el viento lo empeoraba todo. Sabía que podría echarse encima la túnica para entrar en calor, pero eso daría al traste con la idea de ir vestida de calle. Sus nanobots se esforzaban por elevar su temperatura corporal, por calentarla desde el interior. Así no temblaba, aunque el frío lo seguía sintiendo.

Como también se sentía vulnerable sin la túnica. Desnuda en lo más básico. Cuando por fin empezó a vestirla, era algo torpe y extraño. No dejaba de tropezarse con el largo dobladillo que arrastraba por el suelo. Sin embargo, en los meses transcurridos desde su ordenación, se había acostumbrado hasta tal punto que salir en público sin ella le resultaba raro.

Había más gente en el parque; la mayoría paseaba, se reía y esperaba entre fiestas y visitas a los clubs. Todo el mundo iba disfrazado. Había espíritus malignos y payasos, bailarinas y animales. Los únicos disfraces prohibidos eran los que incluían túnicas, puesto que no estaba permitido que los ciudadanos comunes parecieran segadores, ni siquiera un poquito. Los grupos de personas disfrazadas la miraban al pasar. ¿Acaso la reconocían? No. Se fijaban en ella porque era la única sin disfraz. Estaba llamando la atención por intentar no llamar la atención.

No había sido ella la que había elegido aquel punto de encuentro; lo ponía en la nota: «Reúnete conmigo a medianoche en el Monumento de la

Mortalidad». Se había reído con la aliteración de tantas emes hasta que se percató de quién era el remitente. No había firma, salvo la letra ele. La nota daba una fecha: el 10 de noviembre. Por suerte, su criba de aquella noche estaba lo bastante cerca de Pittsburgh como para que fuera posible.

Pittsburgh era el lugar perfecto para un encuentro clandestino. Se trataba de una ciudad poco frecuentada por los segadores porque, simplemente, no les gustaba cribar allí. Era un lugar demasiado macabro para ellos, lleno de gente con disfraces ensangrentados y destrozados corriendo por ahí blandiendo puñales de plástico y celebrando lo horripilante. Para los segadores, que se tomaban la muerte en serio, era de muy mal gusto.

Aunque era la ciudad grande más próxima a la Casa de la Cascada, la segadora Curie nunca cribaba allí. «Cribar en Pittsburgh es casi una redundancia», le había comentado a Citra.

Con aquello en mente, las posibilidades de que la viera otro segador eran escasas. Los únicos de su gremio que honraban con su presencia el parque eran los fundadores de mármol que supervisaban el obelisco negro roto.

Justo a medianoche, una figura salió de detrás de una de las grandes rocas del monumento. Al principio, Citra creyó que se trataba de otro juerguista, pero, como ella, no iba disfrazado. Uno de los focos que iluminaban el parque recortó su silueta, aunque lo había reconocido de inmediato por su forma de andar.

—Creía que llevarías tu túnica —comentó Rowan.

—Me alegro de que tú no la lleves —respondió ella.

Al acercarse, una luz le enfocó la cara. Estaba pálido, casi como un fantasma, como si se hubiera pasado varios meses sin ver el sol.

—Tienes buen aspecto —dijo él.

Ella asintió, pero no le devolvió el comentario porque no habría sido cierto. En sus ojos se leía una frialdad cansada de alguien que ha visto más de lo que debería y que ha dejado de preocuparse por ello para poder salvar lo que le quedaba de alma. Entonces sonrió, y su sonrisa era cálida. Genuina. «Ahí estás, Rowan —pensó ella—. Te escondías, pero te he encontrado».

Lo apartó de la luz y deambularon hasta una esquina en sombras en la que no los vería nadie, salvo las cámaras infrarrojas del Nimbo, aunque en aquel momento no localizaban ninguna. Quizás hubieran encontrado un verdadero punto ciego.

—Me alegro de verte, honorable segadora Anastasia —dijo él.

—Por favor, no me llames así. Llámame Citra.

—¿No sería eso una violación de las normas? —preguntó él con una sonrisa de satisfacción.

—Por lo que he oído, todo lo que haces es una violación de las normas.

El semblante de Rowan se agrió un poco.

—No te creas todo lo que oyes.

Pero Citra tenía que saberlo. Tenía que escucharlo de sus labios.

—¿Es cierto que has estado asesinando y quemando a segadores?

Resultaba evidente que la acusación le ofendía.

—Estoy acabando con las vidas de aquellos segadores que no se merecen serlo —respondió—. Y no los «asesino». Termino con ellos con rapidez y compasión, como tú, y sólo quemo sus cuerpos después de muertos, para que no puedan revivirlos.

—¿Y el segador Faraday te lo permite?

—No veo a Faraday desde hace meses —contestó él tras apartar la vista.

Le explicó que, después de escapar del Cónclave de Invierno el enero anterior, Faraday (a quien casi todos creían muerto) lo había llevado a su casa de la playa de la costa norte de Amazonia. Pero Rowan se había marchado al cabo de unas semanas.

—Tenía que irme —le dijo a Citra—. Sentí una… vocación. No sé cómo explicarlo.

Pero Citra sí lo sabía. Conocía aquella vocación. Sus mentes y cuerpos habían dedicado un año entero a entrenarse para convertirse en los asesinos perfectos de la sociedad. Acabar con las vidas de otros formaba parte de lo que eran. Y no podía culparlo por querer blandir sus armas contra la corrupción que estaba pudriendo la Guadaña; aun así, querer hacer algo y hacerlo de verdad eran dos cosas muy distintas. Existía un código de conducta. Los mandamientos de los segadores estaban ahí por algo. Sin ellos, las Guadañas de todas las regiones, de todos los continentes, se sumirían en el caos.

En vez de arrastrarlo a una discusión filosófica que no les llevaría a ninguna parte, Citra decidió cambiar de tema y dejar de hablar de sus acciones para hablar de él; porque no eran sólo sus actos lo que le preocupaba.

—Estás demasiado delgado. ¿Comes algo?

—¿Es que ahora eres mi madre?

—No —respondió con calma—. Soy tu amiga.

—Aaah —repuso él, algo apesadumbrado—, mi «amiga».

Sabía por dónde iba. La última vez que se habían visto, ambos dijeron las palabras que habían jurado no intercambiarse nunca. En el ardor de aquella situación tan desesperada como triunfal, él le dijo que la quería y ella reconoció que sí, que ella también a él.

Pero ¿de qué les servía eso ahora? Era como si existieran en dos universos distintos. Regodearse en tales sentimientos no los llevaría a nada bueno. Aun así, seguía dándole vueltas a la idea. Incluso consideró la posibilidad de repetirle aquellas palabras…, pero se mordió la lengua, como la buena segadora que era.

—¿Por qué estamos aquí, Rowan? ¿Por qué me has escrito la nota?

Él suspiró.

—Porque la Guadaña al final me encontrará. Quería verte por última vez antes de que sucediera. —Hizo una pausa para meditarlo—. Cuando me atrapen, ya sabes lo que pasará. Me cribarán.

—No pueden —le recordó ella—. Todavía tienes la inmunidad que te concedí.

—Sólo durante otros dos meses más. Después pueden hacerme lo que quieran.

Por mucho que Citra quisiera ofrecerle una chispa de esperanza, conocía la verdad tan bien como él: la Guadaña quería aniquilarlo. Ni siquiera los segadores de la vieja guardia aprobaban sus métodos.

—Entonces procura que no te atrapen. Y si ves a un segador con una túnica carmesí, huye.

—¿Una túnica carmesí?

—El segador Constantine. He oído que le han encargado la tarea de rastrearte y llevarte ante ellos.

—No lo conozco.

—Ni yo. Aunque lo he visto en el cónclave. Dirige la oficina de investigación de la Guadaña.

—¿Es del nuevo orden o de la vieja guardia?

—Ni lo uno ni lo otro. Está en una categoría propia. No parece tener amigos; no lo he visto hablar con otros segadores. No sé bien en qué cree, salvo, quizás, en la justicia… a toda costa.

Rowan se rio.

—¿La justicia? La Guadaña ya no sabe lo que es eso.

—Algunos sí lo sabemos, Rowan. Tengo que creer que, al final, prevalecerán la sabiduría y la justicia.

Él le tocó la mejilla. Ella se lo permitió.

—Yo también lo quiero creer, Citra. Quiero creer que la Guadaña es capaz de volver a ser lo que debería ser… Pero en ocasiones la oscuridad es necesaria como medio para conseguir un fin.

—¿Y tú eres esa oscuridad necesaria?

En lugar de responder, repuso:

—Adopté el nombre de Lucifer porque significa «el portador de luz».

—También es como la gente mortal llamaba al diablo.

—Supongo que el que lleva la antorcha es también el que proyecta la sombra más oscura —repuso él, encogiéndose de hombros.

—El que roba la antorcha, querrás decir.

—Bueno, al parecer puedo robar lo que quiera.

Citra no es esperaba aquella respuesta. Y lo había soltado de tal forma, tan de pasada, que la pilló por sorpresa.

—¿De qué hablas?

—Del Nimbo. Me lo permite todo. Y, como a ti, no me ha hablado ni respondido desde el día en que iniciamos el noviciado. Me trata como a un segador.

Citra tuvo que pararse a meditarlo. Recordó algo que no le había contado a Rowan. De hecho, algo que no le había contado a nadie. El Nimbo vivía según sus propias leyes y nunca las rompía, pero, a veces, encontraba la forma de sortearlas.

—Puede que el Nimbo no hable contigo, pero sí que habló conmigo —confesó.

El chico se giró hacia ella y se movió para intentar verle los ojos a pesar de las sombras, quizá pensando que bromeaba. Cuando se percató de que no era así, dijo:

—Eso es imposible.

—Eso creía yo también. Tuve que despachurrarme cuando el sumo dalle me acusó de matar al segador Faraday, ¿recuerdas? Y, mientras estaba morturienta, el Nimbo consiguió meterse en mi cabeza y activar mis procesos mentales. Técnicamente estaba muerta y, por tanto, no era una aprendiza de segadora, así que pudo hablar conmigo justo antes de que el corazón me latiera de nuevo.

Citra tenía que reconocer que era una forma muy elegante de esquivar las normas. Para ella fue un momento de asombro absoluto.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que yo era… importante.

—¿Importante en qué sentido?

Citra negó la cabeza, frustrada.

—Ese es el problema, que no me lo explicó. Creía que contarme más era una violación de las normas. —Se acercó a él. Le habló en voz más baja, pero, aun así, sus palabras eran más intensas, más solemnes—. Pero creo que de haber sido tú el que hubiera saltado de aquel edificio, de haber sido tú el que hubiera acabado morturiento, el Nimbo también habría hablado contigo. —Lo agarró del brazo. Era lo más parecido a abrazarlo que podía permitirse—. Creo que tú también eres importante, Rowan. De hecho, estoy convencida de ello. Así que, hagas lo que hagas, no permitas que te atrapen…

6

Justo castigo

La Historia nunca había sido la asignatura preferida de Rowan, aunque eso cambió durante su noviciado. Hasta entonces no lograba encontrar nada en su vida, ni siquiera en su posible futuro, que pudiera verse afectado por un pasado lejano, y menos con los extraños sucesos del pasado mortal. Sin embargo, durante su aprendizaje, los estudios históricos se centraban en los conceptos del deber, el honor y la integridad a lo largo de los tiempos. La filosofía y la psicología de los mejores momentos de la humanidad, desde su nacimiento hasta el presente. A Rowan le resultaba fascinante.

La historia estaba repleta de personas que se habían sacrificado por el bien común. En cierto sentido, los segadores eran así: renunciaban a sus esperanzas y sus sueños para convertirse en servidores de la sociedad. O, al menos, así eran los segadores que respetaban lo que simbolizaba la Guadaña.

Él habría sido de esa clase de segadores. Incluso después de las cicatrices dejadas por su brutal noviciado con Goddard, habría seguido siendo noble. No obstante, le negaron la oportunidad. Después se dio cuenta de que existía otra forma de servir a la Guadaña y a la humanidad.

Su total era de trece. Había acabado con las vidas de trece segadores de distintas regiones, todos ellos una vergüenza para los principios de la Guadaña.

Investigaba a sus sujetos a fondo, como Faraday le había enseñado, y elegía sin prejuicios. Era importante, porque su primer impulso habría sido dedicarse a los corruptos del nuevo orden, que eran los que abrazaban sin disimulo sus excesos y el placer de matar. Los segadores del nuevo orden presumían del abuso de su poder, como si fuera algo bueno, y normalizaban el mal comportamiento. Pero no tenían su monopolio. Algunos segadores de la vieja guardia y otros no alineados se habían convertido en hipócritas egoístas que hablaban de altos ideales mientras ocultaban sus oscuras acciones en las sombras.

El segador Brahms era el primer objetivo al que Rowan advertía. Aquel día se sentía magnánimo, y lo cierto es que le había gustado perdonar al

hombre. Eso le recordaba que no era como Goddard y sus seguidores, y también le ayudó a enfrentarse a Citra sin morir de vergüenza.

Mientras otros se preparaban para las vacaciones de Acción de Gracias, Rowan investigaba posibles sujetos, los espiaba y tomaba nota de sus acciones. Al segador Gehry le gustaban las reuniones secretas, aunque solían ser sobre fiestas y apuestas deportivas. El segador Hendrix se jactaba de actuaciones cuestionables, pero no era más que de boquilla; en realidad era muy moderado en sus cribas y las realizaba con la compasión correcta. Las cribas de la segadora Ride parecían brutales y sangrientas, pero sus sujetos siempre morían deprisa y sin sufrir. Pero el segador Renoir era una clara posibilidad.

Cuando regresó a su piso aquella tarde, supo que había alguien dentro antes de abrir la puerta porque el pomo estaba frío. Había conectado un chip refrigerador a la puerta para que se disparase si alguien giraba el pomo. No estaba lo bastante frío como para generar escarcha, aunque sí lo suficiente para saber que allí había estado alguien y que, probablemente, siguiera estándolo.

Contempló la posibilidad de huir, pero Rowan no era de los que evitaban las confrontaciones. Se metió la mano en la chaqueta y sacó un cuchillo; siempre llevaba un arma encima, incluso cuando no vestía la túnica negra, porque no sabía cuándo iba a tener que defenderse de los agentes de la Guadaña. Entró con precaución.

Su intruso no se escondía, sino que estaba sentado a la mesa de la cocina, comiendo un sándwich.

—Hola, Rowan —lo saludó Tyger Salazar—. Espero que no te importe, es que me ha entrado hambre mientras te esperaba.

El chico cerró la puerta y guardó el cuchillo antes de que Tyger lo viera.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Tyger? ¿Cómo me has encontrado?

—Eh, no me subestimes, que no soy tan estúpido. Recuerda que fui yo el que conocía al tío que te hizo el carné falso. Sólo tuve que preguntarle al Nimbo dónde estaba Ronald Daniels. Por supuesto, había montones de Ronald Daniels por ahí, así que tardé un poquito en encontrar al correcto.

En los días anteriores al noviciado de Rowan, Tyger Salazar había sido su mejor amigo, aunque esa clase de títulos significaban poco después de pasarse un año aprendiendo a matar. Suponía que así debían de sentirse los soldados de la edad mortal cuando regresaban a casa de la guerra. Las viejas amistades

quedaban atrapadas detrás de una brumosa cortina de experiencias que esos antiguos conocidos no compartían. Lo único que ellos tenían en común era una historia cada vez más lejana. Ahora Tyger era un juerguista profesional. Rowan no se imaginaba una profesión con la que pudiera identificarse menos.

—Pues podrías haberme avisado de que venías —dijo—. ¿Te han seguido?

Se dio cuenta de que aquella cuestión puntuaba bastante alto en su lista de preguntas estúpidas. Ni siquiera Tyger sería tan inútil como para aparecer en el piso de Rowan si pensara que lo seguían.

—Tranquilo, nadie sabe que estoy aquí. ¿Por qué siempre crees que todo el mundo va a por ti? ¿Por qué iba a perseguirte la Guadaña sólo porque no superaras el noviciado?

Rowan no respondió, sino que se acercó a la puerta del armario, que estaba entreabierta, y la cerró con la esperanza de que Tyger no hubiera mirado dentro y visto la túnica negra del segador Lucifer. Aunque tampoco habría entendido lo que veía: los ciudadanos normales no sabían nada de Lucifer. A la Guadaña se le daba muy bien evitar que sus acciones aparecieran en las noticias. Cuanto menos supiera su amigo, mejor, así que Rowan invocó la inmemorial frase para acabar con cualquier conversación:

—Si de verdad eres mi amigo, no preguntes.

—Sí, sí, hombre misterioso. —Levantó lo que quedaba de su sándwich—. Bueno, al menos sigues comiendo alimentos humanos.

—¿Qué quieres, Tyger? ¿Por qué has venido?

—¿Así le hablas a un amigo? Encima de que vengo, ya podías preguntarme cómo estoy, por lo menos.

—Bueno, ¿y cómo estás?

—Bastante bien, la verdad. Acabo de conseguir un trabajo en otra región, así que he venido a despedirme.

—¿Te refieres a un trabajo permanente relacionado con fiestas?

—No estoy seguro… Pero pagan mucho mejor que la agencia de fiestas para la que trabajaba. Y por fin podré ver algo de mundo. ¡Es en Texas!

—¿Texas? —Rowan se preocupó—. Tyger, allí hacen las cosas de una forma un poco… diferente. Todo el mundo dice: «No te metas con Texas». ¿Por qué quieres meterte con Texas?

—Bueno, es una región autónoma, ya ves tú. Que las regiones autónomas sean impredecibles no significa que sean malas. Ya me conoces: mi segundo nombre es «impredecible».

Rowan tuvo que reprimir una carcajada. Tyger era una de las personas más predecibles que conocía. Que se convirtiera en adicto a despachurrarse, que huyera para convertirse en fiestero profesional… Quizá se viera como un espíritu libre, pero no era cierto: se limitaba a definir las dimensiones de su propia jaula.

—Bueno, tú ten cuidado —le dijo, sabiendo que no lo tendría, aunque también que, hiciera lo que hiciera, aterrizaría de pie. «¿Alguna vez fui tan despreocupado como Tyger?», se preguntó. No, nunca; y era algo que envidiaba. Quizá por eso fueran amigos.

El momento se volvió algo incómodo… y algo más. Tyger se levantó, pero no para marcharse. Le quedaba algo por contar.

—Te traigo otra noticia. En realidad, por eso estoy aquí.

—¿Qué noticia?

Tyger siguió vacilando. Rowan se preparó porque supo que se trataría de algo malo.

—Siento tener que decírtelo, Rowan…, pero han cribado a tu padre.

El chico sintió que la tierra se movía ligeramente bajo sus pies. La gravedad pareció tirar de él en una dirección inesperada. No bastó para que perdiera el equilibrio, aunque lo dejó mareado.

—Rowan, ¿has oído lo que te he dicho?

—Te he oído —respondió él en voz baja.

Un millón de ideas y de sentimientos se le dispararon por el cuerpo y se cortocircuitaron entre sí hasta no saber ni qué pensaba ni qué sentía. A pesar de que no esperaba volver a ver nunca a su familia, saber que ya no existía esa opción, que su padre se había ido para siempre, que no estaba morturiento, sino muerto… Había visto muchas cribas y había acabado con trece personas él mismo, pero nunca había perdido a nadie tan cercano.

—No…, no puedo asistir al funeral —se percató Rowan—. La Guadaña enviará a agentes para buscarme.

—Si los había, no los vi —respondió su amigo—. El funeral fue la semana pasada.

El impacto fue tan potente como el de la noticia.

Tyger se encogió de hombros para disculparse.

—Como te decía, había una tonelada de Ronald Daniels. Tardé bastante en encontrarte.

Así que su padre llevaba muerto más de una semana. Y si Tyger no hubiera ido a decírselo, ni siquiera se habría enterado.

De repente, la verdad se fue abriendo paso despacio hasta su cerebro: no se trataba de un hecho fortuito.

Era una represalia.

Era el justo castigo por los actos del segador Lucifer.

—¿Qué segador lo cribó? —preguntó Rowan—. ¡Tengo que saber quién lo hizo!

—No lo sé. Obligó al resto de tu familia a guardar silencio. Es algo que los segadores hacen a veces; lo sabrás mejor que nadie.

—Pero ¿les concedió la inmunidad a los demás?

—Por supuesto A tu madre, a tus hermanos y a tus hermanas, como se supone que deben hacer los segadores.

Rowan se alejó unos pasos; sintió el impulso de pegar a Tyger por su completa ignorancia, pero sabía que no era culpa suya. No era más que el mensajero. El resto de su familia sería inmune… durante un año. El que había cribado a su padre podría elegir después a su madre y sus hermanos, uno al año, hasta acabar con toda su familia. Era el precio de convertirse en el segador Lucifer.

—¡Es culpa mía! ¡Lo han hecho por mí!

—Rowan, ¿te estás escuchando? ¡No todo tiene que ver contigo! Sea lo que sea que hicieras para cabrear a la Guadaña, no van a ir a por tu familia por eso. Los segadores no son así. No guardan rencor. Son personas sabias.

¿Qué sentido tenía discutírselo? No lo comprendería nunca y, probablemente, no debería hacerlo. Quizá viviera miles de años siendo un feliz juerguista profesional sin ni siquiera ser consciente de lo mezquinos, vengativos, lo… humanos que podían llegar a ser los segadores.

Rowan no podía quedarse allí. Aunque no hubiera seguido a Tyger, la Guadaña acabaría por rastrear sus pasos. Hasta donde él sabía, cabía la posibilidad de que hubiera un equipo de camino a detenerlo.

Los dos amigos se despidieron y Rowan lo sacó de allí a toda velocidad. El también se fue unos minutos después; no se llevó nada más que una mochila llena de armas y su túnica negra.

7

Flacucho pero con potencial

¡Tyger Salazar iba a triunfar!

Tras toda una vida de perder el tiempo y ocupar espacio, ¡ahora le pagaban para perder el tiempo y ocupar espacio como un profesional! No se imaginaba nada mejor; además, con tanto codearse con segadores, sabía que tarde o temprano uno de ellos se fijaría en él. Suponía que quizá le ofrecieran besar un anillo para otorgarle un año de inmunidad. Nunca se le había pasado por la cabeza que uno de ellos lo contratara para un puesto permanente. ¡Y mucho menos un segador de otra región!

«Nos entretuviste en una fiesta el año pasado —le había dicho la mujer del teléfono—. Nos gusta tu estilo».

Le ofreció más del doble de lo que ganaba, le dio una dirección, una fecha y una hora a la que presentarse.

Cuando se bajó del tren, supo de inmediato que ya no estaba en Midmérica. En la región de Texas, el idioma oficial era el inglés mortal, que allí hablaban con una especie de acento melódico. Era lo bastante parecido al común como para que Tyger lo entendiera, pero esforzarse tanto le había dejado el cerebro agotado. Era como escuchar a Shakespeare.

La gente se vestía de una forma un poco distinta y caminaba con un leve contoneo al que no le costaría acostumbrarse. Se preguntó cuánto tiempo pasaría allí. Si era el suficiente, se compraría el coche que sus padres nunca le habían querido regalar y así no tendría que ir en publicoche a todas partes.

La reunión era en una ciudad llamada San Antonio y la dirección resultó ser en el ático de un rascacielos que daba a un pequeño río. Supuso que ya estarían de fiesta. De fiesta perpetua. No podría haberse equivocado más.

La persona que lo recibió en la puerta no fue un sirviente, sino una segadora, una mujer de cabello oscuro y ligera ascendencia panasiática que le resultaba familiar.

—Tyger Salazar, supongo.

—Supone bien.

Entró en el piso. La decoración era barroca, como ya se esperaba. Lo que no se imaginaba era la completa ausencia de otros invitados. Pero, como una

vez le dijo a Rowan, él se dejaba llevar. Se adaptaría a lo que fuera que se encontrara.

Pensó que la mujer le ofrecería comida o, quizás, algo de beber después de su largo viaje, pero no lo hizo, sino que lo examinó de arriba abajo como si fuera ganado en una subasta.

—Me gusta su túnica —comentó él, ya que los halagos nunca están de más.

—Gracias. Quítate la camisa, por favor.

Tyger suspiró. Así que iba a ser… esa clase de encuentro. De nuevo, no podría haberse equivocado más.

Cuando se la quitó, ella lo observó aún más de cerca. Le pidió que flexionara los bíceps y comprobó su solidez.

—Flacucho —dijo— pero con potencial.

—¿Qué quiere decir con flacucho? ¡Si entreno!

—No lo bastante, aunque eso se arregla fácilmente. —Después retrocedió, lo evaluó durante otro instante y añadió—: En cuanto a físico, no serías la primera opción de nadie, pero dadas las circunstancias, eres perfecto.

Tyger esperaba que le contara más; no fue así.

—¿Perfecto para qué?

—Lo sabrás cuando llegue el momento de que lo sepas.

Y entonces, por fin, todo encajó y la emoción lo recorrió como una descarga eléctrica.

—¡Me va a elegir como aprendiz!

Por primera vez, ella sonrió.

—Sí, es una forma de verlo —respondió.

—¡Es la mejor noticia del mundo! No la decepcionaré. Aprendo deprisa… y soy listo. Bueno, no listo en los estudios, pero que eso no la engañe. ¡Tengo tanto cerebro que se me sale por las orejas!

Ella dio un paso hacia él y sonrió. Las esmeraldas de su túnica verde vivo reflejaron la luz y lanzaron destellos.

—Para este noviciado no te va a hacer falta el cerebro —dijo la segadora Rand—, créeme.

8

Bajo ninguna circunstancia

Greyson Tolliver amaba al Nimbo. La mayoría de la gente lo amaba, porque ¿cómo no iban a hacerlo? No empleaba artimañas, no albergaba malicia ni tenía intenciones ocultas y siempre sabía justo lo que decir. Existía simultáneamente en todas partes, en todos los ordenadores del mundo. Estaba en casa de todos, como una invisible mano protectora sobre el hombro. Y aunque era capaz de hablar con más de mil millones de personas a la vez sin minar su consciencia, conseguía que cada una de esas personas pensara que recibía su completa atención.

El Nimbo era el mejor amigo de Greyson, sobre todo porque lo había educado. Sus padres eran «padres en serie»: adoraban la idea de tener descendencia, pero odiaban criarla. Greyson y sus hermanas eran la quinta familia de su padre y la tercera de su madre. Se habían cansado deprisa de aquel nuevo lote de prole y, en cuanto empezaron a eludir sus responsabilidades paternales, el Nimbo se había encargado del problema: ayudaba a Greyson con los deberes, le aconsejó sobre cómo comportarse y qué vestir en su primera cita y, aunque no podía aparecer como presencia física en su graduación del instituto, sí que le sacó fotos desde todos los ángulos posibles y procuró que se encontrara con una buena comida esperándolo en casa. Era mucho más de lo que podía decirse de sus padres, que estaban de viaje gastronómico en Panasia. Ni siquiera sus hermanas fueron a verlo. Cada una estaba en una universidad distinta y era la semana de los exámenes finales. Dejaron claro que pretender que asistiera a su graduación era puro egoísmo por parte de Greyson.

Sin embargo, el Nimbo estuvo allí para él, como siempre.

—Estoy muy orgulloso de ti, Greyson —le había dicho.

—¿Le has dicho lo mismo a los otros millones de personas que se graduaban hoy?

—Sólo a aquellas de las que estoy verdaderamente orgulloso —respondió —. Y tú, Greyson, eres más especial de lo que imaginas.

Greyson Tolliver no creyó que fuese especial. No había prueba alguna que indicara que no fuera un tipo corriente. Supuso que el Nimbo quería

reconfortarlo, como era su costumbre.

No obstante, el Nimbo siempre lo decía todo muy en serio.

A Greyson no lo obligaron ni influyeron en él para que dedicara su vida a servir al Nimbo. Fue por elección propia. Albergaba en el corazón el deseo de trabajar para la Interfaz con la Autoridad como agente del Cúmulo desde hacía años. Nunca se lo contó al Nimbo por miedo a que no quisiera aprobarlo o a que intentara convencerlo de lo contrario. Cuando por fin presentó su solicitud para la Academia Midmericana del Cúmulo, el Nimbo se limitó a decir: «Me agrada». Después lo puso en contacto con otros adolescentes de inclinaciones similares de su barrio y alrededores.

Su experiencia con aquellos críos no fue lo que esperaba. Le resultaron aburridos hasta decir basta.

—¿Es así como me ve la gente? —le había preguntado al Nimbo—. ¿Soy tan aburrido como ellos?

—No creo que lo seas. Verás, muchos acuden a trabajar para la Interfaz con la Autoridad porque les falta creatividad para encontrar una profesión realmente estimulante. Otros se sienten impotentes y necesitan experimentar el poder de esa forma indirecta. Estos son los apagados, los aburridos, los que al final se convierten en los agentes menos efectivos del Cúmulo. Es menos frecuente encontrar a gente como tú, cuyo deseo de servir forma parte de su personalidad.

El Nimbo estaba en lo cierto: Greyson quería servir y quería hacerlo sin motivos ulteriores. No buscaba poder ni prestigio. Cierto, le gustaba la idea de llevar los elegantes trajes grises y las corbatas celestes que lucían todos los agentes del Cúmulo, aunque esa no era su motivación, ni de lejos. La explicación era, simplemente, que el Nimbo había hecho tanto por él que deseaba devolverle parte del favor. No se imaginaba una vocación mayor que ser su representante y ayudarlo a mantener el planeta y trabajar para la mejora de la humanidad.

Mientras que a los segadores los creaban o destruían en un periodo de aprendizaje de un año, convertirse en un agente del Cúmulo era un proceso de cinco años: cuatro de estudio seguidos de uno de trabajo de campo como agente auxiliar.

Greyson estaba preparado para dedicarse a sus cinco años de preparación, pero cuando apenas habían transcurrido dos meses de sus estudios en la Academia Midmericana del Cúmulo descubrió que le habían bloqueado el

camino. Su horario, que consistía en clases de historia, filosofía, teoría digital y derecho, de repente se había quedado en blanco. Por motivos desconocidos, lo habían echado de todas sus clases. ¿Había sido un error? ¿Cómo era posible? El Nimbo no cometía errores. Razonó que, quizá, los horarios los prepararan manos humanas y pudieran estar sujetos a errores humanos. Así que se dirigió a la secretaría de la escuela con la esperanza de llegar al fondo del asunto.

—No —respondió el secretario sin sorpresa ni compasión—. No hay error. Aquí dice que no estás matriculado en ninguna clase. Aunque hay un mensaje en tu ficha.

El mensaje era sencillo e inequívoco: Greyson Tolliver debía presentarse de inmediato en la sede central de la Interfaz con la Autoridad.

—¿Para qué? —preguntó, pero el secretario no le ofreció más que un encogimiento de hombros y una mirada por encima del hombro para atender a la siguiente persona de la fila.

Aunque el Nimbo en sí no necesitaba una sede, sus colegas humanos sí. En todas las ciudades, en todas las regiones había una Oficina de la Interfaz con la Autoridad en la que miles de agentes trabajaban para mantener el mundo… y hacían bien su trabajo. El Nimbo había logrado algo único en la historia de la humanidad: una burocracia que de verdad funcionaba.

Las oficinas de la Interfaz con la Autoridad o LA, como solían llamarla, no eran ni excesivamente recargadas ni tampoco notablemente austeras. Cada ciudad tenía un edificio en armonía con su entorno arquitectónico. De hecho, resultaba sencillo descubrir cuál era la sede de la LA con tan sólo buscar el edificio que parecía más integrado.

En Fulcrum City, la capital de Midmérica, se trataba de un bloque de granito blanco y cristal azul oscuro. Con sesenta y siete plantas, tenía la altura media del centro. Una vez los agentes del Cúmulo midmericanos intentaron convencer al Nimbo de que construir un edificio más alto quizás impresionara a la población e incluso al mundo.

«No pretendo impresionar —respondió el Nimbo a sus decepcionados agentes—. Y si sentís la necesidad de que la Interfaz con la Autoridad destaque en el mundo, quizá deberíais revaluar vuestras prioridades».

Tras la oportuna regañina, los agentes del Cúmulo midmericanos regresaron al trabajo con el proverbial rabo entre las piernas. El Nimbo era

poder sin soberbia. Su naturaleza incorruptible alentó a los agentes, a pesar de la decepción.

Greyson se sintió fuera de lugar al entrar por las puertas giratorias al vestíbulo de mármol pulido; era un mármol gris claro, del mismo color que los trajes que lo rodeaban. Él no tenía ningún traje que vestir. Lo más parecido que había encontrado eran unos pantalones algo arrugados, una camisa blanca y una corbata verde que se empeñaba en torcerse por mucho que intentara enderezarla.

El Nimbo le había regalado la corbata unos meses atrás. Se preguntó si, incluso entonces, sabría que lo convocarían a esta reunión.

La agente novata que lo esperaba lo saludó en recepción. Era agradable y alegre, y le estrechó la mano con un leve exceso de energía.

—Acabo de empezar mi año de trabajo de campo —le explicó ella—. Debo decir que nunca había oído que invitaran a un novato a la sede.

No dejaba de sacudirle la mano mientras hablaba. Empezó a resultar incómodo, y Greyson se preguntó qué sería peor, si permitir que siguiera subiéndole y bajándole la mano o retirarla él. Al final decidió rescatar su mano fingiendo que le picaba la nariz.

—O has hecho algo muy bueno o algo muy malo —comentó la agente.

—No he hecho nada de nada —respondió él, aunque estaba claro que la otra no se lo creía.

Lo condujo a un salón cómodo con dos sillas de cuero y respaldo alto, una estantería con volúmenes clásicos y chismes genéricos, y, en el centro, una mesita sobre la que habían colocado una bandeja de plata con pastas y una jarra de agua helada. Era una «sala de audiencias» típica, diseñada para cuando era necesario un toque humano en las relaciones con el Nimbo. Eso inquietó a Greyson, porque él siempre hablaba con el Nimbo directamente. Ni se imaginaba de qué iba aquello.

Unos minutos después, un esbelto agente del Cúmulo que ya parecía cansado a pesar de que apenas había empezado el día entró y se presentó como el agente Traxler. Pertenecía a la primera categoría de la que le había hablado el Nimbo: los faltos de inspiración.

Se sentó frente al chico e inició la obligatoria charla trivial.

—Espero que hayas tenido buen viaje y bla, bla, bla. Coge una pasta, son muy buenas y bla, bla, bla.

Greyson estaba convencido de que les decía exactamente lo mismo a todas las personas con las que hablaba allí. Al final fue al grano.

—¿Te imaginas por qué te han pedido que vinieras?

—No.

—Sí, supongo que es lo normal.

«Entonces, ¿para qué me lo preguntas?», pensó Greyson, aunque no se atrevió a decirlo en voz alta.

—Te han llamado porque el Nimbo deseaba que te recordara las reglas de nuestra agencia con respecto a la Guadaña.

El chico se sintió insultado y no se molestó en ocultarlo.

—Conozco las reglas.

—Sí, pero el Nimbo deseaba que te las recordara.

—¿Por qué no me las ha recordado él?

El agente Traxler dejó escapar un suspiro de impaciencia. Uno que seguro que repetía a menudo.

—Como he dicho, el Nimbo deseaba que yo te las recordara.

Aquello no iba a ninguna parte.

—De acuerdo —dijo, y se dio cuenta de que la frustración lo había impulsado a cruzar la línea y mostrarse grosero, así que dio marcha atrás—. Agradezco que se haya tomado un interés personal en el asunto, agente Traxler. Me doy por informado.

Él fue a coger su tablet.

—¿Podemos repasar las reglas?

Greyson respiró hondo, despacio, porque temía que se le escapara un grito. ¿En qué estaba pensando el Nimbo? Cuando llegara a su habitación de la residencia hablaría largo y tendido con él. No le importaba discutir con el Nimbo. De hecho, lo hacían con asiduidad. Por supuesto, el Nimbo siempre ganaba; incluso cuando perdía, porque Greyson sabía que perdía la discusión adrede.

—Cláusula uno de la Separación entre Guadaña y Estado… —empezó Traxler, y siguió leyendo casi una hora, parándose de vez en cuando para decirle a Greyson: «¿Sigues escuchando?» o «¿Lo has entendido?».

Greyson asentía con la cabeza o decía que sí, o, cuando le parecía oportuno, repetía palabra por palabra lo que había dicho Traxler.

Cuando el agente terminó, en lugar de dejar la tablet, abrió dos imágenes.

—Ahora, una prueba —dijo, y le enseñó las imágenes.

La primera la reconoció de inmediato: era la segadora Curie; su larga melena plateada y su túnica de color lavanda lo dejaban claro. La segunda era una chica de su edad. Por la túnica turquesa, también se trataba de una segadora.

—Si el Nimbo tuviera permiso legal para hacerlo, advertiría a la segadora Curie y a la segadora Anastasia de que sus vidas corren un peligro real —dijo el agente—. La clase de peligro que no admite reanimación posterior. Si el Nimbo o uno de sus agentes se lo advirtiera, ¿qué cláusula de la Separación entre Guadaña y Estado estaría violando?

—Pues… la cláusula quince, párrafo dos.

—De hecho, la quince, párrafo tres, pero con eso vale. —Dejó la tablet—. ¿A qué consecuencias se enfrentaría un estudiante de la Academia del Cúmulo si advirtiera a las dos segadoras de esta amenaza?

Greyson no dijo nada durante un momento; la idea de las consecuencias bastaba para helarle la sangre.

—Expulsión de la academia.

—Expulsión permanente. Ese estudiante no podría volver a solicitar su admisión a esa Academia del Cúmulo ni a ninguna otra. Nunca.

El chico miró las pastitas verdes. Se alegraba de no haber comido ninguna porque, de lo contrario, podría habérselas potado encima en la cara al agente Traxler. Por otro lado, se habría sentido mucho mejor de haberlo hecho. Se imaginaba el rostro contraído del agente chorreando vómito. Casi bastó para arrancarle una sonrisa. Casi.

—Entonces, ¿tenemos claro que no puedes advertir del peligro a las segadoras Curie y Anastasia, bajo ninguna circunstancia?

Greyson se encogió de hombros, aunque sin sentirlo.

—¿Cómo iba a hacerlo? Ni siquiera sé dónde viven.

—Viven en la famosa residencia histórica llamada Casa de la Cascada, cuya dirección es fácil encontrar —le respondió el agente; después añadió, como si Greyson no lo hubiera oído la primera vez—. Si las avisaras de la amenaza que ahora conoces, te enfrentarías a las consecuencias que hemos mencionado.

Dicho lo cual, el agente Traxler se marchó a toda prisa, sin tan siquiera despedirse, para preparar la siguiente audiencia.

Ya había oscurecido cuando Greyson llegó a su habitación de la residencia. Su compañero, un joven casi tan entusiasta como la agente novata del Cúmulo que le había estrechado la mano, no cerraba la boca. Al chico le entraron ganas de abofetearlo.

—Mi profesora de ética acaba de mandarnos un análisis de juicios de la época mortal. A mí me ha tocado algo llamado Brown contra la Junta Escolar,

que no sé ni lo que es. Y mi profesor de teoría digital quiere que escriba un trabajo sobre Bill Gates, no el segador, sino el tío original. Y no me hagas hablar de la clase de filosofía…

Greyson permitió que siguiera parloteando, aunque dejó de escuchar y se dedicó a repasar de nuevo mentalmente todo lo sucedido en la IA, como si al revaluarlo pudiera cambiarlo de algún modo. Sabía lo que se esperaba e él. El Nimbo no podía romper la ley, pero él sí. Por supuesto, como había señalado el agente Traxler, las consecuencias serían graves. Maldijo su conciencia, porque, siendo como era, ¿cómo no iba a advertir a las segadoras Anastasia y Curie, fueran cuales fueran las consecuencias?

—¿Te han puesto deberes hoy? —le preguntó su parlanchín compañero de cuarto.

—No —respondió sin más—. Me han dado lo contrario a deberes.

—Qué suerte.

Por el motivo que fuera, Greyson no se sentía nada afortunado.

9

La primera baja

La familia Terranova siempre había comido un pavo de cuatro pechugas en Acción de Gracias porque todos preferían la carne magra. Un pavo de cuatro pechugas no tenía muslos. Así que sus pavos de Acción de Gracias, aparte de no poder volar cuando estaban vivos, tampoco podían caminar.

De niña, Citra siempre se había sentido mal por ellos, por mucho que el Nimbo pusiera todo su empeño en asegurarse de que aquellas aves (y todo el ganado) recibieran un trato humano. Había visto un vídeo sobre el tema en tercero. Desde el momento en que salían del cascarón, quedaban suspendidos en un gel cálido y sus cerebritos se conectaban a un ordenador que generaba para ellos una realidad artificial en la que experimentaban el vuelo, la libertad, la reproducción y todas las cosas que satisfarían a un pavo.

A ella le había parecido tan gracioso como increíblemente triste. Le había preguntado al respecto al Nimbo porque, en aquellos días, antes de elegir la Guadaña, podía hablar con él.

—He volado con ellos por encima de las grandes extensiones verdes de los bosques templados —le contó el Nimbo—. Aunque, sí, es triste vivir y morir sin conocer la verdad de la propia existencia. Para nosotros, claro. No para ellos.

En fin, no sabía si el pavo de Acción de Gracias de aquel año había disfrutado de una vida virtual satisfactoria, pero al menos su fallecimiento servía a un propósito.

Citra llegó vestida con su túnica de segadora. Había visitado su casa varias veces desde que iniciara su servicio, pero solía ser una de las pocas ocasiones en las que sentía la necesidad de ser Citra Terranova, así que, antes de ese día, había ido vestida con su ropa de calle. Aunque sabía que era un comportamiento infantil, al tratarse del seno de su familia, ¿no tenía derecho a seguir haciendo de niña? Quizás. Aun así, debía dejarlo tarde o temprano. Aquel era un momento tan bueno como cualquier otro.

Su madre estuvo a punto de gritar al abrir la puerta, pero la abrazó de todos modos. La chica se puso rígida un instante, hasta que recordó que no llevaba armas en los muchos bolsillos secretos de la túnica. Eso aligeraba bastante la prenda.

—Es preciosa —le dijo su madre.

—No sé si resulta muy apropiado llamar «preciosa» a la túnica de una segadora.

—Bueno, pues lo es. Me gusta el color.

—Lo elegí yo —anunció su hermano menor, Ben, con orgullo—. Yo fui el que le dijo que debería ser turquesa.

—¡Es verdad! —exclamó Citra, sonriendo, antes de darle un abrazo; se contuvo para no decirle lo mucho que había crecido desde su última visita, tres meses atrás.

Su padre, un entusiasta de los deportes clásicos, veía un vídeo de archivo sobre un partido de fútbol americano de la edad mortal, que se parecía mucho al deporte que practicaban en la actualidad, aunque, por lo que fuera, resultaba más emocionante. Le dio al botón de pausa para dedicarle a su hija toda su atención.

—¿Cómo es vivir con la segadora Curie? ¿Te trata bien?

—Sí, muy bien. Nos hemos hecho buenas amigas.

—¿Duermes bien?

A Citra le pareció una pregunta extraña hasta que se percató de qué era lo que le preguntaba en realidad.

—Me he acostumbrado a mi trabajo. Duermo bien por las noches.

Lo que no era del todo cierto, pero la verdad sobre tales asuntos no le haría ningún bien a nadie.

Charló sobre trivialidades con su padre hasta que se quedaron sin temas de conversación. Lo que ocurrió al cabo de cinco minutos.

Aquel año eran sólo cuatro para la cena de Acción de Gracias. Aunque los Terranova tenían hordas de parientes por ambos lados y muchos amigos, Citra les había pedido que esa vez no aceptaran ni extendieran invitaciones.

—Si no invitamos a nadie, nos van a montar un drama —comentó su madre.

—Vale, pues invítalos y diles que los segadores están obligados a cribar a uno de los invitados en Acción de Gracias.

—¿Es eso cierto?

—Claro que no. Pero ellos no tienen por qué saberlo.

La segadora Curie le había advertido a la chica de algo llamado «oportunismo festivo». Los parientes y los amigos de la familia revolotearían como moscas alrededor de Citra en busca de su favor. «Siempre fuiste mi sobrina preferida», le dirían. O: «Hemos traído este regalo sólo para ti».

—Todas las personas de tu vida esperarán que les concedas la inmunidad —le había advertido Curie—. Y esa expectativa no tardará en convertirse en resentimiento cuando no la reciban. No sólo contra ti, sino también contra tus padres y tu hermano, porque ellos ahora tienen inmunidad mientras tú sigas viva.

Citra decidió que lo mejor era evitar a toda aquella gente.

Entró en la cocina para ayudar a su madre a preparar la comida. Al ser ingeniera de síntesis alimentaria, parte de las guarniciones eran prototipos beta de nuevos productos. La mujer, por la fuerza de la costumbre, le dijo a su hija que tuviera cuidado al picar la cebolla.

—Creo que sé manejarme con un cuchillo —respondió Citra, aunque después se arrepintió porque su madre guardó silencio, así que intentó darle otro sentido a lo que acababa de soltar—. Me refiero a que la segadora Curie y yo siempre preparamos una comida para la familia de sus sujetos de criba. Me he convertido en una *sous chef* bastante buena.

Al parecer, aquello era incluso peor.

—Vaya, qué bien —respondió su madre en un tono frío que dejaba claro que no le parecía nada bien.

No era sólo porque la segadora le disgustara en general, sino por celos. Curie había sustituido a Jenny Terranova en la vida de Citra, y las dos lo sabían.

Sirvieron la comida. Su padre trinchó el pavo y, aunque Citra sabía que a ella se le habría dado mucho mejor, no se ofreció a hacerlo.

Había comida más que de sobra. La mesa prometía dejarles comida guardada hasta que no pudieran pronunciar la palabra pavo de puro asco. Citra siempre había comido deprisa, pero Curie insistía en que frenara para disfrutar de su sentido del gusto; así que ahora que era la segadora Anastasia, comía despacio. Se preguntó si sus padres se habrían percatado de aquellos pequeños cambios.

Citra creía que la cena transcurriría sin percances, pero, a la mitad, su madre decidió crear uno.

—He oído que ese chico con el que hiciste tu noviciado ha desaparecido —dijo.

La chica cogió una buena cucharada de una sustancia morada que sabía a puré de patatas genéticamente combinado con pitaya. Odiaba que sus padres, desde el principio, se refirieran a Rowan como «ese chico».

—Yo he oído que se ha vuelto loco o algo —añadió Ben con la boca llena de comida—. Y como era casi un segador, el Nimbo tiene prohibido arreglarlo.

—¡Ben! —exclamó su padre—. No vamos a hablar de eso durante la cena.

Aunque mantuvo los ojos clavados en su hermano, Citra sabía que, en realidad, se dirigía a su madre.

—Bueno, me alegro de que ya no te relaciones con él —dijo Jenny. Y como su hija no respondía, no le quedó más remedio que insistir—: Sé que los dos erais íntimos durante el noviciado.

—No éramos íntimos —respondió Citra—. No éramos nada.

Y le costó más reconocerlo de lo que sus padres se imaginaban. ¿Cómo iban a mantener relación alguna si se les había obligado a convertirse en enemigos mortales? Incluso después, cuando a él lo perseguían y ella cargaba con la responsabilidad de pertenecer a la siega, ¿cómo iba a haber entre ellos algo más que anhelo?

—Si sabes lo que te conviene, Citra, mantendrás las distancias con ese chico —insistió su madre—. Olvida que lo conocías o te arrepentirás.

Entonces, su padre suspiró y se rindió en su empeño por cambiar de tema.

—Tu madre tiene razón, cielo. Te eligieron a ti en vez de a él por un motivo…

Citra dejó que el cuchillo cayera sobre la mesa, no porque temiera usarlo, sino porque la segadora Curie le había enseñado a no blandir nunca un arma cuando estuviera enfadada, por mucho que el arma no fuera más que un cuchillo de mesa. Intentó escoger sus palabras con cuidado, pero quizá no con el suficiente.

—Soy una segadora —les dijo con fría seriedad—. Puede que sea vuestra hija, pero deberías demostrarme el respeto que exige mi profesión.

Los ojos de Ben la miraron con el mismo dolor que la noche en que había tenido que atravesarle el corazón con un cuchillo.

—Entonces, ¿ahora tenemos que llamarte todos segadora Anastasia? —le preguntó.

—Claro que no.

—No, sólo… su señoría —le soltó su madre.

Entonces fue cuando recordó lo que le había dicho una vez el segador Faraday: «La familia es la primera baja de la siega».

No se habló de nada más durante el resto de la cena y, en cuanto se recogieron los platos y se metieron en el lavavajillas, Citra anunció:

—Creo que debería irme ya.

Sus padres no intentaron convencerla de lo contrario. El momento era tan incómodo para ellos como para ella. Su madre ya no parecía sentir rencor, sino resignación. Tenía lágrimas en los ojos, aunque procuró ocultarlas a toda prisa abrazando con mucha fuerza a su hija para que no las viera; no le funcionó.

—Vuelve pronto, cielo —le dijo su madre—. Este sigue siendo tu hogar.

Pero ya no lo era, y todos lo sabían.

—Voy a aprender a conducir, me da igual cuántas veces muera en el proceso.

Un día después de Acción de Gracias, Anastasia (y aquella vez sí que era Anastasia) estaba más decidida que nunca a ponerse detrás del volante de su propio destino. La incómoda comida con su familia le había recordado que necesitaba poner distancia entre lo que era antes y lo que era ahora. La colegiala que iba por ahí en publicoches debía quedarse atrás si pretendía estar a la altura de su puesto actual.

—Hoy nos llevarás tú a las cribas —le dijo Marie.

—Puedo hacerlo —respondió ella, por mucho que no se sintiera tan segura como sonaba. En su última clase habían acabado en la cuneta.

—Van a ser carreteras comarcales —la tranquilizó Marie cuando se dirigían al coche—, así que pondrás a prueba tus habilidades sin que peligre la vida de casi nadie.

—Somos segadoras. Nosotras somos el peligro.

El pueblo que habían elegido llevaba más de un año sin presenciar una criba. Aquel día habría dos. La de la segadora Curie sería rápida, mientras que la de la segadora Anastasia llegaría con un mes de retraso. Habían encontrado el equilibrio en sus excursiones conjuntas.

Salieron del garaje de la Casa de la Cascada con ritmo vacilante porque Citra todavía se enredaba con la transmisión manual del Porsche. El concepto de embrague le parecía un castigo medieval.

—¿Qué sentido tiene ponerle tres pedales? —se quejó—. Las personas sólo tienen dos pies.

—Imagínate que es un piano, Anastasia.

—Odio el piano.

Las pullas la tranquilizaron, y su conducción mejoraba con cada queja. Aun así, estaba iniciando el camino de ascenso en su curva de aprendizaje, así que todo podría haber salido de un modo muy distinto de haber estado conduciendo la segadora Curie.

Cuando apenas llevaban medio kilómetro por la serpenteante carretera privada que salía de su casa, una figura salió del bosque y saltó delante de ellas.

—¡Quiere despachurrarse! —gritó la segadora Curie.

La última moda entre los adolescentes que buscaban emociones fuertes consistía en imitar a los bichos que se estampaban contra los parabrisas. No se trataba de un reto fácil, puesto que costaba pillar por sorpresa un coche conectado a la red… y los que estaban desconectados de la red solían ser conductores expertos. De haber estado al volante Curie, habría esquivado con facilidad al despachurrado en potencia y habría seguido su camino sin darle más vueltas al asunto. Pero Citra no contaba con ninguno de los reflejos requeridos para eso, así que se le paralizaron las manos sobre el volante y, aunque intentó pisar el freno, se las apañó para darle al odioso embrague. Se estrellaron contra el joven, que rebotó en el capó, les agrietó el parabrisas y pasó por encima del techo del coche. Ya había aterrizado detrás de ellas cuando Curie encontró el freno y pararon con un chirrido.

—¡Mierda!

Curie respiró hondo.

—Eso, Anastasia, te habría supuesto suspender el examen de conducir de la edad mortal, sin duda.

Salieron del vehículo y, mientras Curie examinaba los daños de su Porsche, Citra corrió hacia el despachurrado decidida a dejarle muy clarito lo que pensaba. Su primera salida real tras el volante, ¡y un atontado se la tenía que fastidiar!

Seguía vivo a duras penas y parecía sufrir un dolor atroz, aunque Citra sabía que sus nanobots analgésicos habían entrado en acción en cuanto golpeó el coche; además, los que se despachurraban contra los coches siempre tenían ajustados sus nanobots al máximo para experimentar todo el daño posible con las mínimas molestias. Sus nanobots sanadores ya estaban intentando repararlo, pero sólo servían para prolongar lo inevitable: estaría morturiento en menos de un minuto.

—¿Satisfecho? —le preguntó la chica al acercarse—. ¿Ya has disfrutado de un momento de emoción a nuestra costa? Somos segadoras, ¿sabes?

Debería cribarte antes de que llegue el ambudrón.

Que no pensaba hacerlo, pero podría.

El la miró a los ojos. Citra esperaba que la mirara muy pagado de sí mismo, pero parecía más desesperado que otra cosa. Eso era algo nuevo.

—B… B… Bu… —dijo el chico con la boca inflamada.

—¿Bu? ¿En serio? Lo siento, pero Halloween fue hace un mes.

Entonces, él le agarró la túnica con una mano ensangrentada y tiro de ella con más fuerza de la que la segadora le suponía. Tropezó con el dobladillo y cayó de rodillas.

—Bo… Bom… Bom… b…

Entonces dejó caer la mano y se quedó sin vida. Tenía los ojos abiertos, pero Citra había visto muertos de sobra para saber que se había ido.

Incluso allí fuera, en el bosque, no tardaría en aparecer un ambudrón para recogerlo. Flotaban por todas partes, aunque fueran zonas poco pobladas.

—Qué contrariedad —se lamentó la segadora Curie cuando Citra regresó con ella—. Estará de pie y en marcha mucho antes de que puedan arreglarme el coche… Y encima presumirá de haberse despachurrado contra un par de segadoras.

A pesar de todo, algo inquietaba a Citra. No sabía por qué. Quizá fuera por la mirada del chico. O quizá por lo desesperado que sonaba. No tenía el aspecto que ella le suponía a los que se dedicaban a despachurrarse en la carretera. Tuvo que parar un momento, lo suficiente para darle vueltas a qué era lo que fallaba en aquella situación. Miró a su alrededor y entonces lo vio: un fino cable extendido de un lado a otro de la carretera, a menos de tres metros de donde habían frenado.

—¿Marie? Mira esto…

Las dos se acercaron al cable, que estaba estirado de un árbol a otro. Fue entonces cuando comprendió lo que le intentaba decir el chico: «Bomba».

Siguieron el cable hasta el árbol de la izquierda y, efectivamente, detrás del árbol había un detonador con suficientes explosivos como para abrir un cráter de treinta metros de diámetro. Citra se quedó sin aliento y tuvo que respirar hondo. El rostro de la segadora Curie no cambió; siguió estoica.

—Sube al coche, Citra.

Citra no se lo discutió. Que a Marie se le hubiera olvidado llamarla Anastasia revelaba lo preocupada que estaba en realidad.

La segadora de más edad se puso esta vez detrás del volante. El capó estaba abollado, pero el coche arrancó. Retrocedieron procurando no atropellar al chico de la carretera. Entonces, una sombra cayó sobre ellas.

Citra estuvo a punto de gritar antes de darse cuenta de que no era más que el ambudrón que acudía a recoger al accidentado. La máquina no les hizo caso y se puso a lo suyo.

Sólo había una residencia en aquella carretera (sólo dos personas podrían haber conducido por allí aquella mañana), así que no cabía duda de que eran los objetivos. De haber activado la bomba, sus restos habrían estado demasiado destrozados para revivirlos. Pero se habían salvado gracias a aquel misterioso chico y a la mala conducción de Citra.

—Marie…, ¿quién crees que…?

La segadora Curie la cortó antes de que pudiera terminar:

—Prefiero no embrollarme en conjeturas y te agradecería que tú tampoco perdieras el tiempo con acertijos. —Después se ablandó—. Informaremos de esto a la Guadaña. Lo investigarán. Llegaremos al fondo del asunto.

Mientras tanto, detrás de ellas, las delicadas pinzas del ambudrón recogían el cuerpo del joven que les había salvado la vida y se lo llevaban.

10

Morturiento del todo

Era la primera vez que Greyson perdía la vida. La mayoría de los chavales acababan morturientos al menos un par de veces durante su infancia. Corrían más riesgos que los niños de los días mortales porque las consecuencias ya no eran permanentes. En lugar de muerte y desfiguración había reanimación y regañina. De todos modos, Greyson nunca había sido temerario. Sí que había sufrido algún que otro accidente, claro, aunque sus cortes, sus moratones y su brazo roto se habían curado sumariamente en menos de un día. Perder la vida era una experiencia muy distinta, y no le apetecía volver a repetirla en el futuro próximo. Además, recordaba cada segundo, lo que era aún peor.

El dolor agudo del atropello ya apenas lo notaba cuando salió lanzado por los aires y pasó por encima del coche. El tiempo pareció ralentizarse al caer. Sintió otra punzada de dolor al dar contra el asfalto, aunque no llegaba a ser el dolor real; y para cuando la segadora Anastasia lo alcanzó, los gritos de sus destrozadas terminaciones nerviosas ya habían remitido hasta quedarse en una embotada sensación de incomodidad. Su cuerpo roto quería sentir el daño sufrido, pero se le prohibió. Recordaba haber pensado, en su delirio inducido por el opio, lo triste que debía de ser para un cuerpo desear algo con tanta intensidad y que se lo negaran.

La mañana anterior a su despachurramiento no acabó en absoluto como él esperaba. Tal y como lo veía, la idea era sencilla: subirse a un publicoche que lo llevara hasta la puerta de las segadoras, advertirles de que sus vidas corrían peligro y marcharse tranquilamente. De ese modo, ya sería cosa suya enfrentarse a la amenaza como creyeran oportuno. Si tenía suerte, se saldría de rositas y nadie (y menos la Interfaz con la Autoridad) sabría lo que había hecho. Aquel era el quid de todo el asunto, ¿no? ¿Que pudiera negar su participación de manera creíble? La LA no estaría incumpliendo la ley si Greyson había actuado por voluntad propia, y no pasaría nada si nadie lo veía.

Evidentemente, el Nimbo sí lo sabría. Controlaba los movimientos de todos los publicoches y siempre estaba informado con precisión de dónde estaba todo el mundo en cada momento. Sin embargo, también se imponía unas normas muy estrictas sobre la intimidad. No actuaría si la información

violaba el derecho a la intimidad de la persona. Tenía su gracia, pero las mismas leyes del Nimbo permitían a Greyson romper la ley, siempre que lo hiciera en secreto.

No obstante, sus planes quedaron truncados cuando su publicoche aparcó en el arcén a menos de un kilómetro de la Casa de la Cascada.

—Lo siento —le dijo el coche en su tono alegre de siempre—. Los publicoches no podemos entrar en las carreteras privadas sin el permiso del propietario.

El propietario era, por supuesto, la Guadaña, que jamás daba permiso a nadie para nada y era famosa por su tendencia a cribar a la gente que lo pedía.

Así que Greyson había salido del coche para recorrer a pie el resto del camino. Se dedicó a admirar los árboles y calcular su edad mientras se preguntaba cuántos de ellos estarían allí desde la Era de la Mortalidad. Fue pura suerte que bajara la mirada cuando lo hizo y viera el cable en la carretera.

Encontró los explosivos pocos segundos antes de oír el coche que se acercaba, así que supo que la única forma de detenerlo era estrellarse contra él. No pensó, actuó sin más… porque la más leve vacilación habría acabado con todos ellos. Así que se lanzó a la carretera y se entregó a la consagrada física de los cuerpos en movimiento.

Estar morturiento era como mearse encima (cosa que probablemente había hecho) y hundirse en una nube de azúcar gigante tan densa que no podía respirar. La nube cedió hasta convertirse en una especie de túnel que daba la vuelta como una serpiente que se tragaba la cola, y de repente abrió los ojos y se encontró bajo la luz difuminada y suave de un centro de reanimación.

Su primera emoción fue el alivio porque, si lo estaban reviviendo, significaba que la bomba no había estallado. De haberlo hecho, no quedaría nada de él que resucitar. ¡Estar allí quería decir que había tenido éxito! ¡Había salvado las vidas de las segadoras Curie y Anastasia!

La siguiente emoción que sintió fue una punzada de pena… porque no había nadie en la habitación con él. Cuando una persona acaba morturienta, sus seres queridos reciben notificaciones inmediatas. Era costumbre que alguien estuviera presente al despertar para darle la bienvenida al mundo.

Pero no había nadie con Greyson. En la pantalla junto a su cama encontró una tarjeta de felicitación graciosilla de sus hermanas, que consistía en un mago desconcertado que examinaba el cuerpo, muy muerto, de su ayudante, al que acababa de partir por la mitad.

«Enhorabuena por tu primer fallecimiento», decía la tarjeta.

Y ya está. Nada de sus padres. No debería haberle sorprendido. Estaban ya acostumbrados a que el Nimbo ocupara su lugar… Sin embargo, el Nimbo también guardaba silencio. Eso le inquietaba más que nada.

Una enfermera entró en el cuarto.

—¡Vaya, mira quién despierta!

—¿Cuánto he tardado? —preguntó con verdadera curiosidad.

—Apenas un día. En general ha sido una reanimación muy sencilla… Y, como es tu primera vez, ¡te sale gratis!

Greyson se aclaró la garganta. No se sentía peor que después de haberse echado una siesta a mediodía: algo descompuesto, algo gruñón, pero nada más.

—¿Ha venido alguien a verme?

—Lo siento, cielo —respondió la enfermera, que frunció los labios. Después bajó la vista. Fue un gesto sencillo, pero Greyson captó con claridad que le estaba ocultando algo.

—Entonces, ¿ya está? ¿Me puedo ir ya?

—En cuanto estés listo nos han dado instrucciones para meterte en un publicoche que te llevará de vuelta a la Academia del Cúmulo.

De nuevo aquella mirada que evitaba sus ojos. En vez de andarse con rodeos, decidió encararse directamente.

—Algo va mal, ¿no?

La enfermera se puso a doblar de nuevo las toallas que ya estaban dobladas.

—Nuestro trabajo consiste en revivirte, no en comentar lo que hiciste para acabar morturiento.

—Lo que hice fue salvar dos vidas.

—No estaba allí, así que no lo vi, no sé nada en absoluto. Lo único que sé es que te han marcado como indeseable por ello.

Greyson estaba convencido de que la había oído mal.

—¿Indeseable? ¿Yo?

De repente, la enfermera volvía a ser todo sonrisas y ánimos.

—No es el fin del mundo. Seguro que haces borrón y cuenta nueva en un momento… Si es lo que quieres. —Entonces dio una palmada, como si se lavara las manos de la situación y añadió—: ¿Qué tal un poco de helado antes de marcharte?

El destino preprogramado del publicoche no era la residencia de Greyson, sino el edificio de administración de la Academia del Cúmulo. Al llegar, lo llevaron directamente a una sala de reuniones con una mesa enorme en la que cabían unas veinte personas, aunque sólo hubiera tres presentes: el rector de la academia, la decana de estudiantes y otro administrador cuyo único propósito parecía ser mirarlo con rabia, como un dóberman irritado. Aquello eran malas noticias, de tres en tres.

—Siéntese, señor Tolliver —le dijo el rector, un hombre de perfecto pelo negro con mechones teñidos de gris adrede en las sienes.

La decana daba golpecitos con un bolígrafo en una carpeta abierta, mientras que el dóberman se limitó a seguir mirándolo mal. Greyson se sentó frente a ellos.

—¿Tiene alguna idea del lío en el que se ha metido y en el que ha metido a esta academia? —preguntó el rector.

Greyson no lo negó. Hacerlo no habría servido más que para alargar aquello, y quería acabar de una vez.

—Hice lo que me dictaba la conciencia, señor.

La decana dejó escapar un bufido triste que era tan insultante como desdeñoso.

—O eres inocente hasta límites insospechados o muy estúpido —le ladró el dóberman.

El rector levantó la mano para acallar la ira del otro hombre.

—Que un estudiante de esta academia se relacione a posta con segadores, aunque sea para salvarles la vida, es…

Greyson terminó la frase por él:

—Es una violación de la Separación entre Guadaña y Estado. Cláusula quince, párrafo tres, para ser exactos.

—No se haga el listillo —repuso la decana—. No le va a ayudar.

—Con el debido respeto, señora, dudo que nada de lo que diga me vaya a ayudar.

El rector se inclinó sobre la mesa.

—Lo que quiero que me explique es cómo lo supo… Porque me parece que la única forma de que pudiera saberlo es que estuviera involucrado y se arrepintiera en el último segundo. Así que dígame, señor Tolliver, ¿estaba involucrado en esta trama para incinerar a las dos segadoras?

La acusación lo pilló completamente por sorpresa. No se le había pasado por la cabeza que lo vieran como sospechoso.

—¡No! Jamás haría… ¿Cómo se les ocurre…? ¡No!

Después cerró la boca, decidido a recuperar el control.

—Entonces, ten la amabilidad de contarnos lo que sepas sobre los explosivos —dijo el dóberman—. Y no te atrevas a mentir.

Greyson podría haberlo soltado todo, pero algo lo detuvo. Si intentaba evitar la culpa, lo que había hecho no servía de nada. Cierto, parte de lo sucedido lo descubrirían, si es que no lo sabían ya, pero no todo. Así que escogió con cuidado las verdades que contaba.

—Me llamaron de la Interfaz con la Autoridad la semana pasada. Puede comprobarlo en mi ficha… Había una nota.

La decana cogió una tablet, le dio unos cuantos toquecitos, miró a los demás y asintió.

—Es verdad —les dijo.

—¿Por qué motivo lo convocó la LA? —preguntó el rector.

Había llegado la hora de empezar a inventar una ficción convincente.

—Un amigo de mi padre es agente del Cúmulo. Como mis padres están pasando un tiempo fuera, quería ver cómo estaba y darme consejo. Ya saben, sobre las clases que debería elegir el semestre que viene, los profesores con los que debería llevarme bien y demás. Quería darme algo de ventaja.

—Así que se ofreció a tirar de algunos hilos —intervino el dóberman.

—No, sólo quería concederme el beneficio de sus consejos… y que supiera que me cubría las espaldas. Me sentía muy solo sin mis padres, y él lo sabía. Lo único que pretendía era ser amable.

—Eso sigue sin explicar…

—Ahora voy a eso. En fin, después de salir de su despacho pasé junto a un grupo de agentes que salían de una reunión. No lo oí todo, pero sí que comentaban unos rumores sobre una especie de complot contra la segadora Curie. Me llamó la atención porque es una de las segadoras más famosas del mundo. Decían que era una pena que tuvieran que hacer caso omiso y que ni siquiera pudieran avisarla porque era una violación de las normas. Así que pensé…

—Así que pensaste que podrías ser un héroe —terminó por él el rector.

—Sí, señor.

Los tres se miraron entre sí. La decana escribió algo para que lo vieran los otros dos. El rector asintió, y el dóberman cedió tras agitarse con desagrado en su asiento y mirar hacia otro lado.

—Nuestras leyes existen por un motivo, Greyson —dijo la decana. El chico supo que había tenido éxito porque ya no lo llamaban señor Tolliver. Quizá no se creyeran del todo su historia, pero sí lo suficiente como para decidir que no merecía la pena dedicarle más tiempo al asunto—. La vida de dos segadoras no vale lo suficiente para poner en peligro ni un ápice la separación de poderes. El Nimbo no puede matar y la Guadaña no puede gobernar. La única forma de asegurarse de ello es que no exista ningún tipo de contacto… e imponer castigos severos ante cualquier violación.

—Por tu bien —añadió el rector—, seremos rápidos. A partir de este momento se te expulsa definitiva e irrevocablemente de la academia, y se te prohíbe para siempre la posibilidad de solicitar la admisión tanto en esta Academia del Cúmulo como en cualquier otra.

Greyson sabía que le esperaba aquel castigo, pero escucharlo en voz alta le dolió más de lo que se imaginaba. No consiguió reprimir las lágrimas. En cualquier caso, servirían para venderles la mentira que acababa de contarles.

La verdad era que, aunque el agente Traxler no le había caído bien, tenía que protegerlo. La ley exigía un culpable (saldar cuentas), y ni siquiera el Nimbo podía librarse de su propia ley. Formaba parte de su integridad: vivía según las leyes que imponía. Lo cierto era que Greyson había actuado por voluntad propia. El Nimbo lo conocía. Contaba con que lo hiciera, a pesar de las consecuencias. Ahora lo castigarían y se mantendría la ley. Pero no tenía por qué gustarle. Y, por mucho que quisiera al Nimbo, en aquel preciso instante lo odiaba.

—Como ya no eres estudiante de la academia —dijo la decana—, ya no se aplica la ley de la separación, lo que significa que la Guadaña va a querer interrogarte. No sabemos nada sobre sus métodos, así que será mejor que te prepares.

Greyson tragó la poca saliva que tenía. Tampoco había tenido en cuenta aquello.

—Entiendo.

El dóberman agitó la mano con desdén.

—Vuelve a tu residencia y recoge tus cosas. Un agente de mi personal estará allí a las cinco en punto para acompañarte a la salida.

Ah, así que se trataba del jefe de seguridad. Tenía el aire de amenaza adecuado para el puesto. Greyson le lanzó una mirada de odio porque, llegados a tal punto, daba igual lo que hiciera. Se levantó para marcharse, pero, antes de hacerlo, tenía que preguntarles una cosa.

—¿De verdad tenían que marcarme como indeseable?

—Eso no ha tenido nada que ver con nosotros —respondió el rector—. Ese castigo es cosa del Nimbo. La Guadaña, que lo hacía todo a paso de caracol salvo las cribas, tardó un día entero en decidir cómo encargarse de los explosivos. Al final, pensó que lo más seguro era enviar a un robot que hiciera saltar la trampa y después, cuando se posaran el polvo y los árboles destrozados, enviar a un equipo de construcción para arreglar la carretera.

El estallido hizo temblar las ventanas de la Casa de la Cascada hasta tal punto que Citra temió que se rompieran. Menos de cinco minutos después, la segadora Curie estaba preparando una maleta y le pidió a ella que hiciera lo mismo.

—¿Nos vamos a esconder?

—Yo no me escondo —le respondió Curie—. Vamos a movernos. Si nos quedamos aquí seremos blancos fáciles para el siguiente ataque, pero si nos convertimos en nómadas hasta que esto acabe seremos blancos en movimiento y les costará mucho más encontrarnos y, por ende, eliminarnos.

No obstante, seguía sin quedar claro quién era el objetivo y por qué, aunque Curie tenía sus teorías al respecto. Se las contó a Citra mientras esta la ayudaba a trenzarse el largo cabello plateado.

—Mi ego me dice que van a por mí. Soy la segadora más respetada de la vieja guardia. Pero también es posible que vayan a por ti.

Citra se mofó de la idea.

—¿Por qué iban a ir a por mí?

Vio en el espejo que la segadora Curie sonreía.

—Has alterado el orden de la Guadaña más de lo que crees, Anastasia. Muchos de los segadores novatos te admiran y respetan. Quizá llegues a convertirte en su voz. Y teniendo en cuenta que has adoptado las antiguas costumbres (el camino verdadero), podría haber quien esté interesado en destruirte antes de que te conviertas en esa voz.

La Guadaña les había asegurado que iniciaría una investigación propia, pero Citra dudaba que descubriera algo. Resolver problemas no era uno de sus puntos fuertes. Ya estaban siguiendo la ley del mínimo esfuerzo al dar por sentado que el atentado era obra del segador Lucifer. Eso enfurecía a Citra… Pero no podía permitir que la Guadaña lo supiera. En público, debía distanciarse de Rowan. Nadie podía enterarse de su reunión.

—Quizá tengas que plantearte la posibilidad de que estén en lo cierto —dijo Curie.

Citra le tiró del pelo con más fuerza de la cuenta al trenzar el siguiente mechón.

—No conoces a Rowan.

—Ni tú tampoco —respondió ella mientras le quitaba el pelo de las manos y se encargaba sola del resto del trenzado—. Anastasia, se te olvida que estuve en el cónclave en el que te rompió el cuello. Le vi los ojos. Sintió un gran placer.

—¡Era puro teatro! —insistió Citra—. Estaba interpretando un papel para la Guadaña. Sabía que nos descalificarían a los dos en esa competición y era la única forma de garantizar un empate. Tal como yo lo veo, fue muy inteligente.

La segadora Curie guardó silencio antes de responder:

—Tú ten cuidado y no permitas que tus emociones nublen tu buen juicio. Ahora, ¿te gustaría que te trenzara el pelo o quieres un moño?

Pero ella decidió no permitir que aquel día le sujetaran el pelo de ningún modo. Condujeron el coche averiado hasta la zona destrozada de la carretera, donde ya se encontraban los obreros reparando los daños. Al menos cien árboles habían volado en pedazos y unos cuantos cientos más habían perdido las hojas. Citra supuso que el bosque tardaría mucho en recuperarse del insulto. Un siglo después de aquello todavía quedarían huellas de la explosión.

Era imposible cruzar el cráter y tampoco se podía rodearlo, así que Curie había pedido un publicoche para que las recogiera al otro lado. Sacaron las maletas, abandonaron el Porsche en la carretera cortada y rodearon a pie el cráter.

Citra no pudo evitar fijarse en las manchas de sangre del asfalto, justo al borde del agujero; el lugar en el que había yacido el joven que les había salvado la vida.

La segadora Curie, que siempre se percataba de más de lo que a la joven le habría gustado, captó su mirada y dijo:

—Olvídate de él, Anastasia… Ese pobre chico no es asunto nuestro.

—Lo sé —reconoció ella, aunque no estaba dispuesta a desentenderse sin más. Ella no era así.

11

Indiscreciones

Un siseo de seda carmesí ¡Indeseable! Para Greyson, era como tener una ternilla en la boca: ni podía escupirla ni podía tragarla. La única opción que le quedaba era seguir mascándola con la esperanza de que, de algún modo, lograra desmenuzarla hasta hacerla digerible.

Los indeseables robaban cosas, pero nunca conseguían llevárselas. Amenazaban a la gente, aunque nunca llevaban a cabo sus amenazas. Escupían obscenidades y rezumaban mal comportamiento como si fuera almizcle… Pero no era más que eso: un hedor. El Nimbo siempre evitaba que consumaran algo realmente malo, y se le daba tan bien que hacía mucho tiempo que los indeseables se limitaban a tontos delitos menores, postureo y quejas.

La Interfaz con la Autoridad contaba con un departamento entero dedicado a tratar con ellos, puesto que los indeseables no tenían permiso para hablar directamente con el Nimbo. Siempre estaban a prueba y debían ponerse en contacto con sus agentes a intervalos periódicos. A los que rozaban los límites se les asignaba su propio agente del orden personal para que los supervisara todas las horas del día. Era un programa eficaz, como demostraba la cantidad de indeseables que acababan casados con sus agentes del orden y volvían a convertirse en ciudadanos de provecho.

Greyson no se imaginaba entre gente como aquella. Nunca había robado nada. Había niños en el colegio que jugaban a ser indeseables, aunque nunca nada serio… Más bien una cosa de críos que después se les pasaba.

Recibió una dosis de su nueva vida incluso antes de llegar a casa. El publicoche al que subió le dejo las cosas muy claras en cuanto salieron de la Academia del Cúmulo.

—Tenga en cuenta que cualquier intento de vandalismo supondrá la cancelación de este viaje y la expulsión a la calle —le avisó.

Greyson se imaginó un asiento eyectable que lo lanzaba hacia el cielo. Se habría reído de la idea, pero una pequeña parte de él pensó que quizá fuera tal que así.

—No te preocupes —respondió al coche—. Ya me han expulsado una vez hoy y con eso me basta.

—De acuerdo. Dígame su destino y evite el uso de lenguaje ofensivo, por favor.

De camino a casa se detuvo en el mercado, ya que cayó en la cuenta de que su frigorífico llevaba dos meses vacío. En la cola de caja, el cajero lo miró con suspicacia, como si fuera a robarle un paquete de chicles. Incluso le dio la impresión de que la gente de la cola lo trataba con frialdad. El aura de prejuicio era palpable. «¿Por qué iba nadie a elegir esto?», pensó. Pero algunas personas lo hacían. Tenía un primo que era indeseable por elección.

«Resulta liberador no preocuparte por nada ni por nadie», le había dicho. Irónico, porque se había implantado quirúrgicamente unas cadenas de hierro en las muñecas, una modificación corporal muy de moda entre los indeseables. Menuda libertad.

Y los desconocidos no eran los únicos que lo trataban de otro modo.

Cuando llegó a casa y sacó las pocas pertenencias que se había llevado con él a la academia, se sentó y envió un mensaje a unos cuantos amigos para hacerles saber que estaba de vuelta y que las cosas no habían salido como él esperaba. Greyson nunca había sido de los que cultivan amistades íntimas. Jamás había desnudado su alma ni explorado sus puntos más vulnerables con nadie. Al fin y al cabo, tenía al Nimbo. Lo que significaba que ahora no tenía nada. Sus amigos eran de los que sólo aparecen cuando las cosas van bien. Colegas de conveniencia.

No obtuvo ninguna respuesta, y se maravilló ante lo sencillo que era lijar el baño de amistad para dejar la verdad al descubierto. Al final llamó a unos cuantos. La mayoría dejó que saltara el buzón de voz, y estaba claro que los que aceptaban la llamada lo hacían por accidente, sin darse cuenta de que era él. En sus pantallas se mostraba que ahora era un indeseable, así que acababan con la conversación lo más deprisa y educadamente que podían. Aunque nadie llegó al extremo de bloquearlo, dudaba que volvieran a comunicarse con él del modo que fuera. Al menos, no hasta que la enorme I roja desapareciera de su perfil.

Lo que sí recibió fueron mensajes de gente que no conocía.

«Tío —le escribió una chica—, ¡bienvenido al grupo! Vamos a emborracharnos o algo».

En su imagen de perfil se veía que llevaba la cabeza rapada y un pene tatuado en la mejilla.

Greyson cerró su ordenador y lo lanzó contra la pared.

—Venga, ¿no había que romper cosas? —le dijo a la habitación vacía.

Puede que en aquel mundo perfecto todos tuvieran su sitio, pero el de Greyson no estaba en el mismo universo que el de la chica con el tatuaje del pene.

Recuperó su ordenador que, de hecho, se había rajado, pero seguía funcionando. Sin duda, un dron debía de estar de camino con uno nuevo en aquel mismo instante… A no ser que a los indeseables no les sustituyeran automáticamente el hardware roto.

Se conectó otra vez a la red y borró todos los mensajes entrantes porque todos eran de otros indeseables que le daban la bienvenida; estaba tan frustrado que escribió un mensaje al Nimbo.

—¿Cómo has podido hacerme esto?

La respuesta fue inmediata. Decía: «ACCESO A LA CORTEZA CONSCIENTE DEL NIMBO DENEGADO».

Pensaba que su día no podía empeorar. Y, entonces, la Guadaña apareció en su puerta.

Las segadores Curie y Anastasia no tenían reserva en el Grand Mericana Hotel de Louisville. Se limitaron a acercarse a recepción, donde las alojaron sin problema. Así funcionaban las cosas: los segadoras no necesitaban ni reservas ni billetes ni citas previas. En los hoteles solían darles las mejores habitaciones y, si no había ninguna, una aparecía mágicamente en su ordenador. A Curie no le interesaba la mejor; lo que quería era la suite de dos dormitorios más modesta que tuvieran.

—¿Cuánto tiempo estarán con nosotros? —preguntó el recepcionista, que se puso nervioso en cuanto las vio entrar. Ahora sus ojos volaban de la una a la otra, como si apartar la vista de ellas un segundo fuera un acto suicida.

—Nos quedaremos hasta que decidamos marcharnos —respondió Curie mientras cogía la llave. Citra le sonrió para tranquilizarlo antes de irse.

Rechazaron la ayuda del botones y decidieron cargar con sus bolsas. En cuanto las dejaron en la suite, la segadora Curie estaba lista para salir.

—Al margen de nuestras preocupaciones personales, tenemos una responsabilidad. Hay gente que debe morir. ¿Cribarás hoy conmigo?

A Citra le asombraba que Marie fuera capaz de superar tan deprisa el ataque y seguir con su vida normal.

—La verdad es que tengo que hacer el seguimiento de una criba del mes pasado.

Curie suspiró.

—Tu método te supone mucho más trabajo. ¿Es justo?

—Sólo será una hora en tren. Regresaré antes de que oscurezca.

Su compañera se acarició la larga trenza y examinó a su segadora novata.

—Podría ir contigo si quieres. Me da igual cribar aquí o allí.

—No pasa nada, Marie. Blanco en movimiento, ¿recuerdas?

Por un segundo creyó que insistiría en acompañarla, pero, al final, no la presionó.

—De acuerdo. Pero no pierdas los nervios y, si ves algo remotamente sospechoso, házmelo saber al instante.

Citra estaba segura de que lo único sospechoso en aquel momento era ella, porque había mentido sobre su destino.

A pesar de la advertencia de Curie, Citra era incapaz de alejarse del chico que les había salvado la vida. Ya lo había investigado como era debido: Greyson Timothy Tolliver. Era unos seis meses mayor que ella, aunque parecía menor. En su historial no había nada digno de mención, ni positivo ni negativo. Eso no era extraño, pasaba con casi todo el mundo. Vivía, sin más. Su existencia no contaba con puntos álgidos ni bajos. Hasta ese momento, claro. En un solo día, su existencia tibia y pusilánime se había animado mucho.

Cuando echó un vistazo a su ficha, la advertencia parpadeante de «indeseable» se yuxtapuso a los ojos de mirada inocente y le arrancó una carcajada. Aquel chaval era tan indeseable como una piruleta. Vivía en una modesta casa de Higher Nashville. Dos hermanas en la universidad, docenas de hermanastros con los que no mantenía ninguna relación y unos padres ausentes.

En cuanto a su oportuna aparición en la carretera, su declaración ya era de dominio público, así que Citra pudo revisarla. No tenía razón alguna para dudar de su palabra. De haberse encontrado en su pellejo, quizás hubiera hecho lo mismo.

Ahora que ya no era estudiante del Cúmulo no tenía prohibido hablar con él, de modo que podía visitarlo. No sabía bien qué esperaba conseguir con eso, aunque sí que el momento de la muerte del chico la perseguiría para siempre hasta que lo hiciera. Quizá sólo necesitara ver con sus propios ojos que seguía vivo. Se había acostumbrado tanto a ser testigo de cómo desaparecía la luz para siempre de los ojos de los demás que parte de ella necesitaba una prueba de su reanimación.

Cuando llegó a su calle vio un coche de la Guardia del Dalle (la policía de élite que servía a la Guadaña) aparcado frente a la casa. Por un instante pensó en marcharse, porque si los agentes de la Guardia del Dalle la veían, seguro que alguien avisaría a Curie de la aparición de la segadora Anastasia, y prefería evitar la reprimenda.

Lo que la convenció para quedarse fueron los recuerdos de su experiencia con la Guardia. A diferencia de los agentes del orden, que respondían ante el Nimbo, la Guardia del Dalle no tenía más supervisión que la de la Guadaña, lo que significaba que se libraban de muchas cosas. Básicamente, de todo lo que quisieran los segadores.

La puerta no estaba cerrada con llave, de manera que entró. Allí, en el salón, Greyson Tolliver estaba sentado en una silla de respaldo recto y dos guardias fornidos se cernían sobre él. Le habían sujetado las manos con las mismas pulseras de acero unidas que le habían puesto a Citra cuando la acusaron del asesinato del segador Faraday. Uno de los guardias sostenía un dispositivo que la chica no había visto nunca. El otro hablaba con el chico.

—… por supuesto, nada de eso sucederá si nos cuentas la verdad —le oyó decir, aunque se perdió la lista de actos desagradables con la que amenazaba a Greyson.

Por el momento, el joven no parecía herido. Tenía el pelo un poco alborotado y cara de abatida resignación, pero, por lo demás, estaba ileso. Fue el primero en verla, y al hacerlo se despertó en él una chispa de algo que lo sacó de su estado triste e impasible, como si su reanimación no hubiera sido completa hasta haber visto que ella también seguía con vida.

Los guardias siguieron su mirada y la vieron. Procuró ser la primera en hablar.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó en el tono más arrogante posible de la segadora Anastasia.

Por un segundo los guardias fueron presa del pánico, aunque se volvieron serviles muy deprisa.

—¡Su señoría! No sabíamos que estaría aquí. Estábamos interrogando al sospechoso.

—No es un sospechoso.

—Sí, su señoría. Lo siento, su señoría.

Ella dio un paso hacia el chico.

—¿Te han hecho daño?

—Todavía no —respondió, y señaló con la cabeza el dispositivo que llevaba el más alto—, pero han usado esa cosa para desconectar mis nanobots

analgésicos.

Ni siquiera sabía que existiera algo semejante. Alargó una mano hacia el guardia que lo llevaba.

—Dámelo —le ordenó; y, como vacilaba, subió el tono de voz—: Soy una segadora y tú me sirves. Dámelo si no quieres que informe sobre ti.

Aun así, no se lo daba.

Fue entonces cuando una nueva pieza entró en aquella partida de ajedrez: un segador salió de otro cuarto. Debía de haber estado allí desde el principio, evaluando la interacción para decidir cuál era el mejor momento para intervenir. Lo sincronizó a la perfección para sorprender a Citra con la guardia baja.

Reconoció su túnica al instante; seda carmesí que siseaba al moverse. Su rostro era delicado, casi femenino: el resultado de reiniciar el contador tantas veces que su estructura ósea había perdido definición, como las piedras del río erosionadas por una corriente incesante.

—Segador Constantine —lo saludó Citra—, no sabía que estuviera a cargo de esta investigación.

Lo único bueno de aquella noticia era que, si se encargaba del atentado contra Marie y ella, no estaría por ahí buscando a Rowan.

Constantine le ofreció una sonrisa educada pero inquietante.

—Hola, segadora Anastasia. ¡Es usted un soplo de aire fresco en este día tan laborioso!

Parecía un gato que ha acorralado a su presa y estaba a punto de jugar con ella. En realidad, Citra no sabía de qué iba aquel hombre. Como le había contado a Rowan, Constantine no era uno de los horribles segadores del nuevo orden que mataban por placer. Ni tampoco se alineaba con la vieja guardia, que veía la criba como un deber noble y casi sagrado. Al igual que su túnica de seda roja, era una persona resbaladiza y suave que se ponía del lado de quien le convenía en cada momento. Citra no sabía si eso lo convertía en alguien imparcial en la investigación o en alguien peligroso, porque no tenía ni idea de a qué era leal.

En cualquier caso, era una presencia formidable, y ella se sintió sobrepasada. Entonces recordó que ya no era Citra Terranova, sino la segadora Anastasia. Recordarlo la transformó y le permitió enfrentarse a él. Ahora, la sonrisa del segador parecía más calculadora que intimidatoria.

—Me alegro de que se interese por esta investigación —dijo Constantine —. Por otro lado, me habría gustado saber con antelación de su llegada. Habríamos preparado algún refrigerio para usted. Greyson Tolliver era muy

consciente de que lo que acababa de hacer por él la segadora Anastasia bien podía ser como lanzarse contra un vehículo en marcha, porque estaba claro que el segador Constantine era tan peligroso como un pedazo de metal a toda velocidad. El chico no conocía mucho la estructura y las complejidades de la Guadaña, pero resultaba obvio que la segadora Anastasia se arriesgaba al enfrentarse a un segador con más experiencia.

En cualquier caso, la presencia de la segadora era tan imponente que se preguntó si no sería mucho mayor de lo que parecía.

—¿Es consciente de que este chico nos salvó a la segadora Curie y a mí? —preguntó a Constantine.

—En circunstancias dudosas —respondió él.

—¿Pretende infligirle algún tipo de daño físico?

—¿Y si es así?

—Entonces tendré que recordarle que infligir dolor de forma intencionada va en contra de todo lo que representamos y que por ese motivo lo denunciaría para que lo disciplinaran en el cónclave.

La fría expresión del rostro de Constantine cedió, aunque sólo un poco. Greyson no sabía si se trataba de una buena señal o de una mala. El hombre observó a Anastasia durante un momento y después se volvió hacia los guardias.

—¿Tendrías la amabilidad de decirle a la segadora Anastasia lo que os he ordenado hacer?

El guardia miró a la segadora a los ojos, pero Greyson se dio cuenta de que era incapaz de sostener su mirada mucho rato.

—Nos ha pedido que esposáramos al sospechoso, desconectáramos sus nanobots analgésicos y lo amenazáramos con varias formas de dolor físico.

—¡Exacto! —exclamó Constantine antes de volverse hacia Anastasia—. Como ve, no se ha cometido ninguna infracción.

La indignación de la segadora era fiel reflejo de lo que sentía Greyson, aunque no se atreviera a expresarlo.

—¿Que no se ha cometido ninguna infracción? Pensaban golpearlo hasta que les contara lo que quieren escuchar.

Constantine suspiró de nuevo y se dirigió otra vez al guardia.

—¿Qué os he ordenado hacer si las amenazas no daban resultado? ¿Os he ordenado llevarlas a cabo?

—No, su señoría. Teníamos que ir a buscarlo si su historia no cambiaba.

Constantine extendió los brazos en un beatífico gesto de inocencia que hizo que las largas mangas rojas de su túnica parecieran las alas de un pájaro

de fuego dispuesto a envolver a la joven segadora.

—¿Ve? En ningún momento tuve intención de hacerle daño al chico. He descubierto que, en este mundo sin dolor, la mera amenaza siempre basta para obligar a un culpable a confesar un delito. Sin embargo, este joven insiste en su historia a pesar de amenazarlo con actos sumamente desagradables. Por tanto, estoy convencido de que dice la verdad… y si me hubiera permitido continuar con mi interrogatorio, lo habría visto usted misma.

Greyson estaba seguro de que todos percibieron el alivio que manaba de él como una descarga eléctrica. ¿Decía la verdad Constantine? No estaba en la mejor posición para juzgarlo. Los segadores siempre le parecían inescrutables. Vivían en un plano superior y lubricaban los engranajes del mundo. Nunca había oído hablar de un segador que infligiera más sufrimiento que el propio de la criba… Aunque eso no significaba que no fuera posible.

—Soy un segador honorable y defiendo los mismos ideales que usted, Anastasia. En cuanto al chico, nunca ha corrido peligro. Eso sí, ahora siento la tentación de cribarlo sólo por inquina. —Dejó la frase flotando en el aire un momento. El corazón de Greyson se paró durante un par de segundos. El rostro de la segadora Anastasia, que había enrojecido de justa ira, palideció un par de tonos—. Pero no lo haré —concluyó Constantine— porque no soy un hombre rencoroso.

—Entonces, ¿qué clase de hombre es usted, segador Constantine? —le preguntó Anastasia.

Él le lanzó la llave de las esposas.

—La clase de hombre que tardará en olvidar lo que ha sucedido hoy aquí.

Después se fue con un revuelo de seda roja y sus guardias detrás.

Cuando se marcharon, la segadora no tardó en quitarle las esposas a Greyson.

—¿Te han hecho daño?

—No —tuvo que reconocer él—. Como ha dicho, han sido todo amenazas.

Pero, ahora que había acabado, se dio cuenta de que no se encontraba mejor que antes de que llegaran. Su alivio se agrió de nuevo con el mismo rencor que lo acosaba desde que le dieron la proverbial patada de la Academia del Cúmulo.

—De todos modos, ¿por qué ha venido? —le preguntó a Anastasia.

—Supongo que quería darte las gracias por lo que hiciste. Sé que ha tenido un alto precio.

—Sí, es cierto.

—Así que…, con eso en mente, te ofrezco un año de inmunidad a la criba. Es lo menos que puedo hacer.

Alargó la mano para ofrecerle el anillo. El chico nunca había disfrutado de inmunidad; nunca había estado tan cerca de un segador antes de aquella semana infernal y menos aún del anillo de un segador. Brillaba incluso a la luz difuminada de la habitación, aunque en el centro albergaba una extraña oscuridad. A pesar de que quería seguir mirándolo, se percató de que no deseaba la inmunidad que le ofrecía.

—No la quiero —le dijo a la chica.

Ella se sorprendió.

—No seas estúpido; todo el mundo quiere la inmunidad.

—Yo no soy todo el mundo.

—¡Cierra ya la boca y besa el anillo!

Su indignación no hacía más que alimentar la del chico. ¿Eso era lo que valía su sacrificio? ¿Una tarjeta temporal para salir libre de la muerte? La vida que creía que le esperaba había desaparecido, así que ¿de qué le servía una garantía para prolongarla?

—Quizá quiera que me criben. Me han robado todas las razones para vivir, de modo que ¿para qué vivir más?

La segadora Anastasia bajó el anillo. Se puso seria. Demasiado seria.

—Vale, entonces te cribaré.

Greyson no se lo esperaba. La chica podía hacerlo. De hecho, podía hacerlo antes de que tuviera la oportunidad de detenerla. Aunque no quisiera besarle el anillo, tampoco quería que lo cribaran. Significaría que todo el propósito de su vida se había reducido a tirarse delante de su coche. Tenía que vivir lo suficiente como para forjar un propósito mayor, fuera el que fuera.

Entonces, la segadora Anastasia se rio. Se rio de él, tal cual.

—¡Si te vieras la cara!

Ahora fue Greyson el que se puso rojo, no de rabia, sino de vergüenza. Quizá todavía sintiera lástima de sí mismo, pero no pensaba permitir que ella lo viera.

—De nada —dijo—. Hala, ya me ha dado las gracias y las he aceptado. Puede irse.

Pero no lo hizo. Ni Greyson lo esperaba, la verdad.

—¿Es cierta tu historia? —le preguntó.

Como se lo preguntara alguien más, estallaría y abriría su propio cráter. Así que le dijo lo que creía que quería escuchar.

—No sé quién colocó los explosivos. No formé parte de la trama.

—No has respondido a mi pregunta.

La segadora esperó. No amenazó ni ofreció incentivo alguno. El chico no tenía ni idea de si podía confiar en ella, pero se dio cuenta de que ya no le importaba. Estaba harto de encubrir y de soltar medias verdades.

—No. Mentí.

Reconocerlo le resultó liberador.

—¿Por qué? —le preguntó ella sin enfado, sólo con curiosidad.

—Porque era lo mejor para todos.

—Menos para ti.

Él se encogió de hombros.

—Estaría en la misma situación les contara lo que les contara.

Ella lo aceptó y se sentó frente a él sin dejar de mirarlo. A Greyson no le gustó. De nuevo se había colocado en el plano superior, concentrada en sus pensamientos secretos. A saber qué maquinaba la mente de una asesina socialmente aceptada.

Entonces, la segadora asintió con la cabeza.

—Fue el Nimbo —dijo—. Conocía el atentado y no podía advertirnos, así que necesitaba a alguien de confianza que lo hiciera por él. Alguien que sabía que actuaría en consecuencia por voluntad propia.

Al chico le asombró su perspicacia: era la primera que descifraba el enigma.

—Aunque eso fuera cierto, no se lo contaría.

—Ni yo querría que lo hicieras —repuso ella, sonriendo. Lo miró un segundo más, no sólo con amabilidad, sino incluso con respeto. ¡Quién lo habría pensado! ¡Una segadora ofreciendo una muestra de respeto a Greyson Tolliver!

Se levantó para marcharse. Al chico le dio pena ver que se iba. No le apetecía nada quedarse solo con su estridente I y sus pensamientos derrotistas.

—Siento que te marcaran como indeseable —le dijo ella justo antes de marcharse—. Pero, aunque no tengas permitido hablar con el Nimbo, sí puedes acceder a toda su información. Páginas web, bases de datos… A todo, salvo a su consciencia.

—¿De qué me sirve eso sin una mente detrás para guiarme?

—Te queda tu propia mente. Para algo valdrá.

12

En una escala del uno al diez

La alarma de Greyson se disparó antes de que saliera el sol. No la había configurado para eso. Desde su regreso a casa no tenía ningún motivo para levantarse temprano. No había nada urgente que hacer y, cuando despertaba, solía volver a meterse bajo las sábanas hasta que ya no podía justificarlo más.

Todavía no había empezado a buscar trabajo. Al fin y al cabo, trabajar era opcional. Cuidarían de él aunque no realizara ninguna contribución discernible a la sociedad; y en aquellos momentos lo único con lo que deseaba contribuir era con sus desechos corporales.

Apagó la alarma de un manotazo.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Por qué me despiertas?

Tardó unos instantes de silencio en recordar que el Nimbo no iba a responder a la pregunta mientras fuera un indeseable. Así que se sentó y miró hacia la pantalla de al lado de la cama, donde un mensaje teñía de rojo el cuarto con su brillo airado.

«CITA CON AGENTE DE CONDICIONAL A LAS 8:00. SI NO COMPARECE, RECIBIRÁ CINCO DEMÉRITOS».

Greyson tenía una vaga idea de lo que eran los deméritos, aunque ni idea de cómo evaluarlos. ¿Acaso cinco deméritos añadirían cinco días más a su estatus de indeseable? ¿Cinco horas? ¿Cinco meses? No tenía ni idea. Quizá debiera apuntarse a una clase sobre indeseabilidad.

«¿Cómo se viste uno para ver a su agente de la condicional?», pensó. ¿Debía arreglarse o ir más informal? Aunque todo aquello le fastidiaba, se percató de que impresionar a aquel agente no le haría ningún mal, así que buscó una camisa y unos pantalones de vestir limpios, y se puso la misma corbata que usó para su cita en la Interfaz con la Autoridad de Fulcrum City, cuando pensaba que todavía tenía una vida. Paró a un publicoche (que de nuevo le advirtió sobre las consecuencias del vandalismo y el lenguaje ofensivo) y salió hacia la oficina local de la IA. Estaba decidido a llegar temprano y causar una buena impresión que quizá le librara de un par de días de su descenso de estatus.

El edificio de oficinas de la LA en Higher Nashville era mucho más pequeño que el de Fulcrum City. Sólo tenía cuatro plantas, y todas eran de ladrillo rojo, no de granito gris. Pero el interior se parecía mucho. Esta vez no lo llevaron a una cómoda sala de audiencias, sino directo a la Oficina de Asuntos Indeseables, donde se le indicó que cogiera número y esperara en un cuarto con docenas de indeseables que, a todas luces, no querían estar allí.

Al cabo de casi una hora apareció el número de Greyson, y este se acercó a una ventanilla en la que una agente del Cúmulo de bajo rango comprobó su identidad y le contó unas cuantas cosas, la mayoría de las cuales él ya sabía.

—Greyson Tolliver, expulsado de forma permanente de la Academia del Cúmulo y denigrado a estatus de indeseable durante un mínimo de cuatro meses por una violación extrema de la separación entre Guadaña y Estado.

—Ese soy yo —repuso Greyson. Al menos ahora sabía cuánto tiempo duraría aquello.

La agente levantó la mirada de la tablet y le ofreció una sonrisa tan falsa como la de un bot. Por un instante, el chico se preguntó si de verdad se trataría de un bot, pero entonces recordó que el Nimbo no tenía robots en sus oficinas. Se suponía que la LA era la interfaz humana con el Nimbo, al fin y al cabo.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó la agente.

—Bien, supongo —respondió, y le devolvió la sonrisa. Se preguntó si la suya se veía tan hipócrita como la de ella—. En fin, me fastidia que me hayan despertado tan temprano, pero una cita es una cita, ¿verdad?

Ella marcó algo en la tablet.

—Por favor, califique su estado de irritación en una escala del uno al diez.

—¿Lo dice en serio?

—No podemos proceder con la admisión hasta que responda a la pregunta.

—Pues… cinco. No, seis; la pregunta lo ha empeorado.

—¿Ha experimentado algún trato injusto desde que se le marcó como indeseable? ¿Alguien se ha negado a atenderlo o ha violado de algún modo sus derechos como ciudadano?

La forma en que citaba de memoria la pregunta le dio ganas de quitarle la tablet de un manotazo. Al menos podría haber fingido que le importaba su respuesta igual que fingía sonreír.

—La gente me mira como si acabara de matarle al gato.

Ella lo miró como si le hubiera dicho que había matado de verdad a varios gatos.

—Por desgracia no puedo hacer nada sobre la forma de mirarle de la gente. Pero si se han violado sus derechos es importante que lo sepa su agente de la condicional.

—Espere, ¿no es usted mi agente de la condicional?

Ella suspiró.

—Yo soy su agente de admisión. Se reunirá con su agente de la condicional cuando terminemos con la admisión.

—¿Tendré que volver a coger número?

—Sí.

—Entonces cambie mi nivel de irritación a nueve, por favor.

Ella le lanzó una miradita y lo apuntó en la tablet. Después se tomó un momento para procesar la información sobre él de la que disponía.

—Sus nanobots informan sobre una disminución de sus niveles de endorfina en los últimos días. Eso puede indicar el inicio de una depresión. ¿Desea un ajuste de estado de ánimo ahora o prefiere esperar a alcanzar el umbral?

—Esperaré.

—Puede que necesite acudir a su centro de bienestar local.

—Esperaré.

—Muy bien.

La mujer barrió la pantalla, cerró su ficha y le pidió que siguiera la línea azul del suelo, que lo condujo al pasillo y a otra habitación grande donde, como se le había prometido, tuvo que coger número.

Al final, después de una espera que se le hizo eterna, apareció su número y lo enviaron a una sala de audiencias que no tenía nada que ver con la agradable habitación en la que había estado la última vez. Al fin y al cabo, se trataba de una sala para recibir a indeseables. Las paredes eran de un color beis institucional, el suelo tenía unas feas baldosas verdes y la mesa (en la que no había nada) era de gris pizarra, con dos sillas duras a cada lado. La única decoración consistía en el desangelado cuadro de un barco de vela, muy apropiado para un cuarto como aquel.

Esperó otros quince minutos hasta que entró su agente.

—Buenos días, Greyson —lo saludó el agente Traxler.

Era la última persona que esperaba ver ese día.

—¿Usted? ¿Qué hace aquí? ¿No me ha arruinado la vida lo suficiente?

—No tengo ni remota idea de lo que me hablas.

Por supuesto. Negación creíble. No le había pedido a Greyson que hiciera nada. De hecho, le había explicado expresamente lo que no debía hacer.

—Mis disculpas por la espera. Si te sirve de algo, el Nimbo también nos hace esperar a los agentes antes de reunirnos con vosotros.

—¿Por qué?

—Es un misterio —respondió el agente, encogiéndose de hombros.

Se sentó frente a Greyson y examinó el desangelado barco de vela con el mismo asco que él; después, le explicó su presencia allí.

—Se me ha transferido desde Fulcrum City y me han degradado de agente de rango superior a agente de condicional en estas instalaciones regionales. Así que no eres el único que ha bajado de estatus en este asunto.

Greyson cruzó los brazos sin sentir ni un ápice de empatía por él.

—Confío en que te estés adaptando a tu nueva vida.

—En absoluto —respondió el chico sin más—. ¿Por qué me marcó el Nimbo?

—Creía que eras lo bastante listo para imaginártelo.

—Supongo que no.

Traxler arqueó las cejas y dejó escapar un lento suspiro con el que enfatizaba su decepción por la falta de perspicacia de Greyson.

—Como indeseable se te exige asistir a reuniones de condicional periódicamente. Estas reuniones nos permitirán comunicarnos sin despertar sospechas en quien te esté vigilando. Por supuesto, para que esto funcione, tenían que trasladarme aquí y nombrarme tu agente de la condicional.

¡Ah! ¡Así que existía un motivo para su estatus de indeseable! Formaba parte de un plan mayor. Creía que se sentiría mejor después de conocer el porqué, pero no.

—Lo siento por ti —dijo Traxler—. La indeseabilidad es una carga difícil para los que no la desean.

—¿Puede evaluar su lástima en una escala del uno al diez?

El agente Traxler dejó escapar una risita.

—El sentido del humor, por muy negro que sea, siempre es bueno. —Después fue al grano—: Entiendo que te has pasado casi todos los días con sus noches en casa. Como tu amigo y consejero, te sugiero que empieces a frecuentar lugares en los que conocer a otros indeseables y, quizá, hacer nuevas amistades que te faciliten estos meses.

—No quiero.

—Quizá sí que quieras —insistió el agente con amabilidad, casi con servilismo—. Quizá quieras encajar tanto que empieces a comportarte como un indeseable y a vestirte como un indeseable y a modificarte el cuerpo de algún modo indeseable para demostrar lo mucho que aceptas tu nuevo estatus.

Greyson guardó silencio un momento. Traxler esperó a que la sugerencia calara del todo.

—Y… ¿si aceptara mi estatus?

—Entonces estoy seguro de que aprenderás muchas cosas. Quizá cosas que no sepa ni siquiera el Nimbo. Tiene sus puntos ciegos, ya sabes. Pequeños, sin duda, pero existen.

—¿Me está pidiendo que sea un agente del Cúmulo encubierto?

—Claro que no —respondió Traxler, sonriente—. Los agentes del Cúmulo deben asistir cuatro años a la academia y hacer un año extra de aburrido trabajo de campo antes de que se les asigne una misión real. Pero tú eres un indeseable… —Le dio una palmadita en el hombro—. Un indeseable que resulta tener muy buenos contactos. —El agente se levantó—. Nos vemos dentro de una semana, Greyson.

Después se fue sin mirar atrás.

El chico estaba mareado. Estaba enfadado. Estaba emocionado. Se sintió usado y después bien empleado. No era lo que quería… ¿o sí? «Tú, Greyson, eres más especial de lo que imaginas», le había dicho el Nimbo. ¿Era aquel el plan del Nimbo desde el principio? Todavía tenía elección. Podía evitar meterse en líos, como había hecho toda la vida. Podía seguir con su existencia tal y como estaba.

… O podía bajar por aquella espiral descendente. Una espiral que era lo contrario de todo lo que creía ser.

La puerta se abrió y un agente anónimo le dijo:

—Perdona, pero ya se ha terminado la reunión y tienes que desocupar la sala de inmediato.

El instinto de Greyson le decía que se disculpara y saliera. Pero sabía cuál era el camino que debía seguir, así que se retrepó en la silla, sonrió al agente y respondió:

—Que te den.

El agente lo penalizó con un demérito y regresó con un guardia de seguridad para expulsarlo de allí.

13

No era bonito de ver

El segador Pierre-Auguste Renoir no era un artista, aunque contaba con una impresionante colección de obras de arte pintadas por su histórico patrono. ¿Qué podía decir? Le gustaba ver cosas bonitas.

Evidentemente, a los segadores de la región francoibérica les enfurecía que un segador midmericano hubiera elegido el nombre de un artista francés. Creían que todos los artistas franceses de la edad mortal les pertenecían. Bueno, que Montreal ahora formara parte de Midmérica no significaba que hubiera perdido su herencia francesa. Seguro que algún antepasado del segador Renoir procedía de Francia.

Daba igual; las Guadañas del otro lado del Atlántico podían fanfarronear todo lo que quisieran, que a él no le afectaba. Lo que sí le afectaba eran las etnias permafrost de los confines septentrionales de las Méricas, que era donde vivía. Mientras que el resto del mundo se había mezclado a fondo a nivel genético, los permafrosts preferían proteger su cultura antes que unirse al resto de la humanidad. No constituía un delito, claro (cada uno era libre de elegir lo que quisiera), pero para el segador Renoir era una molestia y una mácula en el orden de las cosas.

Y a Renoir le gustaba el orden.

Sus especias estaban ordenadas alfabéticamente; sus tazas de té, alineadas en el armario con precisión matemática; se cortaba el pelo a la misma medida cada viernes por la mañana. La población permafrost iba en contra de todo aquello. Tenían unos rasgos raciales demasiado característicos, y eso era algo intolerable.

Por lo tanto, cribaba a tantos como podía.

Por supuesto, demostrar un prejuicio étnico en la criba le habría supuesto graves problemas si se enteraba la Guadaña. Gracias a los cielos, la permafrost no se consideraba una raza en sí misma. Su índice genético simplemente mostraba un alto porcentaje de «otros». «Otros» era una categoría tan amplia que le servía para ocultar sus actos. Quizá no al Nimbo, pero sí a la Guadaña, que era lo importante. Siempre que no les diera un buen motivo para examinar sus cribas con más atención, ¡nadie lo sabría! Así

esperaba reducir con el tiempo la población de permafrosts étnicos hasta que su presencia dejara de ofenderle.

Aquella noche en concreto iba de camino a una doble criba: una mujer permafrost y su hijo pequeño. Estaba de buen humor. Sin embargo, al salir de casa se encontró con una inesperada figura vestida de negro.

La mujer y su hijo no murieron aquella noche… No obstante, el segador Renoir no corrió la misma suerte. Lo encontraron en un publicoche en llamas que atravesó a toda velocidad su barrio como una bola de fuego hasta que se le derritieron los neumáticos y paró. Cuando llegaron los bomberos no pudieron hacer nada. No era bonito de ver.

Rowan se despertó con un cuchillo en el cuello. La habitación estaba a oscuras. No veía quién sostenía el cuchillo, aunque reconocía la hoja: era un karambit sin anillo, un arma con una hoja curva perfecta para su propósito actual. Siempre había sospechado que su trabajo como segador Lucifer no duraría mucho. Estaba preparado. Estaba preparado desde el día en que empezó.

—Respóndeme con sinceridad si no quieres que te rebane el cuello de oreja a oreja —dijo su atacante. Rowan identificó la voz al instante, y no era la que se esperaba.

—Primero pregunta —respondió—. Y después te diré si prefiero responder o que me rebanes el cuello.

—¿Has sido tú el que ha matado al segador Renoir?

—Sí, segador Faraday —contestó sin vacilar—. He sido yo.

Le quitó la hoja del cuello. Después, Rowan oyó una vibración metálica en el cuarto: el otro segador había lanzado el cuchillo contra la pared y allí se había clavado.

—¡Mierda, Rowan!

El chico fue a encender la luz. El segador estaba sentado en la única silla de la espartana habitación de Rowan. «Es un dormitorio que Faraday aprobaría», pensó. Nada de comodidades, salvo la cama, que debía evitar el sueño inquieto de un segador.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Rowan.

Tras su encuentro con Tyger había dejado Pittsburgh y se había marchado a Montreal porque le daba la impresión de que si su antiguo amigo lo había encontrado, cualquiera podría. Y a pesar de la mudanza, lo habían encontrado.

Por suerte, se trataba de Faraday y no de otro segador que quizá no hubiera vacilado en cortarle el cuello.

—Se te olvida mi habilidad para escarbar en el cerebro trasero. Puedo encontrar lo que quiera o a quien quiera.

Faraday lo miró con los ojos rebosantes de rabia hirviente y amarga decepción. El joven sintió el impulso de apartar la vista, pero no lo hizo. Se negaba a avergonzarse de sus actos.

—Rowan, cuando te fuiste, ¿no me prometiste que no llamarías la atención y que te alejarías de los asuntos de los segadores?

—Sí que lo hice —reconoció él con sinceridad.

—Así que ¿me mentiste? ¿Tenías planeado esto del «segador Lucifer» desde el principio?

Rowan se levantó y sacó la hoja de la pared. Era un karambit sin anillo, como había supuesto.

—No tenía planeado nada; simplemente, cambié de idea.

Le devolvió el arma al segador.

—¿Por qué?

—Pensé que tenía que hacerlo, que era necesario.

Faraday miró hacia la túnica negra, que estaba colgada de un gancho al lado de la cama.

—Y ahora te vistes con una túnica prohibida. ¿Es que no vas a dejar tabú sin romper?

Era cierto. A los segadores no se les permitía vestir de negro, y justo por eso lo había elegido. La muerte negra para los portadores de la oscuridad.

—¡Se supone que somos los más sabios! —exclamó Faraday—. ¡No es así como luchamos!

—Precisamente tú eres el menos indicado para decirme cómo luchar. ¡Si te hiciste el muerto y huiste!

Faraday respiró hondo. Miró el karambit que llevaba en la mano y lo guardó en uno de los bolsillos interiores de su túnica de marfil.

—Creía que si convencía al mundo de que me había cribado conseguiría salvaros a Citra y a ti. ¡Creía que os liberarían del noviciado y os enviarían de vuelta a casa!

—No funcionó —le recordó el chico—. Y sigues escondido.

—Aguardo el momento oportuno. No es lo mismo. Hay ciertas cosas que me resultarán más sencillas si la Guadaña no sabe que sigo con vida.

—Y hay ciertas cosas que me resultarán más sencillas a mí siendo el segador Lucifer.

Faraday se levantó y lo examinó con detenimiento.

—¿En qué te has convertido, Rowan, para ser capaz de acabar a sangre fría con la existencia de tantos segadores?

—Al morir pienso en sus víctimas. Los hombres, mujeres y niños a los que han cribado… Porque los segadores con los que acabo no criban con remordimiento ni con el sentido de la responsabilidad que se les supone. Y eso me libera de sentir remordimientos por ellos.

Faraday permaneció impasible.

—El segador Renoir… ¿Cuál fue su crimen?

—Estaba realizando una limpieza étnica secreta del norte.

El segador tuvo que meditarlo un instante.

—Y ¿cómo lo descubriste?

—No olvides que a mí también me enseñaste a investigar en el cerebro trasero. Me enseñaste la importancia de estudiar bien a cada sujeto que pensara cribar. ¿O se te ha olvidado que tú me pusiste todas esas herramientas en las manos?

El segador Faraday miró por la ventana, aunque Rowan sabía que sólo era para evitar mirarlo a él a los ojos.

—Podrías haber informado sobre su crimen al comité de selección…

—¿Qué habrían hecho? ¿Regañarlo y ponerlo en periodo de prueba? Por mucho que evitaran que siguiera cribando, el castigo no habría estado a la altura del delito.

Faraday por fin se volvió hacia él. De repente parecía cansado y viejo. Mucho más viejo de lo que nadie debería parecer o sentirse.

—No somos una sociedad que crea en el castigo, sino en la corrección.

—Igual que yo. En los días mortales, cuando no podían curar una enfermedad de cáncer, extirpaban esa enfermedad. Es justo lo que hago yo.

—Es cruel.

—No lo es. Los segadores con los que acabo no sufren dolor. Ya están muertos cuando los reduzco a cenizas. A diferencia del difunto segador Chomsky, yo no los quemo vivos.

—Un pequeño consuelo, pero eso no te redime.

—No pido redención. Lo que quiero es salvar a la Guadaña. Y creo que esta es la única forma de hacerlo.

Faraday lo examinó de nuevo y negó con la cabeza, triste. Ya no estaba furioso. Parecía resignado.

—Si quieres que pare, tendrás que acabar tú conmigo —le dijo Rowan.

—No me pongas a prueba. Porque la tristeza que quizá sintiera al eliminarte no me detendría si lo considerara un acto justo.

—Pero no lo haces. Porque, en el fondo, sabes que lo que hago es necesario.

El segador Faraday guardó silencio unos momentos. Miró de nuevo por la ventana. Había empezado a nevar. Una suave nevisca que dejaría el suelo resbaladizo. La gente se caería y se golpearía en la cabeza. Los centros de reanimación no darían abasto aquella noche.

—Muchos segadores se han alejado de las antiguas costumbres, del camino correcto —dijo con una tristeza más profunda de la que Rowan podía sondar—. ¿Piensas acabar con la mitad de la Guadaña? Porque, por lo que veo, los del llamado nuevo orden ven a Goddard como un mártir. Cada vez hay más segadores que disfrutan del acto de matar. La conciencia está a punto de convertirse en una baja.

—Haré lo que tenga que hacer hasta que no pueda seguir haciéndolo —fue la única respuesta de Rowan.

—Puedes eliminar a un segador tras otro, y eso no cambiará el curso de los acontecimientos —le aseguró Faraday.

Por primera vez, algo de lo que decía su antiguo mentor hizo que se cuestionara su plan. Porque sabía que estaba en lo cierto: por muchos segadores malos que eliminara de la ecuación, otros aparecerían para sustituirlos. Los del nuevo orden adoptarían aprendices con ansias de matar, como los asesinos de la edad mortal, a los que encerraban en instalaciones para que se pasaran el resto de sus vidas entre barrotes. Ahora, a esos mismos tipos se les permitía acabar con vidas humanas sin sufrir las consecuencias. No era lo que los fundadores pretendían, pero todos ellos se habían cribado hacía tiempo. Y, aunque alguno de ellos siguiera con vida, ¿qué poder les quedaría para cambiar las cosas?

—Entonces, ¿qué cambiará el curso de los acontecimientos? —preguntó Rowan.

—La segadora Anastasia —respondió Faraday, arqueando una ceja.

—¿Citra? —Eso no se lo esperaba.

—Es la nueva voz de la razón y la responsabilidad. Puede conseguir que las viejas costumbres vuelvan a ser nuevas. Por eso la temen.

Entonces, Rowan leyó algo más en el rostro de su antiguo mentor. Entendió lo que decía en realidad.

—¿Citra corre peligro?

—Eso parece.

De improviso, el mundo entero del chico dio un vuelco. Le sorprendió lo deprisa que podían cambiar sus prioridades.

—¿Qué puedo hacer?

—No estoy seguro… Aunque sí puedo decirte lo que vas a hacer. Escribirás una elegía para cada uno de los segadores que mates.

—Ya no soy tu aprendiz. No puedes ordenarme que haga nada.

—No, pero si deseas lavarte aunque sea una pequeña parte de la sangre que te ensucia las manos y recuperar una pizca de mi respeto, lo harás. Escribirás un epitafio sincero por cada uno de ellos. Hablarás de todo el bien que hayan hecho tus víctimas, no sólo del mal; porque incluso los segadores más egoístas y corruptos cuentan con alguna virtud oculta entre los pliegues de su corrupción. En algún momento de sus vidas intentaron hacer lo correcto, antes de caer. —Hizo una pausa al recordar algo—. Antes era amigo del segador Renoir —reconoció—. Muchos años antes de que su intolerancia se convirtiera en el cáncer del que hablas. Una vez se enamoró de una mujer permafrost. Eso no lo sabías, ¿verdad? Pero, como era segador, no podía casarse. Así que ella se casó con otro hombre permafrost… y ahí empezó el largo camino de Renoir al odio. —Se tomó un momento para mirar a Rowan —. De haberlo sabido, ¿lo habrías perdonado?

Rowan no contestó porque no lo sabía.

—Completa tu investigación sobre él —le ordenó Faraday—. Escribe un epitafio anónimo y publícalo para que todos lo lean.

—Sí, segador Faraday —respondió Rowan, que sintió un honor inesperado al obedecer a su antiguo mentor.

Satisfecho, el segador se volvió hacia la puerta.

—¿Y qué pasa contigo? —le preguntó el chico, en parte porque no quería que se fuera y lo abandonara con sus pensamientos—. ¿Vas a desaparecer otra vez?

—Tengo muchas cosas que hacer. No soy lo bastante viejo como para haber conocido al dalle supremo Prometheus y los segadores fundadores, pero conozco bien su legado.

Rowan también.

—«Y si este experimento falla, hemos integrado una forma de escapar de él».

—Muy bien; recuerdas tus lecturas. Prepararon una medida de seguridad por si la Guadaña se torcía… Pero su plan se ha perdido en el devenir del tiempo. Mi esperanza es que no se haya perdido, sino tan sólo traspapelado.

—¿Crees que puedes encontrarlo?

—Quizá sí, quizá no, aunque creo saber dónde mirar.

Rowan lo meditó; sospechaba dónde pretendía Faraday iniciar su búsqueda.

—¿Perdura?

El chico sabía muy poco sobre la Ciudad del Corazón Perdurable, más conocida como Perdura. Era una metrópolis flotante en medio del océano Atlántico en la que se ubicaba la sede del poder. Desde allí, los siete verdugos mayores del Consejo Mundial de Segadores regían las Guadañas regionales de todo el mundo. Como novicio, estaba demasiados niveles por encima de Rowan como para preocuparse por él. Aun así, como segador Lucifer, ahora se percataba de que debía de haber llamado la atención de los verdugos mayores, por mucho silencio que guardaran al respecto.

No obstante, mientras Rowan pensaba sobre el papel de la enorme ciudad flotante en el gran esquema de las cosas, el segador Faraday negaba con la cabeza.

—No, Perdura no. Ese lugar se construyó mucho después de la fundación de la Guadaña. El lugar que busco es mucho más antiguo.

Y fue entonces cuando Rowan se quedó en blanco, y Faraday sonrió y dijo:

—Nod.

Rowan tardó un momento en comprender. Hacía muchos años que no había oído aquella canción infantil.

—¿La Tierra de Nod? Pero no puede ser real, no es más que una canción.

—Todas las historias remiten a un tiempo y un lugar…, incluso los cuentos infantiles más simples e inocentes tienen inicios inesperados.

Eso le recordó otra canción infantil que Rowan recordaba. «Ring Around the Rosie». Años más tarde aprendió que hablaba sobre una enfermedad de la era mortal llamada la peste negra. La rima era una tontería sin contexto, pero una vez que sabías sobre qué trataba (lo que significaba cada verso) tenía un sentido espeluznante. Los niños cantaban sobre la muerte con un sonsonete macabro.

La rima de La Tierra de Nod tampoco tenía mucho sentido. Por lo que recordaba Rowan, los críos la cantaban mientras rodeaban a uno para que la «llevara». Y cuando se acababa la canción, el niño del centro tenía que perseguir a todos los demás, y el último que atrapara sería el siguiente que la «llevara».

—Ni siquiera hay pruebas de que Nod exista —comentó Rowan.

—Y por eso no la han encontrado nunca. Ni siquiera los cultos del tono, que creen en ella con el mismo fervor con el que creen en la Gran Resonancia.

La mención a los tonistas acabó con cualquier esperanza de que el chico se tomara a Faraday en serio. ¿Tonistas? ¿De verdad? Había salvado las vidas de muchos de ellos el día que mató a Goddard, Chomsky y Rand, pero eso no significaba que se tomara en serio sus sectarias creencias inventadas.

—¡Todo eso es absurdo!

—Qué inteligente por parte de los fundadores ocultar una semilla de verdad en algo tan ridículo —repuso Faraday, sonriendo—. ¿Qué persona racional se plantearía buscar ahí?

Rowan no logró conciliar el sueño en toda la noche. Cada ruido se amplificaba, incluso el latido de su corazón se convirtió en un insoportable redoble en los oídos. Lo que sentía no era miedo, sino un peso. El peso con el que había decidido cargar para salvar a la Guadaña; y, ahora, el peso añadido de saber que Citra corría peligro.

A pesar de lo que pensaran los segadores midmericanos, Rowan amaba la Guadaña. La idea de que los seres humanos más compasivos y sabios fueran los que pusieran fin a la vida para contrarrestar la inmortalidad era una idea perfecta para un mundo perfecto. Faraday le había enseñado lo que debía ser un segador; y había muchísimos de ellos, incluso entre los pomposos y arrogantes, que todavía se comportaban de acuerdo con los más altos estándares. Pero sin esos valores, la Guadaña sería algo horrible. Rowan había sido muy inocente al creerse capaz de evitarlo. Faraday era más listo. Aun así, aquel era el camino que había elegido; abandonarlo en ese momento habría sido reconocer el fracaso. No estaba listo para eso. Aunque él solo no evitara la caída de la Guadaña, todavía podía extirpar todos los cánceres posibles.

No obstante, se sentía aislado. La presencia de Faraday le había concedido un breve momento de camaradería que sólo sirvió para empeorar aquella sensación. Y Citra. ¿Dónde estaría? Su existencia estaba en peligro y ¿qué podía hacer él al respecto? Tenía que haber algo.

Al final consiguió dormirse al alba y, por suerte, sus sueños no trataron sobre la confusión a la que se enfrentaba en su vida despierta, sino que estuvieron repletos de recuerdos de tiempos más sencillos, cuando sus mayores problemas eran las notas, los partidos y que su amigo Tyger

acostumbrara a despachurrarse. Unos tiempos en los que el futuro se le abría de par en par y él sabía con certeza que era invencible y viviría para siempre.

14

Tyger y la segadora esmeralda

—Tendrás que hacerlo mejor, juerguista.

La segadora de túnica verde chillón, la de los ojos de loca y los modales apacibles, le dio una patada en las piernas que lo tiró al suelo, y Tyger Salazar besó la dura colchoneta. ¿Por qué llamaban colchoneta a aquella cosa tan fina si era como caerse directamente al suelo de teca de la terraza del ático donde practicaban? Aunque no le importaba. Incluso con los nanobots analgésicos al mínimo, ya disfrutaba del subidón de endorfinas que acompañaba al dolor de entrenar. Era incluso mejor que despachurrarse. Vale, saltar de edificios altos se hacía adictivo al cabo de un tiempo, pero también el combate cuerpo a cuerpo… Y, a diferencia de despachurrarse, la lucha era distinta en cada ocasión. La única variación que encontraba en las caídas era cuando chocaba con algo por el camino.

No tardó en levantarse y seguir la pelea, y consiguió acertar lo suficiente para frustrar a la segadora Rand. La desequilibró, la tiró al suelo y se rio, lo que sólo sirvió para irritarla más. Era lo que él pretendía. El punto débil de Rand era el mal genio. A pesar de ser mucho mejor que él en el brutal arte marcial del bokator viuda negra, su genio la volvía descuidada y fácil de burlar. Por un momento pensó que correría a por él e iniciaría una bronca. Cuando se enfadaba era capaz de tirar de los pelos, arañar ojos y arrancar cualquier zona de piel al aire con unas uñas que rayaban la piedra.

Pero no. Ese día consiguió domar su vena salvaje.

—Basta —dijo mientras retrocedía para salir del círculo—. A la ducha.

—¿Vienes conmigo? —la provocó Tyger.

—Uno de estos días te voy a tomar la palabra y no vas a saber qué hacer conmigo.

—Se te olvida que era un fiestero profesional. Sé un par de cosas.

Después se sacó la camiseta empapada de sudor y dejó que su musculoso torso sirviera de última palabra visual antes de alejarse contoneándose.

Mientras se daba su ducha privada, el chico se maravilló de su envidiable situación. Había encontrado algo muy chulo. Al llegar creía que se trataría de un trabajo normal, pero allí no había fiestas ni otros invitados, aparte de él.

Llevaba en el piso más de un mes y el «trabajo» no tenía pinta de ir a concluir pronto, aunque suponía que, si de verdad se trataba de un noviciado, tendría que acabar en algún momento. Mientras tanto, disfrutaba de un lujoso ático y de toda la comida que deseara. El único requisito era ejercicio y entrenamiento. «Tienes que pulir tu cuerpo para los días que nos esperan, juerguista». Nunca lo llamaba por su nombre. Siempre era «juerguista» cuando estaba de buen humor o «gusano» y «cacho carne» cuando no.

Aunque nunca le había confesado su edad, él le calculaba unos veinticinco… y unos veinticinco reales. Cuando una persona mayor reiniciaba el contador y volvía a la veintena, era fácil de identificar. Su juventud tenía algo de rancio. La segadora esmeralda, por el contrario, vivía la vida por primera vez.

Lo cierto era que ni siquiera estaba del todo convencido de que la mujer fuera una segadora. Sí que tenía un anillo, y parecía real, pero nunca la veía salir a cribar… y estaba lo bastante informado sobre los segadores como para saber que debían cubrir una cuota. Es más, nunca se reunía con otros segadores. ¿No había una especie de reunión a la que estaban obligados a asistir varias veces al año? Cónclave, así se llamaba. Bueno, quizás aquel aislamiento era cosa de Texas. Las reglas y las costumbres eran distintas de las del resto de las Méricas. No la llamaban la región de la estrella solitaria por nada.

En cualquier caso, no pensaba mirarle el diente a aquel caballo regalado. En una familia en la que siempre había sido una coletilla, como mucho, no le importaba en absoluto ser el centro de atención de alguien.

Y ahora era fuerte. Ágil. Un espécimen al que admirar y envidiar. Así que, aunque fuera para nada y la segadora esmeralda lo dejara marchar sin tan siquiera darle las gracias, podría regresar al circuito de las fiestas sin problemas… y con un cuerpo como el que tenía ahora estaría muy demandado. Su trabajado físico lo convertiría en un bombón de lujo, seguro.

Y si no le daba la patada, ¿qué? ¿Le entregarían un anillo y lo enviarían a cribar? ¿Sería capaz de eso? Vale, había gastado más de una broma pseudoletal, como todos. Todavía sonreía al recordar la mejor: habían vaciado para mantenimiento la piscina de trampolín del instituto y a él se le había ocurrido la brillante idea de llenarla de agua holográfica. El mejor saltador del colegio subió a la plataforma de diez metros y procedió a realizar un salto perfecto que acabó en un despachurramiento involuntario. El gemido que dejó escapar antes de quedarse morturiento fue total. Casi merecieron la pena los tres días de expulsión y los seis fines de semana de servicio público que le

impuso el Nimbo. Incluso el saltador, cuando salió del centro de reanimación unos días después, reconoció que había sido una broma bastante buena.

Pero morturiento y muerto eran dos cosas muy distintas. ¿Tenía lo que hacía falta para acabar con una vida para siempre y repetirlo todos los días? Bueno, quizá pudiera ser como aquel segador con el que estudió Rowan. Goddard, el que sabía organizar unas fiestas tremendas. Si formaba parte de la descripción del trabajo, Tyger sería capaz de soportar el resto, suponía.

Por supuesto, no estaba convencido de que aquello fuera un noviciado para entrar en la Guadaña. Al fin y al cabo, Rowan había fracasado en su intento. A Tyger le costaba creer que él pudiera tener éxito donde su amigo no lo había tenido. Además, a Rowan la experiencia lo había transformado. Se había vuelto todo oscuro y serio por culpa de los retos mentales que se había visto obligado a encarar. Para Tyger no existían tales retos mentales. Su cerebro estaba fuera de la ecuación, y a él le parecía bien. Nunca había sido su mejor órgano.

Quizá lo entrenara para convertirse en guardaespaldas de un segador, aunque no se imaginaba qué segador iba a necesitar guardaespaldas. Nadie era lo bastante estúpido como para atacarlos, teniendo en cuenta que el castigo era la criba de toda la familia. Si resultaba ser el caso, no sabía bien si aceptaría el trabajo. ¿Todo el rigor sin nada de poder? Para acceder a eso, las ventajas tendrían que ser de primera.

—Creo que ya estás casi listo —le dijo la segadora esmeralda mientras cenaban aquella noche. Su bot acababa de servirles una magra porción de filete a cada uno; filete de verdad, nada de porquería sintética. Al fin y al cabo, la proteína natural era lo mejor para crear músculo.

—¿Listo para mi anillo, te refieres? —preguntó—. ¿O tienes otra cosa en mente?

Ella le dedicó una sonrisa enigmática que a él le resultaba más atractiva de lo que deseaba reconocer. No le había resultado atractiva al llegar, pero había algo en la naturaleza cruel e íntima de los combates de bokator que había cambiado su relación.

—Si es para un anillo de segador, ¿no hay unas pruebas que debería superar en el cónclave? —añadió.

—Créeme, juerguista, tendrás ese anillo en el dedo sin necesidad de asistir a un cónclave. Te doy mi garantía personal.

¡Así que iba a ser segador! Tyger se comió el resto de la cena con ganas. Conocer por fin su destino le resultaba estimulante y escalofriante a partes iguales.

15

El Salón de los Fundadores

La Gran Biblioteca de Alejandría (considerada una de las maravillas del mundo antiguo) fue la obra cumbre del reino de Ptolomeo. Era el centro intelectual del mundo cuando el mundo todavía era el centro del universo y todo lo demás giraba en torno a él. Por desgracia, el Imperio Romano creía que su versión del mundo era el centro del universo, así que quemó la biblioteca hasta los cimientos. Se consideraba una de las mayores pérdidas para la literatura y la sabiduría que había sufrido el mundo.

Su reconstrucción fue idea del Nimbo y movilizó a miles de personas en un trabajo de construcción descomunal que les proporcionó trabajo durante cincuenta años. Cuando terminaron la gran biblioteca, se trataba de una réplica lo más fiel posible a la original, en el lugar exacto en el que se alzaba la primera. Pretendía ser un recordatorio de lo que se había perdido en el pasado y la promesa de que, ahora que tenían al Nimbo para protegerlo, ese conocimiento jamás se volvería a perder.

Después, cuando se terminó la construcción, la Guadaña se apropió de ella para alojar su colección de diarios de segadores, esos volúmenes encuadernados en cuero que todos debían escribir cada día de sus vidas.

Como la Guadaña era libre para hacer lo que deseara, el Nimbo no pudo detenerla. No le quedó más remedio que contentarse sabiendo que, al menos, había reconstruido la biblioteca. En cuanto a su propósito final, quedaba en manos de la humanidad.

Munira Atrushi, como casi todos los habitantes del mundo, tenía un trabajo perfectamente corriente. Y como la mayoría del mundo, no odiaba su trabajo, aunque tampoco lo adoraba. Sus sentimientos oscilaban más o menos en el centro entre ambos extremos.

Trabajaba a tiempo parcial en la Gran Biblioteca de Alejandría, dos noches a la semana, desde las doce a las seis de la mañana. Casi todos los días los pasaba en sus clases del campus Cairo de la Universidad Israérabe, estudiando Ciencias Informativas. Evidentemente, dado que el Nimbo había

digitalizado y catalogado hacía mucho tiempo toda la información del mundo, como tantos otros grados universitarios, el de Munira no tenía ningún valor práctico. Se convertiría en un trozo de papel enmarcado que colgaría en su pared. Un permiso para hacerse amiga de otros con grados igual de inservibles.

No obstante, albergaba la esperanza de que contar con aquel papel le concediera el prestigio suficiente para convencer a la biblioteca de contratarla como conservadora a tiempo completo cuando se graduara; porque, a diferencia del resto de la información del mundo, los diarios de los segadores no los catalogaba el Nimbo. Los diarios todavía tenían que pasar por las torpes manos humanas.

Cualquiera que deseara investigar los 3,5 millones de volúmenes recogidos desde los primeros días de la Guadaña tendría que acudir allí… y podía hacerlo cuando quisiera, puesto que la Gran Biblioteca estaba abierta a todo el mundo las veinticuatro horas del día, todos los días del año. Pero Munira había descubierto que pocas personas aprovechaban la ventaja del libre acceso. Durante el día no había más que unos cuantos académicos con sus investigaciones. Sí que acudían muchos turistas, aunque estaban más interesados en la historia y la arquitectura del edificio. Los volúmenes en sí les interesaban poco, salvo como fondo para sus fotos.

Poca gente aparecía por la noche. Lo más habitual es que Munira estuviera allí sola con dos miembros de la Guardia del Dalle, cuya presencia era más decorativa que útil. Permanecían en silencio a la entrada, como estatuas vivientes. Durante el día se convertían en una foto más para los turistas.

En el turno de noche tenía suerte si aparecían un par de personas, y la mayoría ni siquiera sabía lo que quería, así que nunca se acercaban al mostrador de información. De ese modo, Munira podía dedicar su tiempo a estudiar o a leer los escritos de los segadores, que le resultaban fascinantes. Asomarse a los corazones y las almas de los hombres y mujeres que se encargaban de acabar con la vida, saber lo que sentían mientras se dedicaban a sus cribas… era adictivo, así que leer los diarios se había convertido en su obsesión. Como cada año se añadían muchos miles de cuadernos más a la colección, nunca se quedaba sin material de lectura; aunque algunos escritos eran más interesantes que otros.

Había leído sobre las dudas del dalle supremo Copernicus antes de cribarse; sobre el profundo arrepentimiento de la segadora Curie por sus impulsivos actos de juventud; y, por supuesto, sobre las mentiras puras y

duras del segador Sherman. Había mucho en que ocupar su interés dentro de las sencillas páginas escritas a mano de los diarios.

Una noche a primeros de diciembre, Munira estaba enfrascada en las eróticas proezas de la segadora Rand, que parecía haber dedicado gran parte de sus diarios a detallar sus distintas conquistas sexuales. Acababa de pasar una página cuando levantó la vista y descubrió que se le acercaba un hombre que no hacía ruido al pisar el suelo de mármol del vestíbulo de entrada. Iba vestido en tonos grises y apagados, pero Munira percibió que se trataba de un segador por su porte. Los segadores no caminaban como la gente normal. Se movían con un control deliberado, como si se le exigiese al mismo aire apartarse a su paso. No obstante, si era un segador, ¿por qué no llevaba su túnica?

—Buenas noches —dijo.

Su profundo tono de voz tenía acento mericano. Su pelo era gris y llevaba una barba bien recortada que iba también de camino al gris, aunque sus ojos parecieran jóvenes. Alerta.

—En realidad ya es por la mañana, no por la noche —respondió Munira —. Las dos y cuarto, para ser exactos.

Le sonaba la cara, pero no terminaba de ubicarla. Por un momento se le apareció un recuerdo fugaz: una túnica blanca inmaculada. No, blanca no…, marfil. No conocía a todos los segadores y mucho menos a todos los segadores mericanos, pero sí a los que tenían cierto renombre internacional. Al final se acordaría.

—Bienvenido a la Gran Biblioteca de Alejandría —lo saludó—. ¿En qué puedo ayudarlo? —Evitó llamarlo «su señoría», el título acostumbrado para dirigirse a un segador, porque estaba claro que pretendía ir de incógnito.

—Estoy buscando los primeros escritos.

—¿De qué segador?

—De todos.

—¿Los primeros escritos de todos los segadores?

Él suspiró, algo molesto porque no lo hubiera entendido. Sí, era un segador, no cabía duda. Sólo uno de ellos sería capaz de parecer irritado y paciente a la vez.

—Todos los primeros escritos de todos los primeros segadores —explicó —. Como Prometheus, Sappho, Lennon…

—Sé quiénes son los primeros segadores —respondió ella, enfadada a su vez al ver que la subestimaba de aquel modo.

La verdad era que Munira no solía ser tan antipática, pero la había interrumpido en una lectura muy interesante. Además, sus clases de la mañana le dejaban poco tiempo para dormir, así que estaba cansada. Se obligó a sonreír y decidió que haría un esfuerzo por ser más agradable con el hombre misterioso; porque, al fin y al cabo, si era segador podría decidir cribarla si lo fastidiaba demasiado.

—Todos los primeros diarios están en el Salón de los Fundadores —le explicó—. Está cerrado con llave, así que tengo que abrírselo.

Dejó puesto el cartel de «Vuelvo dentro de cinco minutos» y condujo al hombre por los profundos recovecos de la biblioteca.

Las pisadas de Munira retumbaban en el salón de granito. Todo sonaba más fuerte en el silencio de la noche. Un murciélago que batiera las alas en los aleros de arriba sonaría como un dragón al alzar vuelo… Pero los pies del hombre no hacían ruido al andar. Su sigilo resultaba inquietante. Igual que las luces del edificio, que se encendían delante de ellos y se apagaban detrás a medida que avanzaban por el pasillo, sin dejar de titilar como si fueran antorchas. Era un efecto inteligente, aunque las sombras brotaban y se escondían como si estuvieran vivas.

—Sabrá que los escritos populares de los fundadores están disponibles en el servidor público de la Guadaña, ¿no? —le preguntó Munira—. Hay cientos de lecturas seleccionadas.

—No deseo ver las lecturas seleccionadas. Me interesan las que no se han «seleccionado».

Volvió a mirarlo y por fin recordó quién era…, y la idea le golpeó con tal fuerza que se tambaleó. Fue sólo un ligero vaivén y se recuperó deprisa, pero él lo vio. Al fin y al cabo, era un segador, y los segadores lo notan todo.

—¿Ocurre algo?

—En absoluto. Es el parpadeo de la luz. Me cuesta ver los bordes irregulares de las losetas.

Lo que era cierto, aunque no hubiera trastabillado por eso. Pero si había algo de verdad en sus palabras, quizás el segador no oliera la mentira.

A Munira le habían puesto un apodo en la biblioteca. Los demás empleados la llamaban «la funeraria» a sus espaldas, en parte por su personalidad fúnebre, pero sobre todo porque uno de sus trabajos era cerrar las colecciones de los segadores que se habían cribado o que habían muerto de forma permanente de modo siniestro (como cada vez pasaba más a menudo en las regiones mericanas).

Un año antes había catalogado la obra completa de este segador, desde el día en que lo ordenaron hasta el día de su muerte. Sus diarios ya no se alojaban entre las colecciones de los vivos, sino en el ala norte, entre los diarios de todos los demás segadores midmericanos que ya no caminaban sobre la faz de la Tierra. No obstante, allí estaba: el segador Michael Faraday, caminando junto a ella.

Había leído bastantes de sus escritos. Sus pensamientos y cavilaciones siempre le afectaban más que la mayoría. Era un hombre de sentimientos profundos. El año anterior, al enterarse de que se había cribado, Munira se llevó un disgusto, aunque tampoco se sorprendió. Una conciencia tan gravosa como la suya era una carga difícil de soportar.

Aunque había estado en presencia de muchos segadores antes, ninguno la había deslumbrado tanto como aquel. Aun así, no se le podía notar. No podía permitir que descubriera que ella lo había reconocido. No hasta tener tiempo de procesar y averiguar cómo narices era posible que estuviera allí y por qué.

—Te llamas Munira —dijo, más una afirmación que una pregunta. Al principio, la chica creyó que debía de haber leído la placa con su nombre en el mostrador, pero algo le decía que conocía su nombre desde mucho antes—. Tu nombre significa «luminosa».

—Sé lo que significa.

—Y ¿lo eres? ¿Eres un astro perdido entre estrellas menos brillantes?

—No soy más que una humilde servidora de la biblioteca.

Salieron del largo pasillo central y llegaron a un patio ajardinado. En el otro extremo estaban las puertas de hierro forjado del Salón de los Fundadores. La luna bañaba de profundos tonos malva los arbustos ornamentales y las esculturas que los rodeaban, de modo que sus sombras eran como pozos oscuros en los que Munira temía entrar.

—Háblame de ti, Munira —le pidió el segador con la tranquilidad con la que los suyos transformaban las solicitudes educadas en órdenes a las que nadie se podía negar.

En aquel momento, la chica se percató de que no sólo lo había reconocido, sino de que, además, él lo sabía. ¿Corría peligro de que la cribara? ¿Sería capaz de acabar con ella con tal de proteger su identidad? Por sus escritos, no parecía la clase de segador que haría algo semejante, pero los segadores eran inescrutables. Sintió frío, a pesar de que la noche israérabe era cálida y bochornosa.

—Seguro que ya sabe todo lo que pueda contarle, segador Faraday.

Bueno, ya estaba, ya lo había dicho. Se habían acabado las farsas.

El sonrió.

—Siento no haberme presentado antes, pero mi presencia aquí es… digamos que… poco ortodoxa.

—Así que ¿estoy en presencia de un fantasma? ¿Va a desaparecer a través de una pared para después regresar noche tras noche con la misma petición?

—Quizá. Ya veremos.

Llegaron al Salón de los Fundadores, ella abrió las puertas y entraron en una gran sala que, para Munira, siempre había parecido una cripta; tanto que a menudo los turistas preguntaban si los primeros segadores estaban enterrados allí. No era así, aunque la chica con frecuencia sentía su presencia, de todos modos.

Había cientos de volúmenes en pesados estantes de caliza, cada uno de ellos encerrado en una caja de Plexiglás de temperatura controlada, lo que era una extravagancia reservada a los libros más viejos de la biblioteca.

Faraday empezó a mirar. Munira creía que le pediría intimidad y que se marchase, pero lo que hizo fue comentar:

—Quédate por aquí si te apetece. Este lugar es demasiado majestuoso y austero para que la soledad resulte cómoda.

De manera que Munira cerró la puerta (no sin antes asomarse al exterior para comprobar que nadie los hubiera visto) y después lo ayudó a abrir la complicada caja de plástico en la que se guardaban los diarios que había sacado del estante; después se sentó frente a él a la mesa de piedra del centro de la cámara. Faraday no le dio respuesta a la pregunta obvia que flotaba en el aire, así que tuvo que planteársela ella:

—¿Cómo es posible que esté aquí, su señoría?

—Gracias a un avión y a un ferry —respondió él, sonriendo—. Dime, Munira, ¿por qué decidiste trabajar para la Guadaña después de fracasar en el noviciado?

Ella se erizó. ¿Era su forma de castigarla por preguntar algo que él no deseaba responder?

—No fracasé. Había un único puesto disponible para toda Israebia al final de mi noviciado y éramos cinco candidatos. Así que eligieron a uno y no a los otros cuatro. Estar entre esos cuatro no es lo mismo que fracasar.

—Perdóname, no quería insultarte ni faltarte el respeto. Es que me intriga que la decepción no te pusiera en contra de la Guadaña.

—¿Le intriga pero no le sorprende?

El segador Faraday sonrió.

—Pocas cosas me sorprenden.

Munira se encogió de hombros, como si su fallido noviciado tres años antes no importara.

—Valoraba a la Guadaña entonces y la valoro ahora.

—Ya veo —respondió él mientras pasaba con cuidado una página del viejo diario—. Y ¿hasta qué punto eres leal al sistema que te descartó?

Munira apretó la mandíbula sin saber bien qué respuesta buscaba Faraday… O, ya puestos, cuál sería su respuesta sincera.

—Tengo un trabajo. Lo hago. Me enorgullezco de él.

—Y deberías. —La miró, miró en su interior y a través de ella—. ¿Puedo compartir contigo mi evaluación de Munira Atrushi?

—¿Tengo elección?

—Siempre tienes elección —respondió, lo que era una verdad a medias en toda regla.

—De acuerdo, cuénteme su evaluación de mi persona.

El hombre cerró con delicadeza el viejo diario y concentró toda su atención en ella.

—Odias y amas la Guadaña a partes iguales. Por eso deseas ser indispensable para ella. Con el tiempo, esperas convertirte en la autoridad mundial en los diarios que se guardan en esta biblioteca. Eso te daría poder sobre toda la historia de la Guadaña. Y ese poder sería tu victoria silenciosa porque sabrías que la Guadaña te necesita más que tú a ella.

De repente, Munira sintió que perdía el equilibrio, como si las arenas del desierto que se habían tragado las ciudades de los faraones se movieran bajo sus pies, dispuestas a tragársela entera. ¿Cómo era capaz de leerla con tanta facilidad? ¿Cómo podía poner en palabras unos sentimientos que ni ella misma se había confesado? La había descifrado por completo, y se sentía tan liberada como atrapada.

—Veo que estoy en lo cierto —añadió Faraday, sin más. Después le ofreció la misma sonrisa cálida y traviesa.

—¿Qué es lo que quiere, segador Faraday?

Y, por fin, se lo dijo:

—Quiero venir aquí noche tras noche hasta que encuentre lo que busco en estos antiguos diarios. Y quiero que mantengas mi identidad en secreto y que me avises si alguien se acerca mientras investigo. Quiero que me prometas que la Guadaña no recibirá noticia de que sigo con vida. ¿Puedes hacer eso por mí, Munira?

—¿Me contará qué busca?

—No puedo. Si lo hiciera, podrían obligarte a revelarlo. No deseo ponerte en esa tesitura.

—Pero sí que me pone en la poco envidiable tesitura de mantener en secreto su presencia.

—No lo considero poco envidiable. De hecho, sospecho que para ti será un honor que te confíe la salvaguarda de mi secreto.

De nuevo, tenía razón.

—No me gusta que finja conocerme mejor que yo misma.

—Pero es que es así. Es así porque conocer a la gente forma parte del trabajo de un segador.

—No de todos —lo corrigió ella—. Los hay que disparan, cortan y envenenan sin el respeto que usted ha demostrado siempre por los sujetos a los que criba. Lo único que saben es acabar con la vida sin importarles las vidas de aquellos con los que acaban.

Por un momento una chispa de rabia brotó en la controlada apariencia de Faraday, aunque la rabia no iba contra ella.

—Sí, los segadores del «nuevo orden» demuestran un flagrante desprecio por la solemnidad de su labor. Es parte del motivo por el que he venido.

Aparte de eso, no dijo más. Esperó a la respuesta de Munira. El silencio se alargó, aunque no era un silencio incómodo, sino cargado de relevancia. Parecía transcendental, así que necesitaba tiempo para revelarse.

A la chica no se le pasó por alto que había otras cuatro personas con las que compartía el puesto de encargada del turno de noche, otros estudiantes con el mismo trabajo a tiempo parcial… Lo que significaba que, esta vez, ella era la que había sido elegida en aquel grupo de cinco.

—Guardaré su secreto —le aseguró.

Después se fue para dejar a Faraday con su investigación; sentía que por fin su vida tenía un propósito digno.

16

Irá bien hasta que deje de ir bien

Las cámaras giraron en silencio para seguir a un segador de túnica roja que entraba en una cafetería acompañado por dos fornidos agentes de la Guardia del Dalle. Los micrófonos direccionales lo recogían todo, desde alguien que se rascaba la barba hasta otro que se aclaraba la garganta. Se abrieron paso entre la cacofonía de voces para concentrarse en una única conversación que se inició al sentarse el segador de la túnica roja.

El Nimbo observaba. El Nimbo escuchaba. El Nimbo meditaba. Con todo un mundo que gobernar y mantener, sabía que dedicar tanta atención a una única charla era un uso poco eficiente de sus energías, pero consideraba que aquella reunión era más importante que cualquiera otra de las miles de millones en las que estaba participando o que estaba supervisando en esos momentos. Sobre todo por las personas involucradas.

—Gracias por reunirse conmigo —le dijo el segador Constantine a las segadoras Curie y Anastasia—. Sobre todo porque sé que han tenido que abandonar su escondite para que podamos celebrar esta pequeña reunión.

—No estamos escondidas —repuso Curie, a la que indignaba la sugerencia—. Hemos decidido ser nómadas por un tiempo. Los segadores tenemos derecho a deambular como gustemos.

El Nimbo aumentó la intensidad de la luz del lugar un par de lúmenes para evaluar mejor las sutilezas de las expresiones faciales.

—Sí, bueno, ya lo llamen esconderse, deambular o huir, parece una estrategia efectiva. O sus asaltantes están procurando pasar desapercibidos hasta el siguiente ataque o han decidido no molestarse con objetivos en movimiento y concentrarse en otra cosa. —Hizo una pausa antes de añadir—: Aunque lo dudo.

El Nimbo era consciente de que las segadoras Curie y Anastasia nunca permanecían más de un par de días en el mismo sitio desde que atentaron contra sus vidas. Pero si el Nimbo pudiera haberles recomendado algo, les habría dicho que trazaran una ruta menos predecible por el continente. Siempre era capaz de predecir con un cuarenta y dos por ciento de precisión

cuál sería su siguiente parada. Lo que significaba que sus asaltantes quizá también pudieran.

—Tenemos pistas sobre la procedencia de los explosivos —les contó el segador Constantine—. Sabemos el lugar en el que se prepararon e incluso el vehículo que los transportó, aunque seguimos sin saber quién está involucrado.

Si el Nimbo pudiera haber bufado con sorna, lo habría hecho. Él sabía a la perfección quién había preparado los explosivos, quién los había colocado y quién había montado la trampa. Pero decirle a la Guadaña lo que sabía sería una violación grave de la separación entre Guadaña y Estado. Lo más que había podido hacer era motivar de forma indirecta a Greyson Tolliver para que evitara la explosión mortal. No obstante, aunque el Nimbo sabía quién había preparado los explosivos, también sabía que esas personas no eran las responsables, sino meros peones que movía una mano mucho más hábil. La mano de alguien astuto y lo bastante cuidadoso para no llamar la atención…, no sólo de la Guadaña, sino también del Nimbo.

—Tengo que hablar con usted sobre sus prácticas de criba, Anastasia —dijo Constantine.

La segadora se rebulló bajo su túnica, incómoda.

—Ya se ha discutido sobre el asunto en el Cónclave: tengo derecho a cribar como lo hago.

—No se trata de sus derechos como segadora, sino de su seguridad.

Anastasia estaba a punto de ladrarle una queja, pero la segadora Curie le tocó levemente la muñeca para silenciarla.

—Dejemos que el segador Constantine termine lo que tiene que decir.

Anastasia respiró hondo, exactamente 3644 mililitros de aire que después procedió a exhalar muy despacio. El Nimbo sospechaba que Curie había intuido la naturaleza de la explicación de Constantine. Sin embargo, el Nimbo no lo intuía; lo sabía.

Citra, por otro lado, no tenía ni idea, pero creía saber todo lo que Constantine estaba a punto de decir, así que aunque preparó su mejor cara de concentración, lo cierto era que ya estaba formulando una respuesta.

—Aunque quizá resulte difícil realizar un seguimiento de sus movimientos, segadora Anastasia, es muy sencillo seguir los movimientos de la gente a la que ha marcado para la criba. Cada vez que uno de ellos se pone en contacto con usted para acordar una hora y un lugar para su muerte, a sus enemigos se les presenta la oportunidad perfecta para atacarla.

—Por ahora me ha ido bien.

—Sí, irá bien hasta que deje de ir bien. Por eso he pedido al sumo dalle Xenocrates que la excuse de la criba hasta que termine la amenaza.

Aquello era lo que Citra creía que iba a decir, por lo que contraatacó de inmediato:

—A no ser que viole uno de los mandamientos de los segadores, ni siquiera el sumo dalle puede decirme lo que puedo hacer y lo que no. ¡Soy independiente y estoy por encima de todas las demás leyes, como usted!

Su respuesta no impulsó a Constantine a entrar en un debate ni tampoco le llevó la contraria, lo que inquietó a la joven.

—Sí, por supuesto. No he dicho que la vayamos a obligar a dejar la criba, sólo digo que está excusada. Lo que significa que, si no criba, no recibirá una penalización por no alcanzar su cuota.

—Bueno, en tal caso —intervino Curie para dejar claro que no tenía sentido oponerse—, yo también suspenderé mis cribas. —Después arqueó las cejas, como si se le acabara de ocurrir la idea—. ¡Podríamos ir a Perdura! —Se volvió hacia Anastasia—. Si vamos a disfrutar de vacaciones a la fuerza, ¿por qué no convertirlas en unas de verdad?

—¡Una idea excelente! —exclamó Constantine.

—No necesito vacaciones —repuso Citra.

—Entonces, ¡considéralo un viaje educativo! —insistió Curie—. Me cuentan que es impresionante.

Anastasia alzó las manos.

—¡Para! Por muy tentador que resulte un viaje a Perdura, se te olvida que sigo teniendo responsabilidades a las que no puedo dar la espalda. Todavía quedan casi treinta personas elegidas para la criba. A todas les inyecté el veneno que las matará al cabo de un mes. ¡Así no es como quiero cribarlas!

Y Constantine respondió:

—Ya no tiene que preocuparse por eso. Las hemos cribado a todas.

El Nimbo era consciente de eso, por supuesto, pero a Citra la pilló completamente por sorpresa. Aunque oyó a Constantine decirlo, las palabras tardaron un instante en llegar a su cerebro. Su sistema nervioso las registró antes que su mente. Notó que se le calentaban las orejas y que se le formaba un nudo en la garganta.

—¿Cómo dice?

—He dicho que ya las han cribado. Se envió a varios segadores a terminar sus cribas, todos hasta llegar al caballero al que eligió ayer. Le aseguro que todo está en orden. Sus familias han recibido la inmunidad. No quedan cabos sueltos que la pongan en peligro.

Citra empezó a balbucear, lo que era muy poco propio de ella. Se enorgullecía de ser siempre clara e incisiva al hablar, pero aquel ataque por la espalda la desequilibró. Se volvió hacia Curie.

—¿Lo sabías?

—No, pero tiene sentido, Anastasia. Cuando te calmes y lo medites, verás por qué han tenido que hacerlo.

Pero Citra estaba a varios kilómetros de calmarse. Pensó en todas las personas que había elegido para la criba. Les había prometido que tendrían tiempo de arreglar sus asuntos, que podrían elegir cómo y cuándo ocurriría. La palabra de un segador lo es todo. Formaba parte del código de honor que Citra había jurado respetar. Y, de repente, había roto todas sus promesas.

—¿Cómo han podido? ¿Qué derecho tienen?

El segador Constantine alzó la voz. No gritó, pero su potente timbre arrolló la indignación de Citra:

—¡Es demasiado valiosa para la Guadaña como para arriesgarnos a perderla!

Si su primera confesión la había pillado por sorpresa, aquella casi la deja muda.

—¿Qué?

Constantine cruzó las manos frente a él y sonrió; se notaba que disfrutaba del momento.

—Oh, sí, mi querida segadora Anastasia, es usted muy valiosa. ¿Quiere saber por qué? —Entonces se acercó más a ella y susurró—: Porque está alborotando el avispero.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Venga, seguro que es consciente del efecto que ha tenido en la Guadaña desde su ordenación. Irrita a la vieja guardia y asusta al nuevo orden. Agarra por las solapas a unos segadores que prefieren disfrutar en paz de su prepotencia y los obliga a prestar atención. —Se acomodó de nuevo en la silla —. Nada me alegra más que ver a la Guadaña salir a regañadientes de su complacencia. Gracias a usted tengo mis esperanzas depositadas en el futuro.

Citra no sabía si estaba siendo sincero o sarcástico. Lo curioso era que el hecho de que fuera sincero le molestaba más todavía. Marie le había contado que Constantine no era el enemigo, pero, en fin, ¡Citra quería que lo fuera! Quería atacarlo y enfrentarse a su petulante control de la situación, aunque sabía que era inútil. Si pretendía conservar una pizca de dignidad, tendría que recuperar la fría reserva de la «sabia» segadora Anastasia. Al obligar a sus pensamientos a calmarse fue cuando se le ocurrió una idea.

—Así que han cribado a todas las personas que he elegido durante el último mes, ¿no?

—Sí, ya se lo he explicado —repuso Constantine, algo molesto por tener que volver a responder al respecto.

—Sé lo que me ha explicado, pero me cuesta creer que hayan podido cribarlos a todos. Seguro que quedan uno o dos a los que todavía no han llegado. ¿Lo reconocería si fuera cierto?

Constantine la miró con suspicacia.

—¿Adonde quiere llegar?

—A una oportunidad…

El hombre guardó silencio durante un momento. Curie miraba a uno y después a otro. Al final, Constantine dijo:

—Quedan tres a los que no hemos localizado todavía. Nuestro plan consiste en cribarlos en cuanto lo hagamos.

—Pero no lo harán —repuso Citra—. Permitirán que yo me encargue, tal como tenía previsto…, y estarán preparados si alguien aparece para intentar matarme.

—Lo más probable es que el objetivo sea Marie, no usted.

—Entonces, si nadie me ataca, lo sabrán con certeza.

Seguía sin estar convencido.

—Se olerán la trampa a un kilómetro de distancia.

—Pues tendrá que ser más listo que ellos —respondió Citra, sonriente—. ¿O es mucho pedir?

Constantine frunció el ceño, y eso le arrancó una carcajada a Curie.

—Si se viera la cara que ha puesto, Constantine… ¡Ha merecido la pena que intenten matarnos!

El segador no respondió, sino que siguió concentrado en Citra.

—Aunque seamos más listos que ellos (y lo seremos), es un riesgo.

—¿Qué sentido tiene vivir para siempre si no puedes correr unos cuantos riesgos? —repuso la joven, sonriendo.

Al final, Constantine aceptó a regañadientes permitir que Citra se convirtiera en cebo de una trampa.

—Supongo que Perdura puede esperar —comentó la segadora Curie—. Y mira que me apetecía.

Aunque Citra sospechaba que el nuevo plan la animaba más de lo que daba a entender.

A pesar del peligro, la segadora Anastasia descubrió que tener un ápice de control de la situación la aliviaba bastante, lo que no le venía mal.

De hecho, hasta el Nimbo notó que se liberaba su tensión. No podía leerle la mente a la chica, aunque sí interpretaba con precisión el lenguaje corporal y los cambios biológicos. Detectaba mentiras y verdades, tanto las expresadas en voz alta como las que no. Lo que significaba que sabía si Constantine era o no sincero al decir que deseaba mantenerla con vida. Pero, como siempre, en lo que concernía a la Guadaña, debía guardar silencio.

17

SaDos

Mientras que a Citra le costaba habitar la piel de la segadora Anastasia, a Greyson Tolliver no le costaba en absoluto convertirse en Slayd, que era el apodo de indeseable que había adoptado. Sus padres le dijeron una vez que le habían puesto Greyson siguiendo un impulso, porque había nacido un día gris. No tenía más sentido que la actitud superficial de sus padres hacia todo y todos en su larga e inútil vida. Pero Slayd era alguien a tener en cuenta.

El día después de reunirse con Traxler se tiñó el pelo de un color llamado «vacío de obsidiana». Era un negro absoluto tan oscuro que no existía en la naturaleza. En realidad, absorbía la luz que lo rodeaba como si fuera un agujero negro, de modo que sus ojos parecían envueltos en unas sombras inescrutables.

«Es muy siglo XXI —le había comentado el estilista—. Signifique eso lo que signifique».

También se había metido injertos de metal bajo la piel de las sienes, y así parecía que le estaban creciendo unos cuernos. Era mucho más sutil que el pelo, aunque, en su conjunto, conseguía que pareciera sobrenatural y algo diabólico.

Sin duda daba el pego como indeseable, aunque él no se sintiera así.

Su siguiente paso era probar su nuevo personaje.

Le latía el corazón algo más deprisa de la cuenta al acercarse a Mault, un club local que al que asistiría una clientela de indeseables. Los que esperaban en el exterior lo observaron al acercarse, lo estudiaron, lo evaluaron. Aquellas personas eran caricaturas de sí mismas, en opinión de Greyson. Eran tan conformistas dentro de su cultura del inconformismo que resultaban uniformes, lo que daba al traste con toda la idea.

Se acercó al musculoso portero, en cuya identificación ponía: «Mange».

—Sólo indeseables —le avisó Mange, muy serio.

—¿Qué pasa, no te lo parezco?

—Siempre hay imitadores —repuso el otro, encogiéndose de hombros.

Greyson le enseñó su carné, en el que se veía la enorme I roja. El portero quedó satisfecho.

—Que te diviertas —respondió sin alegría alguna, y lo dejó entrar.

Había supuesto que se encontraría en un lugar de música alta, luces parpadeantes, cuerpos en movimiento y oscuros rincones en los que se estarían llevando a cabo todo tipo de actos cuestionables. Sin embargo, lo que descubrió dentro de Mault no era lo que se esperaba; de hecho, estaba tan poco preparado para lo que vio que se detuvo en seco, como si hubiera elegido la puerta equivocada.

Estaba en un restaurante bien iluminado, en el típico local de batidos malteados a la antigua usanza, con bancos de color rojo y relucientes taburetes de acero inoxidable en la barra. Había chicos muy arreglados con las típicas chaquetas con letra de los deportistas de instituto y chicas con coletas, faldas largas y gruesos calcetines mullidos. Greyson reconoció la época que el lugar pretendía reflejar: un periodo llamado Los Años Cincuenta. Era una época cultural de Mérica en la que las mujeres tenían nombres como Betty, Peggy y Mary Jane, mientras que los hombres se llamaban Billy, Johnnie o Ace. En una ocasión, una profesora le explicó a Greyson que, de hecho, Los Cincuenta sólo abarcaban diez años, pero a él le costaba creérselo. Era más probable que hubieran durado un siglo, como mínimo.

El local parecía una réplica fiel, aunque tenía algo raro; porque, mezclados entre los pulcros clientes, había indeseables que no encajaban en absoluto en la escena. Un indeseable con la ropa harapienta a posta se metió sin que nadie lo invitara en uno de los bancos, donde había una feliz pareja.

—Lárgate —le dijo al típico Billy mericano, de aspecto musculoso, que se sentaba enfrente con un jersey decorado con una letra—. Tu chica y yo queremos conocernos mejor.

El Billy se negó a marcharse, por supuesto, y amenazó con «darle la paliza de su vida» al indeseable, que respondió levantándose, sacándolo a rastras del banco y empezando una pelea. El tipo grandote aventajaba en todos los aspectos al indeseable escuchimizado: en tamaño y en fuerza, por no hablar del aspecto, pero cada vez que el deportista levantaba los pesados puños, fallaba, mientras que el indeseable acertaba todas las veces… Hasta que, por fin, el deportista huyó gimiendo de dolor y abandonó a su novia, que ahora estaba muy impresionada con la bravuconada del desconocido. Se sentó con ella y ella se apoyó en él como si fueran una pareja de verdad.

En otra mesa, una chica indeseable se metió en una competición de insultos con una guapa debutante ataviada con un jersey rosa. La confrontación acabó con la indeseable agarrándola del suéter y

rompiéndoselo. La chica bonita no se defendió, sino que se llevó las manos a la cara y se echó a llorar.

En la parte de atrás, otro Billy gemía porque había perdido todo el dinero de su padre en una apuesta de billar con un despiadado indeseable que no dejaba de insultarlo.

¿Qué narices pasaba allí?

Greyson se sentó a la barra y deseó poder desaparecer en el agujero negro de su pelo hasta comprender los distintos dramas que se desarrollaban a su alrededor.

—¿Qué deseas? —le preguntó una alegre camarera que estaba detrás de la barra. Su uniforme llevaba bordado el nombre «Babs».

—Un batido de vainilla, por favor —respondió, porque era lo que se pedía en aquel tipo de lugares, ¿no?

La camarera sonrió.

—Ah, un por favor. Por aquí no se estila mucho.

Babs le llevó su batido, le metió una pajita y dijo:

—Que lo disfrutes.

A pesar de que Greyson deseaba desaparecer, otro indeseable se le acercó. Era un tipo tan flaco que estaba casi esquelético.

—¿Vainilla? ¿En serio?

Greyson rebuscó en su interior la actitud adecuada.

—¿Algún problema? También te lo puedo tirar a la cara y pedirme otro.

—Nooo —respondió Skeletor—. No es a mí a quien se lo tienes que tirar.

El chico le guiñó un ojo… y por fin encajó todo. La naturaleza de aquel lugar (su propósito) le quedó claro. Skeletor se quedó mirándolo para ver qué hacía, y Greyson se dio cuenta de que, si deseaba encajar (encajar de verdad), tenía que clavarlo. Así que llamó a Babs.

—Oye, mi batido es una mierda —le dijo.

Babs se llevó las manos a las caderas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quieres que haga?

Greyson fue a coger el batido con la intención de derramarlo sobre la barra, pero, antes de que pudiera, Skeletor lo agarró y le lanzó el contenido a Babs. La dejó chorreando crema de vainilla y con una cereza al marrasquino metida en el bolsillo del pecho de su uniforme.

—Te ha dicho que su batido es una mierda —dijo el chico—. ¡Prepárale otro!

Babs, con el uniforme empapado de vainilla, suspiró y respondió:

—Marchando.

Después se fue a por otro batido.

—Así es como se hace —dijo el indeseable, que se presentó como Zax. Era algo mayor que Greyson, quizá de veintiún años, aunque algo en su forma de comportarse indicaba que no era la primera vez que tenía esa edad—. No te había visto antes por aquí.

—La LA me envió a la ciudad, vengo del norte —respondió Greyson, sorprendido por su capacidad para inventarse una historia sobre la marcha—. Estaba causando demasiados problemas, así que el Nimbo consideró que necesitaba empezar de cero.

—Un sitio nuevo para liarla. Genial.

—Este club es distinto de los que tienen en mi tierra.

—¡Los del norte vais con retraso! ¡Aquí los clubs SaDos son la última moda!

Según le explicó, SaDos venía de «Satisfacción de deseos anacrónicos». Todos los presentes (salvo, por supuesto, los indeseables) eran empleados. Incluso los Billies y las Betties. Su trabajo consistía en aceptar lo que los clientes desearan. Perdían peleas, dejaban que les tirasen comida, permitían que les robaran a las parejas, y Greyson supuso que eso no era más que el principio.

—Estos sitios son alucinantes —le dijo Zax—. Todo lo que desearíamos hacer ahí fuera, pero no podemos, ¡lo hacemos aquí!

—Sí, pero no es real —comentó Greyson.

—Es lo bastante real —repuso Zax con un encogimiento de hombros. Después estiró la bota y le puso la zancadilla a un chaval con pinta de empollón que pasaba por allí. El crío trastabilló con demasiado teatro para que fuera genuino.

—Eh, ¿qué te pasa? —preguntó el empollón.

—Me paso a tu hermana por la piedra —respondió Zax—. Ahora piérdete antes de que vaya a buscarla.

El chico le echó una miradita, pero aceptó la intimidación y se alejó tambaleándose.

Incluso antes de que llegara el nuevo batido, Greyson se disculpó para ir al baño, aunque en realidad no le hacía falta. Lo único que quería era alejarse de Zax.

En el servicio se encontró con el típico Billy mericano vestido con su jersey de letra al que le habían dado una paliza unos minutos antes. Pero no se llamaba Billy, sino Davey. Estaba mirándose el ojo hinchado en el espejo, y Greyson no pudo contener la curiosidad sobre aquel «trabajo» suyo.

—Entonces, ¿esto te pasa todos los días? —le preguntó a Davey.

—Tres o cuatro veces al día, en realidad.

—¿Y el Nimbo lo permite?

Davey se encogió de hombros.

—¿Por qué no? No hacen daño a nadie.

—Pues a ti parece que sí —repuso el otro, señalándole el ojo.

—¿El qué? ¿Esto? Nah, mis nanobots analgésicos están al máximo, apenas lo noto. —Después sonrió—. Eh, mira esto. —Se volvió de nuevo hacia el espejo, respiró hondo y se concentró en su reflejo. Ante los ojos de Greyson, el ojo hinchado y amoratado volvió a su aspecto normal—. Tengo configurados los nanobots sanadores para operación manual. Así puedo tener aspecto de apaleado todo el tiempo que necesite. Ya sabes, para dar el máximo efecto.

—Ah…, claro.

—Por supuesto, si uno de nuestros clientes indeseables va demasiado lejos y deja morturiento a alguien, esa persona tiene que pagar por la reanimación y se le prohíbe la entrada al club. En fin, tiene que haber alguna regla, ¿no? Aunque no es que pase mucho. Vamos, que ni siquiera los peores indeseables quieren de verdad dejar morturienta a una persona. Nadie es tan violento desde la Era de la Mortalidad. Si algún empleado acaba así, suele ser por accidente. Alguien que se golpea la cabeza contra una mesa o algo por el estilo.

Davey se pasó los dedos por el pelo para asegurarse de tener el mejor aspecto posible para lo que se encontrara en la siguiente ronda.

—¿No preferirías otro trabajo que te gustara más? —preguntó Greyson. Al fin y al cabo, siendo como era el mundo, nadie tenía por qué hacer algo que no quería hacer.

—¿Quién dice que no me guste? —preguntó el otro chico a su vez, sonriendo.

El concepto de que alguien disfrutara de llevarse una paliza… y de que el Nimbo, al percatarse, hubiera encontrado el modo de emparejarlos con los maltratadores en un entorno cerrado y, en cierto modo, sano… dejó al chico pasmado.

Davey debió de entender la cara de asombro de Greyson porque se rio.

—Eres un I nuevo, ¿no?

—Es muy evidente, ¿verdad?

—Sí. Y eso no es bueno, porque los indeseables de carrera te van a comer vivo. ¿Tienes nombre?

—Slayd. Con i griega.

—Bueno, Slayd, parece que necesitas introducirte en la comunidad indeseable con urgencia. Te ayudaré.

Así que pocos minutos después, en cuanto Greyson logró zafarse de Zax, Slayd se acercó a Davey, que estaba sentado con un par de tipos muy mericanos y fortotes comiendo hamburguesas. No sabía muy bien cómo empezar la pelea, así que se quedó un poco parado. Davey tomó la iniciativa:

—¿Qué estás mirando? —le gruñó.

—Vuestras hamburguesas —respondió Greyson—. Tienen buena pinta. Creo que me voy a quedar con la tuya.

Entonces cogió la hamburguesa de Davey y le dio un mordisco de tiburón.

—Te vas a arrepentir de eso —lo amenazó el chico—. Voy a darte la paliza de tu vida.

Debía de ser una de sus expresiones anacrónicas favoritas. Salió del banco y levantó los puños, listo para pelear.

Entonces Greyson hizo algo que no había hecho nunca: le pegó a alguien. Le metió un puñetazo en la cara a Davey, y Davey trastabilló. Intentó golpear a Greyson, pero falló, y Greyson le dio otro puñetazo.

—Más fuerte —le susurró Davey, así que lo hizo. Lanzó un puñetazo tras otro con todas sus fuerzas. Derechazo, izquierdazo, jab, gancho… hasta que Davey acabó en el suelo, gruñendo, con la cara hinchada.

Greyson miró a su alrededor y vio que otros indeseables lo observaban y que algunos asentían para dar su aprobación.

Tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para no disculparse y ayudar al empleado a levantarse. Al final lo que hizo fue mirar a los otros tíos de la mesa y preguntar:

—¿Quién es el siguiente?

Los otros dos se miraron entre ellos y uno dijo:

—Eh, colega, no queremos problemas.

Los dos empujaron sus hamburguesas hacia Greyson.

Davey le guiñó un ojo a toda prisa desde el suelo antes de irse a rastras al baño para recuperarse. Después, Greyson se llevó su botín a un banco del fondo, donde comió hasta creer reventar.

18

Encontrar la pureza

Mientras que Greyson Tolliver era sincero hasta decir basta, Slayd se había convertido muy deprisa en un mentiroso consumado. Empezó con su historia. Se inventó a toda prisa una familia desagradable que no existía; momentos decisivos que nunca habían ocurrido; anécdotas que arrancarían carcajadas y conseguirían que los demás lo odiasen o lo admirasen.

Los padres de Slayd eran profesores de física y esperaban que su hijo también siguiera una carrera académica porque, con padres así, tenía que ser un genio. Pero decidió rebelarse e ir por libre. Una vez se había tirado por las cataratas del Niágara en un flotador porque era una emoción mucho más intensa que la de despachurrarse. Habían tardado tres días en recuperar su cuerpo y revivirlo.

Sus hazañas sociales en el instituto eran legendarias. Había seducido tanto a la reina como al rey del baile, aunque sólo para que rompieran, porque eran la pareja más presumida y narcisista del colegio. «Fascinante —le dijo Traxler con verdadera admiración en su siguiente encuentro—. No creía que tuvieras tanta imaginación».

Y mientras que a Greyson Tolliver podría haberle ofendido el comentario, Slayd se lo tomó como un cumplido. Como Slayd era un ser humano tan interesante, se le ocurrió que quizá se quedara el nombre incluso después de acabar con su operación encubierta.

Gracias a Traxler, todas sus historias se convirtieron en parte de su ficha oficial. Ahora, si alguien intentaba comprobar la veracidad de las mentiras que contaba, estarían allí mismo y nadie sería capaz de exponerlas, por mucho que escarbara.

Y las historias iban a más…

«Cuando cribaron a mi madre, decidí que me volvería indeseable del todo —le contó a la gente—, pero el Nimbo no me ponía la I. No dejaba de enviarme a terapia y de toquetearme los nanobots. Creía que me conocía mejor que yo mismo y me repetía que en realidad no quería ser un indeseable, que era fruto de mi confusión. Al final tuve que hacer algo gordo para dejárselo claro. Así que robé un coche desconectado de la red y lo usé para

tirar un autobús por un puente. Hubo veintinueve morturientos. Sí, claro, tendré que pagar sus reanimaciones durante muchos años, pero mereció la pena porque conseguí lo que quería. Ahora puedo seguir siendo indeseable hasta que se paguen todas esas deudas».

Era una ficción atractiva que siempre dejaba a su público impresionado; y nadie podía refutarlo porque el agente Traxler había corrido a convertirlo en parte de su ficha digital oficial. El agente llegó a crear una historia completa para el accidente de autobús y sus víctimas inventadas; e incluso le puso a Slayd un apellido muy adecuado, dentro de la ironía del puente: ahora era Slayd Bridger. En un mundo en el que nadie, ni siquiera los indeseables, dejaba a la gente morturienta adrede, se estaba convirtiendo a toda velocidad en una leyenda local.

Sus días transcurrían por distintos lugares de reunión de los suyos, donde se dedicaba a contar sus historias y a tantear el terreno en busca de trabajo; le decía a la gente que necesitaba trabajar, pero que no se tratara de un curro convencional, sino de uno en el que pudiera ensuciarse las manos.

En el mundo normal, se empezaba a acostumbrar a las miradas suspicaces de los viandantes; a la forma en que los dependientes lo observaban, como si fuera a robarles algo; a la forma en que los peatones cruzaban a la otra acera con tal de no compartirla con él. Le resultaba raro que el mundo estuviese tan libre de prejuicios, salvo en el caso de los indeseables…, que, en su mayor parte, querían que el resto de la humanidad fuera su enemigo colectivo.

Mault no era el único club SaDos de la ciudad. Había muchos de ellos, y cada uno representaba un periodo icónico distinto. Twist imitaba la Britania de Dickens, Benedicts tenía un estilo colonial mericano y MØRG estaba repleto de vicios vikingos euroescandios. Greyson los visitó todos y se convirtió en experto en crear una escena lo bastante llamativa como para darse a conocer y ganarse el respeto de la tribu indeseable.

Lo más inquietante era que empezaba a gustarle. Nunca antes había tenido carta blanca para hacer algo malo, pero ahora su vida giraba en torno a lo «malo». No dormía por la noche. Deseaba hablar de ello con el Nimbo, pero sabía que no podía responderle. Aunque era consciente de que lo observaba. Sus cámaras estaban en todos los clubs. La presencia continua e incesante del Nimbo siempre lo había reconfortado. Incluso en sus momentos de mayor soledad nunca estaba del todo solo. No obstante, ahora su presencia empezaba a perturbarlo.

¿Se avergonzaba el Nimbo de él?

Se inventaba conversaciones en su cabeza para mitigar esos miedos.

«Tienes mi bendición para explorar esta nueva faceta de tu personalidad —se imaginaba que le decía—, siempre que recuerdes quién eres en realidad y no te pierdas por el camino».

«Pero ¿y si esto es lo que soy en realidad?». Ni siquiera su Nimbo imaginario tenía respuesta a esa pregunta.

Se llamaba Pureza Viveros, y no se podía ser más indeseable que ella. Greyson tenía claro que la enorme I que le marcaba el carné de identidad estaba allí por decisión propia y no por un desafortunado accidente del destino. Era exótica. Se había drenado todo pigmento del pelo, que no es que fuera blanco, sino transparente, y en su cuero cabelludo se había inyectado múltiples colores fosforescentes, de modo que los extremos de cada mechón de cabello brillaban como filamentos de fibra óptica.

Greyson supo por instinto que era peligrosa. También pensaba que era bella, y se sintió atraído por ella. Se preguntó si se habría sentido igual de atraído en su vida anterior, pero, después de unas cuantas semanas de inmersión en el estilo de vida indeseable, sospechaba que sus criterios al respecto habían cambiado.

La conoció en un club SaDos, uno que estaba al otro lado de la ciudad y al que no había ido antes. Se llamaba LokUp y estaba diseñado para imitar una instalación penitenciaria de la era mortal. Al llegar, los guardias esposaban a los clientes y los llevaban a través de una serie de puertas para, al final, encerrarlos en una celda con un compañero al azar, sin atender al género.

La idea de la encarcelación era tan extraña y absurda para Greyson que cuando se cerró la puerta de la celda, con un chasquido muy desagradable que retumbó en las paredes de hormigón, se rio. Aquel tipo de trato no podía haber sido real nunca. Seguro que exageraban.

—¡Por fin! —exclamó una voz que procedía del catre de arriba de la litera de la diminuta celda—. Creía que no me iban a traer nunca a un compañero.

Se presentó y explicó que Pureza no era ningún apodo, sino su nombre real.

—Si mis padres no deseaban que abrazara la obvia ironía, deberían haberme puesto otro nombre —le contó a Greyson—. De haberme llamado Obscenidad, quizá me habría convertido en una niñita buena.

Era de constitución delgada, pero ni mucho menos una niñita. Tenía veintidós años, aunque Greyson sospechaba que había reiniciado el contador

un par de veces. Tampoco tardaría mucho en descubrir que era fuerte y ágil, y que tenía mucho mundo.

Miró a su alrededor. La celda era bastante sencilla y parca. Comprobó la puerta una vez, luego dos. Aunque se agitaba, no cedía.

—¿Es tu primera vez en LokUp? —le preguntó Pureza. Y como era evidente, Greyson no mintió.

—Sí. ¿Qué se supone que tenemos que hacer ahora?

—Bueno, podemos pasar el rato conociéndonos —respondió ella con una sonrisa traviesa— o podemos chillar para que venga el guardia y exigirle una «última comida». Tienen que traernos lo que les pidamos.

—¿En serio?

—Sí. Fingen que no lo harán, pero tiene que hacerlo. Es su trabajo. Al fin y al cabo, este lugar es un restaurante.

Entonces Greyson adivinó el truco del club.

—Se supone que tenemos que escapar, ¿no es eso?

Pureza esbozó de nuevo la misma sonrisa libertina.

—Aprendes deprisa, ¿eh?

El chico no sabía si lo decía en serio o pretendía ser ingeniosa. En cualquier caso, le gustaba.

—Siempre hay una salida, pero debemos encontrarla nosotros —le explicó ella—. A veces es un pasadizo secreto, otras veces es una lima oculta en la comida. A veces no hay ni truco ni herramientas, sino nuestro ingenio. Si todo lo demás falla, es fácil engañar a los guardias. Ser torpes y estúpidos forma parte de su trabajo.

Greyson oyó gritos y el eco de pies corriendo en otra parte del bloque de celdas: dos clientes acababan de escaparse.

—Entonces, ¿qué va a ser? —preguntó Pureza—. ¿Cena, huida o tiempo de calidad con tu compañera?

Antes de que pudiera responder, ella le plantó un beso, un beso de los que no había experimentado nunca. Cuando terminó, no supo qué decir salvo:

—Me llamo Slayd.

A lo que ella respondió:

—Me da igual.

Y lo besó de nuevo.

Mientras que Pureza parecía más que dispuesta a llevar la situación a sus últimas consecuencias, los guardias que pasaban por delante y los presos escapados que los miraban con lascivia y les silbaban al pasar pusieron a Greyson demasiado incómodo. Se apartó.

—Vamos a salir —dijo—. Y… bueno, a buscar un lugar mejor para conocernos.

Ella apagó el fuego tan deprisa como lo había encendido.

—Vale. Pero no des por sentado que seguiré interesada después.

Entonces llamó a un guardia tras insistir en que comieran primero y pidió un costillar de primera calidad.

—No tenemos —les respondió el guardia.

—Tráelo de todos modos —exigió ella.

El guardia gruñó, se marchó y regresó cinco minutos después con una mesa con ruedas y una bandeja con costillas suficientes para un ejército, además de una tonelada de guarniciones y vino en una botella de plástico blanco con tapón de rosca.

—Os aconsejo que no os bebáis el vino —les advirtió el guardia—. A los otros presos les ha sentado muy mal.

—¿Mal? ¿A qué te refieres? —preguntó Greyson.

Pureza le dio una patada tan fuerte bajo la mesa que se le activaron los nanobots analgésicos. Cerró la boca.

—Gracias —dijo la chica—. Ahora, sal de aquí cagando leches.

El guardia gruñó, salió y los encerró de nuevo.

Entonces, Pureza se volvió hacia Greyson.

—Debes de ser pero que muy tonto. ¡Lo del vino era nuestra pista!

Y, al observarla mejor, la botella tenía un símbolo de peligro biológico para los clientes que fueran más tontos aún que él, supuso.

La chica desenroscó el tapón y, de inmediato, un olor corrosivo se adueñó del aire; a Greyson le lagrimearon los ojos.

—¿Qué te decía? —exclamó Pureza. La tapó otra vez y la dejó para el final de la comida—. Ya averiguaremos qué hacer con ella después de comer. No sé tú, pero yo estoy famélica.

Mientras comían, hablaba con la boca llena, se limpiaba la boca en la manga y lo bañaba todo en kétchup. Era la típica cita infernal sobre la que sus padres le habrían advertido de haberles importado lo suficiente. ¡Y a él le encantó! ¡Aquella chica era la antítesis de su antigua vida!

—Bueno, ¿a qué te dedicas? —le preguntó Pureza—. Quiero decir, cuando no estás de clubs. ¿Tienes un empleo remunerado o te limitas a exprimir al Nimbo como la mitad de los perdedores que se hacen llamar indeseables?

—Ahora mismo dependo de la Garantía de Renta Básica. Pero es porque soy nuevo en la ciudad. Sigo buscando trabajo.

—¿Y tu cúmulo no ha sido capaz de encontrarte nada?

—¿Mi qué?

—Tu agente de la condicional del Cúmulo, atontado. Los cúmulos le prometen un trabajo a todo el que lo quiera, así que ¿por qué sigues buscando?

—Mi cúmulo es un cabrón inútil —respondió él, porque supuso que sería algo típico de Slayd—. Lo odio.

—¿Por qué no me sorprende?

—Y, de todos modos, no quiero la clase de trabajo que la IA me daría. Quiero un trabajo que me pegue.

—¿Y qué te pega?

Ahora era cuando le tocaba a él esbozar una sonrisa lasciva.

—Cualquier cosa que me haga bombear la sangre. Algo que mi nimbo no me ofrecería nunca.

—El chico de los ojitos dulces busca problemas —se burló Pureza—. ¡Me pregunto qué hará cuando los encuentre!

Se lamió los labios y se los limpió en la manga.

El vino resultó ser un ácido o similar.

—Fluorofleróvico, diría —comentó Pureza—. Explica lo de la botella de plástico. Es probable que sea de teflón, porque ese ácido se come cualquier otra cosa.

Lo derramaron en la base de varios de los barrotes de la celda. Empezó a corroer el hierro y a liberar gases tóxicos que pusieron a prueba los nanobots sanadores de sus pulmones. En menos de cinco minutos hicieron saltar los barrotes a patadas y escaparon.

El bloque de celdas era puro caos. Ahora que un buen número de los «presos» de la noche habían terminado de comer y huido, estaban destrozándolo todo. Los guardias los perseguían, ellos perseguían a los guardias. Había peleas a puñetazos y con comida… Y siempre que alguien luchaba contra un guardia, el guardia perdía por muy fortachón que pareciera o bien armado que estuviera. La mitad de ellos acabaron encerrados en celdas, donde eran objeto de las burlas de los indeseables. El personal restante amenazaba con avisar a algo llamado «la guardia nacional» para sofocar la revuelta. Era todo muy divertido.

Greyson y Pureza al final lograron llegar al despacho del alcaide. Lo echaron y, en cuanto la puerta estuvo cerrada con llave, Pureza volvió a seguir

por donde lo habían dejado en la celda.

—¿Es esto lo bastante privado para ti? —le preguntó, aunque no esperó a la respuesta.

Cinco minutos después (cuando tuvo a Greyson en su momento más vulnerable), le dio la vuelta a la tortilla.

—Te contaré un secreto —le susurró al oído—: no acabaste en mi celda por accidente, Slayd; lo organicé yo.

Entonces, un cuchillo que pareció surgir de la nada le apareció en la mano. El empezó a forcejear de inmediato, pero no sirvió de nada: estaba en el suelo, bocarriba, incapaz de moverse porque ella lo tenía sujeto. Le puso la punta del cuchillo en el pecho desnudo, justo debajo del esternón. Si empujaba hacia arriba, le atravesaría el corazón.

—No te muevas si no quieres que se me resbale.

No tenía alternativa. Estaba a su merced. De haber sido un indeseable de verdad, quizá se lo habría visto venir, pero era demasiado confiado.

—¿Qué quieres?

—No es lo que yo quiero, sino lo que tú quieres. Sé que has estado preguntando por trabajos. Trabajos de verdad. «De los que te aceleran el pulso», decías. Así que mis amigos me hablaron de ti.

Lo miró a los ojos como si intentara leer algo en ellos y después sujetó el cuchillo con más fuerza.

—Si me matas, me revivirán —le recordó él—. Y a ti la LA te echará un rapapolvo.

Ella le metió presión al cuchillo. Él jadeó. Pensó que se lo iba a clavar hasta el mango, pero apenas le cortó la piel.

—¿Quién ha dicho que quiera matarte?

Entonces apartó el cuchillo, le tocó con un dedo la diminuta herida del pecho y se llevó el dedo a la boca.

—Sólo quería comprobar que no fueras un bot —explicó—. El Nimbo los usa para espiarnos, ¿lo sabías? Así puede ver los lugares en los que no tiene cámaras. Los bots cada vez son más reales. Pero su sangre todavía sabe a lubricante.

—Entonces, ¿a qué sabe la mía? —se atrevió a preguntar Greyson.

—A vida —le susurró ella al oído, muy cerca.

Y durante el resto de la noche, hasta que el club cerró, Greyson Tolliver, alias Slayd Bridger, experimentó una vertiginosa variedad de todo lo que la vida tenía que ofrecerle.

19

Las afiladas hojas de nuestras conciencias

Había transcurrido más de una semana desde su reunión con el segador Constantine y ni Citra ni Marie habían cribado a nadie. Al principio, la joven pensó que no le vendría mal un respiro de las cribas diarias. Nunca había disfrutado empuñando una hoja ni apretando un gatillo; nunca había disfrutado observando cómo se moría la luz de los ojos de una persona que ha tomado un veneno mortal, pero un trabajo como el de segadora cambiaba a cualquiera. A lo largo de aquel primer año de pertenencia de pleno derecho a la Guadaña, se había sometido con reticencia a la profesión que la había elegido. Cribaba con compasión, se le daba bien y empezaba a enorgullecerse de ello.

Tanto Citra como Marie se pasaban cada vez más tiempo escribiendo sus diarios de criba; aunque, sin la criba en sí, había menos que escribir. Seguían «deambulando», como lo llamaba Marie, saltando de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, procurando no permanecer más de dos días seguidos en el mismo sitio y no planear adonde irían después hasta que hacían la maleta. Citra descubrió que su diario empezaba a parecerse a un diario de viaje.

Sobre lo que no escribía era sobre el impacto físico negativo que el tiempo de ocio parecía estar teniendo en la segadora Curie. Sin la caza diaria para mantenerla alerta, se movía más despacio por las mañanas, sus pensamientos parecían divagar cuando hablaba y siempre estaba cansada.

—Tal vez haya llegado el momento de reiniciar el contador —le comentó a Citra.

Era la primera vez que Marie mencionaba el reinicio. La joven no sabía qué pensar.

—¿Hasta qué edad retrocederías? —le preguntó.

La segadora Curie fingió meditarlo, como si no hubiera estado pensando en ello durante un tiempo.

—Quizás hasta los treinta o los treinta y cinco.

—¿Seguirías llevando el pelo plateado?

—Por supuesto —respondió, sonriendo—. Es la marca de la casa.

Citra no conocía a nadie cercano que hubiera reiniciado el contador. Había algunos críos en el instituto cuyos padres cambiaban de edad constantemente, según les convenía. Había tenido a un profesor en el instituto que regresó después de un largo fin de semana y estaba irreconocible: había vuelto a los veintiún años y las otras chicas de la clase, entre risitas nerviosas, comentaban lo bueno que estaba. A Citra le ponían los pelos de punta. Aunque retroceder hasta los treinta años no habría cambiado tanto a la segadora Curie, le resultaría desconcertante. A pesar de saber que estaba siendo egoísta, le dijo:

—Me gustas tal y como eres ahora.

Marie sonrió y respondió:

—Quizá me espere hasta el año que viene. Una edad física de sesenta es un buen momento para reiniciar. Tenía sesenta la última vez que lo hice.

Sin embargo, les quedaba por delante un juego que quizá les insuflara vida de nuevo a las dos. Tres cribas, y todas durante la estación del Mes de las Luces y las Fiestas de Antaño; como los tres fantasmas de las Navidades pasadas, presentes y futuras, olvidados casi por completo en los tiempos posmortales. El espíritu del pasado significaba poco cuando los años no estaban contados, sino nombrados. Y para la gran mayoría de la población el futuro no era más que una continuación inalterable del presente, así que aquellos espíritus no tenían sitio al que ir, salvo al olvido.

—¡Cribas de fiesta! —canturreó Marie—. ¿Qué puede ser más «de antaño» que la muerte?

—Si digo que lo estoy deseando, ¿es que soy una persona horrible? —preguntó Citra, más para sí que a Marie. Por mucho que se dijera que en realidad estaba deseando hacer salir a la luz a su atacante, habría sido mentira.

—Eres una segadora, querida. No seas tan dura contigo misma.

—¿Estás diciendo que el segador Goddard tenía razón? ¿Que, en un mundo perfecto, incluso los segadores deberían disfrutar con lo que hacen?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Marie con la indignación correcta—. El simple placer de ser buena en lo que haces es muy distinto a regodearse arrebatando vidas. —Después examinó a Citra con detenimiento, le sostuvo las manos con cariño y añadió—: El mero hecho de que te atormente esa pregunta significa que eres de verdad una segadora honorable. Protege tu conciencia, Anastasia, y nunca permitas que languidezca. Es la posesión más preciada de un segador.

La primera criba de las tres de la segadora Anastasia fue una mujer que había decidido despachurrarse desde el edificio más alto de Fargo, que no era precisamente conocido por la altura de sus edificios. Aun así, cuarenta plantas era más que suficiente.

El segador Constantine, media docena de segadores y toda una falange de la Guardia del Dalle estaban escondidos en lugares estratégicos de la azotea, además de por el resto del edificio y las calles circundantes. Esperaban, alerta, que se desarrollara una trama homicida más allá de la trama homicida ya planeada.

—¿Dolerá, su señoría? —preguntó la mujer al mirar abajo desde el borde del tejado helado y barrido por el viento.

—No creo —respondió la segadora Anastasia—. Y, si duele, será una fracción de segundo.

Para que fuera una criba oficial, la mujer no podía saltar sola: Anastasia debía empujarla. Curiosamente, a Citra le resultaba más desagradable tirarla del tejado que cribarla con un arma. Le recordaba aquella horrible ocasión en la que, de pequeña, había empujado a otra chica delante de un autobús. Por supuesto, a la chica la habían reanimado y, en un par de días, estaba de vuelta en clase como si no hubiera pasado nada. Pero esta vez no habría reanimación.

La segadora hizo lo que tenía que hacer. La mujer murió siguiendo el programa, sin fanfarria ni incidentes, y su familia besó el anillo de Anastasia y aceptó solemnemente su año de inmunidad. Citra estaba tan aliviada como decepcionada de que nadie hubiera aparecido de repente para enfrentarse a ella.

La siguiente criba de la segadora Anastasia, un par de días después, no fue tan sencilla.

—Quiero que me cace con una ballesta —le dijo el hombre de Brew City —. Quiero que me persiga desde el alba hasta el ocaso por los bosques cercanos a mi hogar.

—¿Y si sobrevive a la caza sin que lo cribe?

—Saldré del bosque y permitiré que lo haga. Pero, por sobrevivir todo el día, mi familia recibirá dos años de inmunidad, en vez de uno.

Anastasia asintió para dar su aprobación con el aire estoico y formal aprendido de Curie. Se estableció un perímetro para marcar los límites dentro de los cuales podía esconderse el hombre. De nuevo, el segador Constantine y su equipo supervisaron la zona por si aparecían intrusos o se producía cualquier actividad nefaria.

El hombre creía que sería rival para Citra. No lo era. Lo localizó y lo derribó en menos de una hora. Una única flecha en el corazón. Fue piadoso, como todas las cribas de la segadora Anastasia. Estaba muerto antes de golpear el suelo. No obstante, aunque no había durado todo el día, concedió a su familia los dos años de inmunidad. Sabía que le harían pagar por ello en el cónclave, pero le daba igual.

Durante toda la criba, no hubo ni rastro de trama ni conspiración contra ella.

—Deberías sentirte aliviada, no decepcionada —le dijo la segadora Curie aquella noche—. Probablemente signifique que yo era el único objetivo y que puedes estar tranquila.

Pero estaba claro que Marie no lo estaba, y no sólo porque fuera el objetivo más probable.

—Temo que esto vaya más allá de una *vendetta* contra mí o contra ti —le confesó—. Vivimos tiempos convulsos, Anastasia. Hay demasiada violencia. Echo de menos aquella época sencilla y clara en la que los segadores no teníamos nada que temer más que a las afiladas hojas de nuestras conciencias. Ahora nos acechan enemigos por doquier.

Citra sospechaba que había verdad en sus palabras. El ataque que habían sufrido era un pequeño hilo en un tapiz mucho mayor que no se veía desde donde estaban. No podía evitar la sensación de que algo enorme y amenazador estaba a la vuelta de la esquina.

—He establecido contacto.

El agente Traxler arqueó una ceja.

—Cuenta, Greyson, por favor.

—No me llames así, por favor. Llámame Slayd. Me resulta más sencillo.

—De acuerdo, pues, Slayd, háblame de ese contacto tuyo.

Hasta aquel día, sus reuniones semanales de la condicional habían transcurrido sin novedades. Greyson informaba sobre lo bien que se adaptaba a ser Slayd Bridger y lo eficaz que estaba siendo su infiltración en la cultura indeseable local. «No son tan malos —le había contado—. Por lo general».

A lo que Traxler había respondido: «Sí, he llegado a descubrir que, a pesar de su actitud, los indeseables son inofensivos. Por lo general».

Curioso, entonces, que los que atrajeran a Greyson fueran, precisamente, los menos inofensivos. La menos inofensiva. Pureza.

—Hay una persona —le contó a Traxler—. Esta persona me ha ofrecido un trabajo. Todavía desconozco los detalles, pero sé que viola la ley del Nimbo. Creo que hay un grupo de gente que opera en un punto ciego.

Traxler no tomó notas. No escribió nada. Nunca lo hacía. Pero siempre escuchaba con atención.

—Esos puntos ya no son ciegos porque alguien observa. Y bien, ¿tiene nombre esa persona?

Greyson vaciló.

—Todavía no lo he averiguado —mintió—. Aunque lo más importante es la gente que conoce esa chica.

—¿Chica? —preguntó Traxler arqueando de nuevo la misma ceja, y Greyson se maldijo en silencio. Estaba intentando con todas sus fuerzas no revelar nada de ella, ni siquiera su género, pero ya lo había soltado y no había marcha atrás.

—Sí. Creo que tiene contactos con personajes bastante turbios, pero todavía no me he reunido con ellos. Son los que deberían preocuparnos, no ella.

—Yo tomaré esa decisión —le aseguró Traxler—. Mientras tanto, a ti te corresponde meterte hasta el fondo.

—Estoy metido hasta el fondo.

—Pues métete más —repuso Traxler, mirándolo a los ojos.

Greyson descubrió que, cuando estaba con Pureza, no pensaba ni en Traxler ni en su misión; sólo pensaba en ella. No cabía duda de que estaba involucrada en una actividad criminal, y no sólo de mentirijilla, como la mayoría de los indeseables, sino de verdad.

Pureza conocía muchas formas de esconderse del Nimbo, y se las enseñó a Greyson.

—Si el Nimbo supiera todo lo que hago, me reubicaría, como hizo contigo —le contó la chica—. Después alteraría mis nanobots para que sólo pensara en cosas bonitas. Quizás incluso reemplazara mi memoria por completo. El Nimbo me curaría. Pero no quiero que me curen. Quiero ser peor que indeseable; quiero ser mala. Mala hasta la médula.

Nunca había pensado en el Nimbo desde la perspectiva de un indeseable irredento. ¿Era malo que rehabilitara a las personas de dentro a fuera? ¿Debían tener las personas malas la libertad de serlo, sin redes de seguridad? ¿Eso era Pureza? ¿Mala? No encontró respuestas a las preguntas que le daban vueltas por la cabeza.

—¿Y tú qué, Slayd? —le preguntó ella—. ¿Quieres ser malo?

Sabía cuál era la respuesta el noventa y nueve por ciento del tiempo. Sin embargo, cuando estaba entre sus brazos y todo su cuerpo gritaba con la sensación de estar con ella, en aquel momento en que su conciencia diamantina pasaba a ser de jade, su respuesta, era un rotundo «sí».

La tercera criba de la segadora Anastasia fue la más complicada de todas. El sujeto era un actor que se llamaba sir Albin Aldrich. El «sir» era un título ficticio, dado que ya no se nombraba caballero a nadie, pero sonaba mucho más impresionante para un actor de formación clásica. Citra conocía su profesión al elegirlo y sospechaba que querría un fin dramático, cosa que estaba más que dispuesta a proporcionarle… Pero su petición le sorprendió hasta a ella.

—Quiero que me cribe como parte de la representación de *Julio César*, de Shakespeare, en la que yo interpretaré el papel protagonista.

Al parecer, el día después de seleccionarlo para la criba, su compañía de teatro y él habían abandonado el espectáculo que ensayaban hasta entonces para preparar una única representación de la famosa tragedia de la edad mortal.

—La obra tiene poco significado en nuestros tiempos, su señoría —le explicó—, pero si César no sólo finge morir, sino que muere cribado y el público es testigo…, quizás el drama les llegue dentro, como debía de ocurrir en la Era de la Mortalidad.

El segador Constantine se enfureció cuando Citra le explicó la petición.

—¡De ninguna manera! ¡Entre el público podría esconderse cualquiera!

—Exacto. Y todos los presentes serán trabajadores de la compañía o gente que ha comprado la entrada. Lo que significa que puede investigar a cada uno de ellos antes de la noche de la representación. Así sabrá si hay alguien que no debería estar allí.

—Tendré que doblar el contingente de guardias encubiertos. ¡A Xenocrates no le va a gustar!

—Si cazamos al culpable, estará encantado —repuso Citra, y Constantine no pudo rebatírselo.

—Si seguimos adelante con esto, le dejaré claro al sumo dalle Xenocrates que fue ante su insistencia, segadora. Si fracasamos y su vida acaba, la culpa será suya y sólo suya.

—Puedo vivir con eso.

—No —puntualizó él—. No puede.

—Tenemos un trabajo —le dijo Pureza a Greyson—. La clase de trabajo que has estado buscando. No es del todo como tirarse de una catarata en balsa, pero será emocionante y dejará un legado inolvidable.

—Era un flotador, no una balsa —la corrigió—. ¿Qué clase de trabajo?

Descubrió que sentía curiosidad. Se había acostumbrado al patrón de su vida, a pasar los días moviéndose por los círculos indeseables y las noches, con Pureza. Ella era una fuerza de la naturaleza, tal como era la naturaleza en los viejos tiempos. Un huracán antes de que el Nimbo aprendiera a dispersar su poder devastador. Un terremoto antes de que aprendiera a redistribuir su violenta descarga en mil pequeños temblores. Era el mundo sin domar… y aunque Greyson sabía que le estaba concediendo una grandeza absurda, se lo permitió porque, últimamente, se lo permitía todo. ¿Cambiaría eso con el nuevo trabajo? El agente Traxler le había pedido que se metiera más. Ahora estaba tan metido en su propia indeseabilidad que no estaba seguro de querer salir a respirar aire fresco.

—Vamos a liarlo todo, Slayd —le dijo la chica—. Vamos a marcar el mundo, como hacen los animales, y a dejar un rastro que nunca desaparecerá.

—Me gusta, pero todavía no me has contado lo que vamos a hacer.

Entonces, ella sonrió. No se trataba de su sonrisa habitual, sino de algo mucho más amplio y mucho más aterrador. Mucho más seductor.

—Vamos a matar a un par de segadoras.

20

En agua caliente

El sumo dalle Xenocrates disfrutaba de su baño. De hecho, la recargada casa de baños, de estilo romano, se había construido expresamente para él, aunque había procurado dejar claro que se trataba de una instalación pública. Tenía tantas cámaras independientes que cualquiera podía disfrutar de sus relajantes aguas minerales. Por supuesto, su propia cámara personal estaba cerrada al público. No podía tolerar la idea de cocerse en el sudor de personas desconocidas.

Su pileta era más grande que las demás, del tamaño de una piscina pequeña, y estaba decorada por encima y por debajo de la superficie del agua con coloridos mosaicos en los que se representaban las vidas de los primeros segadores. Los baños le servían para dos cosas. Primero, para refugiarse y entrar en comunión con su yo más profundo dentro del agua hirviendo, que mantenía a una temperatura al límite de su umbral de resistencia. Invitaba a otros segadores y hombres y mujeres prominentes de la comunidad midmericana para tratar asuntos de importancia. Se estudiaban propuestas y se cerraban tratos. Y como los que se unían a él no solían estar acostumbrados al calor, el sumo dalle siempre contaba con una clara ventaja.

El Año del Carpincho llegaba a su fin y, a medida que se agotaban los días, aumentaba la frecuencia de los baños del sumo dalle. Era una forma de limpiarse del año viejo y prepararse para el nuevo. Y aquel año había mucho que limpiar. No tanto por sus propios actos, sino por los actos de otras personas que se pegaban a él como hediondas prendas de ropa. Por todas las cosas desagradables que habían ocurrido estando él al mando.

Casi todo su tiempo como sumo dalle midmericano había transcurrido sin incidentes y le había resultado algo aburrido. Sin embargo, los dos últimos años lo habían compensado de sobra tanto en desgracias como en intrigas. Esperaba que la reflexión tranquila y relajada lo ayudara a dejarlo todo atrás y prepararse para los nuevos desafíos que lo esperaban.

Como era su costumbre, estaba bebiendo un Moscow Mule. Siempre había sido su bebida favorita: una mezcla de vodka, cerveza de jengibre y lima, que recibe su nombre por la infame ciudad de la región transiberiana en

la que tuvieron lugar las últimas revueltas de la resistencia. Aquello fue en los primeros días inmortales, cuando el Nimbo subió al poder y la Guadaña aceptó el dominio sobre la muerte.

Era una bebida simbólica para el sumo dalle. Y significativa también: agridulce y en extremo embriagadora si se tomaba la cantidad suficiente. Le recordaba a aquel glorioso día en que se reprimieron las revueltas y el mundo por fin alcanzó su pacífico estado actual. Más de diez mil personas acabaron morturientas al final de los disturbios de la resistencia en Moscú. No obstante, a diferencia de las revueltas de la edad mortal, no se perdió ninguna vida. Todos los asesinados revivieron y regresaron con sus seres queridos. Por supuesto, la Guadaña consideró adecuado cribar a los objetores más ofensivos, además de a los que objetaron a la criba de los objetores. Después de eso, las objeciones se redujeron mucho.

Fueron tiempos difíciles, sin duda. Ahora, si alguien despotricaba contra el sistema, se encontraba con la indiferencia de la Guadaña y la comprensión del Nimbo. Ahora, cribar a alguien por sus opiniones (o incluso por su comportamiento) se consideraría una grave violación del segundo mandamiento de los segadores porque demostraba un claro sesgo. La segadora Curie fue la última que de verdad puso a prueba ese mandamiento hacía más de cien años al librar al mundo de sus últimas figuras políticas de renombre. Podría haberse considerado una violación, pero ni un solo segador la acusó de ello. A los segadores no les gustaban los políticos.

Uno de los empleados de los baños le llevó a Xenocrates su segundo Moscow Mulé. Todavía no le había dado el primer trago cuando el empleado le dijo algo extraño:

—¿Se ha cocido ya lo suficiente, su excelencia, o acaso el año no ha estado lo bastante caldeado?

El sumo dalle nunca prestaba demasiada atención a la gente que lo servía en los baños. Lo que caracterizaba a ese servicio era su capacidad para el sigilo y la discreción. Rara vez le había hablado alguien con tamaña falta de respeto, y menos un empleado.

—¿Disculpe? —preguntó con una dosis de indignación muy calculada mientras se volvía hacia el ayudante.

El sumo dalle tardó un segundo en reconocer al joven. No llevaba la túnica negra, sino el pálido uniforme de los trabajadores de los baños. En aquel momento resultaba tan poco amenazador como el día en que lo había conocido, dos años antes, cuando era un novicio inocente. Aunque ya no había nada de inocente en él.

Xenocrates hizo lo que pudo por ocultar su terror, pero sospechaba que se le notaba a pesar de sus esfuerzos.

—¿Has venido a acabar conmigo, Rowan? Si es así, hazlo de una vez; aborrezco esperar.

—Resulta tentador, su excelencia, pero, por mucho que lo he intentado, no he logrado encontrar en su historial nada que me permita castigarlo con la muerte permanente. Como mucho, se merece una azotaina, como solía hacerse con los niños traviesos en la edad mortal.

Xenocrates se sintió ofendido por el insulto a la par que aliviado al saber que no estaba a punto de morir.

—Entonces, ¿has venido a entregarte para que te juzguemos por tus atroces actos?

—No cuando me quedan todavía tantos «actos atroces» que cometer.

El sumo dalle le dio un trago a su bebida y notó más la parte agria que la dulce.

—No escaparás de aquí, ¿sabes? Hay miembros de la Guardia del Dalle por todas partes.

—He entrado, así que saldré —repuso él encogiéndose de hombros—. Se le olvida que me entrenaron los mejores.

Y aunque Xenocrates quería burlarse, lo cierto era que sabía que el joven decía la verdad. El difunto segador Faraday era el mejor mentor en cuanto a las sutilezas psicológicas de la profesión, mientras que el difunto segador Goddard era el mejor profesor en lo referente a las brutales realidades de su trabajo. Si se tenía todo esto en cuenta, quedaba claro que Rowan Damisch no había acudido allí para tratar asuntos triviales.

Rowan sabía que había corrido un riesgo y que su exceso de confianza podría ser un defecto mortal, pero también le gustaba la emoción del peligro. Xenocrates era una persona de costumbres, así que después de investigar un poco Rowan supo con exactitud dónde lo encontraría casi todas las noches del Mes de las Luces.

A pesar de la considerable presencia de la Guardia del Dalle, colarse como empleado de los baños le había resultado fácil. Había aprendido muy deprisa que los miembros de la Guardia, aunque estaban bien entrenados para la protección y la fuerza física, no adolecían de un exceso de cerebro; ni, ya puestos, de capacidad de observación. No le sorprendía; hasta hacía poco, la Guardia del Dalle era más ornamental que funcional, ya que las amenazas

contra los segadores eran escasas. Su trabajo consistía, sobre todo, en lucir sus bonitos uniformes y parecer impresionantes. Se perdían cuando tenían que hacer una tarea importante de verdad.

Le bastó con entrar vestido como un empleado y comportarse como si llevara allí toda la vida, y los guardias no le hicieron ni caso.

Rowan miró a su alrededor para asegurarse de que no los observaban. No había guardias dentro de la cámara del sumo dalle; estaban todos en el pasillo, detrás de una puerta cerrada, lo que significaba que su conversación sería privada.

Se sentó al borde de la bañera, cuyo vapor despedía un intenso aroma a eucalipto, y sumergió un dedo en el agua, que estaba demasiado caliente para resultar cómoda.

—Estuvo a punto de ahogarse en una piscina no mucho más grande que esta.

—Qué detalle por tu parte el recordármelo —respondió Xenocrates.

Después, el joven fue al grano:

—Tenemos que hablar sobre un par de cosas. La primera es que me gustaría hacerle una oferta.

Xenocrates se rio con ganas.

—¿Qué te hace pensar que tomaría en consideración una oferta tuya? En la Guadaña no negociamos con terroristas.

—Venga, su excelencia, que hace cientos de años que no tenemos terroristas —repuso Rowan, sonriendo—. No soy más que un conserje que limpia la porquería de los rincones oscuros.

—¡Tus payasadas son de todo punto ilegales!

—Sé a ciencia cierta que odia a los segadores del nuevo orden tanto como yo.

—¡Pero hay que manejarlos con diplomacia! —insistió Xenocrates.

—Hay que manejarlos con decisión. Y sus muchos intentos por dar conmigo poco tienen que ver con detenerme, sino más bien con la vergüenza de no haber sido capaz de atraparme todavía.

El sumo dalle guardó silencio un segundo. Después preguntó, rebosante de disgusto:

—¿Qué quieres?

—Muy sencillo: quiero que deje de buscarme y que dedique todos sus esfuerzos a descubrir quién intenta asesinar a la segadora Anastasia. A cambio, dejaré mis «payasadas». Al menos en Midmérica.

Xenocrates dejó escapar el aire muy despacio, claramente aliviado de que la petición no fuera imposible.

—Lo cierto es que ya hemos apartado a nuestro mejor (y único) investigador criminal de tu caso para asignarlo al de los ataques contra las segadoras Anastasia y Curie.

—¿El segador Constantine?

—Sí. Así que puedes estar tranquilo, porque hacemos todo lo que podemos. No quiero perder a dos buenas segadoras. Cada una de ellas vale por diez de los que tú limpias con tus servicios de «conserje».

—Me alegra que lo diga.

—No lo he dicho. Y negaré de plano cualquier acusación al respecto.

—No se preocupe. Como he dicho, usted no es el enemigo.

—¿Hemos terminado ya? ¿Puedo seguir disfrutando en paz de mi baño?

—Una cosa más —respondió Rowan—. Quiero saber quién cribó a mi padre.

Xenocrates se volvió para mirarlo. A pesar de su aversión a ser acorralado de aquel modo, a pesar de su indignación, a Rowan le pareció percibir algo más… ¿Compasión? No sabía si era real o fingida. Incluso sin sus ropajes, el hombre seguía envuelto en tantas capas opacas que costaba distinguir hasta qué punto era sincero.

—Sí, me enteré de lo ocurrido. Lo siento.

—¿Ah, sí?

—Te diría que fue una violación del segundo mandamiento, ya que muestra un claro sesgo contra ti, pero teniendo en cuenta la opinión de la Guadaña sobre tus actos, no creo que nadie vaya a acusar de nada al segador Brahms.

—¿Ha dicho… segador Brahms?

—Sí, un hombre poco inspirado y sin nada destacable. Quizá pensara que cribando a tu padre ganaría notoriedad. Personalmente, creo que sólo ha conseguido resultar aún más lamentable.

Rowan no comentó nada. Xenocrates no tenía ni idea de lo dolorosa que había sido la noticia. Tan cortante como un cuchillo.

El sumo dalle lo miró durante un instante y logró leer, al menos, la mitad de sus pensamientos.

—Veo que ya pretendes romper tu promesa y acabar con Brahms. Al menos ten la cortesía de esperar hasta el Año Nuevo y concederme algo de paz durante las Fiestas de Antaño.

Rowan seguía tan pasmado por lo que le había contado Xenocrates que no fue capaz de abrir la boca para responder. Habría sido el momento perfecto para que el sumo dalle le diera la vuelta a la tortilla aprovechándose de su titubeo, pero el hombre se limitó a decir:

—Será mejor que te vayas ya.

Al final, el chico encontró su voz.

—¿Por qué? ¿Para que pueda avisar a los guardias en cuanto salga de la habitación?

—¿Y de qué serviría eso? Seguro que no son rivales a tu altura. Les cortarías el cuello o les atravesarías el corazón, y tendríamos que enviarlos a todos al centro de reanimación más cercano. Mejor que te escabullas delante de sus inútiles narices con la misma facilidad con la que entraste. Así nos ahorramos las molestias.

Parecía muy poco propio del sumo dalle rendirse tan fácilmente, de modo que Rowan lo pinchó para ver si descubría el porqué:

—Debe de molestarle tener mi captura al alcance de la mano y no poder conseguirla.

—Mi frustración durará poco —respondió Xenocrates—. Pronto dejarás de ser un problema.

—¿Que dejaré de ser un problema? ¿Por qué?

Pero el sumo dalle no tenía nada más que añadir al respecto. Se bebió su Moscow Mulé de un trago y le entregó a Rowan el vaso vacío.

—Deja esto en el bar de camino a la calle, ¿quieres? Y diles que me traigan otro.

21

¿Qué es lo que no te ha quedado claro?

«Vamos a matar a un par de segadoras», le había dicho Pureza. Greyson no pudo dormir aquella noche dándole vueltas a sus palabras, al modo en que se regodeaba en la idea y a la certeza de que la chica era capaz de llevarla a cabo. Y sí, todavía tenía una conciencia, a pesar de su nueva vida de indeseable. Intentaba no pensar en ello. Si pensaba en ello demasiado, acabaría hecho jirones. Vale, su misión para la Interfaz con la Autoridad no era oficial, pero eso no le restaba importancia. Él era el eje y el mismo Nimbo, desde la distancia, dependía de él. Sin Greyson, fracasaría y la segadora Anastasia, la segadora Curie o ambas acabarían muertas para siempre. Si eso ocurría, significaba que todo por lo que había pasado (desde salvarles la vida la primera vez a perder su puesto en la Academia del Cúmulo, pasando por renunciar a su antigua vida) no habría servido de nada. Bajo ninguna circunstancia podía permitir que sus sentimientos personales se entrometieran. De hecho, lo que necesitaba era que sus sentimientos personales fueran los correctos para la tarea.

Tendría que traicionar a Pureza. Pero no sería una traición, razonó. Si evitaba que realizara aquel acto terrible, la salvaría de sí misma. El Nimbo la perdonaría por formar parte de una trama fallida. Perdonaba a todo el mundo.

Resultaba frustrante que todavía no le hubiera informado de los detalles del plan, así que lo único que podía darle a Traxler era la fecha en que ocurriría el ataque. Ni siquiera sabía cómo ni dónde.

Dado que todos los indeseables mantenían reuniones de la condicional con un agente del Cúmulo, sus reuniones con Traxler no despertaban las sospechas de Pureza.

—Di algo que cabree a tu cúmulo —le dijo la chica antes de que se fuera a la reunión—. Dile algo que lo deje sin habla. Es muy divertido desconcertar a los cúmulos.

—Haré lo que pueda —respondió él; después la besó y se marchó.

Como siempre, la Oficina de Asuntos Indeseables era un hervidero de ruido y actividad. Greyson cogió número, esperó su turno con más impaciencia que nunca y lo enviaron a una sala de audiencias, donde esperó a que apareciera Traxler.

Lo que menos necesitaba en aquellos momentos era quedarse a solas con sus pensamientos. Si permitía que siguieran rebotándole en el cráneo, acabarían chocando.

La puerta se abrió por fin, pero por ella no entró el agente Traxler, sino una mujer. Llevaba unos zapatos que taconeaban en el suelo. Su cabello era una nube de terciopelo naranja y se había pintado los labios de un color demasiado rojo para su cara.

—Buenos días, Slayd —lo saludó al sentarse—. Soy Kreel, tu nueva agente de la condicional. ¿Cómo te encuentras?

—Espere… ¿Qué quiere decir con mi nueva agente de la condicional?

Ella escribió en su tablet sin levantar la vista.

—¿Qué es lo que no te ha quedado claro?

—Pero… Pero… Necesito hablar con Traxler.

Al final levantó la vista de la tablet para mirarlo. Entrecruzó los dedos sobre la mesa, muy educada, y sonrió.

—Si me das una oportunidad, Slayd, comprobarás que estoy tan cualificada como el agente Traxler. Con el tiempo puede que llegues a considerarme tu amiga. —Volvió a mirar la tablet—. Bueno, he estado estudiando tu caso. Eres un joven interesante, como mínimo.

—¿Hasta qué punto está familiarizada con mi caso?

—Bueno, tu ficha es bastante detallada. Creciste en Grand Rapids. Infracciones menores en el instituto. Un accidente de autobús intencionado que te dejó con una deuda significativa.

—Eso no —repuso Greyson, que intentaba controlar el pánico—. Lo que no está en la ficha.

Ella lo miró, algo cauta.

—¿Como qué?

Estaba claro que no conocía la misión, lo que significaba que la conversación no conducía a ninguna parte. Pensó en lo que le había dicho Pureza: cabrea a tu cúmulo. Le daba igual cabrear o no su nueva agente. Lo que quería era que se fuera.

—¡Que le den! Necesito hablar con el agente Traxler.

—Me temo que no es posible.

—¡Y una mierda! ¡Quiero a Traxler aquí ahora mismo!

Ella dejó la tablet en la mesa y lo miró de nuevo. No discutió ni respondió con beligerancia. Tampoco le ofreció su ensayada sonrisa de cúmulo. Parecía algo pensativa. Casi sincera. Casi compasiva, aunque no del todo.

—Lo siento, Slayd, pero al agente Traxler lo cribaron la semana pasada.

22

La muerte de Greyson Tolliver

El giro de los acontecimientos lo había dejado atónito. No era capaz más que de mirar en silencio a la agente Kreel mientras ella hablaba.

—Sé que las cribas nunca son ni agradables ni convenientes —decía—, pero ni nosotros, en la Interfaz de la Autoridad, somos inmunes. Los segadores pueden eliminar a quien quieran y no tenemos ni voz ni voto en el asunto. Así funciona el mundo. —Se tomó un momento para mirar su tablet —. En nuestra ficha dice que te transfirieron a nuestra jurisdicción hace un mes, lo que significa que, en realidad, no has tenido mucho tiempo para conocer al agente Traxler, así que no creo que vuestra relación fuera tan estrecha. Es una pena, pero todos tenemos que superarlo, incluso tú.

Ella lo miró en busca de alguna reacción, pero él seguía lejos de encontrar una. La agente se tomó el silencio como aceptación, así que continuó hablando:

—Bueno, parece que tu treta en el puente Mackinac dejó a veintinueve personas morturientas y que debes pagar el coste de sus reanimaciones. Como te han transferido aquí, vives de la Garantía de Renta Básica. —Negó con la cabeza para expresar su desaprobación—. Imagino que entenderás que un trabajo de verdad te permitiría ganar más dinero y acabar mucho más deprisa con la deuda, ¿no? ¿Por qué no te pido una cita en nuestro centro de empleo? Si quieres un trabajo, lo tendrás… Y será uno que te guste, seguro. Tenemos una tasa de empleo del cien por cien, y nuestro índice de satisfacción es del noventa y tres por ciento… ¡y eso incluye a los indeseables como tú!

Al final, Greyson recuperó la voz:

—No soy Slayd Bridger —dijo, aunque pronunciar aquellas palabras en voz alta era como una traición.

—¿Perdona?

—Quiero decir que sí, que ahora soy Slayd Bridger, pero antes me llamaba Greyson Tolliver.

Ella toqueteó su tablet, repasó pantallas, menús y archivos.

—Aquí no hay constancia de un cambio de nombre.

—Tiene que hablar con su supervisor. Alguien que lo sepa.

—Mis supervisores cuentan con la misma información que yo —respondió ella, y esta vez sí que lo miró con suspicacia.

—Estoy… Estoy trabajando como infiltrado. Trabajaba con el agente Traxler… ¡Alguien tiene que saberlo! ¡Seguro que hay un archivo en alguna parte!

Y ella se rio de él. Se rio de él, sin más.

—¡Venga, por favor! Tenemos agentes de sobra. No necesitamos «infiltrarnos» y, de necesitarlo, no enviaríamos a un indeseable para eso, y menos a uno con tu historial.

—¡Ese historial me lo inventé yo!

El rostro de la agente se volvió pétreo: era la típica cara que debía de usar en sus casos más complejos.

—Mira, ¡no permitiré que un indeseable me tome el pelo! ¡Sois todos iguales! ¡Creéis que porque los demás elegimos una vida con un propósito y una utilidad para el mundo nos merecemos que nos ridiculicéis! ¡Seguro que te reirás de esto con tus amigotes cuando te vayas, y no me parece bien!

Greyson abrió la boca. Después cerró la boca. La volvió a abrir. Pero, por mucho que se esforzaba, no le salía nada porque no había ni una cosa que pudiera decir para convencerla. Y se dio cuenta de que nunca la habría. No quedada registro alguno de lo que le habían pedido que hiciera porque nunca se le pidió directamente que lo hiciera. En realidad no estaba trabajando para la IA. Como le había explicado el agente Traxler el primer día, era un ciudadano corriente que actuaba por voluntad propia, porque sólo un ciudadano corriente podía caminar por la delgada línea que separaba la Guadaña del Nimbo…

Lo que significaba que, ahora que habían cribado a Traxler, nadie, nadie en absoluto, sabía lo que estaba haciendo. La tapadera de Greyson era tan profunda que se lo había tragado entero… y ni siquiera el Nimbo podía sacarlo de ella.

—Entonces, ¿hemos acabado con el jueguecito? —le preguntó Kreel—. ¿Podemos pasar a la revisión semanal?

El chico respiró hondo y dejó salir el aire, despacio.

—De acuerdo —respondió, y empezó a hablar de su semana, sin incluir todo lo que le habría contado a Traxler y sin volver a comentar su misión.

Greyson Tolliver había muerto. Peor, puesto que, en lo que concernía al mundo, Greyson Tolliver nunca había existido.

¡Brahms!

Por si Rowan no se sintiera ya lo bastante mal por la muerte de su padre, ahora se sentía doblemente responsable. Aquel era el premio a su moderación, la recompensa por haberse contenido y haber permitido que Brahms siguiera con vida. Tendría que haber acabado con aquel horrible hombrecillo igual que había hecho con todos los demás que no se merecían ser segadores, pero decidió darle una oportunidad. Qué inocente por su parte pensar que una persona así podía ponerse a la altura de las circunstancias.

Aquella noche, después de dejar a Xenocrates en los baños, Rowan vagó sin rumbo por las calles de Fulcrum City porque era incapaz de quedarse quieto. No sabía si intentaba dejar atrás su rabia o alcanzarla. Quizás ambas cosas. Corría delante de él, lo perseguía y no lo dejaba en paz.

Al día siguiente decidió irse a casa. A su antigua casa. La que había abandonado hacía casi dos años para convertirse en aprendiz de segador. Pensaba que así se olvidaría del asunto, que lo daría por zanjado.

Cuando llegó a su barrio, se mantuvo alerta por si alguien lo observaba, pero no había nadie vigilando. Nada más que las omnipresentes cámaras del Nimbo. Quizá la Guadaña pensara que, si no había asistido al funeral de su padre, era poco probable que apareciera por allí. O quizá fuera lo que había afirmado Xenocrates: que ahora ocupaba el segundo puesto en la lista de prioridades.

Se dirigió a la puerta principal, aunque en el último momento no se atrevió a llamar. Nunca antes se había sentido tan cobarde. Era capaz de enfrentarse sin miedo a hombres y mujeres entrenados para segar vidas, pero enfrentarse a su familia tras la criba de su padre era más de lo que podía soportar.

Llamó a su madre una vez que su publicoche estuvo a una distancia segura.

—¿Rowan? Rowan, ¿dónde has estado? ¿Dónde estás? ¡Estábamos muy preocupados!

Era justo lo que esperaba que dijera su madre. No respondió a sus preguntas.

—He oído lo de papá. Lo siento, lo siento mucho…

—Fue horrible, Rowan. El segador se sentó a nuestro piano. Tocó. Nos obligó a escuchar.

Rowan hizo una mueca. Conocía el ritual de criba de Brahms. No se imaginaba a su familia teniendo que pasar por él.

—Le contamos que habías sido aprendiz de segador. Aunque no te hubieran elegido, creímos que eso le haría cambiar de idea, pero no.

El chico no le explicó que había sido culpa suya. Por mucho que deseara confesárselo, sabía que la desconcertaría y que le plantearía más preguntas de las que podía responderle. O puede que fuera simple cobardía de nuevo.

—¿Cómo lo llevan todos?

—Vamos tirando —respondió su madre—. Tenemos inmunidad de nuevo, así que al menos es un pequeño consuelo. Siento que no estuvieras aquí. De haber estado, el segador Brahms también te la habría concedido a ti.

Rowan sintió que volvía la rabia al pensarlo. No le quedó más remedio que desviarla golpeando el salpicadero con el puño.

—¡Advertencia! Cualquier comportamiento violento o vandalismo supondrá la expulsión del vehículo —avisó el coche. No le hizo caso.

—Ven a casa, Rowan, por favor. Todos te echamos mucho de menos.

Muy curioso, porque no habían parecido echarle de menos durante su noviciado. En una familia tan grande como la suya, apenas se fijaban en él. No obstante, suponía que una criba cambiaba las cosas. La gente que quedaba atrás se sentía mucho más vulnerable y valoraba más a los que la rodeaban.

—No puedo volver a casa. Por favor, no me preguntes por qué, lo empeoraría todo. Pero quiero que sepas… Quiero que sepas que os quiero a todos y… y… que me pondré en contacto con vosotros en cuanto pueda.

Después colgó antes de que la mujer dijera nada más.

Las lágrimas le nublaban la visión y volvió a golpear el salpicadero, ya que prefería el dolor físico al que sentía en su interior.

El coche frenó de inmediato, se paró junto al arcén y abrió la puerta.

—Por favor, desaloje el vehículo. Se le expulsa por comportamiento violento o vandalismo y se le prohíbe usar transporte público hasta transcurridos sesenta minutos.

—Dame un segundo —le pidió al coche.

Necesitaba pensar. Ante él se abrían dos caminos. Aunque sabía que la Guadaña deseaba evitar otro ataque contra Citra y la segadora Curie, no confiaba en su habilidad para impedirlo. Puede que Rowan tampoco las tuviera todas consigo, pero le debía a Citra el intentarlo. Por otro lado, necesitaba corregir su error y acabar de forma permanente con el segador Brahms. Su parte más oscura le decía que buscara venganza primero y que no

esperara… Pero no cedió ante la oscuridad. Brahms seguiría allí después de salvar a Citra.

—Por favor, desaloje el vehículo.

Rowan salió, y el coche se alejó y lo dejó en el culo del mundo. Se pasó su hora de penalización paseándose por el arcén mientras se preguntaba si habría alguien en toda Midmérica tan destrozado como él.

Greyson Tolliver se encerró en su piso, abrió las ventanas para que entrara el frío y se metió en la cama bajo las pesadas mantas. Era lo que hacía cuando era más joven y el mundo podía con él: desaparecía debajo del mullido edredón que lo protegía de la frialdad del mundo. Hacía muchos años que no había vuelto a sentir la necesidad de huir a su zona de confort infantil, pero en aquel momento necesitaba que el resto del mundo desapareciera, aunque sólo fuera un rato.

Cuando lo hacía en el pasado, el Nimbo se lo permitía durante unos veinte minutos. Después le hablaba con amabilidad. «Greyson —le decía—, ¿estás bien? ¿Necesitas hablar?». El siempre respondía que no, pero acababa hablando de todos modos y el Nimbo siempre conseguía que se sintiera mejor. Porque lo conocía mejor que nadie.

Sin embargo, ahora que habían borrado su ficha (ahora que habían sustituido su antigua identidad por el estilo criminal de Slayd Bridger), ¿seguía conociéndolo el Nimbo? ¿O, como el resto del mundo, creía que era todo lo que decía su historial?

Decidió que ahora no importaba su destino. Ya se lanzaría de aquel puente cuando llegara a él… Lo único que importaba en aquel preciso instante era salvar a las dos segadoras… y proteger de algún modo a Pureza.

No obstante, sentía una soledad arrolladora. Ahora más que nunca, estaba solo en el mundo.

Sabía que había cámaras en su piso. El Nimbo observaba sin juzgar. Observaba con profunda benevolencia para cuidar mejor de todos y cada uno de los ciudadanos del mundo. Veía, escuchaba y recordaba. Lo que significaba que debía de conocer todo lo que no aparecía en la ficha falsificada de Greyson.

Así que salió de debajo de las mantas y, de pie en su helada habitación, preguntó:

—¿Estás ahí? ¿Me escuchas? ¿Recuerdas quién soy? ¿Quién era? ¿Recuerdas quién iba a ser antes de que decidieras que yo era «especial»?

Desconocía dónde estaban las cámaras. El Nimbo era inflexible en su decisión de no entrometerse de ese modo en las vidas de la gente, pero Greyson sabía que estaban allí.

—¿Todavía me conoces, Nimbo?

Pero no obtuvo respuesta. No era posible. Porque el Nimbo era legal. Slayd Bridger era un indeseable. Por mucho que quisiera, el Nimbo no podía romper su silencio.

23

Un desagradable réquiem

Rowan no encontraba a Citra, lo que significaba que no podía ayudarla.

Se maldijo por no haber presionado al sumo dalle para que le revelara su paradero. Había sido un estúpido, y quizá demasiado arrogante para pensar que no sería capaz de localizarla él solo. Al fin y al cabo, había logrado dar con todos los segadores con los que había acabado. Pero aquellos segadores eran figuras públicas que presumían de su posición en el mundo. Existían justo en el centro de su fama, como si fueran una diana. Por el contrario, Citra se había desconectado de la red con Curie… Y encontrar a una segadora desconectada era casi imposible. Aunque deseaba ayudar a salvarlas de la trama contra ellas, no podía.

Así que sus pensamientos volvían una y otra vez a lo que sí podía hacer…

Rowan siempre se había enorgullecido de su control. Incluso cuando cribaba, conseguía dejar su ira a un lado y actuar sin malicia, como exigía el segundo mandamiento, aunque se tratara del más despreciable de los segadores. Sin embargo, en aquel momento no lograba dejar a un lado su furia contra Brahms. Todo lo contrario: se hinchaba como una vela al viento.

El segador Brahms era provinciano y mezquino por naturaleza. Su propia diana no abarcaba más de unos treinta kilómetros de diámetro. En otras palabras, todas sus cribas tenían lugar en su casa de Omaha o los alrededores. Cuando Rowan decidió ponerlo en su punto de mira, primero le siguió los pasos, que eran muy predecibles. Todas las mañanas salía con su perrito ladrador hasta la misma cafetería en la que desayunaba todos los días. También era el lugar en el que concedía la inmunidad a las familias de quien hubiera cribado el día anterior. Ni siquiera se levantaba del banco: simplemente alargaba la mano hacia las familias de luto para que se la besaran y regresaba a su tortilla, como si aquella gente no fuera más que una molestia inevitable. Rowan no conocía a ningún segador tan perezoso. Aquel hombre tendría que haberse cabreado muchísimo para atreverse a cruzar media Midmérica con tal de cribar a su padre.

Un lunes por la mañana, mientras Brahms desayunaba, el chico se acercó a la casa del hombre; era la primera vez que vestía su túnica negra a plena luz

del día. Que la gente lo viera y corriera la voz: ¡que la población supiera por fin de la presencia del segador Lucifer!

En los muchos bolsillos secretos de la túnica cargaba con más armas de las que necesitaba. No estaba seguro de cuál usaría para terminar con la vida de aquel hombre. Quizá las usara todas, podía debilitarlo poco a poco para que tuviera tiempo de contemplar la llegada de la muerte.

La casa de Brahms no tenía pérdida. Era una construcción de estilo Victoriano muy bien cuidada y pintada de color melocotón con molduras en celeste; los mismos colores de la túnica del segador. El plan consistía en entrar por una ventana lateral y esperar a que regresara para acorralarlo en su propia casa. La furia de Rowan aumentaba a medida que se acercaba a la casa y, al notarlo, recordó algo que le había advertido el segador Faraday: «Nunca cribes con ira. Porque, por mucho que la rabia magnifique tus sentidos, también te nubla el juicio; y un segador no se puede permitir eso».

De haber seguido el consejo de Faraday, las cosas quizá hubieran salido de otro modo.

El segador Brahms dejaba que su bichón maltés hiciese sus necesidades en el césped que más le gustara y nunca se molestaba en limpiarlo. No era problema suyo. Además, sus vecinos nunca se quejaban. Aquel día en concreto, no obstante, su perro se puso bastante melindroso y un poco estreñido cuando volvían a casa tras el desayuno. Tuvieron que recorrer una manzana de más hasta que, por fin, *Réquiem* se cagó en el patio espolvoreado de nieve de los Thompson.

Después de dejarles el regalito a los vecinos, el segador Brahms encontró otro esperándole a él en su salón.

—Lo atrapamos cuando entraba por una ventana, su señoría —le explicó uno de sus vigilantes domésticos—. Lo derribamos cuando todavía tenía medio cuerpo fuera.

Rowan estaba en el suelo, atado de pies y manos y amordazado; ya consciente, aunque algo atontado todavía. Apenas era capaz de creerse lo estúpido que había sido. Tras su último encuentro con Brahms, ¿cómo no se había dado cuenta de que el hombre tendría vigilantes de seguridad? Le había salido un chichón en el punto de la cabeza en el que había recibido el golpe del guardia, y notaba la zona entumecida y en proceso de curación. Había reducido mucho la potencia de los nanobots analgésicos, pero aun así estaban liberando sus medicamentos y lo dejaban medio colocado; o quizá fuese la

contusión del porrazo en la cabeza. Lo peor de todo era que aquel desgraciado perrito no dejaba de ladrar y de avanzar hacia él como si pretendiera atacarle, aunque después huía corriendo. A Rowan le encantaban los perros, pero empezaba a lamentar que no hubiera segadores caninos.

—¡Patanes! —exclamó Brahms—. ¿Es que no podíais dejarlo en el suelo de la cocina en vez de en el del salón? ¡Me está manchando de sangre la alfombra blanca!

—Lo siento, su señoría.

Rowan intentó liberarse de sus ataduras, pero sólo consiguió apretarlas más.

Brahms se acercó a la mesa del comedor, donde habían desplegado las armas del chico.

—Espléndido —comentó—. Las añadiré a mi colección personal. —Después le quitó a Rowan el anillo de segador—. Y esto nunca ha sido tuyo.

El chico intentó maldecirlo, aunque, por supuesto, era imposible con la mordaza. Arqueó la espalda, tiró más de las cuerdas y gritó de frustración, lo que impulsó al perro a ladrar de nuevo. A pesar de saber que le estaba regalando la vista a Brahms con aquel espectáculo, no conseguía contenerse. Al final, el segador ordenó a sus guardias que lo sentaran en una silla y él mismo le quitó la mordaza de la boca.

—Si tienes algo que decir, dilo ahora —ordenó Brahms.

En vez hablar, Rowan aprovechó la oportunidad para escupirle en la cara, con lo que se ganó un revés con el dorso de la mano.

—¡Te dejé vivir! —chilló Rowan—. Podría haberte cribado, ¡pero te dejé vivir! ¿Y tú me lo pagas cribando a mi padre?

—¡Me humillaste!

—¡Te merecías algo mucho peor!

Brahms miró el anillo que le había quitado al chico y se lo guardó en el bolsillo.

—Reconozco que, tras tu agresión, tuve un momento de introspección y reconsideré mis actos. Pero después decidí que no me dejaría amedrentar por un matón. ¡No cambiaré mi forma de ser por alguien como tú!

Rowan no se sorprendió. Había sido un error creer que una serpiente podía decidir no serlo.

—Podría cribarte y quemarte, como me habrías hecho tú a mí —siguió Brahms—. Pero todavía cuentas con la inmunidad «accidental» de la segadora Anastasia, así que me castigarían por no respetarla. —Negó con la cabeza, resignado—. Nuestras propias normas nos coartan.

—Supongo que ahora me entregarás a la Guadaña.

—Podría, y seguro que estarán encantados de cribarte cuando expire tu inmunidad el mes que viene. —Entonces sonrió—. Pero no voy a contarle a la Guadaña que he atrapado al escurridizo segador Lucifer. Tenemos unos planes mucho más interesantes para ti.

—¿Tenemos? —preguntó Rowan—. ¿Y ese plural?

Pero la conversación había llegado a su fin. Brahms le puso de nuevo la mordaza y se volvió hacia los guardias.

—Dadle una paliza, pero no lo matéis. Y cuando lo curen sus nanobots, dadle otra paliza. —Después chascó los dedos para llamar a su perro—. ¡Ven, *Réquiem*, ven!

Brahms dejó a sus matones trabajándose los nanobots de Rowan mientras fuera el mismo cielo parecía rasgarse con un plañidero diluvio.

24

Abiertos a la resonancia

La siguiente criba de la segadora Anastasia tendría lugar en el tercer acto de *Julio César*, en el teatro Orpheum de Wichita, un establecimiento clásico que se remontaba a los tiempos mortales.

—No me apetece demasiado cribar a alguien delante de un público de pago —reconoció Citra ante Marie mientras se registraban en el hotel de Wichita.

—Pagan por la representación, querida —puntualizó Marie—. No saben que habrá una criba.

—Ya, pero, aun así, una criba no debería convertirse en entretenimiento.

La otra segadora frunció los labios en una sonrisita engreída.

—Eres la única culpable. Es lo que pasa cuando permites que tus sujetos elijan el método de su muerte.

Suponía que Marie estaba en lo cierto. La verdad era que Citra debía considerarse afortunada porque ninguno de sus elegidos hubiera deseado convertir su criba en un espectáculo público. Cuando su vida regresara a la normalidad, quizás impusiera algunos parámetros razonables sobre los tipos de muertes que permitía.

Una media hora después de llegar a su habitación del hotel, alguien llamó a la puerta. Habían pedido servicio de habitaciones, así que a Citra no le sorprendió, por mucho que hubieran tardado menos de los que esperaba; Marie estaba en la ducha y la comida estaría fría cuando saliera.

No obstante, cuando abrió la puerta vio que no se trataba de un empleado del hotel con la comida, sino de un joven más o menos de su edad y con algunos problemas cosméticos faciales que nadie solía tener en la época posmortal. Sus dientes estaban torcidos y amarillos, y había unos cuantos bultitos en su rostro que parecían a punto de entrar en erupción. Llevaba una camisa informe de arpillera marrón y unos pantalones que anunciaban al mundo que rechazaba las convenciones sociales; no como los indeseables, sino al estilo tranquilo y moralizante de los tonistas.

Citra se percató de su error al instante y evaluó la situación en un abrir y cerrar de ojos. Resultaba sencillo distinguir a un tonista; ella misma se había

hecho pasar por uno para evitar que la detectaran. No le cabía duda de que se trataba de un agresor disfrazado que pretendía eliminarlas. Aunque no llevaba armas encima ni estaban a su alcance, al menos tenía sus manos.

El desconocido sonrió y le enseñó mejor sus desagradables dientes.

—¡Hola, amiga! ¿Sabías que la Gran Horca repica para ti?

—¡Retrocede!

Pero no retrocedió, sino que dio un paso adelante.

—¡Un día resonará para todos nosotros!

Entonces metió la mano en una bolsa que le colgaba de la cintura.

Citra se movió con la velocidad instintiva y la perfecta brutalidad de bokator. Fue tan rápida que todo acabó antes de poder pensar, y el chasquido del hueso al romperse resonó en su interior con más claridad que cualquier Gran Horca.

El chico cayó al suelo gimiendo de dolor, con el brazo roto a la altura del codo.

Ella se arrodilló para mirar dentro de la bolsa y averiguar qué clase de muerte había llevado consigo. La bolsa estaba llena de panfletos, de panfletitos de papel brillante que ensalzaban las virtudes del estilo de vida tonista.

No se trataba de ningún agresor. Era justo lo que parecía: un fanático del tono que hacía proselitismo de su absurda religión.

Ahora se avergonzaba de su reacción excesiva y se horrorizaba de la violencia de su actuación frente al intruso.

Todavía arrodillada a su lado, vio que el tonista seguía chillando de dolor.

—Quédate quieto —le advirtió ella—. Deja que tus nanobots analgésicos se ocupen del trabajo.

El negó con la cabeza.

—No tengo —respondió con voz ahogada—. No están. Extraídos.

Aquello la pilló por sorpresa. Sabía que los tonistas hacían cosas raras, pero no se imaginaba algo tan extremo (tan masoquista) como sacarse sus nanobots analgésicos.

El joven la miró con los ojos muy abiertos, como un cervatillo al que acaba de atropellar un coche.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó entre sollozos—. Sólo quería iluminarte sobre…

Entonces, justo en el peor momento, Marie salió del baño.

—¿Qué es todo esto?

—Un tonista —explicó Citra—. Creía…

—Sé lo que creías. Yo habría pensado lo mismo. Pero quizás hubiera sido más práctico dejarlo inconsciente en vez de destrozarle el codo. —Cruzó los brazos y los miró a los dos, más irritada que comprensiva, lo que no era propio de ella—. Me sorprende que el hotel permita a los tonistas vender su «religión» de puerta a puerta.

—No lo permiten, pero lo hacemos de todos modos —contestó el joven, a pesar del dolor.

—Pues claro que lo hacéis.

Entonces, por fin, el joven sumó dos más dos.

—Usted es… es la segadora Curie. —Después se volvió hacia Citra—. ¿Tú también eres una segadora?

—La segadora Anastasia.

—Nunca había visto a un segador sin su túnica. Tu ropa… ¿es toda del mismo color que tu túnica?

—Así es más fácil —respondió Citra.

Marie suspiró, poco interesada en aquella revelación.

—Iré a por hielo.

—¿Hielo? —preguntó Citra—. ¿Para qué?

—Es un remedio de la edad mortal para la hinchazón y el dolor —explicó la segadora, y salió a buscar la máquina de hielo del final del pasillo.

El tonista había dejado de retorcerse en el suelo, aunque seguía con la respiración alterada por culpa del dolor.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Citra.

—Hermano McCloud.

«Cierto —pensó la chica—, los tonistas son todos hermano esto y hermana lo otro».

—Bueno, lo siento, hermano McCloud. Creía que pretendías hacernos daño.

—Que los tonistas seamos antisegadores no significa que os deseemos ningún mal. Queremos iluminaros, como a todo el mundo. Quizás incluso más que al resto del mundo.

Se miró el brazo, cada vez más hinchado, y gimió.

—No está tan mal, tus nanobots sanadores deberían empezar… —comentó Citra, pero él la interrumpió negando con la cabeza—. ¿Quieres decir que tampoco los tienes? ¿Es eso legal?

—Por desgracia, sí —respondió Marie por él, cargada con el hielo—. La gente tiene derecho a sufrir si así lo desea. Por muy atrasado que sea el concepto.

Después se llevó el cubo de hielo a la cocinita de la suite para preparar una especie de paquete con él.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo el hermano McCloud—. Si sois segadoras y estáis por encima de la ley en todos los aspectos…, ¿por qué me has atacado? ¿De qué tienes miedo?

—Es complicado —respondió ella, que no quería explicarle las complejidades y las intrigas de su actual situación.

—Podría ser simple. Podrías renunciar a tu condición de segadora y seguir a los tonistas.

Citra estuvo a punto de reírse. Incluso transido de dolor, el chico era de ideas fijas.

—Una vez visité un monasterio tonista —reconoció; eso pareció agradar al joven y distraerlo del dolor.

—¿Te cantó?

—Golpeé el diapasón del altar. Olí el agua sucia.

—Contiene las enfermedades que antes mataban a la gente —comentó él.

—Eso he oído.

—¡Algún día volverán a matarla!

—¡Lo dudo mucho! —exclamó Marie al regresar con el hielo metido dentro de una bolsita de basura de plástico.

—No dudo que lo dude —repuso él.

Marie dejó escapar un bufido reprobador; después se arrodilló a su lado y le apretó la bolsa de hielo contra el codo hinchado. Él hizo una mueca y Citra ayudó a sostener la bolsa.

El chico respiró hondo unas cuantas veces para aceptar tanto el frío como el dolor, y dijo:

—Pertenezco a una orden tonista de aquí, en Wichita. Deberíais venir a vernos. Para compensarme por lo que me habéis hecho.

—¿No temes que te cribemos? —se burló Marie.

—No es probable —dijo Citra—. Los tonistas no temen a la muerte.

Pero el hermano McCloud la corrigió:

—Sí que la tememos. Lo que pasa es que aceptamos nuestro miedo y lo superamos.

Marie se levantó, impaciente.

—Los tonistas fingís ser sabios, pero todo vuestro sistema de creencias es una invención. No es más que una combinación de los trocitos más convenientes de las religiones de la edad mortal… ¡y ni siquiera son las mejores partes! Lo habéis robado todo para después coserlo sin habilidad

alguna en una especie de colcha de retazos sin sentido. Nadie más que vosotros lo entiende.

—¡Marie! Que ya le he roto el brazo, no hace falta que también lo insultemos.

Pero la mujer estaba ya demasiado metida en su diatriba como para detenerse.

—Anastasia, ¿sabías que hay al menos cien cultos del tono distintos, cada uno con sus propias normas? Mantienen airadas discusiones sobre si su tono divino es sol sostenido o bemol… ¡Ni siquiera se ponen de acuerdo en si deben llamar a su deidad imaginaria «la Gran Vibración» o «la Gran Resonancia»! ¡Los tonistas se cortan la lengua, Anastasia! ¡Se ciegan!

—Esos son los extremistas —aclaró el hermano McCloud—. La mayoría no es así. Mi orden no es así. Somos de la orden locria; lo más extremo que hacemos es quitarnos los nanobots.

—¿Podemos al menos llamar a un ambudrón para que te traslade a un centro donde puedan curarte? —le preguntó Citra.

De nuevo, el chico negó con la cabeza.

—Tenemos un médico en el monasterio. Él se ocupará. Me escayolará el brazo.

—¿Que te qué?

—¡Vudú! —dijo Marie—. Un antiguo ritual de curación. Envuelven el brazo en escayola y lo dejan así varios meses. —Entonces se acercó al armario, sacó una percha de madera y la partió por la mitad—. Venga, te haré un cabestrillo. —Se volvió hacia Citra, adelantándose a su pregunta—. Más vudú.

Rompió una funda de almohada a tiras, ató la mitad de la percha rota al brazo para que no se moviera y otro jirón de tela para sostener el hielo en su sitio.

El hermano McCloud se levantó para marcharse. Abrió la boca para hablar, pero Marie le cortó:

—Como digas «que la Horca os acompañe», te golpeo con la otra mitad de la percha.

El chico suspiró, hizo una mueca al mover el brazo y dijo:

—En realidad los tonistas no decimos eso. Lo que decimos es: «Que Resuenes bien alto».

Procuró mirarlas a las dos a los ojos al decirlo. Marie cerró de un portazo en cuanto el chico cruzó el umbral.

Citra la miró como si no la conociera.

—¡Nunca te había visto actuar así con nadie! ¿Por qué has sido tan desagradable?

Ella apartó la vista, quizás algo avergonzada.

—No me gustan los tonistas.

—Tampoco le gustaban a Goddard.

Marie volvió la vista hacia ella rápidamente. La chica temió que fuera a gritarle, pero no lo hizo.

—Puede que sea el único tema en el que estábamos de acuerdo —dijo—. La diferencia estriba en que yo respeto su derecho a existir, por mucho que me disgusten.

Lo que Citra consideraba cierto, ya que, en todo el tiempo que llevaban juntas, nunca la había visto cribar a un tonista, a diferencia del segador Goddard, que había intentado acabar con un monasterio entero antes de que Rowan lo matara.

Llamaron de nuevo a la puerta y las dos se sobresaltaron; pero esta vez sí que era el servicio de habitaciones que esperaban. Cuando se sentaron a comer, Marie miró hacia el panfleto que se había dejado el tonista y se burló de él.

—«Abiertos a la resonancia» —leyó—. Esto sólo resuena en un sitio —dijo, y lo tiró a la papelera.

—¿Has acabado ya? ¿Podemos comer en paz?

Marie suspiró, miró su comida y abandonó toda intención de terminarla.

—Cuando era un poco más joven que tú, mi hermano se unió a un culto del tono. —Apartó el plato a un lado y se tomó un momento antes de seguir hablando—: Siempre que lo veíamos, que era poco, nos soltaba tonterías. Después desapareció. Descubrimos que se había caído y se había golpeado la cabeza, pero como no tenía nanobots sanadores y no recibió atención médica, murió. Y quemaron su cuerpo antes de que un ambudrón pudiera llevarlo a revivir. Porque es lo que hacen los tonistas.

—Lo siento mucho, Marie.

—Fue hace muchísimo tiempo.

Citra guardó silencio para darle a su amiga los minutos que necesitaba. Sabía que el mayor regalo que podía hacerle a su mentora era escuchar.

—Nadie sabe quién empezó el primer culto del tono ni por qué. Puede que la gente echara de menos las fes de la era mortal y quisiera volver a sentir lo mismo. O puede que fuera una broma absurda. —Se sumió en sus pensamientos un instante y después salió del trance—. En fin, que cuando Faraday me ofreció la oportunidad de convertirme en segadora, la acepté

gustosa. Necesitaba una forma de proteger al resto de mi familia de algo tan horrible, aunque para ello yo tuviera que hacer también cosas horribles. Me convertí en la Señorita Asesina y, al arrugarme, en la Gran Dama de la Muerte.

Marie examinó su plato y empezó a comer de nuevo; su apetito regresó al liberar sus demonios.

—Sé que las creencias de los tonistas son ridículas —dijo Citra—, pero supongo que, para alguna gente, resultan atractivas.

—Es o que les pasa a los pavos con la lluvia: alzan los ojos al cielo, abren los picos y se ahogan —repuso Marie.

—No los pavos que cría el Nimbo.

—Justo lo que yo decía.

25

El espectro de la verdad

Rowan se despertó en una cama que no conocía de una habitación que nunca había visto. Enseguida intuyó que ya no se encontraba en Midmérica. Intentó moverse, pero sus brazos estaban atados a los postes de la cama. No sólo atados, sino sujetos con correas de cuero y hebillas. Notaba un dolor sordo en la espalda y, aunque ya no estaba amordazado, tenía la boca rara.

—¡Ya era hora de que despertases! ¡Bienvenido a San Antonio!

Se volvió y, para su sorpresa, vio nada más y nada menos que a Tyger Salazar allí sentado.

—¿Tyger?

—Recuerdo que siempre estabas en el centro de reanimación esperando a que me despertara después de despachurrarme. Se me ha ocurrido hacer lo mismo por ti.

—¿Estaba morturiento? ¿Eso es este sitio? ¿Un centro de reanimación?

Incluso mientras lo decía, sabía que no lo era.

—Qué va, no estabas muerto, sólo inconsciente.

A pesar de seguir medio atontado, no se le habían olvidado las circunstancias en las que había perdido la consciencia, en casa del segador Brahms. Se pasó la lengua por los dientes y se dio cuenta de que no estaban bien. Los notaba irregulares y mucho más cortos de lo normal. Suaves, pero más cortos.

Tyger se percató de lo que hacía.

—Perdiste unos cuantos dientes, pero ya te están creciendo. Es probable que vuelvan a la normalidad en un par de días. Lo que me recuerda…

Se acercó a una mesita de noche y le ofreció un vaso de leche.

—Por el calcio. De lo contrario, tus nanobots sanadores te lo extraerán de los huesos. —Entonces recordó que Rowan estaba atado a la cama—. Ah, claro. Qué pavo.

Inclinó la pajita hacia la boca de su amigo para que bebiera… Y aunque Rowan tenía mil preguntas, bebió porque, más que nada, estaba sediento.

—¿De verdad tenías que luchar contra ellos cuando fueron a buscarte? —preguntó Tyger—. De haberte dejado llevar, no te habrían hecho daño y ahora

no estarías atado.

—¿De qué narices me hablas, Tyger?

—¡Estás aquí porque necesitaba un compañero para los entrenamientos! —exclamó el otro alegremente—. Te pedí a ti.

—¿Compañero? —preguntó Rowan, que creía no haberlo oído bien.

—Los tipos que fueron a reclutarte me dijeron que eras un capullo de primera clase. Que los atacaste y no tuvieron más remedio que defenderse… ¿Los culpas por ello?

El otro chico no pudo más que sacudir la cabeza, incrédulo. ¿Qué estaba pasando allí?

Entonces se abrió la puerta y, por si el momento no era lo bastante extraño, pasó a ser del todo absurdo.

Porque frente a él había una mujer muerta.

—Hola, Rowan —lo saludó la segadora Rand—. Cómo me alegro de verte.

Tyger frunció el ceño.

—Espera, ¿os conocéis? —Entonces se lo pensó un instante—. Ah, claro, ¡los dos estabais en aquella fiesta, esa en la que salvé al sumo dalle de ahogarse!

A Rowan se le volvió a subir la leche a la garganta y tosió, medio asfixiado. Tuvo que volver a tragarla, obligarla a quedarse dentro. ¿Cómo era posible? ¡Había acabado con ella! Había acabado con todos ellos… Goddard, Chomsky y Rand… Todos habían quedado reducidos a cenizas. Pero allí estaba, un reluciente fénix verde renacido del fuego.

El chico tiró de sus ataduras deseando poder romperlas aun sabiendo que no lo lograría.

—Flipa —dijo Tyger, todo sonrisas—: soy un novicio, como lo eras tú. La única diferencia es que ¡yo sí voy a ser segador!

Y Rand sonrió.

—Ha sido un alumno modelo.

Rowan intentó controlar el pánico y concentrarse en Tyger, intentó quitarse a la segadora Rand de la cabeza porque sólo era capaz de manejar los problemas de uno en uno.

—Tyger —dijo, mirando a su amigo a los ojos—, no sé qué crees que pasa aquí, pero cometes un error. ¡Cometes un terrible error! Tienes que salir de aquí. ¡Huye!

Pero el chico se rio.

—¡Tío! Cálmate, ¡que no todo es una gran conspiración!

—¡Sí que lo es! —insistió Rowan—. ¡Lo es! ¡Y tienes que salir antes de que sea demasiado tarde!

Pero cuanto más hablaba, más demenciales sonaban sus palabras y era consciente de ello.

—Tyger, ¿por qué no le preparas un sándwich a Rowan? Seguro que tiene hambre.

—¡Claro! —exclamó el chico, y le guiñó un ojo a su amigo—. Y ya no seré la lechuga.

En cuanto salió, la segadora Rand cerró la puerta. Con llave.

—Tenía más del cincuenta por ciento del cuerpo quemado y la espalda rota. Me diste por muerta, pero hace falta alguien mucho mejor que tú para acabar conmigo.

No hizo falta que le explicara lo que había sucedido después. Había salido a rastras de entre las llamas y se había metido en un publicoche que la había llevado a Texas, una región donde podía obtener asistencia médica en un centro de sanación sin que nadie le preguntara nada. Después había procurado pasar desapercibida. Esperando. Esperándolo a él.

—¿Qué estás haciendo con Tyger?

Rand sonrió mientras se le acercaba con un contoneo provocativo.

—¿Es que no estabas prestando atención? Voy a convertirlo en segador.

—Mientes.

—No. —Y sonrió de nuevo—. Bueno, quizás un poquito.

—No pueden ser las dos cosas. O mientes o no.

—Ese es tu problema, Rowan, que no eres capaz de distinguir todos los tonos intermedios.

Entonces, el chico se dio cuenta de algo.

—¡El segador Brahms! ¡Trabajaba para ti!

—Acabas de caer en la cuenta, ¿eh? —Se sentó en su cama—. Sabíamos que si cribaba a tu padre al final irías a por él. Es un segador lamentable, pero era leal a Goddard. Lloró de alegría, de verdad, cuando descubrió que seguía viva. Y después de que lo humillaras de aquel modo, estaba más que dispuesto a convertirse en el cebo de tu trampa.

—Tyger cree que traerme aquí fue idea suya.

Rand arrugó la nariz con aire casi coqueto.

—Esa fue la parte más fácil. Le dije que teníamos que buscarle un compañero de entrenamiento, alguien de su tamaño y edad aproximados. «¿Qué tal Rowan Damisch?», preguntó. «¡Una idea fantástica!», respondí.

Está claro que no es el más listo de la clase, pero sí que es sincero. Tiene su encanto.

—Como le hagas daño, te juro que…

—¿Que me juras qué? Teniendo en cuenta tu situación actual, lo único que puedes hacer es jurar.

Entonces se sacó una daga de la túnica. La empuñadura era de mármol verde y la hoja, de un negro reluciente.

—Sería pero que muy divertido sacarte el corazón ahora mismo —dijo, aunque lo que hizo fue arrastrar la punta de la hoja por el puente del pie del chico. No lo bastante fuerte como para que sangrara, pero sí lo justo para que encogiera los dedos—. Pero eso tendrá que esperar, ¡porque te tenemos preparadas grandes cosas!

Rowan se pasó varias horas sin poder hacer nada más que pensar en su aprieto, solo en una cama que debía de ser cómoda, pero que se convertía en un lecho de clavos cuando estabas atado a ella.

Así que estaba en Texas. ¿Qué sabía de aquella región? No mucho que pudiera ayudarlo. No le habían enseñado nada sobre ella en su aprendizaje, y las regiones autónomas no se estudiaban en el instituto, a no ser que eligieras hacerlo. Lo único que conocía, en realidad, eran los rumores y el saber popular.

Los hogares de Texas no tenían cámaras del Nimbo.

Los coches de Texas no se conducían solos a no ser que no les quedara más remedio.

Y la única ley de Texas era la de la conciencia de cada uno.

Una vez había conocido a un chico que antes vivía allí. Lucía unas grandes botas y una hebilla de cinturón capaz de parar un proyectil de mortero.

«Allí es todo mucho menos aburrido —le había contado—. Podemos tener mascotas exóticas y razas de perro peligrosas que en otros sitios están prohibidas. ¡Y armas! Pistolas, cuchillos y otras cosas que en el resto del mundo están reservadas a los segadores. Por supuesto, se supone que la gente no debe usarlas de verdad, aunque a veces lo hace».

Lo que explicaba por qué la región de Texas tenía el índice de disparos accidentales y ataques de osos domésticos más alto del mundo.

«Y en Texas no hay indeseables —presumió el chico—. Si alguien se desmadra, le damos la patada».

Tampoco había multas por dejar a alguien morturiento, salvo tener que enfrentarse a la venganza de la víctima después de la reanimación, lo que funcionaba bastante bien como medida disuasoria.

Al parecer, la región de Texas había abrazado sus raíces y había decidido imitar al Antiguo Oeste como los tonistas habían decidido imitar a las religiones de la edad mortal. En resumen, Texas tenía lo mejor de ambos mundos… o lo peor, según tu punto de vista. Había ventajas tanto para los valientes como para los temerarios, aunque también muchas oportunidades para cagarla bien.

No obstante, como en el resto de las regiones autónomas, nadie estaba obligado a quedarse. «Si no te gusta, te vas», era el lema oficioso de todas ellas. Mucha gente se iba, pero también acudía mucha otra, por lo que al final se reunía una población que disfrutaba de las cosas tal y como eran.

Daba la impresión de que la única persona de Texas que no podía hacer lo que quisiera era Rowan.

Aquel mismo día, más tarde, dos guardias fueron a buscarlo. No eran miembros de la Guardia del Dalle, sino matones de alquiler. Cuando lo desataron, Rowan consideró la posibilidad de derribarlos. Habría tardado pocos segundos en dejarlos inconscientes en el suelo, pero decidió contenerse. Lo único que sabía de su cautiverio eran las dimensiones de su dormitorio. Mejor tantear el terreno antes de intentar escapar.

—¿Adonde me lleváis? —le preguntó a uno de los guardias.

—Adonde nos ha pedido la segadora Rand que te llevemos —fue lo único que logró sacarle.

Rowan tomó nota mental de todo lo que veía: la lámpara de cerámica junto a la cama que podía usar de arma si no había más remedio. Las ventanas que no se abrían y, probablemente, eran de cristal de seguridad. Cuando estaba atado a la cama, por ellas no se veía nada más que el cielo… Pero ahora, al salir del cuarto, se percató de que estaban en un rascacielos. Se trataba de un piso y, al avanzar por el largo pasillo que se abría a una enorme zona de estar, se dio cuenta de que era un ático.

Más allá del salón, una galería al aire libre se había transformado en gimnasio para entrenamiento de bokator. Allí lo esperaban la segadora Rand y Tyger, que estaba haciendo estiramientos y dando botes como un campeón de boxeo antes de la batalla por el título.

—Espero que estés listo para una paliza —dijo Tyger—. ¡He estado entrenando desde que llegué!

Rowan se volvió hacia Rand.

—¿Vas en serio? ¿De verdad nos vas a obligar a pelear?

—Tyger ya te contó que estabas aquí por eso —respondió ella, insufrible, y le guiñó un ojo.

—¡Vas a caer! —exclamó el otro chico. Rowan se habría reído si aquella situación no fuese tan retorcida.

Rand se sentó en un sillón de cuero rojo enorme que no pegaba nada con su túnica.

—¡Que empiece la diversión! —exclamó.

Rowan y Tyger iniciaron el movimiento en círculo manteniendo la distancia: el comienzo tradicional de un combate de bokator. Tyger siguió con las pullas físicas que también eran tradición, pero Rowan no le siguió el juego, sino que se dedicó a observar subrepticiamente lo que lo rodeaba. En el interior del ático veía un par de puertas que debían de ser un cuarto de baño y un armario. Había una cocina abierta y un comedor elevado que daba a unos ventanales que iban del suelo al techo. También veía unas puertas dobles que, sin duda, eran la entrada. Al otro lado habría ascensores y escaleras de emergencia. Intentó imaginarse una ruta de escape, pero se dio cuenta de que, si huía, abandonaría a Tyger en las mortíferas garras de la segadora Rand. No podía hacerle eso. Tenía que convencerlo de algún modo de que se fuera con él. Estaba seguro de que lo lograría, de que era cuestión de tiempo; sin embargo, el joven desconocía cuánto tiempo le quedaba.

Tyger hizo el primer movimiento y se lanzó contra Rowan en un clásico estilo de bokator viuda negra. Rowan lo esquivó, aunque no lo bastante deprisa, no porque su mente estuviera en otra parte, sino también porque sus músculos estaban tensos y sus reflejos eran lentos después de pasarse a saber cuánto tiempo atado a una cama. Tuvo que gatear por el suelo para que no lo atrapara.

—¡Te dije que era bueno, tío!

Rowan miró hacia Rand para intentar descifrar su rostro. No parecía tan distante como siempre, sino que los observaba con atención y estudiaba todos los movimientos del combate.

El joven golpeó el esternón de Tyger con el pulpejo de la mano para dejarlo sin aliento, y así ganar tiempo y recuperar el equilibrio. Después enganchó una de sus piernas en la de Tyger para derribarlo. El otro chico se

adelantó al movimiento y contraatacó con una patada que acertó, aunque sin la fuerza suficiente para desequilibrar de nuevo a su contrincante.

Se separaron y continuaron con los círculos. Estaba claro que Tyger había ganado fuerza. Como Rowan, su cuerpo se había rellenado. Rand lo había entrenado bien, pero el bokator viuda negra era más que proeza física; tenía un componente mental, y en esa parte Rowan llevaba las de ganar.

El chico empezó a golpear y bloquear de un modo muy predecible, usando todos los movimientos para los que sabía que Tyger tendría contraataques. Rowan dejó que lo derribara, pero sólo de un modo que le permitiera levantarse de nuevo antes de que su amigo lo inmovilizara. Notó que aumentaba la confianza de su oponente, que ya estaba muy pagado de sí mismo de por sí; no costaba demasiado inflar el ego de Tyger hasta convertirlo en un globo listo para estallar. Entonces, cuando llegó el momento oportuno, Rowan cayó sobre Tyger con una combinación de movimientos que eran completamente impredecibles, lo contrario de lo que habría hecho Tyger, la antítesis de lo que se esperaba. Encima, usó golpes propios que iban más allá del kit estándar del bokator. Su ataque no procedía de ningún libro que Tyger conociera.

Lo derribó y lo sujetó de un modo que no le daba posibilidad alguna de escabullirse, pero el chico se negaba a dar su brazo a torcer. Así que fue Rand la que le puso fin y Tyger dejó escapar un aullido de agonía melodramática.

—¡Ha hecho trampa! —insistía.

Rand se levantó.

—No, es que es mejor que tú.

—Pero…

—Tyger, cierra el pico —le ordenó, y él lo hizo. La obedeció como si no fuera más que su mascota. Y ni siquiera se trataba de una mascota peligrosa y exótica, sino más bien de un cachorrito—. Vas a tener que seguir perfeccionando tus habilidades.

—Vale —contestó el chico, y se fue a su cuarto con un bufido, aunque no sin pronunciar la última palabra—: ¡La próxima vez te voy a freír! —le dijo a Rowan.

Cuando se fue, su amigo examinó el desgarro de su camiseta y el moratón que ya empezaba a curarse. Se pasó la lengua por los dientes porque se había llevado un golpe de refilón en la boca, pero no había ninguna herida. De hecho, sus dientes delanteros ya casi le habían vuelto a crecer del todo.

—Todo un espectáculo —dijo Rand, que se mantenía a una distancia prudencial.

—¿Y si pruebo contigo?

—Te rompería el cuello en cuestión de segundos, con la misma compasión con la que se lo rompiste a tu novia el año pasado.

Estaba intentando pincharlo, pero él no mordería el anzuelo.

—No estés tan segura.

—Sí que lo estoy, aunque no siento interés por demostrarlo.

Rowan sospechaba que estaba en lo cierto. Sabía lo buena que era… y, al fin y al cabo, la segadora había formado parte de su noviciado, así que conocía todos sus movimientos secretos, además de contar con los suyos propios.

—Tyger no me va a ganar nunca, lo sabes, ¿verdad? Puede que tenga los movimientos, pero no la mente. Lo derribaré una y otra vez.

Rand no le llevó la contraria.

—Pues hazlo. Gana una y otra vez.

—¿Qué sentido tiene?

Pero la segadora no contestó, sino que ordenó a los guardias que lo devolvieran a su cuarto. Por suerte, no lo ataron a la cama, aunque la puerta estaba cerrada a cal y canto desde fuera.

Más o menos una hora después, Tyger fue a verlo. Rowan creyó que le guardaría rencor, pero no era de esa clase de personas.

—La próxima vez te haré daño —dijo, y se rio—. Pero de verdad, de volverle locos a los nanobots.

—Genial. Lo espero con ilusión.

Entonces, Tyger se le acercó y le susurró:

—Oye, he visto mi anillo. La segadora Rand me lo enseñó después de que llegaras.

Entonces, el chico se dio cuenta…

—Ese anillo es mío.

—¿De qué me hablas? Si no te dieron ninguno.

Rowan se mordió el labio para guardar silencio. Quería contarle a su amigo toda la verdad sobre el segador Lucifer y lo que había hecho durante el año pasado, pero ¿de qué serviría? Sin duda no le serviría para ganárselo, y la segadora Rand retorcería la historia para volverla contra él de un millón de maneras distintas.

—Quiero decir… que es el anillo que habría sido mío de haberme convertido en segador.

—Eh, sé que es un asco pasar por todo eso y que después te den la patada, pero te prometo que, en cuanto lo tenga, ¡te concederé la inmunidad!

No recordaba que Tyger fuera tan inocente. Quizá porque antes ambos lo eran, en los días en que los segadores eran figuras míticas y las cribas, historias que oías sobre gente a la que en realidad no conocías.

—Tyger, conozco a la segadora Rand. Te está usando…

El chico sonrió.

—Todavía no —dijo, y arqueó las cejas—, pero está claro que llegará el día.

Aquello no era en absoluto lo que Rowan había querido decir, pero, antes de poder añadir nada, Tyger habló de nuevo:

—Rowan, creo que estoy enamorado. No… Sé que lo estoy. Es decir… Luchar contra ella es como el sexo. Joder, ¡es mejor que el sexo!

Su amigo cerró los ojos y sacudió la cabeza para intentar borrar aquella imagen. Demasiado tarde: había echado raíces y jamás se marcharía.

—¡Tienes que controlarte! ¡Esto no va adonde tú crees que va!

—Eh, no me subestimes tanto. Vale, es unos años mayor que yo. Cuando sea segador, dará lo mismo.

—¿Alguna vez te ha hablado de las reglas? ¿De los mandamientos de los segadores?

—¿Hay reglas? —preguntó el chico, sorprendido.

Rowan intentó organizar un discurso coherente, pero se dio cuenta de que era misión imposible. ¿Qué le iba a contar? ¿Que la segadora esmeralda era un monstruo psicópata? ¿Que había intentado acabar con ella, pero no se acababa nunca? ¿Que se comería a Tyger con patatas y después escupiría sus restos sin un ápice de remordimientos? El chico lo negaría sin más. El problema era que Tyger había vuelto a sus despachurramientos, si no físicamente, al menos mentalmente. Ya había saltado del saliente, y la gravedad tiraba de él.

—Prométeme que mantendrás los ojos bien abiertos… y que, si ves algo raro, te alejarás de ella.

Tyger retrocedió y miró a Rowan con disgusto.

—¿De qué vas, tío? Bueno, siempre has sido un poco aguafiestas, ¡pero ahora es como si quisieras fastidiarme lo único bueno que me ha pasado!

—Tú ten cuidado.

—La próxima vez que luchemos no te voy a ganar: te voy a obligar a comerte tus palabras. —Sonrió—. Aunque te va a gustar cómo saben… porque soy así de bueno.

26

¿Quieres alzar el Olimpo?

—Necesito saber por qué hacemos esto —le exigió saber Greyson a Pureza dos días antes de iniciar operación contra las segadoras.

—Lo haces por ti —respondió ella—. ¡Lo haces porque quieres joder el mundo, como yo!

Aquello sólo sirvió para alimentar la rabia del chico.

—Si nos descubren, nos suplantarán las mentes. Lo sabes, ¿verdad?

Ella le dedicó una de sus sonrisas torcidas.

—¡El riesgo le da más emoción al asunto!

Quería gritarle, sacudirla hasta que viera lo mucho que se equivocaba, aunque sabía que lo único que lograría era que sospechara de él. Por encima de todo, no podía permitir que sospechara. Su confianza lo era todo, por muy inmerecida que fuera.

—Escúchame —le insistió con toda la calma que logró reunir—, resulta evidente que la persona que quiere muertas a estas segadoras prefiere ponernos a nosotros en peligro en vez de arriesgarse ella. Al menos, tengo derecho a saber por quién lo hacemos.

Pureza alzo las manos y le dio la espalda.

—¿Qué más da? Si no quieres hacerlo, no lo hagas. De todos modos, no te necesito.

Aquello le dolió más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—No es que no quiera hacerlo. Pero si no sé por quién lo hago, es que me están usando. Por otro lado, si lo sé y lo hago de todos modos, yo soy el que usa al que me usa.

Pureza lo meditó. La lógica no era muy sólida y Greyson lo sabía, aunque confiaba en la premisa de que la chica no funcionaba sobre una base del todo lógica. Se dejaba llevar por la impulsividad y el caos. Por eso le resultaba tan seductora.

Al final, respondió:

—Trabajo de vez en cuando para un indeseable que se llama Mange.

—¿Mange? ¿El portero del Mault?

—Ese mismo.

—¿Me tomas el pelo? Si no es nadie…

—Cierto. Pero recibe encargos de otro indeseable, que a su vez es probable que los reciba de otra persona. ¿Es que no lo ves, Slayd? Es un laberinto de espejos. Nadie sabe quién está al otro extremo, quién proyecta el primer reflejo. Así que o disfrutas de la feria o te vas. —Entonces se puso seria—. ¿Qué va a ser, Slayd? ¿Te quedas o te vas?

Respiró hondo. No le iba a sacar más, lo que significaba que ella no sabía más que él y que le daba igual. Estaba metida en aquello porque le iban las emociones fuertes. Por el desafío que suponía. A Pureza le daba igual a quién servir con tal de que le sirviera a ella.

—Me quedo. Me quedo. Al cien por cien.

Ella le dio un puñetazo juguetón en el brazo.

—Lo que sí te puedo decir es que, sea quien sea el que proyecte el primer reflejo, está de tu lado.

—¿De mi lado? ¿A qué te refieres?

—¿Quién crees que se libró de aquel agente del Cúmulo tan pesado?

El primer instinto de Greyson fue pensar que se trataba de una broma, pero cuando la miró se dio cuenta de que no lo era.

—¿Qué me estás contando, Pureza?

Ella se encogió de hombros, como si no fuera nada.

—Corrí la voz de que necesitabas un favor. —Después se inclinó y le susurró al oído—: Favor concedido.

Antes de poder responder, ella lo envolvió en sus brazos de un modo que le derritió los huesos y se los transformó en gelatina.

Más adelante recordaría aquella sensación y la consideraría una suerte de premonición extraña. Si Pureza estaba implicada en el primer intento de asesinato contra las segadoras Curie y Anastasia, no se lo decía y Greyson era demasiado inteligente como para preguntárselo. Desvelarle que sabía algo sobre aquello le habría fastidiado la tapadera.

En la nueva misión, sólo Mange y ella conocían los detalles. Mange, porque la dirigía y Pureza, porque el plan era suyo.

—En realidad saqué la idea de nuestra primera cita —le contó al chico, aunque sin explicarle lo que quería decir.

¿Acaso pensaba encarcelar a las segadoras antes de acabar con ellas? ¿Eso era lo que insinuaba? Hasta que conociera el plan y la ubicación, su capacidad para sabotearlo quedaba muy limitada. Encima, debía conseguirlo de tal modo

que Pureza y él escaparan de la misión fallida sin que ella se enterase de que él la había reventado.

El día anterior al misterioso suceso, Greyson realizó una llamada anónima a los despachos de la Guadaña. Mañana alguien atacará a las segadoras Curie y Anastasia —susurró al teléfono con un filtro que distorsionaba la voz—. Tomen todas las medidas necesarias.

Después colgó y tiró el móvil que había robado para hacer la llamada. Mientras que el Nimbo podía rastrear cualquier llamada para localizar su origen de inmediato, la Guadaña no estaba tan bien equipada. Hasta el pasado más reciente, los segadores habían sido una especie sin depredadores naturales, así que todavía les costaba enfrentarse a las agresiones organizadas contra ellos.

La mañana del suceso, al chico le dijeron que la operación tendría lugar en un teatro de Wichita. Pureza y él resultaron ser miembros de un equipo mayor. Tenía todo el sentido del mundo que no dejaran la organización de un trabajo tan importante en manos de dos indeseables de dudosa fiabilidad. Así que la dejaron en manos de diez indeseables de dudosa fiabilidad. Greyson no llegó a saber el nombre de nadie, ya que esa información se proporcionaba sobre la marcha, según se necesitara, y, al parecer, él no necesitaba saberla.

No obstante, sabía unas cuantas cosas.

Aunque Pureza no tenía ni idea de para quién trabajaban, sin darse cuenta le había proporcionado información de un valor increíble; crítico. La clase de información que al agente Traxler le hubiera hecho muy feliz.

Qué ironía que la criba de Traxler fuera la clave para obtener aquella información crucial… Pureza había logrado que cribaran a un agente del Cúmulo, y eso sólo podía significar una cosa: que los ataques contra Curie y Anastasia no eran una acción civil. El que dirigía el espectáculo era un segador.

La segadora Anastasia estaba preparada para su actuación.

Por suerte, su papel era una aparición rápida. A César tenían que apuñalarlo sus ocho conspiradores, de los cuales ella sería el último. Siete de las hojas eran retráctiles y escupirían sangre falsa. La de Citra sería tan real como la sangre que brotaría de la herida.

Para su disgusto, la segadora Curie insistió en asistir a la representación.

«Ni se me ocurriría perderme el debut teatral de mi protegida», le había asegurado con una sonrisa satisfecha, aunque Citra conocía la verdadera

razón. Era la misma por la que había estado presente en las dos cribas anteriores de Anastasia: que no confiaba en que Constantine pudiera protegerla. El segador parecía haber perdido una pizca de su lustre de indiferencia aquella noche. Quizá porque había tenido que cambiar su túnica por un esmoquin para mezclarse con el público. Aun así, no era capaz de abandonar su personalidad del todo: la pajarita era del mismo color rojo sangre de la túnica. Curie, por otro lado, se había negado por completo a que la vieran en público sin su túnica de color lavanda. Otra razón más para la furia de Constantine.

—No debería estar entre el público —le dijo a la segadora—. ¡Si insiste en estar presente, debería meterse entre bambalinas!

—¡Tranquilo! Si Anastasia no basta como cebo, quizá sirva yo. Y en un teatro abarrotado, aunque logren matarme, no conseguirían acabar conmigo. No sin quemarlo hasta los cimientos… Y, teniendo en cuenta la magnitud de tus tropas, es muy poco probable.

Estaba en lo cierto. Aunque César pudiera morir apuñalado, las segadoras no. Hoja, bala, fuerza bruta o veneno las dejarían morturientas. Las revivirían en un par de días… y quizá recordaran con claridad a su agresor. En tal caso, una muerte temporal podría resultar una estrategia efectiva para cazar a los culpables.

Entonces fue cuando Constantine les explicó el motivo de su irritación.

—Hemos recibido una pista anónima que nos asegura que, de hecho, esta noche se atentará contra sus vidas —les contó a Curie y Anastasia mientras el público empezaba a llenar el teatro.

—¿Una pista? ¿De quién? —preguntó Curie.

—No lo sabemos. Aunque nos la tomamos muy en serio.

—¿Qué hago? —preguntó Citra.

—Haga lo que ha venido a hacer, pero procure estar preparada para protegerse.

César debía morir en la primera escena del tercer acto. La obra tenía cinco actos, y en los restantes su fantasma aparecía para atormentar a los asesinos. Aunque otro actor podía interpretar el papel del fantasma, sir Albin Aldrich creía que así se reduciría el impacto de su criba. Por tanto, se había decidido que la obra concluiría tras la muerte de César, lo que le robaría al irritado Antonio la oportunidad de dar su famoso discurso de: «Amigos, romanos, compatriotas; préstenme oídos». Nadie clamaría destrucción ni liberaría a las bestias de la guerra. Las luces se encenderían sin más ante una sorprendida audiencia. No se pediría que cayera el telón. De hecho, el telón nunca caería.

El cadáver muy muerto de César permanecería en el escenario hasta que saliera todo el público. De ese modo, la última actuación de Aldrich quedaría marcada por la imposibilidad de actuar de ningún modo.

«Puede que me robe mi inmortalidad física —le dijo a Anastasia—, pero esta última interpretación vivirá para siempre en los anales del teatro».

Mientras el edificio se llenaba de aficionados, Constantine apareció detrás de ella entre bastidores.

—No tenga miedo. Estamos aquí para protegerla.

—No tengo miedo —respondió ella. Lo cierto era que sí, pero la ira por haberse convertido en un blanco era mucho más poderosa.

También sufría un poco de miedo escénico y no lograba quitárselo de encima, aun sabiendo que era una estupidez. Actuar. Los horrores que debía soportar por el bien de su profesión…

El aforo estaba completo y, aunque nadie lo sabía, más de veinte personas entre el público eran miembros disfrazados de la Guardia del Dalle. El cartel publicitario proclamaba que iban a ser testigos de algo nunca visto en un escenario midmericano… Y a pesar de que nadie terminaba de creerse semejante afirmación, sí sentían curiosidad por lo que iba a suceder.

Mientras la segadora Anastasia esperaba entre bambalinas, Curie tomaba asiento en su pasillo de la quinta fila. El sillón era demasiado pequeño para resultarle cómodo. La segadora era una mujer alta, y las rodillas se le pegaban al asiento de delante. La mayoría de los espectadores que la rodeaban se agarraban a sus programas como si la vida les fuese en ello, horrorizados ante la perspectiva de pasar la noche sentados cerca de una segadora que, por lo que sabían, estaba allí para cribar a uno de ellos. Tan sólo el hombre sentado junto a ella era sociable. Más que sociable: parlanchín. Tenía un bigote que parecía una oruga y no paraba de movérsele al hablar, con lo que a Curie le costaba no echarse a reír.

—Qué honor estar en compañía de la Gran Dama de la Muerte —comentó antes de que se apagaran las luces—. Espero que no le importe que la llame así, su señoría. Hay pocos segadores en Midmérica…, qué digo, en el mundo, tan célebres como usted, y no me sorprende que sea una admiradora del teatro de la edad mortal. ¡Como debe serlo la gente culta!

Se preguntó si habrían enviado a aquel hombre para matarla a halagos.

Anastasia vio la obra entre bastidores. Normalmente, los espectáculos de la Era de la Mortalidad le resultaban incomprensibles a nivel emocional,

como a la mayoría. Las pasiones, los miedos, los triunfos y las pérdidas no tenían sentido en un mundo sin necesidad, sin codicia, sin muerte natural. Sin embargo, como segadora, había llegado a comprender la mortalidad mejor que la mayoría, y sin duda ahora entendía la codicia y las ansias de poder. Todas esas cosas, ausentes de las vidas de la población general, medraban en la Guadaña y cada vez salían con más descaro de los rincones oscuros para introducirse en la corriente dominante.

Se abrió el telón y empezó la obra. A pesar de que gran parte del lenguaje le resultaba incomprensible, las maquinaciones por el poder la hipnotizaron; aunque no lo suficiente para bajar la guardia, claro. Cada movimiento, cada sonido que percibía era como un temblor sísmico. Si había allí alguien que pretendía acabar con ella, lo descubriría mucho antes de que entrara en acción.

—Tenemos que procurar que el Nimbo no se entere de nada durante el mayor tiempo posible —dijo Pureza—. Que no sepa que tramamos algo hasta que suceda.

Pero no sólo estaba ocultándole información al Nimbo, sino también a él.

—Tú tienes tu papel en el asunto; es lo único que necesitas saber —le aseguró la chica, insistiendo en que cuantas menos personas conocieran el plan al completo, menos posibilidades de fastidiarlo.

La parte de Greyson era tan sencilla que resultaba insultante. Debía inventarse una distracción a la entrada de un callejón cercano al teatro en un momento específico. El objetivo era llamar la atención de tres cámaras del Nimbo, lo que crearía un punto ciego temporal en aquel sitio. Mientras esas cámaras evaluaban la situación de Greyson, Pureza y otros miembros del equipo se colarían por la puerta lateral del teatro. El resto, por lo que concernía a él, era un misterio.

De conocer el plan completo (de saber qué pretendían hacer dentro Pureza y su equipo), habría contemplado mejor sus opciones para evitarlo y proteger a la chica de las consecuencias de la misión fallida. Sin embargo, sin saber nada, lo único que le quedaba era esperar al resultado e intentar aplicar alguna especie de control de daños.

—Pareces nervioso, Slayd —comentó Pureza cuando salieron del piso aquella mañana.

Las únicas armas que llevaban eran un teléfono desconectado de la red y un cuchillo de cocina escondido en su grueso abrigo, seguramente no con la intención de emplearlo contra las segadoras, sino contra cualquiera que se interpusiera en su camino.

—¿Tú no? —repuso él.

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—No, estoy entusiasmada. Noto un cosquilleo por todo el cuerpo. ¡Me encanta esa sensación!

—Son tus nanobots, que intentan bajar tu nivel de adrenalina.

—¡Que lo intenten!

Pureza le había dejado clara su certeza de que Greyson estaría a la altura; aunque no era del todo sincera, puesto que tenían un plan de emergencia.

—Recuerda que Mange supervisará toda la operación desde una azotea —le dijo—. Sea cual sea la distracción que montes, tiene que ser lo bastante grande e involucrar a la gente suficiente para que atraiga la atención de las tres cámaras. Si no, Mange te echará una mano.

Mange se había pasado un siglo casi entero practicando el uso de la honda. Al principio, Greyson supuso que se limitaría a disparar a las cámaras si no se volvían hacia el chico; pero eso no servía, puesto que alertaría al Nimbo de que sucedía algo. Así que el plan de emergencia consistía en acabar con Greyson.

—Si no puedes hacerlo solo, Mange te meterá una piedra de río del tamaño oportuno en el cerebro —le explicó Pureza con placer, más que con remordimientos—. ¡Seguro que con tanta sangre y conmoción llamarás la atención de todas las cámaras!

Lo que le faltaba a Greyson era que lo sacaran de la ecuación en aquel momento crucial y despertarse en un centro de reanimación varios días después para enterarse de que habían acabado con las vidas de las segadoras Anastasia y Curie.

Pureza y él se separaron a unas cuantas manzanas del teatro, y Greyson se dirigió al punto en el que debía actuar para las cámaras del Nimbo. Se tomó su tiempo para llegar porque habría resultado sospechoso que llegara temprano y esperara. Así que paseó por el barrio intentando decidir qué narices iba a hacer. La gente lo evitaba o pasaba de él. Se había acostumbrado a eso desde su transformación en aquel personaje; aun así, aquella noche era consciente de todas las miradas. No sólo las de la gente de la calle, sino también las de los dispositivos electrónicos. Estaban por todas partes. Las cámaras del Nimbo eran discretas en los hogares y los despachos, pero en la calle no se intentaba ocultarlas. Pivotaban y giraban. Miraban a un lado y a otro. Enfocaban y ampliaban. Unas cuantas parecían estar apuntando al cielo, como si meditaran. ¿Cómo sería no sólo recibir tanta información, sino

también ser capaz de procesarla a la vez? ¿Experimentar el mundo desde una perspectiva que los meros seres humanos no podían ni imaginarse?

Un minuto antes de su distracción, se volvió y se dirigió de vuelta al teatro. Al borde del toldo de una cafetería por la que pasó, una cámara se giró para mirarlo y él estuvo a punto de apartar la vista, ya que no deseaba establecer contacto visual con el Nimbo por miedo a que lo juzgara por todos sus fallos.

Gavin Blodgett casi nunca recordaba lo que sucedía en la calle que iba desde su casa a su trabajo, sobre todo porque no solía suceder gran cosa. Era, como tantos otros, una persona de costumbres que llevaba de una vida fácil pero cómoda que no tenía visos de cambiar en los, quizá, próximos siglos. Y eso estaba bien. Al fin y al cabo, sus días eran perfectos, disfrutaba de sus noches y tenía sueños agradables. Desde que cumplió los treinta y dos años, una vez al año, en su cumpleaños, volvía a reiniciar el contador hasta esa edad. No deseaba ser mayor. No deseaba ser menor. Estaba en su mejor momento y pensaba permanecer en él para siempre. Aborrecía cualquier cosa que lo sacara de su rutina, así que, cuando vio que el indeseable lo miraba, aceleró el paso con la esperanza de pasar junto a él y seguir su camino. No obstante, el indeseable tenía otros planes.

—¿Tienes algún problema? —le preguntó, alzando la voz más de la cuenta, al plantarse frente a Gavin.

—Ninguno —respondió él, e hizo lo que hacía siempre que se encontraba en una situación inquietante: sonrió y parloteó—: Es que me he fijado en tu pelo, nunca había visto un pelo tan oscuro… Es impresionante. Y ¿esos cuernos? Nunca me he hecho ninguna modificación corporal, por supuesto, pero conozco gente que sí y…

El indeseable lo agarró por las solapas del abrigo y lo empujó contra la pared. No lo bastante fuerte como para activar sus nanobots, pero sí para dejarle claro que no iba a dejarlo marchar sin más.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó en voz muy alta el indeseable.

—¡No, no, en absoluto! ¡Jamás se me ocurriría!

Parte de él estaba aterrada, aunque no podía negar que otra parte se había emocionado al verse convertido en el centro de atención. Examinó a toda prisa lo que lo rodeaba. Estaba en la esquina de un teatro, a la entrada de un callejón. No había nadie frente al edificio porque ya había empezado la función. La calle no estaba vacía del todo, aunque no había nadie cerca. Pero

la gente lo ayudaría. La gente honrada siempre ayudaba si veía que un indeseable molestaba a alguien, y casi todo el mundo era honrado.

El desconocido lo apartó de la pared, le enganchó un pie por detrás y lo tiró al suelo.

—Será mejor que pidas ayuda —le advirtió el indeseable—. ¡Hazlo!

—A… ayuda —dijo Gavin.

—¡Más fuerte!

—¡Ayuda! —gritó con voz temblorosa sin necesidad de otra invitación—. ¡Que alguien me ayude!

La gente que estaba un poco más lejos por fin se dio cuenta. Un hombre corría hacia él desde el otro lado de la calle. Una pareja se acercaba desde la otra dirección… Sin embargo, lo más importante era que, desde el suelo, Gavin veía varias cámaras montadas en toldos y farolas que se volvían hacia él. «¡Bien! El Nimbo lo verá. Se encargará del indeseable». Seguramente ya estaba enviando a los agentes del orden hacia allí.

El indeseable también miraba las cámaras. Parecía inquieto, como debía ser. Gavin se envalentonó bajo el ojo protector del Nimbo.

—¡Venga, sal de aquí antes de que el Nimbo decida suplantarte!

Pero el indeseable no pareció oírlo. Lo que hizo fue mirar hacia el callejón, donde unas personas descargaban algo de un camión. El desconocido masculló algo. Gavin no sabía bien qué había dicho, aunque le pareció distinguir las palabras «primera cita» y «ácido». ¿Le estaba haciendo aquel indeseable una especie de proposición romántica? ¿Algo que tenía que ver con alucinógenos? Gavin estaba tan horrorizado como intrigado.

Para entonces, los peatones a los que había pedido ayuda ya habían llegado. Por mucho que deseara su asistencia, también se sintió un poco decepcionado por que hubieran acudido tan deprisa.

—Eh, ¿qué está pasando aquí? —preguntó uno.

Entonces, el indeseable levantó a Gavin del suelo. ¿Qué iba a hacer? ¿Le iba a pegar? ¿A morder? Aquella gente era impredecible.

—Suéltame, por favor —le pidió Gavin en tono débil.

Parte de él esperaba que hiciera caso omiso de su súplica.

Pero lo soltó, como si de repente hubiera perdido todo interés en atormentarlo, y salió corriendo por el callejón.

—¿Está bien? —le preguntó una de las buenas personas que había acudido a ayudarlo desde el otro lado de la calle.

—Sí. Sí, estoy bien.

Y eso le resultaba un poco decepcionante.

—¡Fuera! ¿Quieres alzar el Olimpo?

Cuando se pronunció aquella frase en el escenario, el director de escena gesticuló como loco hacia la segadora Anastasia.

—Es su pie, su señoría —le dijo—. Ya puede salir.

Ella miró hacia Constantine, que parecía un absurdo mayordomo con su esmoquin formal. Él asintió con la cabeza.

—Haga lo que ha venido a hacer —le dijo.

Salió al escenario y dejó que su túnica se inflara tras ella al caminar, por el efecto dramático. No podía evitar pensar que iba disfrazada. Una obra dentro de otra obra.

Oyó jadeos ahogados entre el público cuando la vieron aparecer. No era legendaria entre ellos, a diferencia de Curie, pero sus vestiduras dejaban claro que se trataba de una segadora y no de un miembro del Senado romano. Era una intrusa en la obra, y la audiencia empezó a comprender lo que iba a ocurrir. Los jadeos se transformaron en un murmullo bajo, pero Citra no veía a los presentes, ya que las luces le apuntaban a la cara. Dio un respingo cuando sir Albin habló con su resonante voz de escena:

—¿No malgasta ya Bruto sus rodillas?

Era la primera vez que la joven se encontraba en el escenario de un teatro; no se esperaba que los focos fueran tan brillantes y emitieran tanto calor. La combinación de factores lograba que los intérpretes se vieran con plena claridad. La armadura del centurión centelleaba. Las túnicas de César y los senadores reflejaban la luz lo justo para hacerle daño en los ojos.

—¡Que mis manos hablen por mí! —chilló uno de los actores.

Entonces, los conspiradores desenvainaron sus dagas y se dispusieron a «matar» a César.

La segadora Anastasia se quedó atrás, más espectadora que participante. Miró hacia la oscuridad de las butacas, pero se percató de que era una actitud muy poco profesional y devolvió su atención al escenario. No dio un paso adelante y sacó su daga hasta que uno de los miembros del reparto le hizo un gesto para que avanzara. Su hoja era de acero inoxidable, aunque con un acabado de Cerakote negro. Regalo de la segadora Curie. Al verla, los gritos ahogados del público aumentaron de volumen. Alguien gimió en la oscuridad.

Aldrich, con el rostro recargado de maquillaje teatral y la túnica cubierta de sangre falsa, la miró y le guiñó el ojo que la audiencia no podía ver.

Anastasia se acercó y le clavó el cuchillo entre las costillas, justo a la derecha del corazón. Un grito brotó del patio de butacas.

—Sir Albin Aldrich —dijo ella en voz alta—, he venido a cribarlo.

El hombre hizo una mueca, aunque no se salió del personaje.

—Et tu, Brute? —preguntó—. ¡Caiga entonces, César!

Luego la segadora giró el cuchillo y le cortó la aorta, y el actor cayó al suelo. Tomó un último aliento y murió, según el horario previsto, tal como Shakespeare había escrito.

Una conmoción eléctrica recorrió el público. Nadie sabía qué hacer, cómo reaccionar. Alguien empezó a aplaudir. Anastasia supo, por instinto, que se trataba de Curie, y la audiencia, al verla aplaudir, se le unió con aire nervioso.

Y entonces fue cuando la tragedia de Shakespeare dio un giro terrible e inesperado.

¡Ácido! Greyson se maldijo por no haberlo entendido antes. ¡Debería haberse dado cuenta! Todo el mundo se preocupaba siempre por el fuego o las explosiones, y se le olvidaba que un ácido lo bastante fuerte puede ser igual de eficaz para acabar con alguien. Pero ¿cómo iban a conseguirlo Pureza y su equipo? ¿Cómo pretendían aislar a las segadoras y someterlas? Por su profesión, dominaban todas las armas y eran capaces de vencer a un ejército sin sufrir ni un rasguño. Entonces se le ocurrió que no necesitaban aislarlas en absoluto. No hacía falta apuntar con el ácido si tenías la cantidad suficiente… y una forma de esparcirlo…

Abrió la puerta lateral y entró a un estrecho pasillo con camerinos a todo lo largo. A la derecha, unas escaleras descendían al sótano, y allí es donde encontró a Pureza y su equipo. Había tres grandes barriles del mismo teflón blanco de la botella de vino que les habían servido la noche en que se conocieron… ¡En aquellos toneles debía de haber cientos de litros de ácido fluorofleróvico! Y ya habían conectado una bomba de alta presión a la tubería de agua que alimentaba el sistema contra incendios del teatro.

Pureza lo vio al instante.

—¿Qué estás haciendo? ¡Tu sitio está fuera!

Supo de su traición en cuanto lo miró a los ojos. La furia emanó de ella como radiación. Lo quemó. Lo abrasó hasta la médula.

—¡Ni lo pienses! —gruñó la chica.

Y no se lo pensó. De haberlo hecho, habría vacilado. De haber sopesado sus opciones, quizás hubiera cambiado de idea. Pero tenía una misión, y su misión no era la de ella.

Subió corriendo las desvencijadas escaleras que daban a la zona de bastidores del teatro. Si aquellos aspersores se activaban, no tardarían en empezar a escupir ácido. El agua de la tubería tardaría cinco segundos, diez a lo sumo, en acabarse, y aunque las tuberías de cobre acabarían por disolverse como los barrotes de hierro de la celda, sin duda aguantarían lo suficiente como para descargar su diluvio mortal.

Al salir del sótano para entrar entre bastidores, oyó que el público dejaba escapar un grito ahogado colectivo, así que siguió el sonido. Saldría al escenario, eso es lo que haría. Aparecería corriendo y chillaría que estaban a punto de morir en un baño de ácido que los disolvería por completo, tanto que no habría modo de revivirlos. Todos morirían (actores, público y segadoras) si no salían de allí enseguida.

Detrás de él oía a los demás subiendo las escaleras a toda prisa: Pureza y los matones que habían conectado los depósitos y la bomba de ácido al sistema contra incendios. No podía permitir que lo atraparan.

Ya estaba entre bambalinas, con el escenario a la derecha. Desde allí veía a Anastasia en el escenario. ¿Qué coño hacía allí? Entonces le clavó su cuchillo a uno de los actores y quedó muy claro lo que estaba haciendo.

De repente, alguien le tapó la vista a Greyson. Un hombre alto y delgado con un esmoquin y una pajarita rojo sangre. Su rostro le resultaba familiar, aunque no lograba ubicarlo.

El hombre abrió algo que parecía una navaja suiza enorme con un borde de sierra… y al instante recordó quién era: no había reconocido al segador Constantine sin su túnica.

Y, al parecer, el segador tampoco lo había reconocido a él.

—Tiene que escucharme —le suplicó, mirando la hoja—. Alguien va a provocar un incendio en algún punto del teatro, pero ese no es el problema. Son los aspersores… Si se activan, lo bañarán todo de ácido, ¡lo bastante para acabar con todos los presentes! ¡Tiene que evacuar el teatro!

Entonces, Constantine sonrió, sin intención alguna de evitar el desastre.

—¡Greyson Tolliver! —exclamó, reconociéndolo al fin—. Debería haberlo sabido.

Hacía bastante tiempo que nadie lo llamaba por su verdadero nombre, y eso lo desconcertó y lo descolocó. No podía permitirse ni un solo error.

—¡Será un inmenso placer cribarte! —dijo Constantine, y de pronto Greyson se dio cuenta que quizás hubiera cometido el peor error de todos.

Un segador estaba detrás de aquel atentado. Lo sabía. ¿Podría ser Constantine, el hombre a cargo de la investigación, el verdadero culpable?

El segador se abalanzó sobre él con la hoja preparada para acabar con las vidas de Greyson Tolliver y Slayd Bridger…

… Y entonces todo su mundo dio un vuelco tan potente que acabó con un ataque de vértigo. Porque, en aquel momento, Pureza salió al escenario con una horrible arma recortada. La alzó, pero, antes de que pudiera abrir fuego, Constantine tiró a Greyson al suelo y, con una velocidad imposible, agarró la escopeta, que disparó al aire, y en un único movimiento le cortó el cuello a la chica con el cuchillo y después se lo clavó en el corazón.

—¡¡¡No!!! —gritó Greyson.

Cayó muerta, sin nada del drama de César. Ni una última palabra ni una mirada de desafío o aceptación. Simplemente, de un segundo para otro, había dejado de existir.

«No, no está muerta —se percató Greyson—. La ha cribado».

Corrió hacia ella. Intentó acunarla, decirle algo que pudiera llevarse consigo allá donde fueran los cribados, pero era demasiado tarde.

Llegaron más personas. ¿Segadores disfrazados? ¿Guardias? Greyson no lo sabía. Ahora se sentía como un espectador que observaba a Constantine impartir órdenes.

—No permitáis que provoquen un incendio —decía—. Han accedido al suministro de agua a los aspersores.

¡Así que el segador lo había oído! ¡Y no formaba parte de la conspiración!

—¡Sacad a esa gente de aquí! —gritó Constantine, aunque los miembros del público no necesitaban invitación y ya corrían atropellándose hacia las salidas.

Antes de que Constantine pudiera volver a centrarse en él, Greyson soltó a Pureza con cuidado y huyó. No podía permitir que la pena y su confusión mental tomaran el control. Todavía no. Porque no había completado su misión y ahora eso era lo único que le quedaba. El ácido seguía siendo un peligro real y, aunque ahora parecía haber segadores por todas partes persiguiendo a sus compañeros conspiradores, no serviría de nada si se activaba el sistema contra incendios.

Corrió de vuelta por el estrecho pasillo en el que recordaba haber visto una vieja hacha contra incendios que, probablemente, llevara allí desde la Era de la Mortalidad. Rompió la caja de cristal que lo contenía y la descolgó de la pared.

La segadora Curie no oía las advertencias de Constantine con el ruido del pánico en el patio de butacas. Daba igual, sabía lo que había que hacer: encargarse de los agresores por todos los medios necesarios. Con su cuchillo en la mano, estaba más que dispuesta a unirse a la batalla. Debía reconocer que acabar con las vidas de los que intentaban matarla era vigorizante. Se trataba de una sensación visceral que podía ser peligrosa si se le permitía echar raíces.

Cuando se volvió hacia la salida, vio a un indeseable en el vestíbulo del teatro. Llevaba una pistola y disparaba a todos los que se interponían en su camino. En la otra mano llevaba una especie de soplete y prendía fuego a todo lo que prendiera. ¡Así que eso pretendían! Atraparlas en el teatro y quemarlas. Por algún motivo, esperaba algo mejor de aquellos atacantes. Al final se trataba de un grupo de simples indeseables amargados.

Se subió a los respaldos de dos butacas para quedar por encima de la gente que escapaba. Después envainó la daga y sacó un shuriken de tres hojas. Tardó medio segundo en calcular su ángulo y después lo lanzó con todas sus fuerzas. El arma giró sobre las cabezas de los presentes, salió al vestíbulo y acertó en el cráneo del incendiario, que cayó y soltó tanto el arma como el soplete.

Curie se tomó un momento para disfrutar de su triunfo. Había algunas zonas del vestíbulo en llamas, pero nada de lo que preocuparse. En unos instantes los detectores de humo empezarían a berrear y los aspersores entrarían en acción para apagar las llamas antes de que causaran más desperfectos.

Citra identificó al chico que conocía como Greyson Tolliver en cuanto lo vio. Su pelo, su ropa y los minúsculos cuernos de las sienes quizás engañaran a otros, pero su constitución delgada y su lenguaje corporal lo delataban. Y sus ojos. Una extraña combinación de ciervo ante los faros de un coche y lobezno a punto de atacar. El crío vivía en un estado de tensión continuo, de atacar o huir.

Mientras Constantine daba órdenes a sus subordinados, Greyson salió corriendo por un pasillo. Citra todavía blandía la hoja que había usado para cribar a Aldrich y ahora tendría que usarla contra Tolliver. Sin embargo, a pesar de lo evidente de su culpabilidad, ella seguía confusa, puesto que, por

mucho que deseara acabar con aquellos ataques, también quería ser capaz de mirarlo a los ojos y escuchar la verdad de sus labios. ¿Formaba parte de aquello? Y ¿por qué?

Para cuando lo alcanzó, él blandía un hacha contra incendios, nada más y nada menos.

—¡Retrocede, Anastasia! —chilló.

¿Era lo bastante estúpido como para pensar que podía luchar contra ella con eso? Era una segadora, entrenada en todo tipo de armas blancas. Calculó en un segundo cómo desarmarlo y dejarlo morturiento, pero menos de un segundo antes de llevarlo a cabo, él hizo otra cosa que no se esperaba.

Estrelló el hacha contra una tubería que recorría la pared.

El segador Constantine y un miembro de la Guardia del Dalle llegaron junto a ella justo cuando el hacha golpeaba la tubería. Se rompió de un solo golpe. El guardia se abalanzó sobre él, colocándose entre Citra y la tubería, que le escupió todo el agua encima. No obstante, en cuestión de segundos el agua dio paso a otra cosa. El hombre cayó, entre gritos, con la carne hirviendo. ¡Era ácido! ¿Ácido en las tuberías? ¿Cómo era posible?

El líquido roció el rostro de Constantine, que gimió de dolor. También salpicó la camiseta de Greyson y la disolvió junto con la piel que había debajo. Entonces, la presión bajó y el chorro de ácido se convirtió en un hilo que corroía el suelo.

Greyson soltó el hacha y se volvió para seguir corriendo por el pasillo. Citra no lo persiguió, sino que se arrodilló para ayudar al segador, que se arañaba los ojos…, salvo que ya no tenía ojos, puesto que habían burbujeado hasta disolverse.

Justo entonces sonaron las alarmas por todo el teatro y los aspersores empezaron a dar vueltas sobre el incendio, impotentes, escupiendo aire.

Greyson Tolliver. Slayd Bridger. No tenía ni idea de quién era ni de lo que quería ser. Aunque daba igual. Lo único que importaba era que lo había logrado. ¡Los había salvado a todos!

El dolor del pecho era insoportable… Aunque pronto se calmó. Para cuando salió al callejón, los nanobots analgésicos ya estaban entumeciendo sus nervios en llamas y notaba el extraño cosquilleo de los nanobots sanadores que intentaban cauterizar las heridas. La cabeza le daba vueltas por culpa de la medicación que le fluía por la sangre y sabía que no tardaría en perder la consciencia. Las heridas no eran tan graves como para matarlo, ni

siquiera como para dejarlo morturiento. Pasara lo que pasara, viviría… A menos que Constantine, Curie, Anastasia o cualquier otro de los segadores del teatro decidiera que se merecía la criba. No podía arriesgarse, así que, con sus últimas fuerzas, se lanzó al interior de un cubo de basura vacío a tres manzanas de distancia, donde esperaba que no lo encontrara nadie.

Se desmayó antes de llegar al fondo.

27

Entre un lado y el otro

El ácido le había corroído parte de la cara al segador Constantine; el daño era demasiado profundo para que lo reparasen sus propios nanobots, pero no lo bastante para que no lograran repararlo en un centro de bienestar.

—Se quedará con nosotros al menos dos días —le dijo la enfermera poco después de su llegada, mientras él tenía los ojos y media cara vendados.

Intentó imaginarse el aspecto de su interlocutora, pero decidió que era una misión sin sentido y extenuante, teniendo en cuenta todos los analgésicos que le circulaban por la sangre. La comprimida legión de avanzados nanobots sanadores que le entraba en el flujo sanguíneo tampoco ayudaba a sus procesos mentales. Seguramente, en aquellos momentos, superaban en número a sus glóbulos rojos, lo que significaba que su cerebro recibía menos sangre. Se imaginaba su sustancia vital convertida en un líquido tan viscoso como el mercurio.

—¿Cuánto tardaré en recuperar la vista? —preguntó.

La enfermera no quería pillarse los dedos.

—Los nanobots siguen catalogando los daños. Tendremos una evaluación para mañana. Pero recuerde que van a tener que reconstruirle los ojos desde cero. Es un verdadero reto. Supongo que tardarán al menos otras veinticuatro horas.

Constantine suspiró y se preguntó por qué se llamaría curación acelerada cuando él no veía esa aceleración por ninguna parte.

Los informes de sus subordinados daban un total de ocho indeseables cribados en el teatro.

—Vamos a pedir una dispensa especial al sumo dalle para revivirlos de manera temporal e interrogarlos —le dijo el segador Armstrong.

—Lo que nos ofrece la ventaja adicional de permitirnos cribarlos por segunda vez —comentó Constantine.

La satisfacción de que su equipo hubiera detenido el ataque y abatido a casi todos los conspiradores se veía empañada por la huida de Greyson Tolliver. Lo curioso era que no habían logrado encontrar ni un registro público en el cerebro trasero del Nimbo que lo ubicara allí. De hecho, no lo

encontraron por ninguna parte. De algún modo, lo habían borrado de la existencia. En su lugar había un doble llamado Slayd Bridger con una historia muy sórdida. El método empleado por Tolliver no sólo para reinventarse, sino también sobrescribir su huella digital era un misterio digno de una investigación más a fondo.

Sin el sistema contra incendios, el teatro había ardido hasta los cimientos, aunque no antes de que escaparan todos. Las únicas víctimas de aquella noche habían sido los indeseables cribados y el guardia que se había lanzado sobre Tolliver. Al recibir toda la fuerza del ácido, poco había quedado de él. Sin duda demasiado poco para revivirlo, aunque su sacrificio salvó a la segadora Anastasia. Como el hombre formaba parte del equipo de interrogación privado de Constantine, se tomaba su pérdida como algo personal. Alguien pagaría por ella, eso estaba claro.

Aunque a los ciudadanos normales siempre les inducían un coma durante el proceso de curación acelerada, Constantine exigió que lo mantuviera consciente y, como era segador, tuvieron que acceder a sus deseos. Necesitaba pensar. Meditar. Planear. Y era consciente del paso del tiempo. Aborrecía la idea de perder varios días completos inconsciente mientras se curaba.

Anastasia lo visitó poco antes del momento en que debía recuperar la vista. No estaba de humor para verla, aunque no la privaría de la oportunidad de darle las gracias por haber sacrificado tanto para salvarla.

—Le aseguro, Anastasia, que yo en persona interrogaré a los indeseables a los que capturamos antes de volver a cribarlos y que atraparemos a Greyson Tolliver —le dijo procurando enunciar lo mejor posible, a pesar de los analgésicos que lo entorpecían—. Pagará por sus actos de todas las formas que permita la ley de los segadores.

—La verdad es que salvó a todos los presentes en ese teatro al romper la tubería —le recordó ella.

—Sí, pero algo va muy mal cuando tu salvador es también tu agresor.

Como la segadora no tenía respuesta a aquella afirmación, guardó silencio.

—Cuatro de los indeseables que atrapamos eran de la región de Texas —dijo Constantine.

—Entonces, ¿cree que la mente criminal detrás del ataque es alguien de allí?

—O alguien que se esconde allí. Llegaremos al fondo del asunto.

Que es lo que siempre decía porque, hasta entonces, siempre había sido así. Le resultaba frustrante que aquella pudiera ser la primera excepción.

—Se acerca el cónclave —comentó Anastasia—. ¿Cree que podrá asistir?

El segador no sabía decir qué habría preferido ella: que se ausentara o que asistiera.

—Allí estaré. Aunque tengan que sustituirme la sangre por anticongelante para hacerlo posible.

Anastasia se fue y, al cabo de un rato, Constantine cayó en la cuenta de que en ningún momento de la conversación le había dado las gracias.

Una hora después, una nota misteriosa llegó mientras Citra y Marie comían en el restaurante de su hotel. Era la primera vez en bastante tiempo que aparecían así en público. La nota pilló por sorpresa a ambas. Curie fue a cogerla, pero el botones que la había llevado se disculpó y les dijo que estaba dirigida a la segadora Anastasia. Se la entregó a Citra, que la abrió y la leyó a toda prisa.

—Bueno, suéltalo ya —dijo Marie—. ¿De quién es y qué quiere?

—No es nada —contestó la chica mientras se guardaba la nota en uno de los bolsillos de su túnica—. Es de la familia del hombre al que cribé anoche. Quieren saber cuándo les concederé la inmunidad.

—Creía que venían esta noche.

—Sí, pero no estaban seguros de la hora exacta. La nota dice que estarán aquí a las cinco, salvo que les indique otra cosa.

—Lo que mejor te venga. Al fin y al cabo, van a besar tu anillo, no el mío.

Después volvió a concentrarse en su salmón.

Media hora después, Citra corría por la calle con ropa de civil. La nota no era de la familia del actor, sino de Rowan. La habían garabateado a toda prisa y decía: «Necesito tu ayuda. Museo del Transporte. Deprisa». Le había costado mucho no abandonar a Curie en medio de la comida, pero sabía que marcharse así habría resultado sospechoso.

Había escondido un conjunto de ropa de calle en un bolsillo de la maleta, por si acaso necesitaba ir de incógnito. El problema era que no tenía abrigo; habría sido demasiado voluminoso para ocultárselo a Marie. Así que, sin las resistencias calefactoras de su túnica de invierno, se heló en cuanto puso un pie fuera. Después de soportar el frío durante dos manzanas, se tuvo que poner el anillo y enseñárselo a un dependiente para conseguir un abrigo; él le dio gratis el que ella quiso.

—La inmunidad serviría para que no mencionara que va por ahí en público sin su túnica —comentó el dependiente.

A Citra no le gustó el intento de chantaje del hombre, así que respondió:

—¿Qué tal si te lo pago no cribándote por amenazarme?

Estaba claro que esa posibilidad no se le había pasado por la cabeza, porque tartamudeó un instante:

—Sí, sí, por supuesto, me parece justo, me parece justo. —Después se puso a rebuscar entre otros accesorios—. ¿Quiere unos guantes a juego?

Citra los aceptó y salió al ventoso día.

A ella le había dado un vuelco el corazón al leer la nota, pero no había dejado que Marie notara sus nervios. Su preocupación. ¿Así que Rowan estaba allí y necesitaba ayuda? ¿Por qué? ¿Corría peligro o quería que se uniera a él en su misión para acabar con los segadores indignos? ¿Lo haría si se lo pedía? De ninguna manera. Casi seguro que no. Puede que no.

Por supuesto, también podía tratarse de una trampa. El que estuviera detrás del ataque de la noche anterior debía de estar lamiéndose las heridas, por lo que era poco probable que se enfrentara a otra agresión. Aun así, llevaba encima las suficientes armas ocultas como para defenderse en caso necesario.

El Museo del Transporte de las Grandes Llanuras era un depósito al aire libre de locomotoras y material rodante de la era de los ferrocarriles. Incluso presumían de contar con un vagón del primer tren maglev, que flotaba eternamente justo en el centro. Al parecer, Wichita antes era un cruce de caminos esencial entre un lado y el otro. Ahora no era más que una ciudad como cualquier otra. En Midmérica existía una homogeneidad que resultaba tan tranquilizadora como irritante.

En aquella época del año había unos cuantos grupos dispersos de turistas en el museo; gente que, por alguna razón desconocida, decidía elegir Wichita como destino vacacional. Como el museo lo mantenía el Nimbo, la admisión era gratuita… Y menos mal. Citra no quería tener que enseñar su anillo para entrar. Una cosa era conseguir un abrigo y otra muy distinta acabar con su tapadera en el preciso lugar en el que pretendía acudir a una reunión secreta.

Acurrucada dentro del abrigo para protegerse del viento, vagó entre las locomotoras negras de vapor y las rojas de diésel mientras buscaba a Rowan por todos los rincones del depósito. Al cabo de un rato empezó a temer que, efectivamente, se tratara de una trampa; quizá para separarla de Curie. Estaba dando la vuelta para largarse cuando alguien la llamó.

—¡Estoy aquí!

Siguió la voz hasta un espacio estrecho y en sombra entre dos vagones, donde el viento helado silbaba al abrirse paso a la fuerza. Con el viento de cara, no lo vio con claridad hasta acercarse.

—¡Segadora Anastasia! Temía que no viniera.

Aquel no era Rowan, sino Greyson Tolliver.

—¿Tú? —La decepción fue tal que no llegaba ni a describir lo que sentía—. ¡Debería cribarte ahora mismo y llevarle a Constantine tu corazón!

—Seguro que se lo comía.

—Es probable —reconoció ella.

En aquel preciso instante odiaba a Greyson. Lo odiaba por no ser el que ella esperaba. Era como si el universo la hubiera traicionado, y no estaba en absoluto lista para perdonarlo. Debería haberse dado cuenta de que la letra de la nota no era de Rowan. Pero, por mucho que deseara pagar su frustración con Tolliver, no podía. No era culpa del chico no ser Rowan; y, como le había dicho a Constantine, Greyson le había salvado la vida dos veces.

—Necesito su ayuda —le dijo él, y la desesperación de su voz era muy real—. No tengo adonde ir…

—¿Y por qué es problema mío?

—¡Porque ni siquiera estaría aquí de no ser por usted!

Sabía que era cierto. Recordó el momento en que Greyson le dijo (o, para ser exactos, no le dijo) que trabajaba encubierto para el Nimbo. Si ella era tan importante como para que el Nimbo usara a Greyson para sortear la separación entre Guadaña y Estado, ¿no debería al menos ayudarlo a salir de su atolladero?

—La Guadaña me persigue, la Interfaz con la Autoridad también y el que esté detrás del ataque ahora es mi enemigo.

—Parece que se te da bien cabrear a la gente.

—Sí, usted es lo más parecido que tengo a una amiga.

Por fin dejó Citra a un lado su decepción. No podía desentenderse de él cuando todo era por su culpa.

—¿Qué quieres que haga?

—¡No lo sé!

Greyson empezó a pasearse por el pequeño espacio mientras su cabello, de un color negro imposible, se agitaba al viento… y, por un momento, Citra se imaginó unos muros que se cerraban en torno a él. Lo cierto era que no tenía salida. Nada de lo que ella le contara a Constantine ayudaría; el segador estaba dispuesto a cribar a Greyson un sangriento pedazo tras otro. Y aunque

intercediera por él, daría lo mismo: la Guadaña necesitaba un chivo expiatorio.

—Te puedo conceder la inmunidad —se ofreció—, aunque en cuanto se transmita tu ADN a la base de datos de la Guadaña, sabrán dónde estás.

—Y estoy seguro de que averiguarán de quién es el anillo que he besado —añadió él—. No quiero meterla en un lío.

Eso le arrancó una carcajada.

—¿Estabas en el equipo que intentaba matarme, pero no quieres meterme en un lío?

—¡No estaba de verdad en el equipo! ¡Ya lo sabe!

Sí, lo sabía. Otros dirían que el chico había perdido los nervios en el último momento, pero ella sabía la verdad… Y quizá fuera la única que la conocía. No obstante, aunque quisiera ayudarlo a librarse de todo aquello, no se le ocurría nada.

—¿Me está diciendo que la sabia y bella segadora Anastasia no tiene ninguna idea?

De haber sido cualquier otra persona, Citra lo habría considerado un halago falso, pero él no era de esa clase. Estaba demasiado desesperado para no ser sincero. Aunque en aquellos momentos no se sentía ni sabia ni bella, le permitió continuar con su fantasía de la honorable segadora Anastasia. Y, de repente, se sintió a la altura del reto, porque se le ocurrió algo.

—Sé adonde puedes ir…

Él la miró con aquellos ojos oscuros y suplicantes, a la espera de que le impartiera una pizca de su sabiduría.

—Existe un monasterio tonista en la ciudad. Allí te esconderán de la Guadaña.

El chico se quedó muy poco impresionado, por decirlo suavemente.

—¿Tonistas? —preguntó, horrorizado—. ¿En serio? ¡Me cortarán la lengua!

—Claro que no. Pero odian a la Guadaña, y estoy bastante segura de que te protegerán a costa de sus propias vidas antes que entregarte a ella. Pregunta por el hermano McCloud. Dile que te envío yo.

—Pero…

—Querías mi ayuda y te la he dado. Lo que hagas ahora depende por completo de ti.

Después lo dejó allí y regresó al hotel justo a tiempo de cambiarse sin que la vieran y conceder inmunidad a la afligida familia del actor cribado.

28

Lo que se avecina

Como la mayor parte de los complejos tonistas, el edificio en el que estaba Greyson Tolliver se había diseñado para parecer mucho más antiguo de lo que era. En este caso, se trataba de una construcción de ladrillo con paredes cubiertas de yedra. Pero, al ser invierno, las enredaderas estaba frías y desnudas, y parecían más bien telarañas. Entró a través de una larga arcada con celosías bordeada por rosales esqueléticos. Debía de ser precioso en primavera y verano, pero en aquellos momentos, en pleno invierno, era como un reflejo de sus sentimientos.

La primera persona a la que vio fue una mujer con un vestido de arpillera tonista que le sonrió y volvió las palmas de las manos hacia arriba a modo de saludo.

—Necesito hablar con el hermano McCloud —dijo él al recordar el nombre que le había dado Anastasia.

—Tendrás que pedir permiso al coadjutor Mendoza. Iré a buscarlo.

Después se alejó a un ritmo tan pausado que Greyson sintió el impulso de agarrarla y empujarla.

Cuando llegó el coadjutor, él, al menos, caminaba con cierta urgencia.

—He venido en busca de refugio —le dijo Greyson—. Me han dicho que pregunte por el hermano McCloud.

—Sí, por supuesto —respondió el hombre, como si fuera algo que le ocurriera todos los días. Después acompañó al chico al dormitorio de uno de los edificios del complejo.

Había una vela encendida en una mesita. Lo primero que hizo el coadjutor fue apagarla.

—Ponte cómodo —le dijo—. Informaré al hermano McCloud de que lo estás esperando.

Después, el coadjutor cerró la puerta, aunque sin llave, y dejó a Greyson sumido en sus pensamientos y con una vía de escape, por si la deseaba.

La habitación era austera. Nada de comodidades más allá de las esenciales. Había una cama, una silla y la mesita. Las paredes no estaban decoradas, salvo por un diapasón de hierro sobre el cabecero de la cama, con

los dientes apuntando hacia arriba. Bidente, lo llamaban. El símbolo de su fe. En el cajón de la mesita de noche había una prenda de arpillera y un par de sandalias en el suelo. Al lado de la vela apagada vio un himnario de cuero con el bidente repujado en la cubierta.

Era un lugar pacífico. Tranquilizador. Insoportable.

Había pasado del monótono mundo de Greyson Tolliver a los tumultuosos extremos de Slayd Bridger…, y ahora lo lanzaban a las fauces de la insipidez, condenado a que lo digiriera el aburrimiento.

«Bueno, al menos sigo vivo», pensó. Aunque no estaba del todo seguro de que eso fuera una ventaja. Habían cribado a Pureza. No suplantado ni reubicado, sino cribado. Ya no existía y a pesar del horror de lo que había intentado hacer, le dolía su pérdida. Echaba de menos su desafiante voz. Se había vuelto adicto a su caos. Tendría que acostumbrarse a una vida sin ella, además de a una vida sin él, porque, ¿quién era ahora?

Se tumbó en la cama, que al menos era cómoda, y esperó una media hora. Se preguntó si los tonistas, como la Oficina de Asuntos Indeseables, tenían la política de hacer esperar a todo el mundo. Al final oyó el crujido de la puerta. Ya era última hora de la tarde, y la luz que entraba por la ventanita iluminaba el dormitorio lo justo para ver que el hombre que había entrado no era mucho mayor que él. También tenía un brazo envuelto en una especie de funda dura.

—Soy el hermano McCloud. El coadjutor ha aceptado tu petición de refugio. Entiendo que has preguntado por mí, en concreto.

—Una amiga me dijo que lo hiciera.

—¿Puedo preguntar quién?

—No, no puedes.

El chico parecía algo molesto, aunque lo dejó pasar.

—¿Puedo ver tu identificación, al menos? —Y, como Greyson vaciló, el hermano dijo—: No te preocupes, seas quien seas y hayas hecho lo que hayas hecho, no te entregaremos a la Interfaz con la Autoridad.

—Seguro que ya sabe que estoy aquí.

—Sí, pero tu presencia es una cuestión de libertad religiosa. El Nimbo no se inmiscuirá.

Greyson se metió la mano en el bolsillo y le entregó su tarjeta electrónica, en la que todavía brillaba la reluciente I roja.

—¡Indeseable! Cada vez recibimos más. Bueno, Slayd, aquí eso da igual.

—Ese no es mi nombre…

El hermano McCloud lo miró con curiosidad.

—¿Es otra de las cosas sobre las que prefieres no hablar?

—No, es que… no merece la pena el esfuerzo.

—Entonces, ¿cómo te llamamos?

—Greyson. Greyson Tolliver.

—De acuerdo, ¡pues hermano Tolliver!

Greyson supuso que ahora tendría que aguantar que lo llamaran hermano.

—¿Qué es lo que llevas en el brazo?

—Se llama escayola.

—Entonces, ¿voy a tener que ponerme una?

El hermano McCloud se rio.

—No, a no ser que te rompas el brazo.

—¿Perdona?

—Es para ayudar al proceso de curación natural. Rechazamos los nanobots y, por desgracia, una segadora me rompió el brazo.

—Vaya… —Greyson esbozó una sonrisa y se preguntó si habría sido Anastasia.

Al hermano no le gustó demasiado que sonriera y su actitud se enfrió un poco.

—Dentro de diez minutos es la salmodia de la tarde. Hay ropa para ti en el cajón. Esperaré fuera mientras te cambias.

—¿Tengo que ir? —preguntó el chico; la salmodia no sonaba como algo de lo que le gustara formar parte.

—Sí. Lo que se avecina no puede evitarse. La salmodia tenía lugar en una capilla que, después de apagar la luz de las velas, apenas estaba lo bastante iluminada como para que Greyson viera algo, a pesar de las altas vidrieras.

—¿Lo hacéis todo a oscuras? —preguntó.

—Los ojos pueden ser engañosos. Apreciamos más los otros sentidos.

El dulce olor del incienso tapaba algo asqueroso que Greyson no tardó en identificar como un cuenco lleno de agua sucia.

—El caldo primigenio —lo llamó el hermano McCloud—. Contiene todas las enfermedades a las que ahora somos inmunes.

La salmodia consistía en que el coadjutor golpeaba el enorme diapasón de acero del centro doce veces seguidas con un mazo. La congregación, que se componía de unas cincuenta personas, imitaba el tono. Con cada golpe del diapasón, la vibración crecía y resonaba no hasta resultar dolorosa, aunque sí que provocaba cierto mareo y aturdimiento. Greyson no abrió la boca para vocalizar el tono.

El coadjutor dio un breve discurso. Un sermón, lo llamó McCloud. Habló de sus muchos viajes por el mundo en busca de la Gran Horca.

—Que no la hayamos encontrado no significa que la búsqueda sea un fracaso, puesto que cada búsqueda es en sí misma igual de valiosa que el hallazgo. —La congregación murmuró su aprobación—. Ya lo encontremos hoy o mañana, ya sea nuestra secta o cualquiera otra, estoy convencido de corazón de que, un día, oiremos la Gran Resonancia. Y eso nos salvará a todos.

Después, cuando acabó el sermón, la congregación se levantó y se acercó en fila al coadjutor. Todos mojaron un dedo en el caldo primigenio rancio, se tocaron la frente con él y se chuparon el dedo. A Greyson le entraron náuseas sólo de mirar.

—Todavía no tienes que participar en la ceremonia del cuenco terrenal —le dijo el hermano McCloud, lo que no le tranquilizó del todo.

—¿Todavía? ¿Qué tal nunca?

A lo que el hermano respondió de nuevo:

—Lo que se avecina no puede evitarse.

Aquella noche, el viento aulló con una ferocidad inusual y el granizo silbaba al aporrear la ventanita del dormitorio de Greyson. El Nimbo podía influir en el tiempo, aunque no cambiarlo por completo. O, si podía, había decidido no hacerlo. Intentaba que, cuando llegaran las tormentas, al menos cayeran en los momentos más oportunos. Procuró convencerse de que aquella tormenta era el Nimbo llorando por él, pero ¿a quién pretendía engañar? El Nimbo tenía millones de cosas más importantes de las que ocuparse. Greyson estaba a salvo. Protegido. ¿Qué más podía pedir? Todo.

El coadjutor Mendoza acudió a su cuarto aquella noche, sobre las nueve o las diez. La luz del pasillo entraba en la habitación, pero una vez que estuvo dentro, Mendoza cerró la puerta y ambos quedaron a oscuras. Greyson oyó la queja de la silla al sentarse en ella el coadjutor.

—He venido a ver cómo vas.

—Estoy bien.

—En este momento no se puede pedir más, supongo.

Entonces se le iluminó el rostro con la dura luz de una tablet. El coadjutor dio unos toquecitos y pasó el dedo varias veces por la pantalla.

—Creía que rechazaban la electricidad.

—En absoluto. Rechazamos la luz en nuestras ceremonias…, y nuestros dormitorios están a oscuras para animar a nuestros miembros a abandonarlos y buscar la comunión con los demás en nuestros espacios públicos.

Entonces giró la tablet para que el joven la viera. Mostraba imágenes del teatro en llamas. Greyson intentó no hacer una mueca.

—Esto sucedió hace dos días. Sospecho que estuviste involucrado y que la Guadaña te persigue.

El chico ni negó ni confirmó la acusación.

—Si tal es el caso, no es necesario que lo menciones. Aquí estás a salvo porque cualquier enemigo de la Guadaña es amigo nuestro.

—Entonces, ¿aprueban la violencia?

—Aprobamos la resistencia a la muerte antinatural. Los segadores son los portadores de la muerte antinatural, así que cualquier acto que frustre la misión de sus hojas y sus balas nos parece bien.

Entonces alargó una mano y tocó uno de los bultos con forma de cuerno de la cabeza de Greyson. El joven retrocedió.

—Tendrás que quitártelos. No permitimos las modificaciones corporales. Y te afeitarás la cabeza para que tu pelo pueda crecer del modo que diseñó el universo.

Greyson no respondió. Ahora que Pureza estaba muerta, no iba a echar de menos ser Slayd Bridger, ya que le recordaba a ella; sin embargo, no le gustaba no tener voz ni voto en el asunto.

Mendoza se levantó.

—Espero que acudas a la biblioteca o a alguna de las salas recreativas para conocer a tus compañeros tonistas. Sé que a ellos les gustaría conocerte mejor… Sobre todo a la hermana Piper, la que te recibió a tu llegada.

—Acabo de perder a un ser querido. No me apetece socializar.

—Entonces debes hacerlo, sobre todo si perdiste a esa persona en una criba. Los tonistas no reconocemos la muerte por segador, lo que significa que no se te permite un periodo de luto.

¿Así que ahora le estaban diciendo lo que podía y lo que no podía sentir? Deseaba que el último rastro de Slayd Bridger que le quedaba dentro mandara a la mierda al coadjutor, pero se limitó a responder:

—No fingiré comprender vuestras normas.

—Pero sí que lo harás. Si deseas que te demos refugio, encontrarás un nuevo propósito entre nosotros y fingirás hasta que nuestras costumbres sean las tuyas.

—¿Y si nunca llegan a serlo?

—Entonces tendrás que seguir fingiendo —respondió el coadjutor, que añadió—: A mí me funciona.

Novecientos noventa y ocho kilómetros al sur de Wichita, Rowan Damisch entrenaba con Tyger Salazar. En otras circunstancias habría sido divertido (competir con un amigo en un arte marcial que adoraba), pero aquellos enfrentamientos forzados con un fin desconocido cada vez lo inquietaban más.

Entrenaron dos veces al día durante dos semanas y, aunque Tyger mejoraba con cada combate, Rowan siempre ganaba. Cuando no luchaban, a Rowan lo enviaban a su cuarto.

Por otro lado, Tyger estaba incluso más ocupado que antes de la llegada de su amigo. Más carreras agotadoras, más entrenamiento de resistencia, más ejercicios repetitivos de bokator, además de manejo de todo tipo de armas blancas, desde espadas hasta dagas, de tal forma que todas ellas le parecían una extensión perfecta de su cuerpo. Después, al final de cada día, justo cuando sus músculos empezaban a resentirse del esfuerzo, Tyger recibía un masaje de tejido profundo para que su tensa carne recuperara la flexibilidad. Antes de que llegara Rowan, los masajes eran dos o tres veces a la semana, pero ahora se los daban todos los días, y estaba tan agotado que a menudo se dormía en la camilla.

—Le venceré —le aseguró a la segadora Rand—. Ya lo verás.

—No me cabe duda.

Para alguien que, según Rowan, era engañosa y despiadada, parecía bastante sincera.

Durante uno de esos masajes, la segadora esmeralda entró y le pidió al masajista que se fuera. Tyger creía que iba a encargarse ella y se emocionó con la idea de sentir las manos de Rand en su cuerpo, pero, decepcionado, comprobó que no pretendía tocarlo.

Simplemente anunció:

—Llegó el momento.

—¿El momento de qué?

—El momento de obtener tu anillo.

Por la razón que fuera, la notó melancólica. Tyger creyó entender por qué.

—Sé que no me lo querías dar hasta que venciera a Rowan…

—No puede evitarse.

El chico se levantó y se puso su bata sin demostrar ni un ápice de modestia ante ella. ¿Por qué iba a hacerlo? No había nada que quisiera ocultarle, ni de su interior ni de su exterior.

—Podrías haber sido modelo de Miguel Ángel.

—Me habría gustado —respondió él mientras se cerraba la bata—. Que me esculpieran en mármol.

Rand se le acercó, se inclinó y le dio un beso fugaz, tanto que sus labios apenas se rozaron. El chico creyó que quizá fuera el preludio de algo más, pero la mujer retrocedió.

—Mañana a primera hora tenemos una cita. Procura dormir bien.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué clase de cita?

Ella le ofreció una sonrisa, aunque pequeña.

—No puedes recibir tu anillo de segador sin al menos algo de ceremonia.

—¿Estará presente Rowan?

—Será mejor que no.

Tenía razón, por supuesto. No era necesario restregarle a su amigo por las narices que a él no lo habían elegido. Pero Tyger lo había dicho en serio: en cuanto tuviera el anillo, le concedería la inmunidad a Rowan.

—Espero que, una vez que tenga el anillo en el dedo, me mires de un modo algo distinto.

Ella lo miró a los ojos largo y tendido, y con eso le derritió más los músculos que los fuertes nudillos del masajista.

—Estoy segura de que las cosas serán distintas —le dijo Rand—. Procura estar preparado para salir a las siete en punto de la mañana.

Cuando se fue, se permitió un momento para dejar escapar un suspiro de satisfacción. En un mundo en el que todos tenían garantizado lo que necesitaban, no todos conseguían lo que querían. Rowan no lo había conseguido, sin duda. Y, hasta hacía poco, Tyger ni siquiera sabía que quería ser segador. Sin embargo, ahora que iba a suceder, sabía que era lo correcto, y por primera vez desde que tenía uso de razón le agradaba inmensamente el rumbo que tomaba su vida.

Al día siguiente no fueron a buscar a Rowan para el entrenamiento, ni tampoco el día posterior. Sus únicas visitas eran los guardias que le llevaban la comida y retiraban la bandeja cuando terminaba.

Había contado los días desde su llegada. Las Fiestas de Antaño habían terminado sin celebración alguna en el ático. Era la última semana del año. Ni siquiera sabía cómo iban a llamar al año nuevo.

—Año del Ave Rapaz —le dijo uno de los guardias cuando le preguntó.

Con la esperanza de que el hombre le tuviera ya la confianza suficiente para soltar algo de información, Rowan le preguntó:

—¿Qué está pasando? ¿Por qué no me han sacado Tyger y la segadora Rand para entrenar? No me digas que ya no soy su esclavo de bokator.

Pero si el guardia conocía la respuesta, no se la pensaba decir.

—Tú come. Nos han dado órdenes estrictas de no dejar que te mueras de hambre.

A última hora de la tarde de aquel segundo día de soledad, Rand fue a verlo con los dos guardias.

—Se acabaron las vacaciones —bromeó el chico, pero la segadora esmeralda no estaba de humor para tonterías.

—Sentadlo en la silla —ordenó a los guardias—. No quiero que pueda moverse ni un centímetro.

Entonces, Rowan vio el rollo de cinta de embalar. Que lo ataran a una silla era malo. Que lo sujetaran con cinta de embalar era peor.

«Se acabó —pensó—. Han terminado con el entrenamiento de Tyger y lo que sea que Rand piensa hacerme va a suceder ahora». Así que entró en acción. En cuanto los guardias intentaron agarrarlo, estalló en una serie de golpes brutales que dejaron a uno de ellos con la mandíbula rota y al otro sin aliento… No obstante, antes de poder llegar a la puerta, Rand cayó sobre él, lo tiró al suelo, bocarriba, y lo sujetó mientras le colocaba una rodilla en el pecho y empujaba con tanta fuerza que no podía respirar.

—Permitirás que te atemos si no quieres que te deje inconsciente y te atemos de todos modos —le dijo la mujer—. Pero, si es esto último, me aseguraré de que vuelvan a romperte los dientes.

Entonces, cuando Rowan estaba a punto de perder la consciencia, Rand levantó la rodilla. Lo había debilitado lo justo para facilitarles la operación de inmovilizarlo.

Y allí, atado a la silla, lo dejaron más de una hora.

La cinta era peor que la cuerda que habían usado en la casa del segador Brahms. Le constreñía el pecho de tal modo que no podía respirar hondo. Por mucho que intentara zafarse, ni los brazos ni las piernas se movían lo más mínimo.

Se puso el sol, dejando tan sólo las luces de la ciudad de San Antonio y el pálido resplandor de una luna gibosa que empezaba a iluminar la habitación en tonos azules acompañados de largas sombras.

Al final, la puerta se abrió y por ella entró uno de los guardias empujando a alguien sentado en una especie de silla con ruedas a ambos lados. La segadora Rand iba detrás de ellos.

—Hola, Rowan.

Era Tyger. Su silueta estaba recortada contra la luz que entraba del pasillo, así que no le veía la cara, pero reconocía la voz. Sonaba cansado y ronco.

—¿Qué está pasando, Tyger? ¿Por qué me ha hecho esto Rand? ¿Y qué narices es esa cosa en la que estás sentado?

—Se llama silla de ruedas —respondió el chico, que decidió responder únicamente a la tercera pregunta—. Es de la Era de la Mortalidad. En estos días no se necesita mucho, pero hoy nos ha venido bien.

Hablaba de un modo extraño; no era sólo por la ronquera, sino por la cadencia, la elección de palabras y la forma en que las enunciaba, con mucha claridad.

Tyger levantó una mano y algo reflejó la luz de la luna. No hacía falta que le explicaran lo que era.

—Ya tienes tu anillo.

—Sí, así es.

Rowan tenía una sensación rara en las tripas, algo pesado y podrido que intentaba salir a la superficie. Parte de él sabía lo que era, pero no estaba dispuesto a que se filtrara a su mente consciente, como si al negarse a pensarlo pudiera espantar el oscuro espectro de la verdad. Pero la iluminación estaba a pocos segundos de producirse.

—Ayn, no llego al interruptor de la luz, ¿podrías encenderla?

La mujer se volvió para activar el interruptor y la realidad de la situación golpeó a Rowan con todas sus fuerzas… porque, aunque era Tyger Salazar el que se sentaba en aquella silla de ruedas, no era a Tyger a quien miraba.

Estaba mirando el rostro sonriente del segador Goddard.

29

Reconvertido

A Rowan le daba todo vueltas. Podía espirar, pero no inspirar, como si la rodilla de Rand volviera a oprimirle el pecho, como si la habitación flotara en el espacio; anhelaba el éxtasis de la inconsciencia porque era una alternativa mejor que lo que tenía delante.

—Sí, entiendo que la voz te haya confundido —dijo Goddard, que todavía sonaba como Tyger—. No hemos podido evitarlo.

—¿Cómo…? ¿Cómo…?

Fue lo único que Rowan logró decir. Aunque la supervivencia de Rand lo había dejado conmocionado, al menos tenía sentido… ¡Pero había decapitado a Goddard! ¡Había visto arder su cuerpo sin cabeza!

No obstante, al mirar a Rand, que estaba allí de pie, obediente a su mentor, Rowan lo supo. Vaya que sí lo supo.

—Conseguiste decapitarme justo por debajo de la mandíbula, por encima de la laringe. Por eso he perdido para siempre mis cuerdas vocales. Pero estas me servirán.

Y lo peor era que Goddard ni siquiera vestía una túnica de segador, sino la ropa de Tyger, zapatos incluidos. Rowan se percató de que era con intención: para que no le quedara duda de lo que habían hecho. El chico apartó la mirada.

—No, debes mirar —dijo Goddard—. Insisto.

El guardia se colocó detrás del joven, le agarró la cabeza y lo obligó a enfrentarse al hombre de la silla de ruedas.

—¿Cómo has podido hacerlo? —preguntó Rowan entre dientes.

—¿Yo? ¡Cielos, no! Fue idea de Ayn. Yo no podía hacer gran cosa. Ella tuvo la entereza suficiente para rescatar la parte esencial de mi cuerpo del claustro en llamas. Me cuentan que estuve inconsciente casi un año; en un feliz sueño helado. Créeme, de haber sido cosa mía, sería distinto. Ahora mi cabeza estaría unida a tu cuerpo.

Rowan no lograba ocultar su angustia. Sus lágrimas corrían con furia y una tristeza inimaginable. Podrían haber elegido a cualquiera, pero no, tenía que ser Tyger. Por la única razón de que era amigo de Rowan.

—¡Cabrones enfermizos!

—¿Enfermizos? No fui yo el que decapitó a su segador y le dio la espalda a sus compañeros. Lo que hiciste y lo que has estado haciendo mientras yo dormía en nitrógeno es imperdonable según las leyes de la Guadaña. Ayn y yo, por otro lado, no hemos incumplido ninguna ley. A tu amigo Tyger lo hemos cribado y le hemos dado otro uso a su cuerpo. Tan sencillo como eso. Puede que sea poco ortodoxo, pero, dadas las circunstancias, es muy comprensible. Lo que ves ante ti es nada más y nada menos que la consecuencia de tus actos.

Rowan vio subir y bajar el pecho de Tyger con el aliento de Goddard. Sus manos estaban apoyadas sin fuerzas en los brazos de la silla de ruedas. Parecía costarle moverlas.

—Este tipo de procedimiento es, por supuesto, mucho más delicado que una simple curación acelerada. Harán falta unos cuantos días más para hacerme por completo con el control del cuerpo de tu amigo.

Entonces levantó la mano con dificultad y la miró mientras flexionaba los dedos y los cerraba en un puño.

—¡Mira qué avance! Estoy deseando que llegue el día en que consiga vencerte en el bokator. Entiendo que ya has estado ayudando a entrenarme.

Entrenamiento. Ahora todo tenía sentido, a su retorcida manera. Incluso los masajes… Como cuando preparaban a una ternera de Kobe para el matadero. Sin embargo, quedaba una pregunta sin responder. Algo que Rowan no deseaba preguntar, pero que creía deberle a Tyger.

—¿Qué habéis hecho con su…? —No conseguía decir la palabra—. ¿Con el resto de él?

Rand se encogió de hombros, como si no fuera nada.

—Lo dijiste tú mismo: el cerebro de Tyger no valía gran cosa. Del cuello para arriba, todo era prescindible.

—Que dónde está.

Rand no respondió, así que Goddard lo hizo por ella:

—Lo hemos tirado a la basura —dijo con un gesto de desprecio de la mano de Tyger.

Rowan se abalanzó hacia delante, olvidadas sus ataduras, aunque su furia sólo logró mover un poco la silla. Si alguna vez se liberaba, los mataría. No los cribaría sin más, sino que los mataría. ¡Les arrancaría las extremidades una a una con un sesgo y una premeditación tan descarados que incineraría el segundo mandamiento!

Y eso era lo que quería Goddard. Quería verlo consumido por una rabia asesina e incapaz de usarla. Impotente para vengar el terrible destino de su amigo.

Goddard absorbió la tristeza de Rowan como si se alimentara de ella.

—¿Te habrías ofrecido voluntario para salvarlo? —le preguntó el segador.

—¡Sí! —gritó Rowan—. ¡Sí, lo habría hecho! ¿Por qué no me tomaste a mí?

—Hmmm —dijo Goddard, como si no fuera más que una revelación menor—. En tal caso, me alegro de la elección de Ayn. Porque después de lo que me hiciste, tienes que sufrir, Rowan. Aquí la parte agraviada soy yo, así que deben respetarse mis deseos… y mi deseo es que tu desgracia sea infinita. Resulta apropiado que esto comenzara con un incendio, porque vas a sufrir el destino del mítico Prometeo, el ladrón del fuego. No es tan diferente de Lucifer, el «portador del fuego» de quien tomaste tu nombre de segador. A Prometeo lo encadenaron a una roca por su indiscreción, condenado a que las águilas le devoraran el hígado hasta el fin de los tiempos. Entonces rodó para acercarse y susurró: —Yo soy tu águila, Rowan, y me alimentaré de tu desgracia un día tras otro durante toda la eternidad. O hasta que tu sufrimiento me aburra.

Goddard le sostuvo la mirada un instante más y después le pidió a un guardia que empujara su silla hasta la salida.

A lo largo de los últimos dos años, el chico había recibido palizas, azotes psicológicos y malos tratos emocionales, pero había sobrevivido. Lo que no lo había matado lo había hecho más fuerte, más decidido a arreglar como fuera lo que estaba roto. Sin embargo, ahora era él lo que estaba roto. Y no había nanobots suficientes en el mundo para reparar el daño.

Cuando levantó la mirada, vio que la segadora Rand seguía allí. No hizo ademán de ir a cortarle las ataduras. Tampoco lo esperaba. ¿Cómo iba el águila a devorarle las entrañas si lo dejaban libre? Bueno, pues él reiría el último: no le quedaba nada dentro que pudieran devorar. Y, si lo había, era veneno puro.

—Sal de aquí —le dijo a Rand.

Pero no se fue. Se quedó donde estaba, envuelta en su reluciente túnica verde, un color que Rowan había llegado a odiar.

—No lo tiré a la basura —dijo la segadora—. Me encargué yo de sus restos y después esparcí sus cenizas por un campo de acianos silvestres. Por si te sirve de algo.

Después se fue para que el chico se consolara con el menor de los males.

31

Irascible pollo de cristal

En la Gran Biblioteca de Alejandría se respiraba un silencio sepulcral durante las horas nocturnas, así que nadie salvo Munira y los miembros de la Guardia del Dalle que vigilaban la entrada sabía de la presencia del misterioso visitante que acudía durante su turno. A los guardias no les importaba lo suficiente como para preguntar, así que el segador Faraday pudo mantener en relativo secreto su investigación dentro de aquella institución pública.

Leía detenidamente los volúmenes del Salón de los Fundadores, pero sin contarle a Munira lo que buscaba. Ella no volvió a preguntarle después del primer día, aunque, de vez en cuando, lo sondeaba con sutileza.

«Si busca perlas de sabiduría sobre las que meditar, pruebe con el segador King», le sugirió una noche a Faraday.

«La segadora Cleopatra escribió mucho en sus diarios sobre los primeros cónclaves y las personalidades de los primeros segadores», le comentó otra.

Entonces, una noche, mencionó al segador Powhatan: «Era muy aficionado a los viajes y a la geografía». Al parecer dio en la clave, porque Faraday empezó a interesarse mucho por la obra de aquel hombre.

Al cabo de unas cuantas semanas de visitas a la biblioteca, tomó oficialmente a Munira bajo su ala.

—Voy a necesitar un ayudante para esta labor —le dijo—. Espero que te interese el puesto.

A pesar de que a la joven le dio un vuelco el corazón, no dejó que se le notara, sino que fingió indecisión.

—Tendría que pedir una excedencia de mis estudios y, si salimos de aquí, también tendría que dimitir de mi trabajo en la biblioteca. Deje que me lo piense.

Al día siguiente aceptó el puesto.

Dejó las clases, aunque se quedó en la biblioteca porque el segador Faraday la necesitaba allí. Una vez que su relación fue oficial, por fin le contó lo que buscaba.

—Es un lugar —le explicó—. Se ha perdido en la antigüedad, pero creo que existía y que podemos encontrarlo.

—¿Atlantis? ¿Camelot? ¿Disneyland? ¿Las Vegas?

—Nada tan fantasioso —respondió él, aunque después lo reconsideró y dijo—: O quizá lo sea más. Depende de cómo lo mires. Depende de lo que encontremos. —Vaciló antes de contárselo y, de hecho, parecía algo avergonzado—. Estamos buscando la Tierra de Nod.

La chica se rio a carcajadas. Como si le hubiera confesado que buscaban la Tierra Media o al hombre de la Luna.

—¡Es una ficción! —le dijo—. Y ni siquiera de las buenas.

Conocía la canción infantil. Todos la conocían. Era una sencilla metáfora de la vida y la muerte, una forma de introducir a los niños en unos conceptos que, tarde o temprano, necesitaban comprender.

—Sí, pero ¿sabías que esa canción no existía en la Era de la Mortalidad?

Ella abrió la boca para negarlo, pero se contuvo. La mayor parte de las rimas infantiles procedían de la época medieval. Nunca las había investigado, pero otros sí. Además, el segador Faraday era concienzudo, así que si afirmaba que no existía cuando la humanidad era mortal, debía creerlo a pesar de que el instinto la impulsara a mofarse.

—La canción no evolucionó del mismo modo que las otras —postuló el segador—. Creo que la sembraron adrede, por así decirlo.

Munira no pudo más que sacudir la cabeza.

—¿Con qué propósito?

—Eso es justo lo que pretendo averiguar.

A pesar de que Munira había empezado en su puesto de ayudante con una duda, la dejó a un lado y se reservó su juicio para poder realizar su trabajo. Faraday no era demasiado exigente con ella. Ni la menospreciaba. Nunca la trataba como a una subordinada ni le ponía tareas que no estuvieran a su altura, sino que procuraba que se tratase de labores dignas de sus habilidades como bibliotecaria investigadora.

—Necesito que escarbes en el cerebro trasero y recrees los movimientos de los primeros segadores. Los lugares en los que se reunían. Los puntos a los que viajaban con frecuencia. Lo que estamos buscando son vacíos en los registros. Periodos durante los que no se indique su ubicación.

Registrar el enorme cerebro trasero digital del Nimbo en busca de información antigua era un reto emocionante. No había necesitado acceder a él desde su noviciado, aunque sabía manejarse. Aun así, podría haber escrito una tesis sobre las habilidades aprendidas en el proceso de aquella búsqueda.

Una tesis que, por otro lado, nadie leería, puesto que todo se mantenía en estricto secreto.

No obstante, a pesar de su investigación forense, no encontró gran cosa que pudieran usar. No había pruebas que indicaran que los segadores fundadores se hubieran reunido en un lugar secreto.

Faraday no se desanimó ni abandonó, sino que le encargó otra tarea.

—Crea versiones digitales de cada uno de los primeros diarios de los segadores originales. Después, pasa los archivos por el mejor software de decodificación de la Guadaña, a ver si aparece algún mensaje oculto.

El software era lento, al menos comparado con el Nimbo, que habría realizado los cálculos en cuestión de segundos. El software de la Guadaña tardó varios días. Por fin empezó a generar datos…, pero las cosas que escupía eran absurdas. Frases como «profunda vaca de verde noche» o «irascible pollo de cristal».

—¿Le encuentras algún sentido? —le preguntó a Faraday, que negó con la cabeza, triste.

—No creo que los segadores fundadores fueran tan obtusos como para crear un código complejo y después recompensar al decodificador con acertijos sin sentido. Ya tenemos el acertijo de la canción. Un código debería ser más directo.

Cuando el ordenador les soltó «vuelo de la victoria de berenjena paraguas» tuvieron que reconocer otro fracaso.

—Cuanto más se analiza el azar, más falsa apariencia de diseño tienen las coincidencias —declaró Faraday.

De todos modos, la palabra vuelo se quedó grabada en la cabeza de Munira. Sí, era aleatoria, pero a veces la aleatoriedad conducía a instantes de increíble serendipia y a descubrimientos trascendentales.

La sala de los mapas de la biblioteca no tenía mapas, en realidad, sino que en su centro daba vueltas una Tierra holográfica. Tras unos cuantos toques y movimientos de la pantalla de control se podía agrandar cualquier zona del globo para estudiarla y visualizar cualquier era hasta retrotraerse a los tiempos de Pangea. Munira llevó al segador a la sala de mapas en cuanto llegó, a la noche siguiente, aunque no le explicó por qué.

—Sígame la corriente —le dijo.

De nuevo, él expresó una extraña combinación de exasperación e infinita paciencia mientras la seguía hasta la habitación. La joven toqueteó los controles y el globo cambió. Ahora parecía una bola holográfica de lana negra, de tres metros de diámetro.

—¿Qué estoy mirando? —preguntó Faraday.

—Rutas de vuelo —respondió ella—. Los últimos cincuenta años de viaje aéreo, cada vuelo representado por una línea de una miera de grosor. —Dio la orden al programa para que hiciera rotar el planeta—. Dígame lo que ve.

El hombre le lanzó una miradita de fastidio inocente, algo molesto porque ella hiciera de mentora, pero le siguió la corriente, como le había pedido.

—Los vuelos son más densos alrededor de los principales centros de población.

—¿Qué más?

Faraday se hizo con los controles y movió el planeta para ver los polos, donde unos pequeños puntos blancos asomaban como el dibujo de ceras de un niño.

—El tráfico aéreo transcontinental sigue siendo bastante intenso sobre el Polo Norte, aunque hay menos vuelos sobre la Antártida, a pesar de contar con muchas regiones asentadas en la zona.

—Siga mirando.

El segador devolvió su inclinación normal al globo terráqueo y aumentó la velocidad de su rotación.

Finalmente, lo detuvo sobre el océano Pacífico.

—¡Ahí! Una zona azul…

—¡Bingo! —exclamó Munira. Quitó las rutas de vuelo y amplió un pequeño punto en el mar.

—Ningún avión ha sobrevolado esa zona del Pacífico en los cincuenta años que he estudiado. Apostaría lo que fuera a que ningún avión ha cruzado ese espacio aéreo desde que se fundó la Guadaña.

Las islas de Micronesia estaban al oeste del lugar y Hawai, al este. Pero el punto en sí no era más que mar abierto.

—Interesante… —dijo el segador Faraday—. Un punto ciego.

—Y, si lo es, se trata del más grande del mundo. Y somos los únicos que lo conocen…

31

La trayectoria del anhelo

El Arco había caído durante la Era de la Mortalidad, cuando Fulcrum City todavía se llamaba San Luis. Durante muchos años, el gran monumento de acero presidió la orilla occidental del río Misisipi, hasta que el odio lo derribó en una época en la que los indeseables no sólo jugaban a ser malos, sino que lo conseguían con frecuencia.

Lo único que quedaba de él eran los extremos: dos pilones de acero oxidado que se alzaban hacia el cielo, algo inclinados el uno hacia el otro. A la luz del día, desde ciertos ángulos, creaba una ilusión óptica: casi se veía ya trayectoria de su anhelo si se seguían sus senderos invisibles hacia arriba, el de uno hacia el otro. Se veía el fantasma del arco completo a partir de los restos de sus bases.

Las segadoras Anastasia y Curie llegaron a Fulcrum City el primer día del año, cinco antes del Cónclave de Invierno, que siempre se celebraba el primer martes del año nuevo. A petición de Curie, visitaron los brazos no correspondidos del Arco.

—Fue el último acto de terrorismo que se consumó antes de que el Nimbo llegara al poder y acabara con esas tonterías —le explicó a Citra.

Citra había estudiado lo que era el terror. En el instituto había una asignatura dedicada a ese tema. Como a sus compañeros, el concepto la desconcertaba. ¿Que la gente acababa de forma permanente con la vida de los demás sin contar con un permiso para hacerlo? ¿Que la gente destruía edificios, puentes y otras estructuras en perfecto buen estado con el único objetivo de negarles a los demás el privilegio de su existencia? ¿Cómo podía haber pasado todo eso de verdad? Después de unirse a la Guadaña comprendió el concepto; e, incluso entonces, no lo asimiló del todo hasta ver caer el teatro Orpheum pasto de las llamas, que no dejaron de su grandeza más que el recuerdo. El edificio no era el objetivo, pero a los indeseables que lo atacaron no les importaban los daños colaterales.

—A menudo vengo a visitar los restos del Arco al inicio del año —dijo Curie mientras paseaban por los senderos desnudos pero bien atendidos del parque de la ribera del río—. Es una cura de humildad. Me recuerda las cosas

perdidas y también lo mucho mejor que es nuestro mundo ahora, en comparación con la época mortal. Me recuerda por qué cribo y me aporta la fortaleza necesaria para mantener la cabeza bien alta en el cónclave.

—Debía de ser precioso —comentó Citra mientras contemplaba las ruinas oxidadas del pilón norte.

—Hay fotografías del Arco en el cerebro trasero, si alguna vez te apetece lamentar lo que se perdió.

—¿Tú lo haces? ¿Lamentas lo que se perdió?

—Algunos días, sí; otros, no —respondió Curie—. Hoy estoy decidida a alegrarme por lo que hemos conseguido, en vez de centrarme en lo que perdimos. Tanto en el mundo como personalmente. —Entonces se volvió hacia Citra y sonrió—. Tú y yo seguimos vivas e ilesas, a pesar de los dos atentados contra nosotras. Merece la pena celebrarlo.

Citra le devolvió la sonrisa, y volvió a mirar los pilones y el parque en el que se encontraban. Le recordaban al Monumento Conmemorativo de la Mortalidad del parque en el que se había reunido con Rowan. Pensar en él le rompía el alma. Le habían llegado noticias del violento final del segador Renoir. Aunque no lo reconocería en voz alta y apenas era capaz de hacerlo ante sí misma, anhelaba recibir noticias de más segadores muertos, porque otra criba del segador Lucifer significaba que no habían atrapado a Rowan.

Renoir había muerto hacía un mes. Ni se imaginaba dónde estaría Rowan ahora o con quién pensaba acabar. No se limitaba a los segadores de Midmérica, así que podía haber ido a cualquier parte. A cualquiera, menos allí.

—Estás sumida en tus pensamientos —dijo Curie—. Es un don de este lugar.

Citra intentó no seguir dándole vueltas al tema.

—¿Estás preparada para el cónclave de la semana que viene? —preguntó.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Todos hablarán sobre nosotras. Después de que intentaran matarnos, me refiero.

—No es la primera vez que soy el centro de atención en los cónclaves —respondió Marie sin concederle demasiada importancia—. Ni tampoco es la tuya, querida. No es nada positivo ni negativo en sí mismo; lo esencial es lo que hagas con esa atención.

Desde el otro lado del pilón norte se acercaba un grupo de gente. Eran tonistas. Doce. Cuando no viajaban solos, los tonistas lo hacían en grupos de siete o doce para representar las siete notas de la escala diatónica y las doce

notas de la escala cromática. Eran esclavos de las matemáticas musicales hasta extremos absurdos. A menudo se les encontraba olisqueando entre las ruinas arquitectónicas en busca de la llamada Gran Horca, que suponían escondida en alguna obra de ingeniería de la era mortal.

Mientras que otra gente esquivaba a las segadoras en el parque, ellos se mantuvieron firmes. Incluso las miraron con odio. Citra empezó a caminar hacia ellos.

—Anastasia, ¿qué estás haciendo? —le preguntó Marie—. Déjalos en paz.

Pero la segadora Anastasia no se detenía una vez que había decidido acometer alguna empresa. Y Citra Terranova, tampoco.

—¿A qué orden pertenecéis? —le preguntó al que parecía el líder.

—Somos tonistas dóricos, aunque no creo que sea de su incumbencia.

—Si quisiera enviar un mensaje a alguien que está en un monasterio locrio, ¿podrían ayudarme?

El hombre se puso rígido.

—Los dóricos no nos relacionados con los locrios. Son demasiado laxos en su interpretación de la doctrina.

Citra suspiró. No sabía qué mensaje deseaba entregarle a Greyson. Quizá sólo expresarle su gratitud por salvarle la vida. Le había molestado tanto que no fuera Rowan que lo había tratado mal, y ni siquiera le había dado las gracias por lo que había hecho. Bueno, ya daba igual porque estaba claro que no le iba a llegar ningún mensaje.

—Debería marcharse —le dijo el líder tonista con rostro frío y crítico—. Su hedor nos desagrada.

Citra se rio de él, no pudo evitarlo, y el hombre se puso rojo. La segadora había conocido a tonistas amables y tolerantes, y a otros a los que lo único que les importaba era vender su locura particular. Tomó nota mental de que los tonistas dóricos eran gilipollas.

Curie apareció detrás de ella en ese momento.

—No pierdas el tiempo, Anastasia. No tienen nada que ofrecerte, salvo hostilidad y sermones.

—Sé quién eres —dijo su líder con un odio hiriente incluso mayor que el demostrado con Citra—. Ni olvidamos ni perdonamos tus primeras hazañas. Algún día pagarás por ello.

Marie enrojeció de furia.

—¿Me estás amenazando?

—No, nosotros dejamos la justicia en manos del universo. Y lo que suena siempre devuelve un eco.

Citra supuso que se trataba de la versión tonista del «se recoge lo que se siembra».

—Vamos, Anastasia —le dijo Marie—. Estos fanáticos no se merecen ni un segundo de nuestro tiempo.

La chica podría haberse alejado, pero la actitud del hombre se merecía que jugueteara con ellos un poco, así que sostuvo el anillo en alto.

—Bésalo —le ordenó.

La segadora Curie se volvió hacia ella, pasmada.

—Anastasia, ¿qué estás…?

Pero ella la interrumpió:

—¡Te he dicho que lo beses! —Sabía que no lo haría, aunque también sospechaba que quizás alguno de los del grupo sintiera la tentación de hacerlo —. Concederé un año de inmunidad a cualquiera que dé un paso adelante para besarme el anillo.

Su líder palideció, aterrado ante la posibilidad de que aquella portadora turquesa de la muerte antinatural le robara a su rebaño.

—¡Entonad la salmodia! —les gritó el hombre a los suyos—. ¡Alejadlas!

Y todos empezaron con un extraño tarareo con la boca abierta, cada uno con una nota distinta, hasta que el conjunto sonó como un enjambre de abejas.

Citra bajó el anillo y sostuvo la mirada del líder durante un instante. Sí, el tonista había triunfado sobre la tentación, pero apenas, y lo sabía. Ella les dio la espalda y se fue con Curie. Incluso después de la partida de las segadoras, los tonistas siguieron con su zumbido, y lo más probable era que no pararan hasta su líder se lo pidiera.

—¿De qué te ha servido eso? —la regañó Marie—. ¿Nunca has oído la expresión: «Deja a la secta con su cacofonía»?

La mujer parecía inquieta al salir del parque, quizá por el recuerdo de su hermano.

—Lo siento —respondió Citra—. No debería haberle dado una patada a un nido de avispas.

—No. —Al cabo de un momento, añadió—: Aunque los tonistas me enfurezcan, el tipo tenía razón en algo: tus acciones siempre vuelven para atormentarte. Ya han pasado casi ciento cincuenta años desde que arrancara las últimas raíces podridas del Gobierno para abrir paso a un mundo mejor. Nunca he pagado por esos crímenes. Sin embargo, algún día, el eco regresará a por mí.

La segadora no dijo nada más y sus palabras quedaron flotando en el aire con la misma potencia que el zumbido de los tonistas, que Citra siguió

oyendo en su cabeza durante el resto del día.

32

Humildes en nuestra arrogancia

El día del Cónclave de Invierno, el siete de enero del Año del Ave Rapaz, hacía una mañana helada pero sin viento. Se trataba de un frío natural; el Nimbo no se andaba con sistemas meteorológicos delicados para los segadores. A veces, estos se quejaban de lo poco oportuno del tiempo e insistían en que el Nimbo lo hacía por despecho, lo que era ridículo, pero algunas personas no podían evitar atribuirle defectos humanos.

La Guardia del Dalle contaba con una presencia mayor de lo normal en el Cónclave de Invierno. Su principal objetivo siempre había sido controlar a la multitud y asegurarse de que los segadores tuvieran el camino despejado por los escalones de piedra que daban al Parlamento. No obstante, esta vez las escaleras estaban flanqueadas por dos hileras de guardias, codo con codo, y el decepcionado público que se agolpaba detrás apenas podía vislumbrar a los segadores que pasaban.

Algunas personas se abrieron paso para sacar una foto o atreverse a tocar una túnica. Antes, a aquellos ciudadanos con exceso de entusiasmo los empujaban de vuelta a la muchedumbre con una mirada de desaprobación o una reprimenda. Aquel día, los guardias habían recibido órdenes de despacharles con una bala. El mensaje caló después de que se llevaran a unos cuantos morturientos a los centros de reanimación. Y así se mantuvo el orden.

Como con todo los demás, los segadores tenían sentimientos encontrados con respecto a las nuevas medidas de seguridad.

—No me gusta —gruñó el segador Salk—. ¿No debería esta gente tener al menos la oportunidad de contemplarnos en toda nuestra gloria, en vez de tan sólo blandiendo el arma que los criba?

El segador Brahms ofreció un contrapunto al sentimiento:

—Yo aplaudo la sabiduría de nuestro sumo dalle al dedicar más medios —proclamó—. Nuestra seguridad es primordial.

La segadora O'Keefe comentó que deberían construir un túnel para que los segadores entraran bajo tierra… Y, aunque lo decía con humor negro, el segador Carnegie afirmó que hacía años que no le oía una idea tan buena.

Surgieron discrepancias y sacaron las uñas incluso antes de entrar en el edificio.

—Cuando acabemos con el segador Lucifer, todo se arreglará y regresará a la normalidad —dijo más de uno, como si atrapar al justiciero de túnica negra fuera la solución a todos los problemas.

La segadora de turquesa intentó subir las escaleras con porte orgulloso al lado de Curie para ahuyentar a Citra Terranova de su vida mientras durara el día y permitirse ser Anastasia por dentro y por fuera. Oyó los rezongos sobre el segador Lucifer en su camino de ascenso, aunque aquello la descorazonó más que inquietarla. Rowan no sólo seguía por ahí fuera, sino que ya lo llamaban segador Lucifer, así que lo aceptaban como uno de ellos, aunque no fuera su intención.

—¿De verdad creen que detener a Rowan resolverá todo lo que va mal en la Guadaña? —le preguntó a Curie.

—Algunos prefieren no ver que algo va mal.

A Anastasia le costaba creerlo, aunque, por otro lado, encontrar chivos expiatorios para los problemas complicados era un pasatiempo humano desde que la primera turba de cavernícolas derribó a alguien a pedradas.

La incómoda verdad era que la división dentro de la Guadaña era tan profunda como una herida de criba. Estaba el nuevo orden, con sus clichés para justificar unos apetitos sádicos, y la vieja guardia, que bramaba sobre cómo se suponía que debían ser las cosas pero era incapaz de actuar al respecto. Las dos facciones luchaban a muerte, cuando ninguna podía morir.

Como siempre, había un fastuoso banquete para desayunar en la rotonda, donde los segadores se reunían de manera informal antes del inicio del cónclave. Entre las viandas de aquella mañana había un bufé de marisco diseñado con una habilidad artística pasmosa. Bloques de salmón y arenque ahumados; abundancia de gambas y ostras en hielo; panes artesanos e incontables variedades de queso.

Anastasia creía no tener hambre, pero aquel banquete podía animar a los muertos a levantarse para una última comida. Aun así, al principio dudó en participar porque era como vandalizar una escultura. Pero los demás segadores, tanto los buenos como los malos, atacaron como pirañas, así que ella cedió e hizo lo mismo.

«Se trata de un rito oficioso que data de los viejos tiempos —le había explicado Curie en una ocasión—, cuando los segadores más austeros y reservados se permitían entregarse sin reservas a la gula tres veces al año».

Marie llamó la atención de Anastasia para que se fijara en los grupos de segadores y en cómo se dividían en camarillas. En ningún sitio era más clara la división que en la rotonda. Los segadores del nuevo orden emitían una vibración palpable: exudaban un egocentrismo descarado muy distinto a la prepotencia más sutil del resto de sus compañeros.

«Todos somos arrogantes —le había dicho también Marie—. Al fin y al cabo, nos eligen porque somos los más sabios y prometedores. Lo único a lo que podemos aspirar es a ser humildes en nuestra arrogancia».

Mientras Anastasia observaba a la multitud, se quedó helada al comprobar que muchos segadores habían modificado sus túnicas para añadir gemas bordadas, lo que, gracias a Goddard, su mártir, se había convertido en símbolo del nuevo orden. La primera vez que Citra asistió a un cónclave como novicia, había muchos más segadores independientes que no se alineaban con ninguna de las dos facciones, pero, al parecer, su número se había reducido mucho a medida que la línea en la arena se transformaba en una fisura que amenazaba con tragarse a los que no escogían un bando. Le horrorizó descubrir que el segador Nehru se había adornado la túnica gris plata con amatistas.

—Volta fue novicio mío —explicó—. Cuando se alineó con el nuevo orden, me lo tomé como un insulto personal… Pero después de su muerte en el incendio del monasterio tonista sentí que le debía el abrir la mente. Ahora disfruto con la criba y, para mí sorpresa, no es tan terrible.

Anastasia respetaba demasiado al venerable segador como para darle su opinión, pero Marie no era de las que se mordían la lengua.

—Sé que te importaba Volta —le dijo—, pero la tristeza no es excusa para la depravación.

Tal como pretendía, dejó a Nehru sin palabras.

Se quedaron comiendo entre los segadores de ideas similares a las suyas, todos los cuales lamentaban la trayectoria de la Guadaña.

—Nunca deberíamos haberles permitido llamarse «el nuevo orden» —comentó Mandela—. No hay nada nuevo en lo que hacen. Y marcarnos como «vieja guardia» a los que nos mantenemos fieles a la integridad de los fundadores sirve para restarnos importancia. Nuestras ideas son mucho más avanzadas que las de los que sirven a sus instintos primarios.

—No puedes decir eso mientras te comes un kilo de gambas, Nelson —bromeó el segador Twain, lo que arrancó las risitas de los demás, aunque a Mandela no le hizo gracia.

—Las comidas del cónclave se diseñaron para compensar una vida de privaciones —dijo—. Pero pierden su significado si hay segadores que no se privan de nada.

—El cambio es bueno, siempre que sirva al bien común —dijo Curie—. Sin embargo, los del nuevo orden no sirven a un bien común de ningún tipo.

—Debemos seguir luchando por nuestras creencias, Marie —dijo Meir—. Debemos conservar y exaltar las virtudes de la Guadaña, mantener los más altos valores éticos. Debemos cribar siempre con sabiduría y compasión, puesto que esa es nuestra esencia; y no debemos dar nunca por sentada la criba. Es una carga, no un placer. Es un privilegio, no un pasatiempo.

—¡Bien dicho! —exclamó Twain—. Tengo que creer que la virtud triunfará sobre el egoísmo del nuevo orden. —Entonces sonrió a Meir—. Por supuesto, Golda, suena un poquito a que le estás haciendo campaña al sumo dalle.

Ella se rio con ganas.

—Mira, un trabajo del que no me gustaría encargarme.

—Pero habrás oído los rumores, ¿no?

—Los rumores no son más que eso: rumores. Dejo los cotilleos para los segadores que todavía no han reiniciado el contador. Yo soy demasiado vieja para perder el tiempo con tontas especulaciones.

Anastasia se volvió hacia Curie.

—¿Qué rumores? —le preguntó.

Curie no le dio demasiada importancia.

—Cada par de años surgen los rumores de que Xenocrates dimitirá como sumo dalle, aunque nunca lo hace. Creo que él mismo inicia los rumores para asegurarse de que es el centro de atención.

Y, mientras pegaba la oreja a las distintas conversaciones, Anastasia se dio cuenta de que había tenido éxito: los que no debatían sobre Lucifer se dedicaban a desmenuzar todo tipo de rumores sobre Xenocrates. Que ya se había cribado; que había sido padre; que había sufrido un trágico accidente al reiniciar su contador y ahora tenía el cuerpo de un niño de tres años… Las habladurías campaban por sus respetos y a nadie parecía importarle que algunas fueran ridiculas. Formaba parte de la diversión.

Anastasia, con su propia arrogancia de segadora, había supuesto que se hablaría más sobre los intentos de acabar con su vida y la de Marie, pero aquello apenas había aparecido en los radares de la mayoría de los segadores.

—Me pareció oír que vosotras dos estabais escondidas, ¿no? —preguntó el segador Sequoyah—. ¿Tenía que ver con el tema este de Lucifer?

—Por supuesto que no —respondió Anastasia con más energía de la que pensaba. Marie intervino antes de que se liara más:

—Se trataba de un grupo de indeseables. Nos convenía adoptar un estilo de vida nómada hasta que consiguieron sacarlos a la luz.

—Bueno, me alegro de que esté resuelto —comentó Sequoyah, y regresó al bufé para servirse por segunda vez.

—¿Resuelto? —preguntó Anastasia, incrédula—. Todavía no tenemos ni idea de quién estaba detrás.

—Sí —respondió Marie con calma—, y quienquiera que fuera podría estar aquí mismo, en la rotonda. Mejor fingir despreocupación.

Constantine les había informado de que sospechaba que un segador estaba detrás de los ataques y ahora investigaba esa posibilidad. Anastasia lo buscó con la mirada. No le costó encontrarlo, puesto que su túnica carmesí destacaba; aunque, afortunadamente, no llevaba gemas. Constantine mantenía su postura neutral; algo era algo.

—Me alegro de que hayas recuperado tus ojos —le dijo Anastasia al ver que se acercaba.

—Siguen algo sensibles a la luz. Supongo que es cuestión de que se adapten.

—¿Alguna otra pista?

—No —respondió él con sinceridad—, aunque sospecho que esa materia fecal flotará hasta la superficie durante el cónclave. Ya veremos hasta qué punto apesta a conspiración. —Bueno, ¿cómo calificarías tu primer año?

Anastasia se volvió y se encontró con otro segador novato que llevaba una túnica vaquera desgastada y deshilachada adrede. Se trataba del segador Morrison, al que habían ordenado un cónclave antes que a ella. Era guapo e intentaba navegar por la Guadaña siguiendo las reglas del instituto, lo que, para sorpresa de Anastasia, le había llevado mucho más lejos de lo que ella suponía.

—Pues… ajetreado —respondió, ya que no le apetecía demasiado hablar del tema con él.

—¡Ya te digo! —exclamó el chico con una sonrisa.

Intentó zafarse, pero acabó engullida por una elegía de segadores novatos que parecían haber salido de la nada.

—Me encanta eso de que le des a tus sujetos un mes de aviso —dijo una chica cuyo nombre no recordaba—. A lo mejor lo pruebo.

—Bueno, ¿cómo es cribar con la segadora Curie? —preguntó otro joven.

Anastasia intentó comportarse con educación y paciencia, aunque ser el centro de su atención la incomodaba. Quería hacer amigos de su edad dentro de la organización, pero muchos de los novatos se esforzaban demasiado por ganarse su favor.

«Cuidado —le había dicho Curie después del Cónclave de la Cosecha—, porque puedes encontrarte con un séquito».

Ella no deseaba un séquito ni relacionarse con la clase de segadores que sí lo deseaban.

—Deberíamos salir a cribar juntos —le sugirió Morrison con un guiño, lo que le molestó—. Sería divertido.

—¿Divertido? ¿Así que te has pasado al nuevo orden?

—Estoy en los dos lados —dijo, y después corrigió un poco el rumbo a toda prisa—: Bueno, que todavía no me he decidido:

—Pues avísame cuando te decidas.

Y se alejo dejando que aquello fuera su despedida. Cuando ordenaron a Morrison, a ella le había parecido admirable que eligiera a una figura histórica femenina como nombre y le preguntó si podía llamarlo Toni. Él procedió a informarle, algo asqueado ante la idea, que su patrono era Jim Morrison, un compositor y cantante de la era mortal que había muerto de sobredosis. Citra recordaba algo de su música, así que le dijo a Morrison que su histórico patrono al menos acertó al escribir que «la gente es extraña». Refiriéndose a la gente como el segador Morrison. Desde entonces, el joven había decidido que su misión en la vida consistía en ganársela con su encanto.

—A Morrison le debe de fastidiar que la mayoría de los segadores novatos queramos pasar el rato contigo más que con él —le dijo la segadora Beyoncé unos minutos después, y Anastasia casi le arranca la cabeza.

—¿Pasar el rato? Los segadores no hacen eso. Nosotros cribamos y nos apoyamos.

Eso le cerró la boca, aunque, al parecer, también subió a Anastasia a un pedestal más alto. Recordó lo que le había dicho Constantine antes del último ataque: que era un objetivo más importante que Marie porque su influencia entre los segadores novatos era mayor. No quería esa influencia, aunque no podía negar que estaba allí. Quizás algún día se acostumbrara y encontrara el modo de usarla para algo útil.

A las 6:59 de la mañana (justo antes de que las puertas de latón se abrieran para dejar entrar a los segadores midmericanos a su cónclave), el sumo dalle Xenocrates hizo acto de presencia y acabó con los rumores de su criba o de su regreso a la infancia.

—Es raro que llegue tan tarde —meditó Marie en voz alta—. Normalmente es de los primeros y se pasa todo el tiempo que puede hablando con los demás.

—Puede que no quisiera responder a las preguntas sobre el segador Lucifer —dijo Anastasia.

—Puede.

Por la razón que fuera, Xenocrates evitó las conversaciones en los escasos minutos que tuvo antes de que se abrieran las enormes puertas y los segadores entraran en la cámara semicircular.

La sesión de apertura del cónclave era la típica y avanzaba con la lentitud de sus rituales. Primero, la entonación de los nombres, donde cada segador elegía a diez de sus víctimas más recientes y las homenajeaba con el solemne tañido de una campana de hierro. Después, el lavado de manos, con el que los segadores se limpiaban simbólicamente cuatro meses de sangre. Como novata, a Citra le parecía absurdo, pero ahora, como segadora Anastasia, entendía el profundo poder emocional y psicológico de una purificación en grupo después de pasarte tantos días arrebatando vidas.

Durante la pausa de media mañana, todos salieron a la rotonda, donde habían sustituido el banquete del desayuno por una artística composición de *cupcakes* glaseados para imitar las túnicas de todos y cada uno de los segadores de Midmérica. Era una de aquellas cosas que en su momento debía de haberles parecido buena idea y que tenía un aspecto impresionante, pero que se desmoronó en cuanto los segadores llegaron a la mesa y se pusieron a intentar localizar su *cupcake* concreto, para a menudo descubrir que ya se lo había comido alguien con más hambre. Mientras que las charlas del desayuno se centraban en saludos y trivialidades, las de media mañana eran más sustanciosas. Cervantes, que dirigió el reto de bokator durante el noviciado de Anastasia, se le acercó para hablar sobre la posición social que ella intentaba evitar.

—Con tantos segadores novatos atraídos por el nuevo orden, muchos de nosotros creemos que sería buena idea empezar un comité de tradiciones en el que estudiar las enseñanzas (y, lo que es más importante, las intenciones) de los fundadores.

Anastasia le dio una opinión sincera:

—Parece buena idea, siempre que haya novatos que quieran apuntarse.

—Ahí es donde entras tú. Nos gustaría que lo propusieras. Creemos que así avanzaríamos mucho en la creación de unos cimientos sólidos en los segadores más jóvenes con la que oponernos al nuevo orden.

—El resto de nosotros te apoyaríamos al cien por cien —añadió la segadora Angelou, que se había unido a la conversación.

—Y, como lo propondrías tú, lo más lógico sería que presidieras el comité —dijo Cervantes.

A Anastasia nunca se le había ocurrido que tendría la posibilidad de estar en un comité tan pronto, y mucho menos de presidir uno.

—Me halaga que me consideréis capaz de dirigir un comité…

—Oh, eres mucho más que capaz —la interrumpió Angelou.

—Maya tiene razón —dijo Cervantes—. Es probable que sólo contigo pudiera ser relevante un comité de este tipo.

Resultaba emocionante que segadores tan experimentados como Cervantes y Angelou confiaran tanto en ella. Recordó a los segadores novatos que la perseguían. ¿Sería aquel el modo de aprovechar su energía para honrar las intenciones de los segadores fundadores? No lo sabría si no lo intentaba. Quizá debiera dejar de evitar a los otros novatos y comprometerse de verdad con ellos.

Cuando regresaron a la cámara, Anastasia le contó la idea a Curie. A la segadora le agradó que hubieran elegido a su protegida para un puesto tan importante.

—Ya va siendo hora de que encontremos el modo de orientar adecuadamente a los segadores novatos. Últimamente parecen demasiado apáticos.

La joven estaba preparada para proponer el comité algo más tarde, pero, justo antes de que salieran a comer, alguien puso patas arriba el escenario en el que jugaba la Guadaña.

Después de castigar al segador Rockwell por cribar a demasiados indeseables y de alabar a la segadora Yamaguchi por el arte de sus cribas, el sumo dalle Xenocrates realizó un anuncio.

—Esto os concierne a todos —empezó—. Como sabéis, llevo siendo sumo dalle de Midmérica desde el Año del Lémur…

De repente, la habitación guardó un silencio sepulcral. El hombre se tomó su tiempo para que el silencio arraigara antes de seguir hablando:

—Aunque cuarenta y tres años no son más que una gota de agua en el mar del tiempo, es demasiado para hacer lo mismo día tras día.

Anastasia se volvió hacia Marie y susurró:

—¿Con quién cree que habla? Todos hacemos lo mismo día tras día.

Marie no la silenció, aunque tampoco respondió a su comentario.

—Son tiempos difíciles —siguió Xenocrates— y me parece que serviré mejor a la Guadaña en otro puesto.

Y, por fin, fue al grano:

—Me alegra informaros de que he decidido suceder al verdugo mayor Hemingway en el Consejo Mundial de Segadores cuando él se cribe mañana por la mañana.

Empezaron los cuchicheos y las charlas en la cámara, y Xenocrates tuvo que usar el martillo para pedir orden…, aunque, tras un anuncio semejante, el orden tardó en volver a establecerse.

Anastasia miró a Curie, pero Marie estaba tan tensa y taciturna que no se atrevió a preguntar. Así que se giró hacia el segador Al-Farabi, que estaba al otro lado.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? ¿Nombrará al siguiente sumo dalle?

—¿Es que no estudiaste los procedimientos parlamentarios de la Guadaña durante tu noviciado? —la regañó él—. Votaremos a un nuevo sumo dalle al final de la jornada.

La cámara echaba humo, todos los segadores susurraban y se apresuraban a posicionarse, a crear y a confirmar alianzas después del anuncio de Xenocrates. Entonces, una voz surgió del otro extremo del cuarto:

—Nomino a la honorable segadora Marie Curie para el puesto de suma dalle de Midmérica.

Anastasia reconoció la voz al instante, aunque, de no haberlo hecho, le habría costado no distinguir al segador Constantine con su túnica carmesí cuando se levantó para nominar.

La joven miró de inmediato a Marie, que había cerrado los ojos con fuerza, y así supo que por eso la mujer había estado tan tensa y silenciosa hasta el momento: sabía que alguien iba a nominarla. Aun así, que hubiera sido Constantine debía de haberle sorprendido incluso a ella.

—¡Secundo la nominación! —gritó otro segador. Se trataba de Morrison, que lanzó una mirada rápida a Anastasia, como si ser el primero en secundar a Marie sirviera para ganarse a su protegida.

Curie abrió los ojos y empezó a negar con la cabeza.

—Voy a tener que negarme —dijo, más para sí que a Anastasia, pero cuando hizo ademán de levantarse para anunciarlo, la joven le tocó el brazo con amabilidad para detenerla, como siempre había hecho Marie por ella cuando estaba a punto de tomar una decisión apresurada.

—No, espera un poco. Veamos en qué acaba esto.

La segadora se lo pensó y dejó escapar un suspiro.

—Te garantizo que en nada bueno.

Pero se mordió la lengua y aceptó la nominación. Por el momento.

Entonces, una segadora de túnica rosa coral tachonada de turmalinas se levantó y dijo:

—Nomino al segador Nietzsche.

—Por supuesto que sí —comentó Al-Farabi, asqueado—. El nuevo orden nunca deja pasar la oportunidad de alzarse con el poder.

Se lanzaron gritos de apoyo y de protesta que sacudieron las paredes, mientras el martillo de Xenocrates no podía hacer más que añadir su ritmo al encono. La nominación del segador Nietzsche la secundó otro segador enjoyado.

—¿Alguna nominación más antes de que paremos para comer? —gritó el sumo dalle.

Y aunque se nominó al segador Truman, un conocido independiente, ya era demasiado tarde. Las líneas de combate se habían marcado y nadie secundó la última nominación.

33

Instituto con asesinatos

—¡En qué estabas pensando!

La segadora Curie abordó a Constantine en la rotonda en cuanto salieron a comer. Y, aunque era un hombre alto, pareció encoger ante la furia de la Gran Dama de la Muerte.

—Estaba pensando en que ahora conocemos la razón por la que os atacaron a ambas.

—¿De qué estás hablando?

Sin embargo, Anastasia lo entendió incluso antes que Marie:

—¡Alguien lo sabía!

—Sí —respondió Constantine—. Se supone que la elección de un nuevo verdugo mayor se realiza en secreto, pero alguien sabía que Xenocrates iba a dejar libre el puesto de sumo dalle. Quien fuera quiso eliminarte de la competición, Marie, y evitar que tu joven protegida convenciera a los segadores novatos de votar por una candidata que defendiera las antiguas costumbres.

Eso desinfló un poco la ira de Curie. Necesitó un momento para asimilarlo.

—¿Crees que fue Nietzsche?

—No. Puede que sea del nuevo orden, pero no es de esa clase. La mayoría de los segadores del nuevo orden se limitan a forzar un poco las leyes, pero sin llegar a romperlas, y él no es distinto.

—Entonces, ¿quién?

Constantine no tenía respuesta.

—Pero al nominarte a ti primero contamos con cierta ventaja. Nos permite observar las reacciones de los demás y, quizás, alguno se descubra.

—Y si Constantine no te hubiera nominado, lo habría hecho yo —afirmó Mandela, que apareció detrás de ellos.

—Y yo —dijo Twain.

—Así que, ya ves —dijo Constantine, que esbozaba una sonrisa de satisfacción—, tu nominación era segura. Sólo he querido asegurarme de que también fuera estratégica.

—¡Pero no quiero ser suma dalle! ¡Lo he conseguido evitar toda la vida! —Después se volvió hacia la segadora Meir, que estaba al borde de su círculo —. ¡Golda! ¿Por qué no tú? Siempre sabes lo que decir para motivar a la gente. ¡Serías una suma dalle espectacular!

Meir levantó las manos.

—¡Cielos, no! Se me dan bien las palabras, pero no las multitudes. ¡Que mi histórica patrona fuera una líder fuerte no me convierte en una! Será un placer escribirte los discursos, pero hasta ahí llego.

El rostro de Curie, casi siempre tan estoico, dejaba traslucir una angustia muy poco propia de ella.

—¡Lo que hice en mi pasado, todos esos actos por los que la gente me elogia, es justo lo que me descalifica para ser suma dalle!

Al oír aquello, Constantine se rio.

—Marie, si nos juzgaran por lo que más lamentamos, ningún ser humano sería digno ni de barrer el suelo. Tú eres la más cualificada y ya es hora de que lo aceptes.

La tormenta de la cámara del cónclave no afectó el aperitivo de los segadores. Todo lo contrario: comieron con más voracidad. Anastasia vagó por la rotonda intentando evaluar la situación. Los segadores del nuevo orden tramaban planes y subterfugios, al igual que los de la vieja guardia. El día no acabaría hasta que eligieran a un nuevo líder porque, al menos, algo habían aprendido de los abusos de las competiciones políticas de la Era de la Mortalidad. Lo mejor era realizar la elección lo más deprisa posible, antes de que todo el mundo acabara incluso más amargado y disgustado de lo que ya estaba.

—No conseguirá los votos —decían todos de Nietzsche—. Incluso los que lo apoyan lo hacen porque es lo mejor que tienen.

—Si gana Curie —comentó Morrison, a quien Anastasia no conseguía evitar—, serás una de sus segadoras subordinadas. Es un puesto de mucho poder.

—Bueno, yo votaré por ella —afirmó Yamaguchi, que todavía estaba resplandeciente tras los halagos del día—. Será mucho mejor que Xenocrates.

—¡Te he oído! —dijo el sumo dalle, que se metió en la conversación como un dirigible. Yamaguchi estaba abochornada, aunque Xenocrates derrochaba jovialidad—. No te preocupes, ¡ya no necesitas impresionarme a mí!

El hombre estaba eufórico tras haber podido anunciar al fin su nombramiento.

—Entonces, ¿cómo lo llamamos ahora, su excelencia? —le preguntó Morrison, el eterno pelota.

—Como verdugo mayor, ahora tendrán que llamarme «su eminente excelencia» —respondió, como un crío que acaba de llegar a casa con un boletín de notas perfecto. Quizá lo hubieran transformado en niño, al fin y al cabo.

—¿Ha hablado ya con el segador Constantine? —le preguntó Anastasia, y eso lo desinfló un poco.

—He procurado mantener la distancia con él, ya que lo preguntas —dijo en tono de confidencia, aunque lo bastante alto para que lo oyeran los demás —. Estoy seguro de que quiere hablar de las últimas novedades sobre tu viejo amigo, Rowan Damisch, pero no me interesa. Será problema del nuevo sumo dalle.

La mención a Rowan la sacudió como un golpe de refilón, aunque se recuperó deprisa.

—Debería hablar con Constantine. Es importante.

Y para asegurarse de que lo hiciera, gesticuló hacia el otro segador, que se acercó de inmediato.

—Su excelencia —lo saludó, porque todavía no era eminente—, necesito saber a quién le habló de su nombramiento.

A Xenocrates le ofendió la insinuación.

—A nadie, por supuesto. La elección para suceder a un verdugo mayor se mantiene en secreto.

—Sí, pero ¿alguien puede haberse enterado?

Xenocrates guardó silencio un instante, y así supieron que les ocultaba algo.

—No, nadie.

Constantine no respondió, sino que esperó a que confesara.

—Por supuesto, la noticia llegó durante una de mis fiestas.

El sumo dalle era conocido por sus fiestas. Cenas íntimas, sólo para dos o tres segadores. Era un honor ser invitado a compartir el pan con el sumo dalle, y parte de su estrategia diplomática consistía en invitar a segadores que se odiaban entre sí con la esperanza de forjar amistades o, al menos, treguas significativas. A veces lo conseguía, a veces no.

—¿Quién estaba allí?

—Atendí la llamada en otro cuarto.

—Sí, pero ¿quién estaba?

—Dos segadores. Twain y Brahms.

Anastasia conocía a Twain bastante bien. Afirmaba ser independiente, pero casi siempre se alineaba con la vieja guardia cuando se trataba de decisiones importantes. A Brahms sólo lo conocía por conversaciones con los demás.

«Lo ordenaron el Año del Caracol —le había dicho una vez Curie—. Resulta apropiado, puesto que el hombre parece dejar un rastro de baba por dondequiera que pasa». Aunque también afirmaba que Brahms era inofensivo. Un segador deslucido y perezoso que hacía su trabajo y poco más. ¿Podría un hombre así ser el cerebro detrás de la trama contra ellas?

Antes de que acabara la comida, Anastasia se acercó a Brahms, que en aquel momento observaba la mesa de postres, para ver si lograba averiguar a quién debía lealtad.

—No sé tú, pero a mí nunca me queda sitio para el postre en las comidas del cónclave —comentó.

—El truco consiste en comer despacio —respondió él—. «Frena para el pudin», como decía mi madre.

Entonces cogió una porción de tarta del bufé y Anastasia vio con claridad que le temblaban las manos.

—Deberías ir a que te lo miraran —le dijo la chica—. Puede que tengas que reajustarte los nanobots.

—Es por la emoción. No todos los días se elige a un sumo dalle.

—¿Puede contar con tu voto la segadora Curie?

Brahms se rio entre dientes.

—Bueno, ¡te aseguro que no voy a votar por Nietzsche!

Después se disculpó y desapareció entre la gente con su trozo de tarta de manzana.

Avisaron a los vendedores de armas de que no tendrían tiempo para publicitar sus productos en el cónclave y los sacaron de allí. La tarde pertenecía a los segadores Nietzsche y Curie, que debían convencer a la Guadaña de que votara por ellos.

—Sé que no quieres hacerlo —le dijo Anastasia a Marie—, pero tienes que actuar como si quisieras.

Curie la miró, algo burlona.

—¿Pretendes enseñarme cómo presentarme ante la Guadaña?

—No… —dijo su pupila, pero entonces recordó la actitud de Morrison entre los segadores—. Bueno, la verdad es que sí. Esto me recuerda a los concursos de popularidad del instituto… y eso me pilla a mí más cerca que a ti.

Curie dejó escapar una triste risotada.

—Has dado en el clavo, Anastasia, justo eso es la Guadaña: un instituto con asesinatos.

Como uno de sus últimos actos, el sumo dalle dio inicio a la sesión de la tarde. Los dos nominados ofrecerían un discurso improvisado, seguido de un debate moderado por el parlamentario, que estaba sentado a la derecha de Xenocrates. Después, tras una sesión de preguntas, el secretario, a la izquierda de Xenocrates, contaría las papeletas en una votación secreta.

Los dos nominados usarían un método muy moderno y tecnológicamente sofisticado para decidir quién iba primero: lanzar una moneda al aire. Por desgracia, como el dinero físico ya no era algo común en el mundo, enviaron a uno de los novicios a las oficinas a buscar una.

Después, mientras esperaban a la moneda, los acontecimientos dieron un giro muy extraño.

—Perdóneme, su excelencia —dijo una voz temblorosa, que después añadió, algo más firme—: ¡Perdóneme, su excelencia!

Era el segador Brahms, y había algo distinto en él, aunque Anastasia no lograba identificarlo.

—El cónclave reconoce al honorable segador Brahms —respondió Xenocrates—. Pero, sea lo que sea lo que tengas que decir, date prisa para que podamos seguir con el proceso.

—Tengo otra nominación.

—Lo siento, Brahms, pero no te puedes nominar a ti mismo… Debe hacerlo otra persona.

Unos cuantos segadores se rieron de la burla.

—No me nomino a mí, su excelencia.

Se aclaró la garganta y fue entonces cuando Anastasia se percató de la diferencia: ¡se había cambiado de túnica! Seguía siendo una túnica de terciopelo color melocotón con un ribete celeste, salvo que esta estaba tachonada de ópalos que brillaban como estrellas.

—Deseo nominar al honorable segador Robert Goddard para el puesto de sumo dalle de Midmérica.

Silencio durante un momento…, después, algunas risitas, aunque no burlonas, sino nerviosas.

—Brahms —repuso Xenocrates, despacio—, por si se te ha olvidado, el segador Goddard lleva muerto un año.

Y entonces, poco a poco, empezaron a abrirse las pesadas puertas de bronce de la cámara del cónclave.

34

El peor de los mundos posibles

Las puertas de bronce se abrieron poco a poco, y por ellas entró el segador incinerado. La sala se llenó de gritos de horror y chirridos de asientos al levantarse los allí reunidos para verlo más de cerca.

—¿De verdad es él?

—No, no puede ser.

—¡Es un truco!

—¡Es un impostor!

Recorrió el pasillo central con unos andares que no eran los suyos. Más sueltos que antes. Más juveniles. Y, por algún motivo, parecía un poco más bajo.

—¡Sí, es Goddard!

—¡Se alza de sus cenizas!

—¡El momento no podía ser más oportuno!

—¡El momento no podía ser menos oportuno!

Detrás de él entró una figura familiar vestida de verde. ¿La segadora Rand también estaba viva? Las miradas de todos se volvieron hacia las puertas abiertas, esperando que también Chomsky y Volta regresaran de entre los muertos, pero nadie más entró.

En la tribuna, Xenocrates palideció.

—¿Q-q-qué quiere decir esto?

—Perdone mi ausencia en los últimos cónclaves, su excelencia —dijo Goddard con una voz muy distinta—, pero estaba muy indispuesto y, por tanto, me fue imposible asistir, como puede confirmarle la segadora Rand.

—P-pero… ¡identificaron tu cuerpo! ¡Estaba quemado hasta los huesos!

—Mi cuerpo, sí, pero la segadora tuvo la amabilidad de buscarme un cuerpo nuevo.

Entonces, un aturullado Nietzsche se levantó, claramente tan sorprendido por los acontecimientos como todos los demás.

—Su excelencia, deseo retirar mi nominación a sumo dalle. Deseo retirarme y secundar oficialmente la nominación del honorable segador Goddard.

Más caos en la sala. Acusaciones airadas y gritos de infortunio, aunque también risas de emoción y estallidos de alegría. No faltaba ni una sola emoción ante el retorno de Goddard. Sólo Brahms parecía tranquilo, y Anastasia se dio cuenta de que no era la mente criminal, sino el gusano en la manzana. Era la mano en la sombra de Goddard.

—Es-esto es muy irregular —tartamudeó Xenocrates.

—No —dijo Goddard—, lo irregular es que todavía no haya atrapado al animal que acabó con las vidas de los queridos segadores Chomsky y Volta, y que intentó acabar con Rand y conmigo. Mientras hablamos, sigue campando por sus respetos, libre para matar segadores a placer sin que su excelencia haga nada más que prepararse para su ascenso al Consejo Mundial. —Entonces, se volvió hacia la Guadaña—. Cuando sea sumo dalle, acabaré con Rowan Damisch y pagará por sus crímenes. ¡Os prometo que lo encontraré antes de que pase una semana en mi puesto!

La proclamación arrancó los vítores de los presentes, y no sólo rugieron su aprobación los del nuevo orden, lo que dejaba claro que, si bien Nietzsche no contaba con los votos suficientes para ganar, Goddard quizá sí.

En algún lugar detrás de Anastasia, el segador Asimov lo resumió mejor que nadie:

—Acabamos de entrar en el peor de los mundos posibles.

Arriba, en las oficinas administrativas de la Guadaña, un novicio en su primer cónclave buscaba con frenesí una moneda. Si no la encontraba, le caería una regañina, pero lo peor sería la humillación delante de todos los segadores. Qué veleidoso el mundo, pensó, en el que su vida, su futuro, podía depender de una sola moneda.

Por fin encontró una deslustrada y verde en el fondo de un cajón que quizá llevara sin abrirse desde la edad mortal. La imagen grabada era de Lincoln, un presidente de cierta fama en aquella época. Habían tenido a un segador Lincoln. No uno de los fundadores, pero casi. Como Xenocrates, era un sumo dalle midmericano que había llegado a verdugo mayor, aunque se había cansado de tanta responsabilidad y se había cribado mucho antes del nacimiento del novicio. Qué apropiado, pensó, que la efigie de cobre de su histórico patrono desempeñara un papel tan relevante en el nombramiento del nuevo sumo dalle.

Cuando el muchacho regresó a la cámara del cónclave, descubrió, consternado, que las cosas habían cambiado radicalmente en su ausencia, y

lamentó haberse perdido toda la emoción. Xenocrates pidió a la segadora Curie que se acercara al frente de la cámara para el lanzamiento de la moneda que daría inicio al debate, un debate que sería muy distinto al que ella se esperaba. Marie decidió tomarse su tiempo. Se levantó, se alisó la túnica y rotó los hombros para librarse de un calambre en el cuello. Se negó a dejarse llevar por la ansiedad del momento.

—Es el principio del fin —oyó decir al segador Sun Tzu.

—Después de esto no hay vuelta atrás —coincidió Cervantes.

—¡Parad! —les pidió ella—. Lamentarse de que el cielo cae sobre nuestras cabezas no sirve para detenerlo.

—Debes vencerlo, Marie —dijo Cervantes—. ¡Debes!

—Eso pretendo.

Miró a Anastasia, que estaba de pie, fiel, a su lado.

—¿Estás lista para esto? —le preguntó la joven.

La pregunta era risible. ¿Cómo se podía preparar alguien para enfrentarse a un fantasma? Peor, a un mártir.

—Sí, estoy lista. Deséame suerte, querida.

—No. —Y cuando Marie la miró en busca de una explicación, la chica sonrió y dijo—: La suerte es para los perdedores. Tú tienes a la historia de tu lado. Tienes la presencia. La autoridad. Eres la Gran Dama de la Muerte. —Y entonces añadió—: Su excelencia.

Marie no pudo reprimir la sonrisa. Aquella chica, a la que ni siquiera quería como protegida en un principio, se había convertido en su mayor defensora. En su mejor amiga.

—Bueno, en tal caso, se van a enterar —dijo.

Y, sin más, se dirigió al frente de la cámara, erguida y orgullosa, para enfrentarse al nada honorable segador Goddard.

35

La solución del siete por ciento

Se decidió romper con la tradición y ordenar a los nuevos segadores para después examinar a los novicios antes del voto. Así todos tendrían algo de tiempo para digerir el debate, aunque, teniendo en cuenta su polémica, no bastaría con unas horas para procesarlo de verdad.

La segadora Curie salió del debate emocionalmente exhausta. Anastasia lo notaba, pero Marie consiguió ocultárselo a los demás.

—¿Cómo he estado?

—Espectacular —respondió su pupila, y todos los que se sentaban a su alrededor dijeron lo mismo, aunque se palpaba un mal presentimiento en el aire que nublaba los mejores deseos de aquella tarde.

La Guadaña salió a la rotonda para un descanso muy necesario después del debate. Quizá tuviera que ver con los excesos de la comida, pero el caso es que nadie le prestó atención al aperitivo de la tarde. Por una vez, todos los segadores parecían coincidir en que se estaba cociendo algo más importante que la comida.

Curie estaba rodeada de sus partidarios más importantes, como si fuera una fuerza protectora: Mandela, Cervantes, Angelou, Sun Tzu y muchos otros. Como siempre, Anastasia se sentía fuera de lugar entre personas tan grandes, a pesar de que ellas le hacían sitio para que se sintiera como una igual entre ellas.

—¿Qué pinta tiene? —preguntaba Curie a cualquiera con las agallas suficientes para responderle.

Mandela sacudió la cabeza, consternado.

—No tengo ni idea. Somos más que los seguidores más dedicados de Goddard, pero sigue habiendo más de cien segadores sin alinear que podrían votar a cualquiera de los dos.

—Si me preguntas a mí —dijo Sun Tzu, siempre pesimista—, esto ya está decidido. ¿Has oído las preguntas que han planteado? «¿Cómo afectará la eliminación de la cuota a nuestra elección de cribas?», «¿Se relajará la ley que prohíbe el matrimonio y las parejas?», «¿Podríamos librarnos de la revisión

del índice genético para que no se penalicen los sesgos étnicos esporádicos?». —El hombre sacudió la cabeza, asqueado.

—Es cierto —tuvo que reconocer Anastasia—. Casi todas las preguntas iban dirigidas a Goddard.

—¡Y él les decía lo que quisieran escuchar! —añadió Cervantes.

—Así son siempre las cosas —se lamentó Angelou.

—¡No con nosotros! —dijo Mandela—. ¡Estamos por encima de eso, no nos dejamos cegar por los objetos brillantes!

Cervantes echó un vistazo por la sala.

—¡Díselo a los segadores que se han puesto gemas en las túnicas!

Entonces, una nueva voz se sumó a la conversación: el segador Poe, que siempre parecía incluso más lúgubre que su histórico patrono.

—No quiero ser el heraldo del desastre, pero es una votación secreta. Seguro que unos cuantos de los que afirman apoyar a Curie en público votarán por Goddard cuando nadie mire.

La verdad de aquella afirmación los estremeció a todos más que un cuervo llamando a su puerta.

—¡Necesitamos más tiempo! —gruñó Marie, pero el tiempo era un lujo del que no disponían.

—El motivo por el que se vota en el mismo día es, precisamente, evitar los complots y extorsiones que surgirían en una competición eterna —le recordó Angelou.

—¡Pero los está engatusando! —exclamó Sun Tzu—. Ha salido de la nada para ofrecerles la ambrosía de los dioses, ¡todo lo que un segador podría desear! ¿Quién va a culparlos por quedar hipnotizados?

—¡Estamos por encima de eso! —insistió Mandela de nuevo—. ¡Somos segadores!

—Somos seres humanos —dijo Marie—. Cometemos errores. Créeme, si Goddard acaba como sumo dalle, la mitad de los segadores que lo voten se arrepentirán por la mañana, cuando ya sea demasiado tarde.

Cada vez más segadores se acercaban para ofrecerle su apoyo a Marie, aunque no había forma de saber si serían suficientes. Anastasia decidió que, en los minutos de descanso que quedaban, representaría su papel. Usaría su influencia para hablar con los segadores novatos. Quizá lograra persuadir a los que todavía no hubieran caído bajo el hechizo de Goddard. Pero, por supuesto, al primero que se encontró fue a Morrison.

—Un día emocionante, ¿eh?

A Anastasia no le quedaba paciencia para soportarlo.

—Morrison, por favor, déjame en paz.

—Eh, no seas… dura —respondió el joven, aunque su vacilación en medio de la frase le dejaba claro que había querido decir «zorra».

—Me tomo muy en serio ser segadora. Sentiría más respeto por ti si hicieras lo mismo.

—¡Lo hago! Por si se te ha olvidado, secundé la nominación de la Gran Dama, ¿no? Sabía que me convertiría en enemigo de todos los segadores del nuevo orden, pero lo hice de todos modos.

La chica se daba cuenta de que estaba permitiendo que la arrastrara a su drama y sabía que estaba perdiendo un tiempo muy valioso.

—Si quieres ser de utilidad, Morrison, usa tu encanto y tu atractivo para conseguirle más votos a Curie.

—Así que crees que soy atractivo, ¿eh? —repuso él con una sonrisa.

Ya estaba harta. No merecía la pena. Lo apartó de un empujón, aunque no sin que antes él dijera algo que la detuvo en seco:

—Da mal rollo que Goddard no sea del todo Goddard, ¿verdad?

Se volvió hacia él, con aquellas palabras tan enganchadas a su cabeza que casi dolía.

Al ver que había conseguido captar su atención de nuevo, el chico siguió hablando:

—Quiero decir que la cabeza de una persona es, ¿qué? ¿El diez por ciento de una persona? ¿No?

—El siete por ciento —lo corrigió Anastasia, que recordaba el dato de sus estudios de anatomía. Los engranajes de su cerebro, hasta el momento parados, empezaron a girar con una energía poco común—. Morrison, eres un genio. Bueno, eres un idiota, ¡pero también eres un genio!

—Gracias. Creo.

Las puertas de la cámara ya se habían abierto para que entraran los segadores. Anastasia se abrió paso en busca de las caras más amistosas, las que sabía que se la jugarían por ella.

La segadora Curie ya estaba dentro, pero no iba a decírselo a Marie; bastante tenía ya de lo que preocuparse. Tampoco se lo podía decir a Mandela, puesto que era el presidente del comité que concedía los anillos y estaría a cargo de entregárselos a los novatos que estaban a punto de ser ordenados segadores. Al-Farabi era una posibilidad, aunque ya la había regañado por su falta de conocimientos sobre los procedimientos parlamentarios; la regañaría otra vez. Lo que necesitaba era a alguien a quien

considerara un amigo y que pudiera instruirla sobre las maquinaciones estructurales de la Guadaña. Sobre cómo se hacían las cosas… y cómo no.

Pensó en el Nimbo. En cómo había encontrado un resquicio legal en sus propias leyes para poder hablar con ella cuando estaba entre la vida y la muerte. Le dijo que era importante. Esencial, incluso. Anastasia sospechaba que parte de eso se refería a lo que hiciera en aquellos momentos. Le tocaba a ella encontrar un resquicio legal y ensancharlo lo bastante como para que toda la Guadaña pasara por él.

Por fin eligió a un conspirador a la altura.

—Segador Cervantes —dijo mientras lo agarraba con delicadeza por el brazo—, ¿podría hablar un momento contigo? Ordenaron a dos segadores nuevos y rechazaron a dos novicios. El que corrió a por la moneda, en un giro irónico de los acontecimientos, decidió llamarse segador Thorpe, como el famoso atleta Olímpico conocido por su velocidad. La otra se convirtió en la segadora McAuliffe, por la primera mujer astronauta en morir en un desastre espacial, uno que sucedió mucho antes de los espantosos accidentes de la edad posmortal.

La Guadaña estaba al borde de un ataque de ansiedad para cuando los novicios en su primer y segundo cónclave acudieron a sus pruebas; el voto del sumo dalle era lo único en mente de todos, pero Xenocrates decidió que no tendría lugar hasta después de las pruebas porque, ganara quien ganara, no habría forma de continuar con el orden del día después de eso.

Las pruebas, de las que se encargaba el segador Salk, examinaban sus conocimientos sobre venenos. A cada novicio se le pidió que preparara un veneno específico y su antídoto, y que después ingirieran uno detrás del otro. Seis tuvieron éxito, tres no y acabaron morturientos, de modo que se los llevaron a un centro de reanimación.

—Muy bien —dijo Xenocrates después de que sacaran a los últimos novicios morturientos—, ¿tenemos algún otro asunto que atender antes de la votación?

—¡Empecemos de una vez! —gritó alguien que estaba ya algo harto, y con razón.

—Muy bien. Por favor, usad las tablets. —Hizo una pausa mientras los segadores se preparaban para el voto electrónico instantáneo escondiendo las tablets en los pliegues de sus túnicas para que ni siquiera el vecino de al lado viera su voto—. La votación comenzará cuando dé la señal y durará diez segundos. Cualquier voto que falte se considerará una abstención.

Anastasia no le dijo nada a Curie, sino que miró a Cervantes a los ojos, que asintió. Respiró hondo.

—¡Comenzad! —ordenó Xenocrates, y así dio comienzo la votación.

Anastasia votó en el primer segundo. Después esperó… y esperó. Contuvo el aliento. La sincronización debía ser perfecta. No había margen para el error. Entonces, a los ocho segundos, se levantó y gritó lo bastante alto para que todos la oyeran:

—¡Exijo una investigación!

El sumo dalle se levantó.

—¿Una investigación? ¡Estamos en medio del voto!

—Al final del voto, su excelencia. El tiempo se ha agotado. Todos los votos se han emitido. —Anastasia no permitió que el sumo dalle la callara—. ¡Hasta el momento en que se anuncien los resultados, cualquier segador que tenga la palabra puede exigir una investigación!

Xenocrates miró al parlamentario, que dijo:

—Tiene razón, su excelencia.

Al menos cien segadores rugieron de ira, pero Xenocrates, que hacía tiempo que había renunciado a usar el martillo, les gritó con tanta furia que silenció las objeciones casi por completo.

—¡Controlaos ahora mismo, por favor! —ordenó—. ¡Y si alguien no es capaz, lo expulso del cónclave! —Después se volvió hacia Anastasia—. ¿En qué te basas para pedir una investigación? Más te vale que sea bueno.

—Me baso en que el señor Goddard no es lo bastante segador para ocupar el puesto de sumo dalle.

Goddard no logró contenerse:

—¿Qué? ¡Está claro que se trata de una táctica para entorpecer y enturbiar la votación!

—¡La votación ya ha terminado! —le recordó Xenocrates.

—¡Pues que el secretario lea los resultados!

—Perdonen, pero soy yo la que tiene la palabra y los resultados no se pueden leer hasta que la retire o se me deniegue la investigación.

—Anastasia —dijo Xenocrates—, tu petición no tiene sentido.

—Siento disentir, su excelencia, pero sí que lo tiene. Como se indica en los artículos fundacionales redactados durante el primer Cónclave Mundial, un segador debe estar preparado en cuerpo y mente para la Guadaña, y después ratificado en una reunión de segadores regionales. Pero el señor Goddard sólo conserva el siete por ciento del cuerpo al que ordenaron. El

resto de él, incluida la parte en la que luce el anillo, no es ni ha sido nunca ordenado como segador.

Xenocrates se quedó mirándola, incrédulo, y a Goddard poco le faltaba para echar espuma por la boca.

—¡Esto es ridículo! —chilló Goddard.

—No —dijo Anastasia—, lo que ha hecho usted, señor Goddard, es ridículo. Sus socios y usted han reemplazado su cuerpo en un procedimiento prohibido por el Nimbo.

La segadora Rand se levantó.

—¡Eso está fuera de lugar! ¡Las normas del Nimbo no se nos aplican! ¡Nunca se nos han aplicado y nunca lo harán!

Aun así, Anastasia no cedió, sino que siguió apelando a Xenocrates, muy tranquila:

—Su excelencia, no pretendo impugnar la elección. ¿Por qué iba a hacerlo, si no sé quién ha ganado? Pero sigo la norma establecida al principio de la creación de la Guadaña, en el Año del Jaguar, para ser exactos, por el segundo dalle supremo mundial Napoleón, y cito: «Cualquier suceso conflictivo que no tenga precedentes en el procedimiento parlamentario puede presentarse ante el Consejo Mundial de Segadores para una investigación oficial».

Entonces, el segador Cervantes se levantó.

—Yo secundo la petición de la honorable segadora Anastasia.

Y, tras sus palabras, al menos otros cien segadores se levantaron y empezaron a aplaudir para apoyar la acción. Anastasia miró a Curie, que estaba, como mínimo, perpleja, por mucho que intentara ocultarlo.

—Entonces, ¿de esto estabas hablando antes con Cervantes? —dijo con una sonrisa irónica—. ¡Serás diablilla!

En el estrado, Xenocrates lo consultó con el parlamentario, que no pudo más que encogerse de hombros.

—Lo que dice es correcto, su excelencia. Tiene derecho a solicitar una investigación, siempre que no se hayan leído todavía los resultados de la elección.

Al otro lado de la sala, un curioso Goddard alzó un brazo que no era suyo y apuntó con él a Xenocrates.

—¡Si sigue adelante con esto, habrá consecuencias!

El sumo dalle lo fulminó con una mirada que le dejaba claro que todavía controlaba el cónclave.

—¿Me estás amenazando abiertamente delante de toda la Guadaña midmericana, Goddard?

Eso hizo que el otro reculara.

—No, su excelencia. ¡Jamás se me ocurriría! Sólo afirmo que un retraso en el anuncio del voto traerá consecuencias para la Guadaña. Midmérica se quedaría sin sumo dalle hasta el final de la investigación.

—En tal caso, nombraré al segador Paine, nuestro ilustre parlamentario, como sumo dalle temporal.

—¿Qué? —farfulló Paine.

Xenocrates no le hizo caso.

—Ha servido con una integridad notable y es completamente imparcial al surgimiento de facciones dentro de la Guadaña. Puede presidir con… ¿me atreveré a decirlo? Con sentido común hasta que podamos presentar la solicitud ante el Consejo Mundial. Será mi primer acto como verdugo mayor. Y, así, en mi último acto como sumo dalle de Midmérica, acepto esta solicitud de investigación. Los resultados de la votación se sellarán hasta que terminen las pesquisas. —Después, con un golpe de martillo, añadió—: Declaro oficialmente clausurado este Cónclave de Invierno del Año del Ave Rapaz.

—¿Dije o no dije que ella iba a alborotar el avispero? —dijo Constantine en una concurrida cena que se celebraba en el mejor restaurante de Fulcrum City —. Enhorabuena, Anastasia. —Esbozaba una amplia sonrisa que, en otras circunstancias, habría resultado desagradable—. Hoy eres la segadora más querida y odiada de Midmérica.

Anastasia no supo cómo responder.

Curie captó su incertidumbre.

—Es un gaje del oficio, querida. No puedes dejar tu huella sin cribar unos cuantos egos por el camino.

—No estaba dejando mi huella, sino intentando evitar que se rompiera el dique de contención. Y ahí sigo.

—Sí —coincidió Cervantes—. Conteniendo la inundación de aguas nauseabundas un día más… y cada nuevo día nos da otra oportunidad para encontrar una solución más elegante.

Había más de doce personas a la mesa; un verdadero arcoíris de segadores. De algún modo, Morrison se las había arreglado para que lo invitaran.

—Yo fui el que le dio la idea —les dijo a los otros segadores—. Más o menos.

Anastasia estaba de muy buen humor y no pensaba permitir que lo que dijera le afectara. Suponía que los segadores del nuevo orden estarían en otro punto de la ciudad, lamiéndose las heridas mientras la maldecían, pero no allí. Allí estaba protegida de todo eso.

—Espero que escribas en tu diario sobre lo que ha sucedido hoy —le dijo Angelou—. Sospecho que tu relato de este día pasará a la posteridad como un escrito esencial de los segadores, como el de Marie de sus primeras cribas.

Marie se sintió un poco incómoda.

—¿La gente todavía lee sobre eso? Creía que todos esos diarios desaparecían en la Biblioteca de Alejandría para no volver a ser vistos nunca más.

—Deja de ser tan modesta —repuso Angelou—. Sabes muy bien que muchos de tus escritos se han hecho famosos y no sólo entre los segadores.

La otra segadora le restó importancia con un gesto de la mano.

—Bueno, nunca los releo después de escribirlos.

Anastasia suponía que tendría mucho que decir sobre lo acontecido…, y en su diario podía expresar sus opiniones. Evidentemente, Goddard haría lo mismo. Sólo el tiempo diría qué lado de la historia se convertiría en Historia, con mayúsculas, y qué lado se descartaría. No obstante, en aquel preciso momento, su lugar en la Historia era lo que menos le importaba.

—Ahora sospechamos que la segadora Rand estaba detrás de los atentados contra vuestras vidas y que usaba a Brahms de intermediario —dijo Constantine—. Pero ha cubierto bien sus huellas y no se me permite investigar a los segadores con la misma… intensidad con la que investigo a los ciudadanos normales. En cualquier caso, tened por seguro que mantendré los ojos bien abiertos con ellos, y lo saben.

—En otras palabras, que estamos a salvo —dijo Curie.

El otro vaciló.

—No diría tanto. Pero podéis respirar un poco más tranquilas. Ahora, cualquier ataque contra vosotras quedaría claro que procede del nuevo orden. Esa culpabilidad no le haría ningún servicio a su causa.

Los elogios continuaron incluso después de que empezara la comida. A Anastasia le resultaba embarazoso.

—¡Lo que has hecho ha sido una genialidad! —exclamó Sun Tzu—. ¡Y sincronizado a la perfección para que la votación ya hubiera terminado!

—Bueno, el segador Cervantes sugirió el momento oportuno —respondió ella con la intención de desviar al menos parte de la atención—. De haber pedido la investigación antes de que se votara, se habría retrasado la elección y, de haber ganado después en la investigación, habrían sustituido a Goddard por Nietzsche con tiempo suficiente para ganar más apoyos. Pero con la votación terminada, si ganamos, Goddard queda descalificado y Curie ascenderá a suma dalle automáticamente.

Los segadores no cabían en sí de gozo.

—¡Has timado a los timadores!

—¡Los han vencido en su propio juego!

—¡Ha sido una obra maestra de ingeniería política!

Aquello incomodaba mucho a Anastasia.

—Hacéis que parezca muy malicioso y turbio.

No obstante, el segador Mandela, siempre con las ideas muy claras, lo puso en perspectiva, aunque se tratara de una perspectiva que ella no deseaba ver.

—Debes aceptar los hechos, Anastasia: has utilizado un tecnicismo del sistema para abrirlo en canal y conseguir lo que querías.

—¡Qué maquiavélico! —exclamó Constantine con una de sus horribles sonrisas.

—Ah, no, por favor, que odio al segador Maquiavelo —dijo SunTzu.

—Lo que has hecho hoy ha sido tan brutal como una criba con espada —dijo Mandela—. Pero debemos estar dispuestos a hacer lo que sea necesario, aunque hiera nuestra sensibilidad.

Curie dejó el tenedor y se tomó un momento para meditar sobre la inquietud de Anastasia.

—El fin no siempre justifica los medios, querida, pero a veces sí. La sabiduría consiste en saber apreciar la diferencia.

Cuando ya se acababa la cena y los segadores se abrazaban para despedirse, a Anastasia se le ocurrió algo. Se volvió hacia Curie.

—Marie, por fin ha sucedido.

—¿El qué, querida?

—He dejado de verme como Citra Terranova. Por fin me he convertido en la segadora Anastasia.

36

El alcance de una oportunidad perdida

La furia de Goddard era imparable.

—¡Una investigación! ¡Debería despedazar a esa putilla turquesa hasta que no quede nada que revivir!

Rand bajó como un torbellino los escalones del capitolio detrás de Goddard al salir del cónclave y dejó su ira a un lado para gestionar la de su mentor.

—Tenemos que reunirnos esta noche con los segadores afines a nuestra causa —le dijo—. Llevan un año sin verte y la Guadaña todavía está impresionada con tu reaparición.

—No siento ningún interés por conversar con segadores, ya sean amistosos o no. ¡Sólo quiero encargarme de una cosa que tengo pendiente desde hace demasiado tiempo!

Entonces se volvió hacia los mirones más recalcitrantes, que esperaban el final del cónclave para echarles un vistazo a los segadores. Goddard sacó una daga de su túnica y se acercó a un hombre que no se lo vio venir: de un solo movimiento ascendente, lo cribó, y su sangre manchó las escaleras. Los que lo rodeaban salieron huyendo como ratas, pero atrapó a la que estaba más cerca, una mujer. Le daba igual quien fuera o cuál era (si la había) su contribución al mundo. Para Goddard servía a un único propósito. El abrigo que vestía era grueso, pero la hoja lo atravesó sin mucha resistencia. Su grito se cortó de cuajo al caer al suelo.

—¡Goddard! —gritó uno de los otros segadores que abandonaban el cónclave. Se trataba del segador Bohr, un irritante neutral que nunca tomaba ningún partido—. ¿Es que no tienes vergüenza? ¡Demuestra algún decoro!

Goddard se volvió hacia él con furia asesina y Bohr retrocedió como si temiera que lo atacara.

—¿Es que no lo has oído? —chilló Goddard—. Ya no soy Goddard. ¡Sólo soy el siete por ciento de mí mismo!

Dicho lo cual, acabó con otro mirón que corría escaleras abajo.

Ayn logró a duras penas apartarlo y meterlo en su limusina.

—¿Has acabado ya? —le preguntó mientras se alejaban, sin ocultar su disgusto con él—. ¿O tenemos que parar en un bar, tomarnos una copa y cribar a todos los clientes?

Él la señaló como había señalado a Xenocrates: el temible dedo de advertencia de Goddard. «El dedo de Tyger», pensó ella, aunque se quitó la idea de la cabeza lo más deprisa que pudo.

—¡No me gusta tu actitud! —gruñó él.

—¡Estás aquí gracias a mí! —le recordó ella—. Que no se te olvide.

El hombre se tomó un momento para calmarse.

—Que las oficinas de la Guadaña encuentren a las familias de la gente a la que acabo de cribar. Si quieren inmunidad, tendrán que venir a buscarla. No pienso volver por Fulcrum City hasta el día que regrese de la investigación convertido en sumo dalle.

A Rowan lo despertaron los guardias mercenarios de Goddard al despuntar el alba.

—Prepárate para un combate —le dijeron, y cinco minutos después lo llevaron a la terraza, donde Rand y Goddard lo esperaban.

Aunque Rand vestía su túnica, Goddard estaba descalzo y descamisado, con unos pantalones cortos que eran del mismo tono azul que su túnica, aunque, por suerte, no estaban tachonados de diamantes. No lo había visto desde el día en que entró en su habitación, apenas capaz de desplazarse en aquel artilugio con ruedas. Eso había sido hacía poco más de una semana, y ahora controlaba el cuerpo de Tyger como si fuera el suyo. Rowan pensó que, de haber tenido algo en el estómago, habría vomitado, pero esta vez no dejó que se le notara. Si Goddard se alimentaba de su desgracia, no pensaba proporcionarle sustento.

Sabía qué día era: los fuegos artificiales de la semana anterior eran por la llegada del Año Nuevo, así que se trataba del día ocho. El cónclave se había celebrado el día anterior. Lo que significaba que había terminado su inmunidad.

—¿Ya de vuelta del cónclave? —preguntó, fingiendo indiferencia—. Creía que pasarías allí unos días para jugar bien la carta de la resurrección.

Goddard no le prestó atención.

—Estaba deseando luchar contra ti —dijo sin más, y los dos empezaron con el baile del bokator.

—Claro, será como en los viejos tiempos, en la mansión. Los echo de menos, ¿tú no?

A Goddard le temblaron un poco los labios, pero al final sonrió.

—¿Ha ido todo como pensabas? —pinchó Rowan—. ¿Te ha recibido la Guadaña con los brazos abiertos?

—¡Cierra la boca! —gritó Rand—. Has venido a pelear, no a hablar.

—Oooh, no sé por qué me da en la nariz que las cosas no han salido bien. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha echado Xenocrates? ¿Se ha negado a aceptarte?

—Todo lo contrario, nos han recibido con alborozo —dijo Goddard—. Sobre todo después de explicarles que mi lamentable novicio nos había traicionado y asesinado. Y que los pobres Chomsky y Volta fueron las primeras víctimas del autoproclamado segador Lucifer. Les he prometido que te entregaré a su furia. Pero no hasta que esté listo, por supuesto.

Rowan sabía que no le contaba toda la historia. Sabía cuando Tyger le mentía, se lo notaba en la voz, y eso no había cambiado aunque las palabras fueran de Goddard. Aun así, fuera lo que fuera, no se lo iba a sacar.

—Ayn será el árbitro del partido. Y no tendré piedad.

Entonces se abalanzó sobre Rowan, que no hizo nada por defenderse. Nada por esquivar el ataque. Goddard lo derribó. Lo sujetó. Ayn le concedió la victoria a Goddard. Había sido demasiado fácil y el segador lo sabía.

—¿Crees que te vas a librar sin defenderte?

—Si deseo perder adrede un combate de bokator, estoy en mi derecho.

Goddard le gruñó.

—Aquí no tienes ningún derecho.

Atacó de nuevo, y de nuevo Rowan luchó contra su instinto de supervivencia y dejó el cuerpo relajado. Goddard lo derribó como si fuera un muñeco de trapo y después bramó de furia:

—¡Lucha, maldito seas!

—No —respondió él con calma.

Después miró a Rand, que, para su sorpresa, esbozaba una sonrisita, aunque la reprimió en cuanto se dio cuenta de que la miraba.

—¡Cribaré a todos tus seres queridos si no luchas contra mí! —gritó Goddard.

Rowan se encogió de hombros.

—No puedes. El segador Brahms ya ha cribado a mi padre, y el resto de mi familia tiene inmunidad durante otros once meses. Y no puedes acabar con Citra; ya te ha demostrado ser demasiado lista para eso.

Goddard se lanzó de nuevo contra él. Esta vez, Rowan se dejó caer al suelo con las piernas cruzadas.

Goddard se apartó un poco y le dio un puñetazo a la pared. Dejó una abolladura.

—Sé cómo obligarlo a combatir —dijo Rand, y dio un paso adelante para hablar con Rowan—. Si luchas contra Goddard con todas tus fuerzas, te contaremos lo que sucedió en el cónclave.

—¡No lo haremos! —dijo Goddard.

—¿Quieres un combate de verdad o no?

Goddard vaciló.

—De acuerdo —cedió al final.

Rowan se levantó. No tenía razón alguna para creer que mantendrían su promesa, pero, por mucho que deseara negarle aquel combate al segador, más quería tener la oportunidad de derribarlo. No demostrarle más piedad que la que él pretendía demostrar por Rowan.

Rand dio inicio a un nuevo combate. Los contendientes se estudiaron. De nuevo, Goddard hizo el primer movimiento, aunque esta vez Rowan contraatacó esquivando y encajando un codazo bien colocado. Goddard sonrió al darse cuenta de que ahora la pelea era real.

Mientras se desarrollaba el brutal combate, Rowan se percató de que Goddard estaba en lo cierto: la fuerza de Tyger sumada al cerebro del segador era una combinación dura de pelar. Sin embargo, no le daría la satisfacción de ganar. Ni entonces ni nunca. En lo concerniente al bokator, Rowan funcionaba mejor bajo presión, y así fue aquella vez. Ejecutó una serie de movimientos que dejaban a su contrincante siempre un paso por detrás basta que lo tiró y lo sujetó contra el suelo.

—¡Ríndete! —gritó Rowan.

—¡No!

—¡Ríndete!

Pero Goddard no lo hizo, así que Rand tuvo que dar por terminado el combate.

Entonces, en cuanto Rowan soltó a Goddard, este se acercó a un armario, sacó una pistola y la pegó a las costillas del chico.

—Nuevas reglas —espetó, y apretó el gatillo; una bala atravesó el corazón de Rowan e hizo pedazos una lámpara al otro extremo del cuarto.

La oscuridad se cernió sobre él, pero, antes de cegarlo por completo, el joven dejó escapar una carcajada.

—Tramposo —dijo, y murió.

—Puaj, qué asco —dijo la segadora Rand.

Goddard le puso la pistola en la mano.

—Nunca anuncies el final de un combate hasta que yo lo diga.

—Entonces, ¿ya está? ¿Ha sido una criba?

—¿Estás de broma? ¿Y perder la oportunidad de lanzarlo a los pies de los verdugos mayores durante la investigación? Llévatelo a un centro de reanimación que no esté conectado. Lo quiero de regreso lo antes posible para matarlo otra vez —ordenó Goddard, y se marchó.

Cuando se hubo ido, Rand miró a Rowan, que más morturiento no podía estar. Tenía los ojos abiertos y los labios estirados en una sonrisa desafiante. Antes lo admiraba (e incluso sentía celos de él) por la atención que le había dedicado Goddard durante su noviciado. Sabía que no estaba cortado por el mismo patrón que el segador y ella. Sospechaba que reventaría, pero no se esperaba que lo hiciera de un modo tan espectacular. El único culpable de todo era Goddard por confiar en un chico al que Faraday había elegido por su compasión.

Ayn no valoraba demasiado la compasión. Nunca lo había hecho. No la entendía y le molestaba la gente que sí. Ahora, Rowan Damisch recibiría su justo castigo por aquellos ideales tan presuntuosos.

Se volvió hacia los guardias que estaban allí plantados, sin saber bien qué hacer.

—¿Qué os pasa? ¡Ya habéis oído al segador Goddard! Llevadlo a revivir.

Una vez que se hubieron llevado a Rowan y que el impávido robot doméstico hubo restregado la sangre de la colchoneta, Ayn se sentó en un sillón que daba a las espectaculares vistas. Aunque Goddard nunca la elogiaba por nada, sabía que había elegido el lugar correcto para organizar su regreso. La Guadaña texana los dejaba en paz siempre que no empezaran a cribar allí, y el Nimbo sólo tenía cámaras en los lugares públicos, con lo que era más fácil ocultarse a él. Además, era más sencillo encontrar ubicaciones desconectadas, como el centro de reanimación al que iba Rowan. No hacían preguntas mientras les pagases y, aunque los segadores recibían todo gratis en aquel mundo, desconectado era desconectado. Se quitó una de las esmeraldas de la parte baja de la túnica y se la entregó al guardia para que pagara con ella el trabajo con el chico. Era más que suficiente para cubrir los gastos.

Ayn nunca había sido una intrigante. Solía vivir el momento, seguir sus impulsos motivada por el poder de sus caprichos. De niña, sus padres la

llamaban fuego fatuo y ella disfrutaba siendo un fuego fatuo letal. Ahora, no obstante, había probado lo que era tramar un plan a largo plazo. Creyó que sería sencillo hacerse a un lado y permitir que Goddard tomara de nuevo las riendas una vez restaurado (porque lo que le habían hecho era más una restauración que una reanimación), pero le daba la impresión de que estaba falto de equilibrio, de que exhibía un genio y una impulsividad muy poco característicos. ¿Era esa impulsividad parte del noventa y tres por ciento de él que pertenecía a Tyger Salazar? Ambos eran arrogantes, eso estaba claro. Pero la inocencia de Tyger había sido sustituida por el genio de Goddard. Ayn tenía que reconocer que la naturaleza ingenua e inmadura del chico le había resultado vigorizante. Pero la inocencia siempre acababa machacada en los engranajes de un plan maestro y, en opinión de Ayn, Goddard estaba forjando un plan maestro emocionante. Una Guadaña sin restricciones. Un mundo de caprichos sin consecuencias.

No obstante, acabar con Tyger Salazar había sido mucho más difícil de lo que esperaba.

Cuando regresaron los guardias, la informaron de que Rowan estaría reanimado dentro de unas treinta y seis horas, y ella fue a contárselo a Goddard. Se lo encontró saliendo del baño, después de darse una ducha. Estaba envuelto en una toalla minúscula.

—Un combate tonificante. La próxima vez, ganaré yo.

Un oscuro escalofrío recorrió el cuerpo de la segadora: era lo que siempre decía Tyger.

—Estará de vuelta en día y medio —le dijo, aunque él ya había pasado a otro tema:

—Empiezo a ver una oportunidad en muestra situación, Ayn. La vieja guardia no se da cuenta, pero quizá me hayan entregado una perla con esta desagradable ostra. Quiero que me busques a los mejores ingenieros.

—Has cribado a los mejores ingenieros —le recordó ella.

—No, no a científicos espaciales e ingenieros de propulsión; lo que necesito son ingenieros estructurales. Gente que comprenda la dinámica de las grandes estructuras. Y también programadores. Pero programadores que no estén comprometidos ni con la Guadaña ni con el Nimbo.

—Preguntaré por ahí.

Goddard se tomó un momento para observarse en el alto espejo; entonces vio los ojos de Ayn fijos también en el espejo y la forma en que ella lo miraba. La segadora se propuso no apartar la vista. Él se volvió hacia ella y se le acercó.

—¿Te agrada este físico?

Ella se obligó a esbozar una sonrisa taimada.

—¿Cuándo no he disfrutado yo de un hombre bien torneado?

—¿Y has… disfrutado de este cuerpo?

Fue incapaz de seguir mirándolo a los ojos.

—No. No de este.

—¿No? Eso no es propio de ti, Ayn.

Ahora se sentía como si ella fuera la que estuviese desnuda. Aun así, lo disimuló con su sonrisa.

—Quizás estuviera esperando a que fuera tuyo.

—Hmmm —respondió él, como si no fuera más que una curiosidad—. Sí que noto que este cuerpo expresa una atracción bastante evidente por ti.

Entonces pasó junto a ella, se puso su túnica y se alejó, dejándola sola para lamentar el verdadero alcance de una oportunidad perdida.

37

Las muchas muertes de Rowan Damisch

¿Rowan Damisch…? ¡Rowan Damisch!

¿Dónde estoy? ¿Quién eres?

Soy el Nimbo, Rowan.

¿Estás hablando conmigo como hiciste con Citra?

Sí.

Entonces, estoy morturiento.

Estás entre ambos mundos.

¿Vas a intervenir? ¿Vas a detener lo que Goddard le está haciendo a la Guadaña?

No puedo. Sería romper la ley y soy incapaz de semejante acto.

Entonces, ¿me dirás lo que puedo hacer?

Eso también constituiría una violación.

Entonces, ¿qué sentido tiene esta conversación? Déjame en paz y vete a ocuparte del mundo.

Me gustaría decirte que no pierdas la esperanza. He calculado que es probable que representes un papel igual de importante que Citra en el mundo. Ya sea como el segador Lucifer o como lo que eras antes.

Vaya. ¿De qué porcentaje de probabilidad estamos hablando?

Del treinta y nueve por ciento.

¿Y el otro sesenta y uno por ciento?

Mis algoritmos me muestran que existe una probabilidad del sesenta y uno por ciento de que mueras de forma permanente en el futuro próximo sin haber logrado nada notable.

Eso no me consuela.

Debería. Una probabilidad del treinta y nueve por ciento de cambiar el mundo es exponencialmente mayor de lo que puede esperar la mayoría de la gente.

Rowan llevaba la cuenta en la pared de su dormitorio. No era una cuenta de días, sino de muertes. Cada vez que luchaba contra Goddard, él ganaba y el segador lo mataba, enfurecido por perder. Empezaba a convertirse en un chiste bastante manido. «¿Cómo será esta vez, su señoría? —le decía a Goddard, convirtiendo el "su señoría" en una burla—. Ya podría ocurrírsete algo más original, para variar».

La cuenta había llegado a catorce. Hoja, bala, fuerza bruta… Goddard había empleado todos los métodos para matarlo. Todos, salvo el veneno, que el segador despreciaba. Goddard había configurado los nanobots analgésicos de Rowan al mínimo para que sintiera toda la agonía. Aun así, se enfadaba

tanto que cada vez que perdía un combate no podía evitar matarlo de inmediato, lo que significaba que el sufrimiento de Rowan nunca duraba demasiado. Se preparaba para el dolor, empezaba a contar hasta diez y siempre estaba morturiento antes de terminar.

El Nimbo habló con él antes de su decimocuarta reanimación en un centro desconectado que, al parecer, no estaba tan desconectado como pensaban. Rowan sabía que no era un sueño porque la claridad y la intensidad eran distintas. Había sido grosero con el Nimbo. Se arrepentía, pero ya no podía hacer nada al respecto. El Nimbo lo entendería porque consideraba que la comprensión y la empatia eran fundamentales.

La moraleja que sacó de la breve conversación con la entidad que gobernaba la Tierra no fue que quizá cambiara el mundo, sino que se dio cuenta de que no lo había hecho todavía. A pesar de todos los segadores corruptos con cuyas vidas había acabado, no había cambiado nada. El segador Faraday tenía razón: no se puede cambiar la marea escupiendo en el mar. No se puede desherbar un jardín que ya se ha echado a perder. Quizá la búsqueda del plan de emergencia de los fundadores lograra el cambio que el asesinato de malos segadores no había conseguido.

Cuando abrió los ojos después de la decimocuarta reanimación, la segadora Rand lo esperaba. Hasta entonces, no lo había recibido nadie. Al final llegaba una enfermera, comprobaba sus constantes vitales, fingía cordialidad y llamaba a los guardias para que lo recogieran. Pero no esta vez.

—¿Por qué estás aquí? ¿Es mi cumpleaños?

Entonces se percató de que quizá lo fuera. Llevaba perdidos tantos días entre reanimaciones que no tenía ni idea de la fecha.

—¿Cómo sigues haciéndolo? —le preguntó ella—. Regresas una vez tras otra tan dispuesto a enfrentarte al siguiente combate que me das asco. —Se levantó—. ¡Deberías estar destrozado! ¡No soporto que no lo estés!

—Es un placer disgustarte.

—¡Deja que gane! ¡Es lo único que tienes que hacer!

—¿Y después qué? —repuso Rowan mientras se sentaba—. Una vez que gane, no tiene razón para mantenerme vivo.

Entonces, Rand se calmó.

—Te necesita con vida para poder lanzarte a los pies de los verdugos mayores durante su investigación.

Rand había sido fiel a su palabra después de la primera reanimación y le había contado lo sucedido en el cónclave: la elección del sumo dalle y la forma en que Citra le había metido un palo en la rueda.

—Y los verdugos mayores correrán a cribarme —dijo Rowan.

—Sí. Así que, entretanto, tus últimos días te irían mejor si dejaras… que… Goddard… ¡ganase!

«Tus últimos días», pensó Rowan. Su recuento de muertes no debía de marcar de forma precisa el transcurso del tiempo si sólo quedaban días para la investigación, que estaba programada para el día uno de abril. ¿Ya se acercaba la fecha?

—¿Me habrías pedido que dejara ganar a Tyger? —le preguntó, y, por un momento, le pareció captar algo en la segadora Rand. ¿Una pizca de remordimientos? ¿Una chispa de conciencia? No la creía capaz de ello, pero merecía la pena tirar de ese hilo.

—Claro que no, porque Tyger no te cortaba el cuello ni te arrancaba el corazón cuando perdía.

—Bueno, al menos Goddard no me ha volado la tapa de los sesos.

—Porque quiere que recuerdes. Quiere que sepas todo lo que te ha hecho.

A Rowan le hizo gracia. Goddard no podía emplearse a fondo con él porque el constructo de la memoria de Rowan, almacenado en el cerebro trasero del Nimbo, no se había actualizado desde que estaba desconectado de la red. Así que si Goddard dañaba su cerebro, lo último que recordaría cuando lo revivieran era que el segador Brahms lo había capturado. Todo aquel sufrimiento a manos de Goddard quedaría borrado… y un sufrimiento borrado era como si no hubiera sucedido nunca.

Al mirar a Rand se preguntó qué clase de sufrimiento soportaba ella a manos de su mentor. Estaba claro que no el mismo que Rowan, pero percibía su tristeza igualmente. Su dolor. Su anhelo. Tyger llevaba muerto bastante tiempo, pero seguía muy presente.

—Al principio culpé a Goddard de lo que le sucedió a Tyger —dijo con calma—. Pero no fue elección de Goddard, sino tuya.

—Te volviste contra nosotros. Me rompiste la columna. Tuve que salir a rastras de aquella capilla en llamas impulsándome con los brazos.

—Venganza —dijo Rowan mientras intentaba controlar la ira—. Entiendo la venganza. Pero lo echas de menos, ¿verdad? Echas de menos a Tyger. —No era una pregunta, sino una observación.

—No sé de qué me hablas.

—Sí que lo sabes. —Rowan hizo una pausa para dejar que lo asimilara—. ¿Concediste inmunidad a su familia, al menos?

—No tuve por qué. Sus padres renunciaron a él mucho antes de que cumpliera los dieciocho años. Cuando lo encontré, vivía solo.

—¿Les informaste de que había muerto?

—¿Para qué? —repuso ella, a la defensiva—. ¿Y por qué iba a importarme?

El chico sabía que la tenía acorralada y quiso regodearse, pero no lo hizo. Como en un combate de bokator, cuando tienes a tu contrincante contra el suelo, no te regodeas, sino que le pides que se rinda.

—Debe de resultarte horrible mirar a Goddard y darte cuenta de que ya no es la persona a la que amas.

Rand se volvió de hielo, como criogenizada.

—Los guardias te llevarán de vuelta —le dijo antes de marcharse—. Y si intentas jugar conmigo así de nuevo, yo seré la que te vuele la tapa de los sesos.

Rowan murió seis veces más antes de que acabaran los combates. Ni una vez ganó Goddard. Aunque había estado a punto de conseguirlo, había una desconexión entre su mente y su cuerpo que Rowan sabía cómo explotar.

—Sufrirás la peor agonía de todas —le dijo Goddard después de revivirlo de su último encuentro—. Te cribarán en presencia de los verdugos mayores y desaparecerás. No serás un pie de página en la historia, sino que te borrarán de ella. Será como si nunca hubieses vivido.

—Entiendo que para ti eso sea una idea aterradora. Sin embargo, yo no siento la apremiante necesidad de convertirme en el centro del universo. Desaparecer me parece bien.

Goddard se detuvo un momento para mirarlo con un asco infinito que, por un momento, se deterioró hasta convertirse en pesar.

—Podrías haber sido uno de los segadores más importantes de la historia. Podrías haber estado a mi lado mientras redefinía nuestra presencia en el mundo. —Sacudió la cabeza—. Pocas cosas hay más tristes que el potencial desperdiciado.

Rowan había desperdiciado su potencial para muchas cosas, sin duda, pero lo hecho, hecho estaba. Había tomado sus decisiones y había permanecido fiel a ellas. Según el Nimbo, existía una probabilidad del treinta y nuevo por ciento de que cambiara el mundo, así que quizá sus decisiones no hubieran sido tan malas. Ahora lo llevarían a Perdura y, si Goddard se salía con la suya, su vida acabaría.

Pero sabía que Citra también estaría allí.

Si no le quedaba ninguna otra esperanza, al menos se aferraría a la de volver a verla antes de que sus ojos se cerraran para siempre.

38

Una trilogía de encuentros críticos

En todo momento estoy supervisando o participando en más de mil trescientos millones de interacciones humanas. El 27 de marzo del Año del Ave Rapaz etiqueto tres de ellas como las más importantes.

No escucho la primera, así que sólo puedo deducir de forma indirecta su contenido. Tiene lugar en la ciudad de San Antonio, en Texas. El edificio de viviendas tiene sesenta y tres plantas, y en la más alta está el ático requisado por la segadora Ayn Rand.

No cuento con cámaras en el edificio, en cumplimiento de mis normas especiales para esa región. Pero las cámaras de la calle captan la llegada de varios hombres y mujeres expertos en ciencias: ingenieros, programadores e incluso un famoso biólogo marino. Mi hipótesis es que los ha convocado el segador Goddard con alguna excusa para después cribarlos. Es propenso a eliminar a los que me sirven a través de su trabajo en las ciencias, sobre todo si tiene que ver con el tema aeroespacial. El año pasado, sin ir más lejos, cribó a cientos de personas en Magnetic Propulsión Laboratories, donde algunos de mis ingenieros más capaces desarrollaban métodos para el viaje por el espacio profundo. Y, antes de eso, acabó con un genio en el campo de la hibernación a largo plazo, aunque lo camufló como parte de una criba en masa dentro de un avión.

Aquí no puedo realizar acusación alguna porque no tengo datos, únicamente conjeturas fundamentadas sobre los motivos de Goddard. Como no tengo datos para probar que exista una mano detrás de las desafortunadas colonias de la Luna y Marte o del fatídico hábitat orbital. Baste con decir que Goddard es el último de una larga serie de segadores que miraron al cielo y no vieron las estrellas, sino la oscuridad entre ellas.

Espero varias horas para ver si se habla sobre las cribas en el edificio, pero no las hay, sino que los visitantes salen poco después del anochecer. No hablan entre ellos de lo sucedido en el ático. No obstante, por sus caras de agobio, sé que ninguno dormirá bien esta noche.

La segunda conversación de importancia se produce en la ciudad estemericana de Savannah, una localidad en la que me he esforzado mucho por mantener su encanto de la edad mortal.

Una cafetería tranquila. Un banco al fondo. Tres segadores y un ayudante de segador. Café, café, café con leche y chocolate caliente. Están disfrazados con ropa normal para una reunión clandestina a plena vista.

El segador Faraday, ese que casi todos piensan que se cribó el año pasado, acaba de desactivar mis cámaras del interior de la cafetería. Da igual; aquí no estoy cegado ni de Lejos porque tengo a un camarabot bebiendo té a unas cuantas mesas de ellos. No tiene mente. Ni consciencia. Ni capacidad computacional más allá de la necesaria para imitar el movimiento humano. Es una máquina sencilla diseñada para un único propósito: reducir los puntos ciegos y mejorar mi servicio a la humanidad. Y hoy, servir a la humanidad significa escuchar esta conversación.

—Me alegro de verte, Michael —dice la segadora Marie Curie.

He observado las idas y venidas de la relación romántica entre los dos segadores, además de los muchos años de devota amistad que la siguieron.

—Y yo a ti, Marie.

El camarabot no mira hacia el grupo. No tiene importancia porque no lleva las cámaras en los ojos, sino en unas lentes diminutas que rodean su cuello y se esconden detrás de un velo transparente de piel artificial, lo que me proporciona una vista de trescientos sesenta grados en todo momento. Su cabeza no es más que una decoración prostética rellena de espuma de poliestireno para que no la invadan los insectos que tanto proliferan en esta parte del mundo.

Faraday se vuelve hacia la segadora Anastasia. Su sonrisa es cálida. Paternal.

—Entiendo que nuestra novicia se ha convertido en toda una segadora.

—Estamos orgullosos de ella.

Los capilares del rostro de Anastasia se dilatan. Sus mejillas adoptan un tono ligeramente rosado por el halago.

—Perdonad, qué maleducado —dice Faraday—. Dejad que os presente a mi ayudante.

La joven había permanecido sentada con paciencia y educación durante dos minutos diecinueve segundos para que los segadores pudieran saludarse como era debido después de tanto tiempo. Ahora extiende una mano para estrechar la de Curie.

—Hola, soy Munira Atrushi.

También estrecha la de Anastasia, aunque casi como de pasada.

—Munira procede de Israebia y de la Gran Biblioteca. Su ayuda en mi investigación ha sido inestimable.

—¿De qué investigación hablamos? —pregunta Anastasia.

Faraday y Munira vacilan. Entonces, Faraday dice:

—Histórica y geográfica. —Pero cambia de tema al instante porque, al parecer, no está listo para hablar de ello todavía—: Entonces, ¿sospecha la Guadaña que sigo vivo?

—No que yo vea —responde Curie—. Aunque estoy convencida de que unos cuantos fantasean sobre cómo serían las cosas si siguieras por allí. —Le da un trago al café con leche, que calculo que estará a ochenta grados Celsius. Me preocupa que se queme los labios, pero tiene cuidado—. Te habrías llevado el cónclave de calle de haber aparecido como por arte de magia, como Goddard. No me cabe duda de que en estos momentos serías el sumo dalle.

—Tú lo harás mejor —dice Faraday, no sin admiración.

—Bueno, primero hay que superar cierto obstáculo.

—Lo conseguirás, Marie —la anima Anastasia.

—Y —añade Faraday— me imagino que tú serás su primera segadora subordinada.

Munira arquea las cejas; se ve que lo duda. El gesto no se le pasa por alto a Anastasia.

—Tercera subordinada —lo corrige Anastasia—. Cervantes y Mandeb ocuparán el primer y segundo puesto. Al fin y al cabo, soy una segadora novata.

—Y, a diferencia de Xenocrates, no enviaré a mis subordinados a la periferia para encargarse de minucias —dice Curie.

Me alegra que la segadora Curie ya hable como una suma dalle. A pesar de no tener contactos dentro de la Guadaña, reconozco a una líder a la altura cuando la veo. Xenocrates era práctico, nada más. Estos tiempos necesitan de alguien excepcional. No sé cuál es el recuento de votos porque el servidor de la Guadaña está fuera de mi alcance, así que espero que o la votación o la investigación favorezcan a la segadora.

—Aunque sea un placer volver a verte, Michael, me imagino que no se trata de una mera visita social —comenta Curie.

Se toma un momento para mirar a su alrededor, aunque sólo dedica una mirada de pasada al hombre que bebe té a unas mesas de ellos. El «hombre» ahora finge beber porque su vejiga interna está llena y tiene que vaciarla.

—No, no es una visita social, y perdonadme por arrastraros hasta aquí, tan lejos de casa, pero he pensado que reunirse en Midmérica llamaría la atención más de lo necesario.

—Me gusta Estemérica —dice Curie—, sobre todo las regiones de costa. No vengo lo suficiente.

Anastasia y ella esperan a que Faraday les explique la razón del encuentro. Yo siento especial curiosidad por saber si tocará el tema para el que las ha reunido. Escucho con atención.

—Hemos descubierto algo increíble —empieza el segador—. Vais a pensar que he perdido la cabeza cuando oigáis lo que os voy a contar, pero, creedme, no es así. —Entonces se detiene y se dirige a su ayudante—: Munira, como fuiste tú la que lo descubrió, ¿te importaría informar a nuestras amigas?

Entonces saca una imagen del océano Pacífico cubierta por un entramado de rutas de vuelo. Muestra con claridad el espacio que ningún avión cruza. Ese hueco no me preocupa. Nunca he tenido por qué trazar rutas de vuelo por encima de ese punto de mar abierto porque había formas mejores de aprovechar los vientos predominantes. Lo único que me inquieta es que no me había percatado antes.

Plantean su teoría de que es la ubicación de la mítica Tierra de Nod, donde se encuentra el plan de emergencia de los fundadores por si la Guadaña fracasa.

—No hay garantías —aclara Munira—. Lo único que sabemos con certeza es que existe el punto ciego. Creemos que los fundadores programaron el Nimbo justo antes de que adquiriera consciencia de sí mismo para que hiciera caso omiso de su existencia. Se lo ocultaron al resto del mundo. La razón sólo podemos suponerla.

Esta teoría no me inquieta en absoluto. No obstante, sé que debería. Ahora me inquieta lo poco que me inquieta.

—Perdóname, Michael, si mis preocupaciones son algo más inmediatas —le dice Curie—. Si Goddard se convierte en sumo dalle, abrirá, una puerta que no podrá cerrarse.

—Deberías viajar con nosotras a Perdura, segador Faraday —lo anima Anastasia—. Los verdugos mayores te escucharán.

Pero, por supuesto, el hombre rechaza la invitación con un movimiento de cabeza.

—Los verdugos mayores ya saben lo que está pasando ahí fuera y están divididos sobre el rumbo que debería tomar la Guadaña. —Hace una pausa

para mirar el mapa que todavía se extiende ante ellos—. Si la Guadaña cae presa del caos, el plan de emergencia de los fundadores podría ser lo único que la salve.

—¡Ni siquiera sabemos en qué consiste ese plan! —dice Anastasia.

A lo que Faraday contesta:

—Sólo hay un modo de averiguarlo.

Ahora el corazón de Curie se acelera de setenta y dos a ochenta y cuatro pulsaciones por minuto, seguramente como resultado del aumento de adrenalina.

—Si una parte del mundo ha permanecido oculta durante cientos de años, no hay forma de saber qué encontrarás allí. No estará bajo el control del Nimbo, lo que significa que podría ser muy peligroso, incluso mortal, y no habrá un centro de reanimación al que llevarte para traerte de vuelta.

Como nota al pie, me gustaría decir que me alegra constatar que Curie cuenta con la perspectiva suficiente como para percatarse de que mi ausencia es algo peligroso. De todos modos, yo no lo encuentro peligroso. Ni problemático. Debería. Tomo nota de que debo dedicar un tiempo de procesamiento considerable a analizar mi extraña falta de preocupación.

—Sí, hemos tenido en cuenta el peligro —confirma Munira—. Y por eso nos dirigimos primero al viejo Distrito de Columbia.

El estado psicológico de Curie cambia por completo ante la mención del antiguo Distrito de Columbia. Sus cribas más infames tuvieron lugar allí, antes de que yo dividiera Nortemérica en regiones más manejables. Aunque nunca solicité su intervención para librarse de los vestigios corruptos del gobierno mortal, no niego que me facilitó la tarea.

—¿Por qué queréis ir allí? —pregunta sin ocultar su disgusto—. No hay nada más que ruinas y recuerdos que están mejor olvidados.

—En D. C. hay historiadores que conservan la vieja Biblioteca del Congreso —explica Munira—. Volúmenes físicos que quizá contengan lo que no logramos encontrar en el cerebro trasero.

—He oído que ese lugar está plagado de indeseables —dice Anastasia.

Munira la mira con aire altivo.

—Quizá no sea segadora, pero una vez fui novicia del segador Ben Gurion. Puedo apañármelas contra indeseables.

Curie pone una mano sobre la de Faraday, lo que hace que el corazón del segador se acelere un poco también.

—Espera, Michael —le implora—. Espera a que termine la investigación. Si todo va como esperamos, puedo organizar una expedición formal al punto

ciego. Y, si no, me uniré a vosotros en la búsqueda, porque no seguiré dentro de una Guadaña dirigida por Goddard.

—Esto no puede esperar, Marie. Me temo que cada día que pasa la situación es peor para la Guadaña, no sólo en Midmérica, sino en todas partes. He estado supervisando la agitación dentro de las Guadañas regionales de todo el mundo. En Australia Superior, los segadores del nuevo orden se hacen llamar la Orden del Doble Filo y cada vez tienen más peso. En Transiberia, la Guadaña se fragmenta en media docena de facciones en litigio, y la Guadaña chilargentina, aunque lo niegue, está al borde de una guerra interna.

Yo ya había intuido todo esto y más por lo que he sido capaz de ver y oír. Me alegro de que alguien más sea consciente de la visión de conjunto y de lo que podría significar.

Ahora me fijo en la indecisión de Anastasia, dividida entre las posiciones de sus dos mentores.

—Si los segadores fundadores decidieron que lo mejor era eliminar ese lugar de la memoria, quizá sea mejor respetarlos.

—Decidieron esconderlo —interviene Munira—, ¡pero su intención no era hacerlo desaparecer del mundo!

—¡Tú no sabes lo que pensaban los fundadores! —contraataca Anastasia.

Está claro que estas dos tienen poca paciencia la una con la otra, como hermanas compitiendo por el afecto de sus padres. Un camarero empieza a llenarles las tazas vacías sin preguntar, lo que despista a Curie un momento. Está acostumbrada a un trato mucho más servicial, pero con ropa de calle y la melena plateada recogida en un moño no es más que otro cliente.

—Veo que no podemos hacer nada para que cambiéis de idea sobre este viaje —dice cuando se va el camarero—. Así que ¿qué necesitas de nosotras, Michael?

—Sólo deseo que lo sepáis. Seréis las únicas informadas sobre nuestro descubrimiento… y nuestro destino.

Lo que, evidentemente, no es del todo cierto.

La tercera conversación no es tan importante para el mundo, aunque sí para mí.

Tiene lugar en un claustro tonista justo en el centro de Midmérica. Tengo cámaras y micrófonos montados discretamente por todo el lugar. A pesar de que los tonistas evitan a los segadores, no me evitan a mí porque protejo su

derecho a existir en un mundo en el que la mayoría de la gente desearía que no existieran. Puede que hablen conmigo menos que los demás, pero saben que estoy ahípara lo que necesiten, si me necesitan.

Un segador ha llegado hoy de visita al claustro. Eso nunca es bueno. Me vi obligado a presenciar la masacre de más de cien tonistas a manos del segador Goddard y sus discípulos a principios del Año del Carpincho. No pude hacer más que mirar hasta que, por suerte, las cámaras se derritieron en el incendio. Espero que este encuentro sea de naturaleza distinta.

El segador es el honorable segador Cervantes, antes de la Guadaña francoibérica. Sefue de allí hace algunos años y se afilió a la midmericana. Eso me anima a pensar que no se trata de una criba, puesto que la criba de tonistas fue la razón por la que se marchó.

Nadie sale a recibirlo a la larga columnata de ladrillo que marca la entrada al claustro. Mis cámaras viran para seguirlo, algo que los segadores llaman «el saludo invisible» y han aprendido a ignorar.

Sigue caminando como si supiera el camino, aunque no es así; se trata de una peculiaridad habitual en los segadores. Encuentra el centro para visitantes, donde un tonista llamado hermano McCloud está sentado a un escritorio para repartir folletos y ofrecer empatia a cualquier alma perdida que entre allí en busca de un significado para su vida. La tela de color marrón arena de la túnica de Cervantes es muy similar a la arpillera en tono barro que visten los tonistas. Por eso, este segador les resulta un poco menos ofensivo.

Mientras que McCloud recibe a los ciudadanos normales de forma amable y cordial, su saludo a un segador no lo es, y menos después de que la última segadora con la que habló le rompiera un brazo.

—Diga qué asunto le trae hasta aquí.

—Estoy buscando a Greyson Tolliver.

—Lo siento, no hay nadie con ese nombre.

—Júrelo por la Gran Resonancia —contesta el otro con un suspiro.

El hermano McCloud vacila.

—No tengo por qué hacer nada de lo que me pida.

—Bueno, su negativa a jurar por la Gran Resonancia me dice que miente. Ahora nos quedan dos opciones: podemos convertir esto en un asunto largo y desagradable hasta que encuentre a Greyson Tolliver o me lo puede traer. La opción A me irritará, y quizá cribe a uno o más de sus compañeros por haberme molestado. La B será mejor para todas las partes involucradas.

Otra vacilación del hermano McCloud. Como tonista, no tiene práctica en tomar decisiones por sí mismo. He observado que una de las ventajas de pertenecer a la orden es que toman por ti la mayoría de las decisiones, lo que conduce a una vida con muy poco estrés.

—Estoy esperando —dice Cervantes—. Tic, tac.

—Al hermano Tolliver se le ha concedido asilo religioso —responde el otro al fin—. No puede cribarlo.

—No —responde Cervantes con un suspiro—. No se me permite sacarlo de aquí, pero, como no tiene inmunidad, tengo todo el derecho a cribarlo si es a lo que he venido.

—¿Y es a lo que ha venido?

—Eso no es asunto suyo. Ahora, tráigame al «hermano Tolliver» si no quiere que le cuente a su coadjutor que me ha revelado las armonías secretas de su secta.

La amenaza deja al hermano McCloud en un desconcertado estado de terror. Se aleja a toda prisa y vuelve con el coadjutor Mendoza, quien realiza más amenazas a las que Cervantes responde con las suyas, y cuando queda claro que no conseguirán echar al segador, el coadjutor dice:

—Le preguntaré si está dispuesto a recibirlo. Si no, todos lo defenderemos con nuestras vidas, en caso necesario.

Tras unos minutos, el coadjutor Mendoza vuelve a por él.

—Sígame.

Greyson Tolliver espera al segador en la más pequeña de las dos capillas del claustro. Está pensada para la reflexión personal, con un pequeño diapasón y un cuenco de agua primigenia en el altar.

—Estaremos al otro lado de la puerta, hermano Tolliver —dice el coadjutor—, por si nos necesitas.

—Claro, os llamaré si os necesito —responde Greyson, que parece deseando terminar con el asunto.

Se marchan y cierran la puerta. Muevo la cámara del fondo de la capilla muy despacio para no interrumpir el encuentro con la molestia de un chirrido mecánico.

Cervantes se acerca a Greyson, que está arrodillado en la segunda fila de la capilla. Ni siquiera se vuelve para mirar al segador. Se ha quitado las modificaciones corporales y se ha rapado el pelo teñido de negro, aunque ya le ha crecido lo bastante para cubrirle la cabeza.

—Si ha venido a cribarme, que sea rápido. E intente no derramar demasiada sangre para que haya menos que limpiar después.

—¿Tan impaciente estás por abandonar este mundo?

Greyson no responde. Cervantes se presenta y se sienta a su lado, aunque todavía no le ha contado por qué está aquí. Quizá primero quiera comprobar si Greyson Tolliver se merece tanta atención.

—Te he investigado.

—¿Ha encontrado algo interesante?

—Sé que Greyson Tolliver no existe. Sé que tu nombre real es Slayd Bridger y que tiraste un autobús por un puente.

Greyson se ríe.

—Así que ha descubierto mi oscura historia secreta —dice, sin molestarse en sacar a Cervantes de su error—. Bien por usted.

—Sé que estuviste involucrado de algún modo en la trama para acabar con las segadoras Anastasia y Curie, y que Constantine, está removiendo cielo y tierra para encontrarte.

Greyson se vuelve hacia él por primera vez.

—Entonces, ¿no trabaja para él?

—No trabajo para nadie. Trabajo para la humanidad, como todos los segadores. —Entonces se vuelve para mirar el diapasón plateado que sobresale del altar ante ellos—. En mi Barcelona natal, los tonistas son mucho más problemáticos que aquí. Suelen atacar a los segadores, lo que nos obliga a cribarlos. Mi cuota siempre estaba repleta de tonistas a los que no deseaba cribar y que me impedían tomar mis propias decisiones. Fue uno de los motivos por los que me vine a Midmérica, aunque, últimamente, me pregunto si no llegaré a arrepentirme de esa elección.

—¿Por qué está aquí, su señoría? Si es para cribarme, ya podría haberlo hecho.

—Estoy aquí porque así me lo ha pedido la segadora Anastasia.

Al principio, Greyson parece alegrarse, pero la expresión se torna amarga muy deprisa. Ahora hay mucha amargura en él. Nunca fue mi intención.

—¿Está demasiado ocupada para visitarme ella?

—La verdad es que sí. Está metida hasta el cuello en un asunto muy serio de la Guadaña —responde, sin dar más detalles.

—Bueno, pues aquí estoy, vivo y entre personas que de verdad se preocupan por mi bienestar.

—He venido para ofrecerte un salvoconducto a Amazonia. Al parecer, la segadora Anastasia tiene allí a un amigo que podrá ofrecerte una vida mucho mejor que la de tonista.

Greyson mira a su alrededor mientras sopesa la oferta. Después responde con la siguiente pregunta retórica:

—¿Quién dice que quiera irme?

Eso sorprende a Cervantes.

—¿Quieres decir que prefieres perder la vida canturreando antes que escapar a un lugar más seguro?

—La salmodia es irritante —reconoce el chico—, pero me he acostumbrado a la rutina. Y la gente es simpática.

—Sí, los descerebrados pueden ser simpáticos.

—A lo que quiero llegar es a que me hacen sentir en casa. Es algo nuevo para mí. Así que, sí, puedo tararear su tono y realizar sus estúpidos rituales porque lo que obtengo a cambio merece la pena.

—¿Prefieres vivir una mentira? —pregunta Cervantes en tono de mofa.

—Sólo si me hace feliz.

—¿Y te hace feliz?

Greyson lo medita. Yo también. Sólo puedo vivir la verdad. Me pregunto si vivir una mentira mejoraría mi configuración emocional.

—El coadjutor Mendoza cree que puedo encontrar la felicidad entre ellos. Después de los terribles actos que he cometido (lo del autobús y tal), creo que merece la pena intentarlo.

—¿No hay forma de que cambies de idea?

—No —responde Greyson con más certeza que un momento antes—. Considere su misión cumplida. Prometió a Anastasia que me ofrecería salvoconducto a un lugar más seguro. Lo ha hecho. Ya puede irse.

Cervantes se levanta y se alisa la túnica.

—Entonces, que tenga buen día, señor Bridger.

Cervantes se marcha y se asegura de abrir de golpe las pesadas puertas de madera para darles con ellas en las narices al coadjutor y al hermano McCloud, que estaban escuchando la conversación. Los dos acaban en el suelo.

Tras la partida de Cervantes, el coadjutor se acerca a hablar con Greyson, que lo despacha asegurándole que todo va bien.

—Necesito tiempo para reflexionar —le dice a Mendoza, que sonríe.

—Ah, eso es lenguaje tonista para «déjame en paz de una vez». También puedes probar con: «Me gustaría sopesar la resonancia». Funciona igual de bien.

Deja al chico y cierra las puertas de la capilla. Enfoco más de cerca a Greyson cuando se va el coadjutor, con la esperanza de leer algo en su

rostro. No cuento con la habilidad de leer mentes. Podría desarrollar la tecnología necesaria, pero, por su misma naturaleza, cruzaría la línea de la intromisión personal. Aun así, en momentos como este, desearía no tener que limitarme a observar. Desearía entrar en contacto.

Y entonces Greyson empieza a hablar. A hablarme a mí.

—Sé que estás observando —le dice a la capilla vacía—. Sé que estás escuchando. Sé que has visto todo lo que me ha sucedido en los últimos meses.

Se calla un momento. Guardo silencio. No por voluntad propia.

Cierra los ojos, de los que ahora caen las lágrimas, y en un desesperado remedo de oración, me implora:

—Por favor, hazme saber que sigues ahí. Necesito saber que no me has olvidado. Por favor, Nimbo…

Pero en su tarjeta de identificación sigue brillando la I roja. Su clasificación de indeseable conlleva un periodo mínimo de cuatro meses, así que no puedo responder. Me atan mis propias leyes.

—Por favor —suplica mientras las lágrimas sobrepasan el intento de sus nanobots emocionales por consolarlo—. Por favor, dame una señal. Es lo único que pido. Sólo una señal de que no me has abandonado.

Y entonces me doy cuenta de que, aunque existe una ley que impide mi comunicación directa con un indeseable, no hay ninguna contra las señales y los milagros.

—Por favor…

Así que le concedo el deseo. Accedo a la red eléctrica y apago la luz. No sólo en la capilla, sino en todo Wichita. Las luces de la ciudad parpadean durante 1,3 segundos. Por Greyson Tolliver y nadie más. Para demostrar sin lugar a dudas lo mucho que me importa y lo mucho que me destrozaría el corazón su sufrimiento de tener un corazón capaz de tal disfunción.

Pero Greyson Tolliver no lo sabe. No lo ve… porque tiene los ojos cerrados con demasiada fuerza para enterarse de nada más allá de su propia angustia.

39

Un paisaje de depredadores

Un paisaje de depredadores Las segadoras Anastasia y Curie llegaron en uno de los lujosos *jets* privados de la Guadaña, un vehículo amueblado con tanta opulencia que parecía un chalé tubular en vez de un avión.

—Es un regalo de un fabricante aeronáutico —explicó Curie—. A la Guadaña hasta los aviones le salen gratis.

Su ruta de acercamiento las condujo en un arco alrededor de la isla flotante, de modo que Anastasia disfrutó de la asombrosa vista. Todo lo que no eran jardines maravillosos eran edificios de reluciente cristal y brillante titanio blanco. Había un enorme lago circular en el centro de la isla, abierto al mar. El «ojo» de la isla. Se trataba del punto de entrada para los transportes sumergibles y estaba lleno de embarcaciones de recreo. En el centro del ojo, separado de todo lo demás, se encontraba el complejo del Consejo Mundial de Segadores, conectado al resto de la isla mediante tres puentes.

—Es aún más impresionante que en foto —comentó Anastasia.

Curie se inclinó para mirar también por la ventana.

—Por muchas veces que la visite, Perdura nunca deja de asombrarme.

—¿Cuántas veces has venido?

—Puede que doce. De vacaciones, sobre todo. Es el lugar al que ir si no deseas que nadie te mire raro. Nadie nos teme. No somos el centro de atención inmediato cuando entramos en una habitación. En Perdura, volvemos a sentirnos seres humanos.

Aunque Anastasia sospechaba que la Gran Dama de la Muerte era una celebridad incluso en Perdura.

Según le explicó Curie, la torre más alta, apartada en su propia colina, era la Torre de los Fundadores.

—Allí encontrarás el Museo de la Guadaña, con la Cámara de las Reliquias y los Futuros, además del corazón que da nombre a la isla.

Pero más impresionante todavía era una serie de siete torres idénticas repartidas a intervalos regulares por el ojo central de la isla. Una para cada uno de los verdugos mayores del Consejo Mundial de Segadores, sus segadores subordinados y su amplio personal. La sede del poder de la

Guadaña era una red de burocracia, como la Interfaz con la Autoridad, aunque sin la ventaja del Nimbo para que todo funcionara a la perfección; lo que significaba que la política iba a paso de tortuga y había varios meses de asuntos pendientes en su agenda. Sólo los temas más urgentes se movían a los primeros puestos de la lista, temas como la investigación sobre la elección midmericana. A Anastasia se le subió un poco el ego al saber que había creado un revuelo lo bastante grande como para llamar de inmediato la atención del Consejo Mundial de Segadores. Y para el consejo una espera de tres meses era la velocidad de la luz.

—Perdura está abierta a todos los segadores y sus invitados —le dijo Curie—. Incluso tu familia podría vivir aquí si quisieras.

Anastasia intentó imaginarse a sus padres y a Ben en una ciudad de segadores, y empezó a dolerle el cerebro.

Al aterrizar los recibió el segador Seneca, el primer subordinado de Xenocrates, cuya sosa túnica granate chocaba con el reluciente entorno. La joven se preguntó cuántos segadores midmericanos se había llevado consigo Xenocrates. Sus tres segadores subordinados se daban por sentados. Si se había llevado demasiados se necesitarían muchos más novicios, y eso podría significar una nueva entrada de segadores del nuevo orden.

—Bienvenidas a la Isla del Corazón Perdurable —las saludó Seneca con su habitual falta de entusiasmo—. Las llevaré al hotel.

Como el resto de la isla, el hotel era de última generación, con suelos de malaquita verde pulida, un altísimo patio interior cristalino y abundante personal para satisfacer todas sus necesidades.

—Casi me recuerda a la Ciudad Esmeralda —comentó Anastasia pensando en un cuento infantil de la edad mortal.

—Sí —respondió Curie con una sonrisa traviesa—. Y una vez llegué a teñirme los ojos para que me hicieran juego con la túnica.

Seneca les ahorró la cola de la recepción, en la que había unos cuantos segadores de vacaciones bastante impacientes y uno que vestía una túnica de plumas blancas, irritado, se quejaba de la incompetencia del personal por, al parecer, no atender a todos sus deseos lo bastante deprisa. A algunos colegas no les gustaba no ser el centro de atención instantáneo.

—Por aquí —les indicó Seneca—. Enviaré a un botones a por sus maletas.

Fue entonces cuando Anastasia se percató de algo que había estado en los límites de su percepción desde que llegara. En realidad se dio cuenta gracias a un niño pequeño que esperaba el ascensor con su familia.

Señaló una de las puertas y se volvió hacia su madre.

—¿Qué quiere decir «fuera de servicio»?

—Significa que el ascensor no funciona.

El niño no conseguía asimilar el concepto.

—¿Cómo es posible que no funcione un ascensor?

Su madre no tenía respuesta, así que le dio un aperitivo para distraerlo.

Anastasia rememoró su llegada; que habían volado en círculo varias veces antes de aterrizar por algo que tenía que ver con el sistema de control del tráfico aéreo. Y se había fijado en un arañazo en el lateral de un publicoche al salir de la terminal. Nunca antes había visto algo así. Y la cola en la recepción. Había oído a uno de los recepcionistas decir que su ordenador estaba «dando problemas». ¿Cómo iba a dar problemas un ordenador? En el mundo que conocía Anastasia, las cosas funcionaban sin más. El Nimbo se aseguraba de ello. No se veían carteles de «fuera de servicio» porque en cuanto algo dejaba de funcionar se enviaba a un equipo a arreglarlo. Nada permanecía fuera de servicio el tiempo suficiente para necesitar un cartel.

—¿Qué segadora eres? —le preguntó el niño, abriendo mucho las vocales. Anastasia dedujo que sería de Texas, aunque en algunas partes del sur de Estemérica tenían un acento similar.

—Soy la segadora Anastasia.

—Mi tío es el honorable segador Howard Hughes. ¡Así que tenemos inmunidad! Está dando un sinfonio sobre cómo cribar correctamente con un cuchillo Bowie.

—Simposio —lo corrijo su madre en voz baja.

—Sólo he usado ese cuchillo una vez —repuso Anastasia.

—Deberías usarlo más a menudo —dijo el niño—. Tienen doble filo en la punta. Muy eficiente.

—Sí —dijo Curie—. Al menos más eficiente que estos ascensores.

El chico empezó a agitar la mano en el aire como si blandiera el cuchillo.

—¡De mayor quiero ser segador! —exclamó, lo que dejaba claro que nunca lo sería. A no ser, claro estaba, que los segadores del nuevo orden se hicieran con el control de su región.

Llegó un ascensor, y Anastasia hizo ademán de entrar, pero Séneca la detuvo.

—Ese sube —dijo sin más.

—¿No subimos?

—Evidentemente, no.

La joven miró a Curie, que no parecía en absoluto sorprendida.

—¿Así que nos meten en el sótano?

Seneca soltó un bufido y no se dignó a responder.

—Se te olvida que estamos en una isla flotante —le aclaró Curie—. Un tercio de la ciudad está debajo del agua.

Su suite se encontraba en el subnivel siete y tenía un ventanal que ocupaba desde el suelo hasta el techo por el que nadaban a toda velocidad unos peces tropicales de colores. Eran unas vistas increíbles, aunque en parte bloqueadas por la figura que estaba de pie ante ellas.

—¡Ah, ya habéis llegado! —exclamó Xenocrates, que dio un paso al frente para saludarlas.

Ni Curie ni Anastasia eran demasiado amigas de su anterior sumo dalle. La chica nunca le perdonó que la acusara de haber asesinado al segador Faraday, aunque la necesidad de diplomacia era mayor que su necesidad de guardarle aquel agravio.

—No esperábamos que nos recibiera en persona, su eminente excelencia —dijo Curie.

Él les estrechó la mano con dos de las suyas, afable, como tenía costumbre.

—Sí, bueno, no habría estado bien pediros que me visitarais en mis oficinas. Parecería favoritismo en el asunto del sumo dalle midmericano.

—Pero aquí está —comentó Anastasia—. ¿Significa eso que contamos con su apoyo para la investigación?

Xenocrates suspiró.

—Ay, la dalle suprema me ha pedido que me inhiba en esto. Cree que no puedo ser imparcial, y me temo que está en lo cierto. —Se tomó un momento para mirar a Curie, y durante ese momento pareció bajar sus defensas personales. Daba la impresión de ser sincero de verdad—. Puede que tú y yo no hayamos estado siempre de acuerdo, Marie, pero no me cabe duda que Goddard sería un desastre. Espero de corazón que vuestra investigación en su contra sea un éxito… Y aunque no se me permita votar, mis pensamientos están contigo.

Lo que no serviría de nada, pensó Anastasia. No conocía a los otros seis verdugos mayores, salvo por lo que le había contado Curie de ellos. Dos eran afines a los ideales del nuevo orden, dos se oponían y dos eran imprevisibles. La investigación podía decantarse por cualquiera de los dos lados.

La joven les dio la espalda a los otros segadores, enamorada de las vistas. Era una distracción agradable del momento que tenía ante ella. Pensó en lo bonito que resultaría ser como aquellos peces; no tener preocupaciones más

allá de la supervivencia y la pertenencia a su banco. Formar parte del todo, en vez de ser un individuo aislado en un mundo que se tornaba hostil.

—Impresionante, ¿verdad? —dijo Xenocrates, que se colocó a su lado—. Perdura sirve de arrecife artificial, y la vida marina en un radio de treinta kilómetros a la redonda está repleta de nanobots que nos permiten controlarla. —Cogió una tablet de la pared—. Observa.

Dio unos cuantos toquecitos, y los peces de colores se apartaron como una cortina que se abre. En un momento tuvieron ante ellos el mar lleno de medusas, que resultaban engañosamente tranquilizadoras con sus movimientos ondulantes más allá de la enorme ventana.

—Puedes cambiar tu paisaje vivo para que tenga el aspecto que desees. —Xenocrates le ofreció la tablet—. Toma, prueba.

Anastasia cogió la tablet y alejó a las medusas. Después encontró lo que buscaba en el menú. Un único tiburón de arrecife se les acercó, seguido de otro y otro, hasta que toda la zona se llenó de ellos. Un tiburón tigre de mayor tamaño enfatizó la escena al mirarlos con sus ojos fríos a través del cristal.

—Ya está —dijo la joven—: un paisaje que representa con mucha más precisión nuestra situación actual.

Al verdugo mayor Xenocrates no le hizo gracia.

—Nadie te podrá acusar nunca de ser una optimista, señorita Terranova —le dijo, usando adrede su nombre de nacimiento a modo de ambiguo insulto. Después les dio la espalda a los tiburones—. Os veré a las dos en el proceso de mañana. Mientras tanto, he organizado una visita privada a la ciudad para vosotras y unos asientos excelentes en la ópera de esta noche, *Aida* creo recordar.

Y a pesar de que ni Anastasia ni Marie estaban de humor para esas cosas, ninguna de las dos rechazó la oferta.

—Quizás un día de diversiones agradables sea lo que necesitemos —dijo Marie una vez que Xenocrates se hubo marchado. Entonces le quitó la tablet a Anastasia y dispersó el paisaje de depredadores.

Tras dejar a las segadoras Anastasia y Curie, su eminente excelencia el verdugo mayor Xenocrates supervisaba sus dominios desde el ático de paredes y techo de cristal de la torre nortemericana, que le había sido concedido tras ascender a su puesto. Era una de las siete residencias de esas características, una en lo alto de cada una de las torres que rodeaban el ojo central de Perdura. Dentro del ojo, los submarinos de lujo llegaban y partían;

los taxis acuáticos transportaban a la gente de un lado a otro; las embarcaciones de recreo surcaban el mar. Vio a un segador de visita montado en una moto de agua sin quitarse la túnica, lo que no era buena idea. La tela le hacía de paracaídas y lo levantaba de la parte de atrás de la moto para lanzarlo al agua. Idiota. La maldición de la Guadaña eran los idiotas. Quizá contaran con sabiduría, pero el sentido común era un rasgo que se echaba mucho en falta.

El sol lo iluminaba a través del techo de cristal, así que pidió a su ayuda de cámara que le cerrara las persianas. Siempre parecía que la que podía tapar el sol en ese momento no funcionaba, y conseguir que un técnico fuera a arreglarla era prácticamente imposible, incluso para un verdugo mayor.

—Es algo reciente —se disculpó el hombre—. Más o menos desde que usted llegó, las cosas no han estado funcionando como es debido.

Como si, de algún modo, aquella plaga de fallos operativos fuera culpa de Xenocrates.

Había heredado al ayuda de cámara del verdugo mayor Hemingway. Sólo los segadores empleados por el verdugo debían cribarse con él, no el personal de servicio. Eso contribuía a dar una sensación de continuidad, aunque Xenocrates sospechaba que al final acabaría por sustituirlos a todos, para así no sentirse siempre comparado con su anterior jefe.

—Me parece ridículo que el techo de esta residencia tenga que ser de cristal —comentó, no por primera vez—. Es como si estuviera en un escaparate para cualquier avión o mochila cohete que pase por aquí.

—Sí, pero el aspecto cristalino de las cúspides de la torre es precioso, ¿verdad?

Xenocrates refunfuñó.

—¿No se supone que la función es más importante que la forma?

—No en la Guadaña —respondió su ayuda de cámara.

Así que Xenocrates había alcanzado la refulgente cima del mundo. La culminación de todas sus ambiciones. No obstante, incluso entonces, tramaba su siguiente éxito. Algún día sería dalle supremo. Aunque tuviera que esperar a que se cribasen todos los demás verdugos mayores.

Incluso en aquel nuevo puesto tan elevado, sentía una humildad que no se esperaba. Había pasado de ser el segador más poderoso de Midmérica a convertirse en el segador más novato del Consejo Mundial; y aunque los otros seis verdugos mayores lo habían aprobado para el puesto, eso no significaba que estuvieran dispuestos a tratarlo como a un igual. Hasta en el más alto nivel, había deudas que pagar, había que ganarse el respeto.

Por ejemplo, tras su ratificación, un día después de que el segador Hemingway y sus subordinados se cribaran, la dalle suprema Kahlo había comentado a Xenocrates, como de pasada, delante de todos los demás verdugos mayores: «Tanta tela pesada debe de resultarte un estorbo. —Después añadió, sin tan siquiera sonreír—: Deberías encontrar el modo de aligerarla un poco».

Por supuesto, no se refería a encontrar una tela más ligera, sino al hecho de que hacía falta demasiada para vestirlo. Se había ruborizado con el comentario y, al verlo, la dalle suprema se había reído.

«Pareces un querubín, Xenocrates».

Aquella noche buscó a un técnico de bienestar que le ajustara los nanobots para acelerar de manera significativa su metabolismo. Como sumo dalle de Midmérica le convenía mantener un peso impresionante. Resultaba imponente y contribuía a su aspecto mítico. Pero allí, entre los verdugos, se sentía como un niño obeso al que eligen el último para un equipo deportivo.

«Si configuramos su metabolismo al máximo, tardará entre seis y nueve meses en alcanzar su peso óptimo», le había asegurado el técnico de bienestar. Era demasiado tiempo para su limitada paciencia, pero poca elección tenía en el asunto. Bueno, al menos no era necesario reducir su apetito ni ejercitarse, como sucedía en los tiempos mortales.

Mientras meditaba sobre su lenta tripa menguante y la idiotez de los segadores de vacaciones de abajo, su ayuda de cámara regresó, algo agitado.

—Perdone, su eminente excelencia, pero tiene una visita.

—¿Es alguien a quien desee ver?

La nuez del hombre se movió con claridad al tragar saliva.

—Es el segador Goddard.

Que era justo la persona que menos deseaba ver en el mundo.

—Dile que estoy ocupado.

Sin embargo, incluso antes de que el ayuda de cámara pudiera transmitir el mensaje, Goddard entró por la cara.

—¡Su eminente excelencia! —exclamó en tono jovial—. Espero no pillarlo en un mal momento.

—En realidad sí, pero aquí estás, así que no puedo hacer nada para evitarlo.

Echó a su ayudante con un gesto de la mano, resignado a que el encuentro era inevitable. ¿Qué era lo que decían los tonistas? «Lo que se avecina no puede evitarse».

—Nunca había visto las suites de los verdugos mayores —comentó Goddard mientras se paseaba por el salón y lo examinaba todo, desde los muebles a las obras de arte—. ¡Qué inspirador!

Xenocrates no tenía tiempo para tonterías.

—Quiero que sepas que, en cuanto reapareciste, me aseguré de que escondieran a Esme y a su madre en un lugar en el que nunca las encontrarás; así que si pretendes usarlas contra mí, no va a funcionar.

—Ah, sí, Esme —dijo Goddard, como si llevara un siglo sin pensar en ella—. ¿Cómo está tu querida hija? Enorme, imagino. A lo largo y a lo ancho. ¡Cómo la echo de menos!

—¿Por qué has venido? —preguntó Xenocrates, molesto por su presencia, por el maldito sol que no dejaba de darle en los ojos y por el aire acondicionado, que no lograba encontrar una temperatura estable.

—Para contar con el mismo tiempo que mi oponente, su eminente excelencia. Sé que se ha reunido con la segadora Curie esta mañana. Podría verse como una preferencia que se reúna con ella y no conmigo.

—Podría verse así porque así es. No apruebo ni tus ideas ni tus acciones, Goddard. No seguiré manteniéndolo en secreto.

—Y, a pesar de eso, se ha inhibido de la investigación de mañana.

Xenocrates suspiró.

—Porque la dalle suprema me lo pidió. Te lo preguntaré de nuevo: ¿por qué has venido?

Y, de nuevo, Goddard se permitió dar otro rodeo:

—Deseaba presentarle mis respetos y disculparme por las indiscreciones del pasado; hacer borrón y cuenta nueva. —Entonces abrió los brazos con las palmas hacia arriba en un gesto beatífico para llamar la atención sobre su nuevo cuerpo—. Como ve, soy un hombre distinto. Y, si me convierto en sumo dalle de Midmérica, lo mejor para los dos será que nos llevemos bien.

Entonces, Goddard se detuvo ante el gran ventanal curvo, como había hecho Xenocrates unos segundos antes, y contempló el paisaje como si algún día fuera a ser suyo.

—Me gustaría saber por dónde sopla el viento en el consejo —dijo.

—¿No te has enterado? —se burló el otro—. En estas latitudes no hay viento.

Goddard no hizo caso.

—Sé que la dalle suprema Kahlo y el verdugo mayor Cromwell no apoyan los ideales de los segadores del nuevo orden, pero que los verdugos Hideyoshi y Amundsen sí…

—Si ya lo sabes, ¿para qué me preguntas?

—Porque las verdugos Nzinga y MacKillop no han expresado su opinión al respecto. Esperaba que pudieras apelar a ellas.

—Y ¿por qué iba a hacerlo?

—Porque, a pesar de tu naturaleza servil, sé que, en el fondo, eres un segador honorable de verdad. Y, como hombre honorable, tu deber es hacer justicia. —Se le acercó un paso—. Sabes tan bien como yo que este proceso no es de justicia. Creo que con tus formidables habilidades diplomáticas convencerías al consejo para que deje a un lado su visión del mundo y tome una decisión justa e imparcial.

—Que te permita ser sumo dalle tras un año de ausencia, a pesar de que sólo el siete por ciento de ti permanece intacto. ¿Es eso justo e imparcial?

—No pido eso, sino que no se me descalifique antes del recuento de votos. Que hable la Guadaña midmericana. Que su decisión mande, sea la que sea.

Xenocrates sospechaba que Goddard era tan magnánimo únicamente porque sabía que había ganado.

—¿Y ya está? ¿Es lo único que tienes que decirme?

—En realidad, no —respondió el segador, y por fin llegó al quid de su propuesta. En vez de decir algo, se metió la mano en el bolsillo interior de su túnica y sacó otra túnica doblada y envuelta en un lazo, como un regalo. Se la lanzó a Xenocrates. Era negra. La túnica del segador Lucifer.

—¿Lo… lo has atrapado?

—No sólo eso, sino que lo he traído a Perdura para que se enfrente a su juicio.

Xenocrates agarró la túnica. Le había dicho a Rowan que le daba igual que lo atraparan o no, y era cierto: una vez que supo que estaba a punto de convertirse en verdugo mayor, Rowan le pareció un asunto insignificante que era mejor dejar en manos de su sucesor. No obstante, ahora que Goddard lo tenía, todo cambiaba.

—Pretendo presentarlo ante el consejo en la sesión de mañana, como gesto de buena voluntad. Espero que eso te dé alas en vez de cortártelas.

Al otro hombre no le gustó nada cómo sonaba eso.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, por un lado, podría decirle al consejo que lo capturé gracias a tu trabajo. Que trabajaba siguiendo tus instrucciones. —Después hizo una pausa para tocar un pisapapeles de la mesa y darle vueltas—. O podría destacar la aparente incompetencia de tu investigación… Aunque ¿de verdad se trató de

incompetencia? Al fin y al cabo, el segador Constantine es considerado el mejor investigador de todas las Méricas… Y el hecho de que Rowan Damisch te visitara en tu casa de baños favorita sugiere, como mínimo, una confabulación entre vosotros, si no amistad. Si la gente supiera de dicha reunión, quizá pensara, entre otras cosas, que tú estuviste detrás de todos sus crímenes desde el principio.

Xenocrates respiró hondo. Fue como recibir un puñetazo en la barriga. Ya veía el pincel que sostenía Goddard y la imagen que pensaba pintar con él. Daba igual que la reunión hubiera sido cosa de Damisch y que Xenocrates no hubiera hecho nada malo. No importaba. Las insinuaciones bastarían para destruirlo.

—¡Sal de aquí! —chilló el anterior sumo dalle—. ¡Sal antes de que te tire por esa ventana!

—¡Sí, hazlo, por favor! —repuso Goddard, alegre—. ¡A este cuerpo nuevo le encanta despachurrarse!

Y como Xenocrates no se movió, el segador se rio con ganas, no con una risa cruel y fría. Con una risa amistosa. Agarró a Xenocrates por el hombro y lo sacudió con cariño, como si fueran buenos colegas.

—No tienes por qué preocuparte, viejo amigo. Pase lo que pase mañana, no te acusaré ni le contaré a nadie que Rowan te visitó. De hecho, como precaución, ya he cribado al camarero de la casa de baños que estaba propagando el rumor. Puedes estar tranquilo, que gane o pierda la investigación tu secreto estará a salvo conmigo… Porque, a pesar de lo que creas, yo también soy un hombre honorable.

Dicho lo cual, se alejo a paso tranquilo. Pavoneándose, más bien; sin duda, debido a la memoria muscular del joven cuyo cuerpo ahora poseía.

Y Xenocrates se percató de que Goddard no mentía. Cumpliría su palabra. No lo difamaría ni le contaría al consejo que aquella noche había dejado escapar a Rowan Damisch. No había ido allí a chantajearlo, sino simplemente a hacerle saber que podría hacerlo…

Lo que significaba que allí, en la cumbre de la Guadaña, en la cima del mundo, Xenocrates seguía siendo un bicho que los dedos robados de Goddard sujetaban con mucho cuidado.

La guía que acompañaba a las segadoras Curie y Anastasia en su visita personalizada a los lugares más interesantes de la isla llevaba más de ochenta

años viviendo en Perdura y contaba con orgullo que no había salido ni una vez de la isla durante todo ese tiempo.

—Cuando encuentras el paraíso, ¿por qué ir a otra parte?

A Anastasia le costaba no sentirse impresionada por lo que veía: maravillosos jardines en colinas escalonadas que parecían un paisaje real, pasajes elevados que conectaban las torres y pasajes submarinos de cristal que iban de un edificio a otro bajo la isla, todos programados con su propia vida marina alrededor.

En el Museo de la Guadaña se encontraba la Sala del Corazón Perdurable, sobre la que la joven había oído rumores, aunque hasta hacía poco no creía que existiera de verdad. El corazón flotaba dentro de un cilindro de cristal, conectado a unos electrodos incorporados biológicamente. Latía a un ritmo constante, y su sonido se amplificaba en la sala para que todos lo oyeran.

—Podría decirse que Perdura está viva porque tiene un corazón —dijo su guía—. Este corazón es el órgano humano vivo más antiguo de la Tierra. Empezó a latir en la edad mortal, al principio del siglo XXI, como parte de los primeros experimentos sobre la inmortalidad, y no se ha detenido desde entonces.

—¿De quién es? —preguntó Anastasia.

La guía se quedó pasmada, como si nunca se lo hubieran preguntado antes.

—No lo sé. Probablemente de un sujeto de investigación al azar. La edad mortal era una época de barbarie. A principios del siglo XXI apenas se podía cruzar la calle sin que te secuestraran para experimentar contigo.

Pero para Anastasia lo más interesante de la visita fue la Cámara de las Reliquias y los Futuros. No estaba abierta al público, e incluso los segadores necesitaban un permiso especial de un sumo dalle o un verdugo mayor para verla; y ellas lo tenían.

Se trataba de una cámara cúbica de acero macizo suspendida magnéticamente dentro de un cubo de mayor tamaño, como una caja rompecabezas, y sólo se accedía a ella a través de un estrecho puente plegable.

—La cámara central se diseñó como la cámara acorazada de un banco de la edad mortal —les explicó la guía—. Treinta centímetros de acero macizo en todos sus lados. La puerta ya pesa casi dos toneladas por sí sola. —Mientras cruzaban el puente que daba a la cámara interior, les recordó que allí no se podían sacar fotos—. La Guadaña es muy estricta con eso. Al otro lado de estas paredes, este lugar debe seguir siendo un mero recuerdo.

La cámara interior medía seis metros de lado a lado, y en uno de los laterales habían montado una serie de maniquís dorados, todos vestidos con ajadas túnicas de segador. Una de seda multicolor bordada, otra de satén azul cobalto, otra de fino encaje plateado… Hasta trece en total. Anastasia dejó escapar un jadeo. No pudo reprimirlo, puesto que las reconocía de sus clases de Historia.

—¿Son las túnicas de los segadores fundadores?

La guía sonrió y pasó junto a ellas para señalar los ropajes uno a uno.

—Da Vinci, Gandhi, Sappho, King, Laozi, Lennon, Cleopatra, Powhatan, Jefferson, Gershwin, Elizabeth, Confucius y, por supuesto, ¡el dalle supremo Prometheus! ¡Todas las túnicas de los fundadores se conservan aquí!

Anastasia se fijó, bastante satisfecha, en que todas las segadoras se hacían llamar por un único nombre sin apellidos, como ella.

Incluso Curie estaba impresionada con la exposición.

—¡Encontrarse en presencia de tanta grandeza te deja sin aliento!

Tan prendada quedó Anastasia de las túnicas que tardó unos instantes en percatarse de lo que ocupaba las otras tres caras de la cámara.

¡Diamantes! Una hilera tras otra. La habitación centelleaba con todos los colores del espectro refractados a través de las gemas. Eran las que adornaban los anillos de los segadores. Todas del mismo tamaño y de la misma forma, y todas con el mismo núcleo oscuro.

—Las gemas las forjaron los segadores fundadores y aquí es donde se guardan —explicó la guía—. Nadie sabe cómo se fabricaron, es una tecnología perdida. Aunque no hay de qué preocuparse, puesto que contamos con las suficientes para ordenar a casi cuatrocientos mil segadores.

«¿Por qué íbamos a necesitar cuatrocientos mil segadores?», se preguntó Citra.

—¿Alguien sabe por qué tienen ese aspecto? —preguntó en voz alta.

—Seguro que los fundadores lo sabían —respondió la guía, esquivando alegremente la pregunta. Después intentó deslumbrarlas con los datos técnicos del mecanismo de cierre de la cámara acorazada.

Para concluir el día, fueron a la Ópera de Perdura para una representación de la *Aida* de Verdi. No había amenaza alguna de aniquilación ni vecinos serviles a su lado. De hecho, muchos de los presentes eran segadores de visita, lo que dificultaba sobremanera entrar y salir de su fila por culpa de lo voluminoso de todas aquellas túnicas.

La música era deliciosa y melodramática. A Anastasia le recordó al instante a la única ópera que había visto antes, también de Verdi. Fue la noche

en que conoció a Rowan. El segador Faraday los había invitado a los dos. En aquel instante no tenía ni la más remota idea de que Faraday le pediría que fuera su novicia, pero Rowan sí que lo sabía; o, al menos, lo sospechaba.

La ópera era fácil de seguir: un amor prohibido entre un comandante militar egipcio y una reina rival, que acababa con una sepultura eterna para los dos. Muchas narrativas de la edad mortal acababan con la muerte como hecho definitivo. Era como si estuvieran obsesionados con la naturaleza limitada de sus vidas. Bueno, al menos la música era bonita.

—¿Estás lista para mañana? —preguntó Marie cuando bajaban los escalones del edificio de la ópera después de que terminara la representación.

—Estoy lista para presentar nuestro caso —respondió Anastasia, dejando claro que no era sólo de ella, sino de las dos—. Aunque no estoy segura de estar preparada para el posible resultado.

—Si perdemos este proceso, quizá cuente con los votos necesarios para convertirme en suma dalle.

—Supongo que no tardaremos en averiguarlo.

—En cualquier caso, es una idea apabullante. Nunca he deseado ser suma dalle de Midmérica. Bueno, puede que en mi juventud, esos días en los que blandía la hoja para abatir los hinchados egos de los ricos y poderosos. Pero ya no.

—Cuando el segador Faraday nos tomó a Rowan y a mí como novicios, nos dijo que no querer el trabajo era el primer paso para merecerlo.

Marie sonrió con pesar.

—Nuestra sabiduría siempre regresará para atormentarnos. —Entonces perdió la sonrisa—. Entenderás que, si llego a suma dalle, por el bien de la Guadaña, tendré que perseguir a Rowan y llevarlo ante la justicia.

Y aunque a Anastasia le dolía más de lo que era capaz de expresar, asintió con estoica resignación.

—Si es tu justicia, la aceptaré.

—Nuestras elecciones no son fáciles; ni tampoco deberían serlo.

La joven miró hacia el mar y observó cómo jugaba con el agua hasta donde alcanzaba la vista. Nunca se había sentido tan lejos de sí misma como allí. Nunca se había sentido tan lejos de Rowan. Tan lejos que ni siquiera sabía contar los kilómetros que los separaban.

Quizá porque no los había.

En la casa de vacaciones del segador Brahms, no muy lejos del edificio de la ópera, Rowan esperaba en un sótano amueblado con vistas a las profundidades submarinas.

—Es un tratamiento mucho mejor del que mereces —le había dicho Goddard cuando llegaron—. Mañana te entregaré a los verdugos mayores y, con su permiso, te cribaré con la misma brutalidad con la que tú me cercenaste la cabeza del cuerpo.

—Perdura es una zona libre de cribas —le recordó Rowan.

—Por ti seguro que hacen una excepción.

Cuando dejó a Rowan encerrado y se marchó, el joven se sentó para repasar su vida por última vez.

Su infancia fue una época corriente, puntuada por momentos de mediocridad intencionada para no destacar. Era un amigo excepcional. Suponía que sobresalía en lo concerniente a hacer lo correcto, incluso cuando lo correcto era algo muy estúpido; y, al parecer, casi siempre lo era, porque si no no habría estado metido en el lío en el que se encontraba.

Aunque no estaba listo para abandonar este mundo, tras haber acabado morturiento tantas veces a lo largo de los últimos meses, ya no temía lo que le trajera la eternidad. Sí que deseaba vivir lo bastante para ver a Goddard muerto para siempre; pero, si eso no iba a suceder, prefería que acabaran ya con su existencia. Así no tendría que ver el mundo caer víctima de las retorcidas filosofías del segador. Por otro lado, no volver a ver a Citra… sería mucho más difícil.

Aunque sí que la vería. Estaría allí, en la investigación. La vería, y ella tendría que ver cómo lo cribaba Goddard; porque sin duda formaba parte del plan del segador obligarla a presenciarlo. Para dejarla marcada. Para destrozarla. Pero no lo conseguiría. La honorable segadora Anastasia era mucho más fuerte de lo que Goddard sabría nunca. Ser testigo de su muerte sólo serviría para afianzar su determinación.

Rowan estaba decidido a sonreír y guiñarle un ojo mientras lo cribaban, como diciendo: «Goddard puede acabar conmigo, pero no puede hacerme daño». Y aquel sería el recuerdo que le dejaría como despedida: una actitud desafiante fría y tranquila.

Negarle a Goddard la satisfacción de su terror sería casi tan gratificante como sobrevivir.

40

El conocimiento es po

Mientras las segadoras Anastasia y Curie pasaban el día visitando Perdura, a más de tres mil kilómetros de distancia Munira y Faraday cruzaban una calle repleta de agujeros y plagada de malas hierbas para llegar al edificio de lo que antes fuera la biblioteca más grande y completa del mundo. El lugar se estaba cayendo a pedazos, y los voluntarios que lo dirigían no podían llevar las reparaciones al día. El Nimbo había escaneado sus treinta y ocho millones de volúmenes más de doscientos años antes, cuando «la nube» todavía crecía y su consciencia era mínima. Para cuando se transformó en el Nimbo, todo lo que contenía la Biblioteca del Congreso ya formaba parte de su memoria. Sin embargo, desde que los humanos se encargaban de escanear, entró en juego el error humano… y el sabotaje humano. Era con lo que contaban Munira y Faraday.

Como en la Biblioteca de Alejandría, había un gran vestíbulo de entrada en el que los recibió Parvin Marchenoir, el actual y, seguramente, último bibliotecario del Congreso.

Faraday dejó que Munira hablara mientras él permanecía unos pasos más atrás, por si acaso lo reconocían. Allí no era demasiado famoso, pero quizá Marchenoir tuviera más mundo que el estemericano típico.

—Hola —saludó la joven—. Gracias por hacernos un hueco en su agenda para recibirnos, señor Marchenoir. Soy Munira Atrushi y este es el profesor Herring, de la Universidad Israérabe.

—Bienvenidos —respondió el bibliotecario mientras cerraba con dos vueltas de llave la gran puerta de entrada—. Perdonen el estado en el que se encuentra todo. Entre las goteras y las incursiones ocasionales de los indeseables callejeros, no somos la biblioteca que antes éramos. ¿Les ha molestado alguno por el camino? Los indeseables, me refiero.

—Han guardado las distancias —contestó Munira.

—Bien. La ciudad atrae a los indeseables, ya saben. Vienen porque creen que aquí no hay ley. Bueno, se equivocan. Tenemos leyes, como en todas partes; salvo que el Nimbo no invierte demasiado tiempo en ponerlas en práctica. Ni siquiera tenemos oficinas de la Interfaz con la Autoridad, ¿se lo

pueden creer? Bueno, pero contamos con centros de reanimación de sobra, se lo aseguro, porque aquí la gente acaba morturienta cada dos por tres…

Munira intentó meter una frase de canto, pero el hombre la arrolló con su palabrería:

—Vamos, que el mes pasado, sin ir más lejos, me cayó en la cabeza una piedra que se desprendió del viejo Castillo Smithsonian. Me dejó morturiento y perdí casi veinticuatro horas de memoria porque el Nimbo llevaba un día sin hacerme copia de seguridad, ¡incluso en eso se descuida! No dejo de quejarme, y él me dice que me escucha y que me entiende, pero ¿hace algo por cambiar la situación? ¡No!

La joven le habría preguntado al hombre por qué se quedaba si le gustaba tan poco la ciudad, pero conocía la respuesta: se quedaba porque el mayor placer de su vida era quejarse. En ese sentido, no se diferenciaba tanto de los indeseables de fuera. Estuvo a punto de echarse a reír, puesto que incluso al dejar la ciudad al borde de la ruina, el Nimbo proporcionaba el entorno que cierta gente necesitaba.

—¡Y no me hagan hablar de la calidad de la comida de esta ciudad! —siguió diciendo Marchenoir.

—Estamos buscando mapas —lo interrumpió Munira, lo que consiguió desviarlo de su diatriba.

—¿Mapas? El Nimbo está lleno de mapas. ¿Por qué venir hasta aquí para buscar un mapa?

Por fin habló Faraday, ya que se dio cuenta de que Marchenoir estaba tan absorto en sus vicisitudes que no se percataría de que tenía delante de las narices a un segador muerto ni cribándolo.

—Creemos que existen algunas… incoherencias técnicas. Pretendemos investigar los volúmenes originales y preparar un trabajo académico al respecto.

—Bueno, si existen incoherencias no son culpa nuestra —repuso el bibliotecario, a la defensiva—. Cualquier error que aparezca en la subida tuvo que suceder hace más de doscientos años, y me temo que ya no guardamos los volúmenes originales.

—Espere, ¿me está diciendo que en el único lugar donde podrían guardar las copias originales en papel de la edad mortal… no las guardan?

Marchenoir señaló las paredes.

—Miren a su alrededor. ¿Ven algún libro de verdad? Las copias en papel de mérito histórico se han trasladado a distintos lugares más seguros. Y el resto se consideraron un riesgo de incendio.

Al mirar a su alrededor y hacia los pasillos adyacentes, Munira se dio cuenta de que, efectivamente, las estanterías estaban vacías.

—Si no tienen libros de verdad, ¿para qué sirve este lugar?

El hombre se hinchó como un pavo y adoptó una postura indignada.

—Salvaguardamos la idea.

Munira podría haberle dado su opinión al respecto, pero Faraday la detuvo:

—Estamos buscando unos libros que quizá se hayan… extraviado —dijo.

Eso cogió al bibliotecario por sorpresa.

—No sé de qué me habla.

—Me lo creo.

Entonces, Marchenoir miró a Faraday con más detenimiento.

—¿Cómo decía que se llamaba usted?

—Profesor Redmond Herring, del departamento de Cartografía Arqueológica de la Universidad Israérabe.

—Me resulta familiar…

—Quizás haya visto uno de mis discursos sobre las disputas territoriales del Oriente Medio a finales de la edad mortal.

—Sí, sí, debe de ser eso. —El bibliotecario miró a su alrededor con una ligera paranoia antes de volver a hablar—: Si existen esos libros extraviados (y no estoy diciendo que existan), la información sobre ellos no debe salir de aquí. Los coleccionistas privados los buscarían con ahínco y los indeseables los quemarían.

—Entendemos a la perfección la necesidad de ser muy discretos.

Faraday hablaba con tal seguridad que Marchenoir quedó satisfecho.

—De acuerdo, entonces. Síganme.

Después los condujo por debajo de un arco sobre el que estaban grabadas en granito las palabras «EL CONOCIMIENTO ES PO». La piedra que contenía las letras DER había quedado reducida a polvo tiempo atrás.

Al pie de unas escaleras siguieron por un pasillo que los condujo por otras escaleras aún más viejas hasta un nivel inferior en el que los esperaba una puerta oxidada. Marchenoir tomó una de las dos linternas colocadas en un saliente y empujó la puerta, que se resistió a él con todas las fibras de su ser. Al final se abrió con un crujido y se encontraron con lo que, en un primer momento, parecía ser una especie de catacumba, aunque no había cadáveres

colgando de la pared. No era más que un oscuro túnel de bloques que se internaba en una oscuridad todavía más profunda.

—Es el túnel Cannon —explicó el bibliotecario—. Esta parte de la ciudad está surcada de túneles en todas direcciones. Los legisladores y su personal los usaban… supongo que para trasladarse sin ser vistos por las turbas asesinas de la edad mortal.

Munira cogió la segunda linterna e iluminó el lugar. Los laterales del túnel estaban cubiertos de pilas de libros.

—Se trata de una pequeña parte de la colección original por supuesto —dijo el hombre—. Ya no tienen ningún propósito práctico, dado que están disponibles al público en formato digital. Pero es… reconfortante sostener en las manos un libro que una vez sostuvieron manos humanas mortales. Supongo que por eso los hemos guardado. —Le entregó la linterna a Faraday—. Espero que encuentren lo que buscan. Cuidado con las ratas.

Después se marchó y cerró la obstinada puerta al salir. No tardaron en descubrir que los libros del túnel no estaban ordenados de ningún modo. Era como una colección de todos los libros mal colocados del mundo.

—Si estoy en lo cierto, los segadores fundadores introdujeron un gusano en la «nube» justo cuando empezaba a evolucionar para convertirse en el Nimbo —dijo Faraday—. Un gusano que borraría sistemáticamente todo lo relacionado con el punto ciego del Pacífico de su memoria, incluidos los mapas.

—Como una polilla —dijo Munira.

—Sí, aunque estas larvas no son de las que se comen el papel de los libros de verdad.

Tras recorrer unos cuantos metros de túnel llegaron a una puerta con una placa en la que se leía: «ARQUITECTO DEL CAPITOLIO: CARPINTERÍA». Abrieron la puerta y se encontraron con un espacio enorme lleno de escritorios y viejas herramientas de ebanistería, todo cubierto de miles y miles de libros.

Faraday suspiró.

—Parece que tenemos para rato.

41

Los pesares de Olivia Kwon

La noche antes del proceso, la segadora Rand decidió que había llegado el momento de mover ficha. Era ahora o nunca, literalmente, y qué mejor noche para que la relación entre Goddard y ella subiera al siguiente nivel que la víspera de que el mundo cambiara; porque al día siguiente, pasara lo que pasara, nada volvería a ser igual.

No era una mujer dada a las emociones, aunque notaba que tanto la cabeza como el corazón se le aceleraban al acercarse a la puerta de Goddard. Giró el pomo. No estaba cerrada. La empujó sin llamar, en silencio. La habitación estaba a oscuras, tan sólo iluminada por las luces de la ciudad que se filtraban a través de los árboles de fuera.

—¿Robert? —susurró, y dio un paso más—. ¿Robert? —susurró de nuevo.

El hombre no se movió. O estaba dormido o lo fingía, a la espera de lo que ella hiciese. Con la respiración acelerada, como si pisara hielo, se acercó a su cama… Sin embargo, antes de llegar él alargó una mano y encendió la luz.

—¿Ayn? ¿Qué coño haces?

De repente, la mujer se ruborizó y pareció diez años más joven; una estúpida escolar en vez de una segadora experimentada.

—Creía… Pensé que necesitarías… Es decir, creía que querrías… compañía esta noche.

Ya no había manera de ocultar su vulnerabilidad. Había abierto su corazón ante él. O lo tomaba o lo atravesaba con un cuchillo.

Él la miró y vaciló, aunque sólo un momento.

—Por Dios, Ayn, ciérrate la túnica.

Lo hizo. Y la ató tan fuerte que era como un corsé Victoriano que le robaba el aire.

—Lo siento…, creía…

—Sé lo que creías. Sé lo que has estado pensando desde el momento en que reviví.

—Pero me dijiste que sentías una atracción…

—No —la corrigió Goddard—, te dije que este cuerpo sentía una atracción. ¡Pero yo no me dejo controlar por la biología!

Ayn se esforzó por reprimir todas las emociones que amenazaban con embargarla. Se las tragó de golpe. O eso, o derrumbarse delante de él. Prefería cribarse antes que permitirlo.

—Supongo que te malinterpreté. No siempre me resulta fácil entenderte, Robert.

—Aunque deseara una relación así contigo, no podría ser. Está completamente prohibido que los segadores se relacionen entre sí de esa manera. Satisfacemos nuestras pasiones en el mundo, sin conexiones emocionales. ¡Y es por un motivo!

—Ahora suenas como los de la vieja guardia —repuso ella, y él se lo tomó como una bofetada, aunque después la miró, la miró de verdad, y de repente tuvo una revelación que ni ella misma había considerado.

—Podrías haber expresado tu deseo a la luz del día, pero no lo has hecho. Has venido a verme de noche. A oscuras. ¿Por qué, Ayn?

No tenía respuesta para él.

—De haber aceptado tus avances, ¿te habrías imaginado que era él? ¿Tu ingenuo chico fiestero?

—¡Por supuesto que no! —Estaba horrorizada. No sólo por la sugerencia, sino por lo mucho que quizá tuviera de cierta—. ¿Cómo se te ocurre?

Y, como si no se sintiera ya lo bastante humillada, justo entonces apareció por la puerta el segador Brahms.

—¿Qué está pasando? —preguntó el segador—. ¿Va todo bien?

Goddard suspiró.

—Sí, todo va bien. —Podría haberlo dejado así, pero no—: Resulta que Ayn ha elegido este preciso momento para un gran gesto romántico.

—¿En serio? —Brahms esbozó una sonrisa burlona—. Debería haber esperado a que fueras sumo dalle. El poder es un afrodisíaco.

Ahora, encima, sentía asco, además de humillación.

Goddard le echó un último vistazo cargado de crítica y, quizás, incluso de pena.

—Si querías disfrutar de este cuerpo, deberías haberlo hecho cuando tuviste la oportunidad.

La segadora Rand no había llorado desde los días en que todavía era Olivia Kwon, una chica agresiva con pocos amigos y serias inclinaciones

indeseables. Goddard la había salvado de una vida de desafío a la autoridad al colocarla por encima de ella. Era un hombre encantador, directo y muy inteligente. Al principio, lo había temido. Después, respetado. Y por último, amado. Por supuesto, había negado sus sentimientos hasta el momento en que lo vio sin cabeza. Sólo después de su muerte (y de casi haber muerto ella) pudo reconocer lo que sentía. Pero Ayn se había recuperado. Había encontrado el modo de traerlo de vuelta. Y en ese año de preparación, las cosas cambiaron. Todo el tiempo invertido en buscar biotécnicos capaces de realizar la operación desconectados de la red y en secreto. Después, la búsqueda del sujeto perfecto, uno que fuera fuerte, sano y cuyo uso provocara la mayor tristeza posible en Rowan Damisch. La segadora no era de las que se encariñaban, así que ¿qué había salido mal?

¿Se había enamorado de Tyger, tal como había insinuado Rowan? Sin duda amaba su entusiasmo y su irreprimible inocencia… Le sorprendía que, habiendo sido fiestero, no hubiera perdido la frescura. Era todo lo que ella nunca había sido. Y lo había matado.

Pero ¿cómo lamentar sus actos? Había salvado a Goddard y ella sola había conseguido dejarlo a las puertas del puesto de sumo dalle de Midmérica…, lo que la colocaría a ella como su primera subordinada. Era una situación en la que todos ganaban, en todos los aspectos.

Aun así, lo lamentaba… y esa disonancia entre lo que debería sentir y lo que sentía la estaba destrozando.

Sus pensamientos no dejaban de entretenerse en sandeces, sandeces imposibles. ¿Tyger y ella juntos? ¡Absurdo! Habrían sido una extraña pareja: la segadora y su cachorrito. Nada bueno para nadie. No obstante, no se libraba de aquellas ideas, no se lo quitaba de la cabeza.

Oyó el chirrido de unas bisagras detrás de ella y, al volverse, se encontró con Brahms en el umbral.

—¡Sal de aquí! —le gruñó. El segador ya le había visto los ojos llorosos, lo que no hacía más que incidir en su humillación.

No se marchó, aunque tampoco entró en el cuarto. Quizá por no arriesgar la vida.

—Ayn —le dijo con amabilidad—, sé que todos nos enfrentamos a mucho estrés en estos momentos. Tu indiscreción es comprensible. Sólo quiero que sepas que lo entiendo.

—Gracias, Johannes.

—Y quiero que sepas que, si necesitas compañía esta noche, estoy a tu completa disposición.

De haber tenido algo a mano para lanzárselo, lo habría hecho, pero se limitó a cerrar la puerta tan fuerte que esperó haberle roto la nariz.

—¡Defiéndete!

Rowan se despertó con la hoja de un cuchillo ante él. La esquivó muy despacio, recibió un corte en el brazo y se cayó del sofá en el que había estado durmiendo, en el sótano.

—¿Qué es esto? ¿Qué haces?

Era Rand. Lo atacó otra vez antes de poder ponerse en pie.

—¡Te he dicho que te defiendas o te juro que te hago trizas!

Rowan se alejó y agarró lo primero que encontró para bloquear sus cuchilladas. Una silla de oficina. Se la puso delante. La hoja se clavó en la madera y, cuando lanzó la silla a un lado, la hoja se fue con él.

Ella pasó a atacarlo sin ningún arma en las manos.

—Si me cribas ahora, Goddard no contará con su atracción estrella para la investigación.

—¡Me da igual!

Y eso le dijo todo lo que necesitaba saber. Aquello no iba sobre él, lo que significaba que quizá pudiera usarlo a su favor. Si lograba sobrevivir a su ira.

Lucharon entre ellos como si fuera un combate de bokator, aunque ella estaba más despierta y rebosante de adrenalina, así que, en menos de un minuto, lo tenía sujeto contra el suelo. Fue a arrancar el cuchillo de la silla y se lo colocó a Rowan en el cuello. Ahora dependía de la piedad de una mujer que carecía de ella.

—No es conmigo con quien estás enfadada. Matarme no ayudará.

—Pero me hará sentir mejor.

Rowan no tenía ni idea de qué había sucedido arriba, pero estaba claro que había sacado a la segadora de sus casillas. Quizá le sirviera para darle la vuelta al asunto. Así que, antes de que ella le diera el golpe de gracia, se atrevió a hacerlo él:

—Si lo que quieres es vengarte de Goddard, hay formas mejores.

Entonces, Ayn dejó escapar un gruñido gutural y lanzó el cuchillo a un lado. Se levantó y empezó a dar vueltas por el sótano como un depredador al que un depredador más grande y más malvado acabara de robarle la presa. Rowan sabía que lo más sensato era no preguntar nada. Simplemente se levantó y esperó a ver qué hacía la mujer a continuación.

—¡Es todo culpa tuya!

—Entonces, a lo mejor puedo arreglarlo —se ofreció él—. Arreglarlo para que, al menos, los dos saquemos algo bueno de todo esto.

Ella volvió la vista hacia él y lo miró con tal incredulidad que Rowan temió que lo atacara de nuevo. Pero entonces la segadora se sumió en sus pensamientos otra vez y siguió dando vueltas.

—Vale —dijo, hablando sola, claramente. Rowan casi veía los engranajes moviéndosele dentro de la cabeza—. Vale —repitió con más decisión. Había decidido algo. Se acercó a él, vaciló un momento y habló—: Antes del alba voy a dejar abierta la puerta de lo alto de las escaleras y tú vas a escapar.

Aunque Rowan intentaba encontrar una forma de seguir vivo, no se esperaba aquello.

—¿Me vas a dejar libre?

—No. Te vas a escapar. Porque eres listo. Goddard se enfurecerá, pero no se sorprenderá demasiado. —Después recogió el cuchillo y lo lanzó al sofá. Cortó el cuero—. Usarás el cuchillo para encargarte de los guardias del otro lado de la puerta. Tendrás que matarlos.

«Matarlos, pero no cribarlos —pensó—. Los dejaría morturientos y, cuando los revivieran, él ya se habría marchado porque, como solía decirse: "Los morturientos no cuentan nada durante un tiempo"».

—Eso puedo hacerlo.

—Y tendrás que ser sigiloso para no despertar a nadie.

—Eso también puedo hacerlo.

—Y después te largarás de Perdura antes de que empiece el proceso de la investigación.

Eso iba a ser un poco más complicado.

—¿Cómo? Soy un enemigo conocido de la Guadaña. No va a ser tan simple como comprar un billete de vuelta a casa.

—¡Pues usa tu cerebro, idiota! Por mucho que odie reconocerlo, nunca he conocido a nadie tan ingenioso como tú.

Rowan lo meditó un momento.

—Vale, me esconderé unos días y encontraré el modo de salir.

—¡No! —insistió ella—. Tienes que marcharte de Perdura antes de la investigación. Si gana Goddard, lo primero que hará será ordenar a los verdugos que te busquen hasta debajo de las piedras.

—¿Y si pierde?

La expresión de Rand le dijo más de lo que pronunció en voz alta.

—Si pierde, será peor. Créeme, no te conviene estar aquí.

Y aunque Rowan tenía mil preguntas, eso fue lo único que estuvo dispuesta a contarle. Pero una oportunidad de escapar (de sobrevivir) era más que suficiente. El resto quedaría en sus manos.

Rand se volvió para subir las escaleras y él la detuvo.

—¿Por qué, Ayn? ¿Por qué, después de todo, me vas a dejar escapar?

Ella frunció los labios, como si intentara tragarse las palabras, pero al final dijo:

—Porque, si yo no puedo conseguir todo lo que quiero, él tampoco.

42

La Tierra de Nod

Munira y Faraday trabajaron toda la noche y se turnaron para dormir. Los libros que la Biblioteca del Congreso había escondido trataban todo tipo de temas, desde los más ridículos a los más sublimes. Libros ilustrados para niños y diatribas políticas. Ficción romántica y biografías de personas que en su momento debían de haber sido importantes, pero que la historia había olvidado. Después, por fin, a altas horas de la madrugada, Munira encontró un atlas del mundo tal y como era en el siglo XX, cuando se publicó. Lo que descubrió la dejó tan pasmada que tuvo que sentarse.

Unos segundos después, despertó a Faraday de un sueño que no era tan profundo.

—¿Qué pasa? ¿Has encontrado algo?

La sonrisa de Munira era lo bastante amplia como para abarcarlos a los dos.

—¡Vaya que sí!

Lo llevó hasta el atlas abierto sobre la mesa, con las hojas destrozadas y amarillentas por la edad. Estaba abierto por una que mostraba una parte del océano Pacífico. Pasó el dedo por la imagen.

—Noventa grados, un minuto, cincuenta segundos al norte, por ciento sesenta y siete grados, cincuenta y nueve minutos y cincuenta y ocho segundos al este… Es justo el centro del punto ciego.

Los agostados ojos de Faraday se abrieron un poco más.

—¡Islas!

—Según el mapa, se llamaban las Islas Marshall, aunque no son simples islas…

—Sí —dijo Faraday, señalándolas—. Cada grupo de islas forma la cresta de un enorme volcán prehistórico…

—El artículo de la página siguiente dice que existen mil doscientas veinticinco islas diminutas alrededor de veintinueve crestas de volcán. —Señaló las etiquetas del mapa—. El Atolón de Rongelap, el de Bikini, el de Majuro.

Faraday ahogó un grito y alzó los brazos.

—¡Los lugares! —exclamó—. ¡La canción! ¡Hablaba de estos atolones!

Munira sonrió.

—Un lugar para los vivos, un lugar para los perdidos, un lugar para los sabios que cuentan los daños. —Entonces movió el dedo a lo alto de la página —. ¡Y está esto!

Al norte de los atolones que se habían borrado de la faz de la tierra había una isla que seguía en los mapas posmortales.

Faraday sacudió la cabeza, asombrado.

—¡Wake Island! ¡La isla Despertar!

—Y al sur del Despertar, como dice la rima, en medio de los atolones Marshall…

Faraday se concentró en el mayor de todos ellos, justo en el centro.

—Kwajalein… —dijo, y Munira casi sintió el escalofrío del segador—. Kwajalein es la Tierra de Nod.

Era la confirmación de todo lo que habían estado buscando.

Entonces, en el silencio que siguió a su revelación, Munira creyó oír algo. Un débil chirrido mecánico. Se volvió hacia Faraday, que frunció el ceño.

—¿Has oído eso? —preguntó.

Apuntaron con las linternas hacia fuera para iluminar el gran espacio lleno de desechos de la edad mortal. La carpintería estaba cubierta de polvo con siglos de antigüedad. No había más huellas que las suyas. Nadie había entrado allí desde hacía cien años.

Pero entonces la joven la vio en la esquina, arriba: una cámara.

Siempre había cámaras a su alrededor. Era una parte aceptada y necesaria de la vida. Pero allí, en aquel lugar secreto, parecía extraña y fuera de lugar.

—Quizá no funcione…

Faraday se puso de pie en una silla y acercó la mano.

—Está caliente. Debe de haberse activado cuando hemos entrado en el cuarto.

Bajó y miró hacia el punto que habían examinado en el mapa. Munira se daba cuenta de que la cámara tenía una vista perfecta de su descubrimiento…, lo que significaba…

—El Nimbo lo ha visto…

Faraday asintió, solemne.

—Acabamos de mostrarle lo único que no debía saber nunca. —Dejó escapar un suspiro estremecido—. Me temo que hemos cometido un terrible error…

43

¿Cuántos perduranos hacen falta para cambiar una bombilla?

No necesitaron alarma a la mañana siguiente. Los gemidos de angustia y furia de Goddard bastaban para despertar a los cribados.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando? —preguntó la segadora Rand, que fingía haber estado durmiendo cuando empezó la diatriba de Goddard. Lo cierto era que no había dormido nada. Se había pasado la noche entera despierta, esperando. Escuchando. Pendiente de oír en cualquier momento el ruido distante de la huida de Rowan, aunque sólo fueran los golpes sordos de los guardias al caer al suelo. Pero era bueno. Demasiado bueno para hacer ruido, de la clase que fuera.

Los dos guardias yacían morturientos junto a la puerta del sótano y la puerta principal estaba abierta en una mueca burlona. Rowan llevaba varias horas desaparecido.

—¡Nooo! —gimió Goddard—. ¡No es posible! ¿Cómo ha podido pasar? ¡Estaba desquiciado! ¡Era algo glorioso!

—No me preguntes, que no es mi casa —dijo Rand—. Quizás haya una puerta secreta de la que no teníamos noticia.

—¡Brahms! —Se volvió hacia el hombre, que acababa de salir de su dormitorio—. ¡Me dijiste que el sótano era seguro!

Brahms miró a los guardias sin poder creérselo.

—¡Lo es! ¡Lo era! ¡Sólo se puede salir o entrar con una llave!

—Entonces, ¿dónde está la llave? —preguntó la segadora Rand, con toda la naturalidad del mundo.

—Está justo a…

Sin embargo, dejó la frase a la mitad porque la llave no estaba colgada en la cocina, donde él señalaba.

—¡Estaba ahí! —insistió—. La dejé yo mismo después de bajar a echarle un vistazo anoche.

—Seguro que Brahms bajó con la llave… y Rowan se la quitó sin que se diera cuenta —sugirió Rand.

Goddard lo miró con rabia y el otro segador no pudo más que balbucear.

—Ahí tienes la respuesta —dijo Rand.

Entonces, la segadora vio cambiar la expresión de Goddard, que pareció robar el calor y la luz del cuarto. Ayn sabía lo que significaba y dio un paso atrás mientras el otro se acercaba a Brahms, que levantó las manos intentando calmarlo.

—Robert, por favor… ¡Seamos racionales!

—¿Racionales, Brahms? ¡Ya te daré yo a ti racionalidad!

Entonces se sacó un cuchillo de entre los pliegues de la túnica y se lo clavó en el corazón, para después sacarlo con un cruel giro de muñeca.

Brahms cayó sin dejar escapar ni un grito.

Rand estaba sorprendida, aunque no horrorizada. Por lo que a ella concernía, se trataba de un desenlace muy afortunado.

—Enhorabuena, acabas de romper el séptimo mandamiento de los segadores —comentó.

Por fin la ira de Goddard empezó a perder fuelle.

—Este maldito cuerpo impulsivo…

Pero Rand sabía que el asesinato de Brahms había sido cosa de su cabeza y no de su corazón.

El segador empezó a dar vueltas con urgencia mientras tramaba un plan.

—Avisaremos a la Guardia del Dalle de la huida del chico. Ha matado a los guardias… Podemos decirle que también ha matado a Brahms.

—¿En serio? —repuso Ayn—. ¿El día que se celebra el proceso piensas avisar a los verdugos mayores de que no sólo has traído en secreto a la isla a un criminal buscado, sino que encima lo has dejado escapar?

Goddard gruñó al darse cuenta de que debía mantener en secreto todo el asunto.

—Esto es lo que haremos —dijo Rand—. Esconderemos los cadáveres en el sótano y nos encargaremos de ellos después de la investigación. Si no los llevan a un centro de reanimación, nadie se enterará de lo que les ha pasado, lo que significa que sólo tú y yo sabremos que Rowan Damisch ha estado aquí.

—¡Se lo dije a Xenocrates! —chilló Goddard.

Rand se encogió de hombros.

—¿Y? Era un farol. Estabas jugando con él. ¡No le extrañará!

El segador lo sopesó todo y, al final, asintió para aceptar el resumen de Rand.

—Sí, tienes razón, Ayn. Tenemos cosas más urgentes de las que ocuparnos que unos cuantos cadáveres.

—Olvídate de Damisch. Todo seguirá adelante sin él.

—Sí. Es verdad. Gracias, Ayn.

Entonces las luces parpadearon y Goddard sonrió.

—¿Has visto eso? La recompensa a nuestros esfuerzos. ¡Será un gran día!

Dejó a Rand para encargarse de los cadáveres, y ella los arrastró hasta el sótano y limpió los reveladores rastros de sangre.

Desde el momento en que le dijo a Rowan que acabara con los guardias era consciente de que aquellos hombres no podían volver. Morturientos tenía que ser muertos porque los guardias sabían que ella había sido la última en visitar a Rowan.

En cuanto a Brahms, no lamentaba su pérdida. No se le ocurría ningún otro segador más merecedor de la muerte.

Ya había saldado su deuda con Goddard y él ni siquiera lo sabía. No sólo eso, sino que ella se había hecho cargo de la situación. El segador no se daba cuenta de que acababa de cederle una considerable cantidad de poder al permitirle tomar las decisiones. Todo iba bien en el mundo, en opinión de la honorable segadora Ayn Rand, y prometía ir a mejor.

Resultaba halagador que Rand pensara que Rowan era capaz de escapar de la isla, aunque la mujer le concedía demasiado mérito. Era listo, sí, puede que incluso ingenioso…, pero no tenía los poderes mágicos necesarios para salir de Perdura sin ayuda. O quizás a la segadora le daba igual que lo capturasen, siempre que no fuera Goddard.

Perdura estaba aislada: la tierra firme más cercana era Bermudas y esa isla se encontraba a más de mil quinientos kilómetros. Todos los aviones, barcos y submarinos eran embarcaciones privadas de algún segador. Incluso al alba, el puerto deportivo y la pista de aterrizaje bullían de actividad, además de contar con una importante presencia de miembros de la Guardia del Dalle. Había más seguridad que en el cónclave. Nadie entraba ni salía de Perdura sin que examinaran a fondo su documentación, ni siquiera los segadores. En cualquier otra parte del planeta, el Nimbo conocía a todo el mundo en cualquier momento, así que las medidas de seguridad eran mínimas; la Guadaña era un tema distinto. Los controles de seguridad a la antigua usanza eran la norma.

Podría haberse arriesgado, podría haber buscado el momento para esconderse de polizón, pero el instinto le decía que no lo hiciera, y por un

buen motivo.

«Tienes que marcharte de Perdura antes de la investigación».

Las palabras de la segadora Rand se le habían quedado grabadas, junto con la urgencia con la que las había pronunciado.

«Si pierde, será peor».

¿Qué sabía ella que Rowan no supiera? Si algo oscuro acechaba aquel día, no podía marcharse sin más. Tenía que encontrar el modo de avisar a Citra.

Así que, en vez de aprovechar su huida, dio media vuelta y se dirigió a la zona más poblada de la isla. Encontraría a Citra y le contaría que Goddard tenía un plan secreto. Después del proceso, ella lo ayudaría a salir de la isla, delante de las narices de Curie, si era preciso, aunque sospechaba que la Gran Dama de la Muerte no lo entregaría a los verdugos mayores como Goddard había planeado hacer. Por supuesto, también podría expulsarlo de una patada de su avión en marcha, pero mejor eso que enfrentarse a la Guadaña. Al alba, la segadora Anastasia yacía despierta en una lujosa cama que debería haberle proporcionado una buena noche de sueño, pero, como la segadora Rand, ni toda la comodidad del mundo la habría ayudado a dormir. Ella era la que había solicitado aquel proceso, lo que significaba que tendría que comparecer ante los verdugos mayores del Consejo Mundial y defender su caso. El segador Cervantes y Marie la habían entrenado bien. A pesar de que Anastasia no era una oradora, sí que podía resultar convincente por su pasión y su lógica. Si conseguía salirse con la suya, pasaría a la historia como la segadora que evitó el regreso de Goddard.

«No debemos subestimar la importancia de eso», le había dicho Marie, por si la presión no fuera ya suficiente.

Al otro lado de su ventana submarina, un hipnótico banco de pececitos plateados nadaba a toda velocidad de un lado a otro, como una cortina en movimiento. Cogió la tablet de control para ver si podía aportar una nota de color a la escena ahora que había salido el sol, pero descubrió que se había quedado bloqueada. Otro fallo. No sólo eso, sino que se percató de que los pobres peces se habían que dado atrapados en un patrón perpetuo, condenados a realizar los mismos movimientos en zigzag, al menos hasta que arreglaran el fallo.

Pero no lo arreglarían.

Los problemas técnicos no hacían más que empeorar…

En la planta de procesamiento de la isla, el sistema de presión aumentaba y los técnicos no lograban averiguar la razón.

Bajo el nivel del mar, los enormes propulsores que evitaban que la isla se alejara flotando no dejaban de fallar, lo que hacía que la isla rotara lentamente y obligaba a los aviones que llegaban a abortar sus aterrizajes.

Y en el centro de comunicaciones, la conexión por satélite al continente empezaba a ser intermitente e interrumpía las conversaciones y las emisiones, para fastidio de la población de la isla.

En Perdura siempre habían tenido problemas con la tecnología. Lo más habitual era que se tratase de ligeras molestias que hacían que los segadores echaran de menos la participación del Nimbo. Por lo tanto, Perdura y los miembros de su población permanente eran frecuente objeto de burlas dentro de la comunidad de la Guadaña.

El aumento de las averías y de los problemas que no llegaban a averías había aumentado en los últimos tres meses, pero, como una langosta que se cuece en una olla de agua cada vez más caliente, la gente no terminaba de comprender la seriedad de la situación.

44

Circo de oportunismo

La cámara del Consejo Mundial era una habitación grande y circular en el mismo centro del ojo de Perdura a la que sólo se llegaba mediante uno de los tres puentes que partían de la isla que lo rodeaba y que se curvaban con elegancia hacia dentro. Era casi como un estadio, aunque sin asientos para los espectadores. Los verdugos mayores preferían no tener público en sus audiencias, así que el espacio no se llenaba nunca, salvo durante el Cónclave Mundial anual, al que asistían representantes de todas las regiones de la Tierra. Sin embargo, la mayor parte del tiempo, allí sólo estaban los verdugos mayores y su personal más cercano, junto a los segadores intimidados que habían sido lo bastante audaces como para solicitar una audiencia.

En el centro del suelo de mármol pálido de la cámara del consejo había un símbolo de la Guadaña con incrustaciones de oro y, repartidas a intervalos regulares alrededor del perímetro, siete sillas elevadas que tenían todo el aspecto de tronos. Evidentemente, no eran tronos, sino Asientos para la Reflexión, porque los segadores rara vez llamaban a las cosas por su nombre. Cada uno estaba esculpido en una piedra distinta en honor a los continentes representados por cada verdugo. El Asiento para la Reflexión de Panasia era de jade; el de Euroescandia era de granito gris; el de la Antártida era de mármol blanco; el de Australia, de la arenisca roja de Ayers Rock; el de Sudmérica, de ónice rosa; el de Nortemérica era de ludita y caliza, en varias capas, como el Gran Cañón; y el asiento de África estaba compuesto por cartuchos de intrincado diseño extraídos de la tumba de Ramsés II.

… Y todos los verdugos mayores, desde el primero que ocupó los asientos a los que los ocupaban ahora, se quejaban de lo incómodos que eran.

Era adrede; les recordaba que, aunque tuvieran los puestos humanos más importantes del mundo, nunca debían sentirse demasiado cómodos ni dormirse en los laureles.

«Nunca debemos olvidar la austeridad y el sacrificio que son la clave de nuestro puesto», había dicho el segador Prometheus. Él había supervisado la construcción de Perdura, aunque nunca vio la tierra prometida, ya que se cribó antes de terminarla.

La cámara del consejo tenía una cúpula de cristal para protegerla de los elementos; era plegable, para convertirla en un foro al aire libre en los días más templados. Por suerte, hacía buen tiempo, porque la cúpula se había atascado y llevaba abierta tres días seguidos.

—¿Tan difícil es un simple engranaje? —se quejó la verdugo mayor Nzinga al entrar aquella mañana—. ¿No tenemos ingenieros para solucionarlo?

—Me gustan más los procesos al aire libre —comentó Amundsen, el verdugo mayor de la Antártida.

—Con razón —dijo MacKillop, de Australia—. Tu asiento es blanco y no se calienta tanto como los nuestros.

—Cierto, pero yo me aso con estas pieles —repuso él, señalando su túnica.

—Esas horrorosas pieles son culpa tuya —dijo la dalle suprema Kahlo al entrar en la cámara—. Deberías haber elegido con más tino en su momento.

—¡Mira quién habla! —dijo el verdugo mayor Cromwell de Euroescandia mientras señalaba el cuello alto de encaje de la túnica de la dalle, un asfixiante adorno que imitaba el que aparecía en uno de los retratos de su histórica patrona y que siempre la tenía de mal humor.

Kahlo agitó la mano como si fuera una mosca molesta que deseara espantar y se sentó en el trono de ónice.

El último en llegar fue Xenocrates.

—Muchas gracias por dignarte a honrarnos con tu presencia —dijo Kahlo con el sarcasmo suficiente para encerar todo el suelo de mármol hasta dotarlo de un brillo de espejo.

—Lo siento. Problemas con los ascensores.

Con el secretario y el parlamentario del consejo colocados a ambos lados de la dalle suprema Kahlo, la mujer ordenó a unos cuantos subordinados que acudieran a las distintas antesalas del complejo para dar inicio al día. No era ningún secreto el primer punto de la agenda. El asunto midmericano era un problema que no sólo afectaba a aquella parte del mundo. Tal vez tuviera un impacto duradero en el conjunto de la Guadaña.

Aun así, la dalle suprema se reclinó en su incómodo asiento y fingió indiferencia.

—¿Será al menos entretenido, Xenocrates, o me aburriré con varias horas de palabrería sin sentido?

—Bueno, si algo se puede decir de Goddard es que siempre resulta entretenido. —Aunque, por su forma de decirlo, insinuaba que dicho

entretenimiento no siempre era bueno—. Ha preparado una… una sorpresa que creo que os va a gustar.

—Odio las sorpresas —dijo Kahlo.

—Esta no.

—He oído que la segadora Anastasia es muy enérgica —dijo la verdugo mayor Nzinga, sentada muy recta y digna, quizá para contrarrestar la postura relajada de la dalle suprema. El verdugo mayor Hideyoshi carraspeó para dejar claro que no aprobaba a la advenediza segadora novata, o puede que a los segadores novatos en general, pero no aportó a la conversación nada más que su gruñido.

—¿No la acusaste en una ocasión de asesinar a su mentor? —preguntó Cromwell a Xenocrates con una sonrisa de suficiencia.

Xenocrates se agitó un poco en su silla del Gran Cañón.

—Un error desafortunado… y comprensible, dada la información con la que contábamos, pero asumo toda la responsabilidad.

—Bien por ti —dijo Nzinga—. Cada vez cuesta más encontrar segadores midmericanos capaces de aceptar la responsabilidad de sus acciones.

Era una pulla hiriente, pero él no mordió el anzuelo.

—Justo por eso son tan importantes esta investigación y §u resultado.

—Bueno, pues entonces, ¡que empiece la fiesta! —exclamó la dalle suprema Kahlo mientras levantaba la mano en un gesto teatral.

En la antesala este, las segadoras Anastasia y Curie esperaban con dos miembros de la Guardia del Dalle que permanecían junto a la puerta como los guardias de la Torre de Londres de antaño. Entonces, uno de los subordinados del consejo entró en la habitación; de Amazonia, por el delator color verde bosque de su túnica.

—Los verdugos mayores están listos para recibirlas —anunció, y les abrió la puerta.

—Ocurra lo que ocurra —le dijo Curie a Anastasia—, que sepas que estoy orgullosa de ti.

—¡No digas eso! ¡No hables como si ya hubiéramos perdido!

Siguieron al otro segador hasta la cámara del consejo, donde el sol ya descendía de un cielo despejado para ocultarse en el espacio abierto.

Decir que Anastasia se sintió intimidada al ver a los verdugos mayores en sus elevadas sillas de piedra sería quedarse corto. Aunque Perdura sólo tenía doscientos años, la cámara parecía intemporal. No ya de otra época, sino de

otro mundo. Recordó los antiguos mitos que había aprendido de niña. Tener una audiencia con los verdugos mayores era como encontrarse ante los dioses del Olimpo.

—Bienvenidas, honorables segadoras Curie y Anastasia —las saludó la octava dalle suprema mundial, Kahlo—. Estamos deseando escuchar vuestro caso y poner fin a este asunto de un modo u otro.

Mientras que la mayoría de los segadores se limitaban a tomar el nombre de su histórico patrono, algunos decidían imitarlos físicamente. La dalle suprema era la viva imagen de la artista Frida Kahlo, incluso en los detalles de las flores en el pelo y las cejas pobladas; y aunque la artista era de la región mexiteca de Nortemérica, la dalle suprema había llegado a representar la voz y el alma de Sudmérica.

—Es un honor, su suprema excelencia —dijo Anastasia con la esperanza de no sonar obsecuente, aunque sabiendo que así era.

Entonces entró Goddard con la segadora Rand a su lado.

—¡Segador Goddard! —exclamó la dalle suprema—. Tienes buen aspecto, teniendo en cuenta todo por lo que has pasado.

—Gracias, su suprema excelencia —respondió, e hizo una exagerada reverencia que exasperó visiblemente a Anastasia.

—Cuidado, Anastasia —le advirtió Curie en voz baja—; van a prestar atención tanto a tu lenguaje corporal como a tus palabras. La decisión que tomen hoy se basará en lo que digas y en lo que no digas.

Goddard hizo caso omiso de ambas y dirigió toda su atención a la dalle suprema Kahlo:

—Es un honor poder encontrarme de pie ante usted.

—Ya me imagino —se burló el verdugo mayor Cromwell—. Sin ese cuerpo nuevo, más bien vendrías rodando.

Amundsen dejó escapar una risita, pero nadie más lo hizo; ni siquiera Anastasia, por muchas ganas que tuviera.

—El gran verdugo Xenocrates nos ha avisado de que tenías una sorpresa para nosotros —dijo la dalle suprema.

Fuera lo que fuera, Goddard parecía haber llegado con las manos bastante vacías.

—Xenocrates debe de contar con información errónea —contestó Goddard, aunque lo decía con los dientes casi apretados.

—No sería la primera vez —comentó Cromwell.

Entonces, el secretario se levantó y se aclaró la garganta para asegurarse de que todos escucharan cómo daba comienzo formalmente al proceso.

—Estamos aquí para una investigación sobre la muerte y posterior reanimación del segador Robert Goddard de Midmérica —anunció—. La parte que solicitó este proceso es la segadora Anastasia Romanov de Midmérica.

—Segadora Anastasia, a secas —lo corrigió ella con la esperanza de que al consejo no le pareciera pretencioso que hubiera decidido llamarse únicamente por el nombre de pila de la desdichada princesa. El segador Hideyoshi gruñó, lo que le dejó claro que a él sí se lo parecía.

Entonces, Xenocrates se levantó y bramó un anuncio a todos los presentes:

—Que el secretario tome nota de que yo, el verdugo mayor Xenocrates, me he recusado de este proceso y, por tanto, guardaré silencio durante su desarrollo.

—¿Xenocrates en silencio? —repitió la verdugo mayor Nzinga con una sonrisa traviesa—. Ahora sí que me queda claro que hemos entrado en el terreno de lo imposible.

Aquello arrancó más carcajadas que las ocurrencias de Cromwell. Estaba claro cuál era la estructura de poder. Kahlo, Nzinga y Hideyoshi parecían los más respetados. Los otros, o competían por un puesto o, como MacKillop, la más callada, no prestaban atención alguna a aquellos órdenes jerárquicos. Xenocrates, como verdugo novato, representaba su papel y era objeto de burlas. Anastasia casi sentía pena por él. Casi.

En vez de responder a la pulla de Nzinga, el anterior sumo dalle se sentó en silencio y demostró su habilidad para no hablar.

A continuación, la dalle suprema se dirigió a los cuatro segadores del centro del círculo:

—Ya estamos informados de los detalles del caso. Hemos decidido permanecer imparciales hasta oír los argumentos de ambas partes. Segadora Anastasia, como has sido la que ha solicitado el proceso, te pediré que empieces. Por favor, desarrolla los motivos por los que crees que el segador Goddard no cumple los requisitos para ser sumo dalle.

Anastasia respiró hondo, dio un paso adelante y se preparó para empezar, pero, antes de poder hacerlo, Goddard dio también un paso adelante.

—Su suprema excelencia, si me permite…

—Tendrás oportunidad de hablar después, Goddard —lo interrumpió Kahlo—. A no ser, por supuesto, que seas tan bueno que desees presentar los argumentos de las dos partes.

Eso les arrancó unas cuantas risitas a los demás verdugos mayores.

Goddard hizo una pequeña reverencia para disculparse.

—Suplico el perdón del consejo por mi salida de tono. Es su turno, segadora Anastasia. Empiece con su actuación, por favor.

Aquella interrupción había puesto nerviosa a la segadora, no podía evitarlo, como la salida en falso de una carrera. Y eso era lo que pretendía Goddard, por supuesto.

—Sus eminentes excelencias —empezó—. En el Año del Antílope, los primeros miembros de este mismo consejo decidieron que los segadores debían entrenarse en cuerpo y mente durante un año de noviciado. —Se movía por la sala para intentar mirar a los ojos a todos los verdugos que la rodeaban. Una de las cosas que más intimidaban (y seguramente era adrede) de una audiencia ante el Consejo Mundial era que nunca sabías bien a quién dirigirte ni por cuánto tiempo, puesto que siempre le dabas la espalda a alguien—. Cuerpo y mente —repitió—. Me gustaría pedirle al parlamentario que leyera en voz alta la política de la Guadaña con respecto a los noviciados. Empieza en la página 397 del volumen *Antecedentes y costumbres*.

El parlamentario siguió sus instrucciones y leyó las nueve páginas.

—Para una organización con sólo diez leyes, tenemos un montón de normas —comentó Amundsen.

Cuando terminó de leer, Anastasia siguió hablando:

—Todo eso para dejar muy claro cómo se crea un segador; porque los segadores no nacen, sino que se hacen. Se forjan en la misma prueba de fuego por la que todos pasamos, porque sabemos lo esencial que es que un segador esté listo en cuerpo y mente para su carga. —Guardó silencio un momento para que asimilaran el concepto y, mientras lo hacía, captó la mirada de Rand, que le sonreía. Era la típica sonrisa que te dedican antes de arrancarte los ojos. Anastasia se negó a dejarse alterar de nuevo—. Se ha escrito mucho sobre el proceso de convertirse en segador porque el Consejo Mundial ha tenido que presidir muchas situaciones inesperadas a lo largo de los años, tras las cuales había que añadir y aclarar normas. —Después enumeró algunas de esas situaciones—: Un novicio que intentó cribarse después de su ordenación, pero antes de aceptar el anillo. Un segador que se clonó para intentar pasar su anillo al clon antes de cribarse. Una mujer que suplantó su propia mente con el constructo mental de la segadora Sacajawea y afirmaba tener derecho a cribar. En todos estos casos, el Consejo Mundial se pronunció en contra de los solicitantes. —Ahora, Anastasia miró a Goddard por primera vez, obligándose a no despegarse de sus ojos de acero—. El suceso que destruyó el cuerpo del segador Goddard fue algo horrible, pero no se le puede permitir

desafiar los edictos del consejo. El hecho es que, como la infeliz con la mente de la segadora Sacajawea, el nuevo cuerpo físico de Goddard no ha pasado por los rigurosos preparativos del noviciado. Esto ya sería malo de por sí si se tratara de un simple segador, pero no lo es: es candidato a sumo dalle de una región importante. Sí, sabemos quién es de cuello para arriba, pero eso no es más que una pequeña parte de lo que nos convierte en seres humanos, y en su voz oirán lo que ya hemos visto: que no tenemos ni idea de quién es el que habla, lo que significa que no tenemos ni idea de quién es él. Estamos seguros de que el noventa y tres por ciento de él no es el segador Robert Goddard, nada más. Con eso en mente, el consejo sólo puede tomar una decisión.

Hizo un leve gesto con la cabeza para indicar que había terminado y después retrocedió para colocarse con la segadora Curie.

En el silencio posterior, Goddard ofreció un lento aplauso.

—Magistral —dijo mientras ocupaba el escenario—. Casi consigues que me lo crea, Anastasia. —Después se volvió hacia los verdugos mayores, concentrándose en MacKillop y Nzinga, las únicas que no se habían pronunciado en el asunto de la vieja guardia contra el nuevo orden—. Es un argumento convincente, salvo por el detalle de que no es argumento alguno. No es más que humo y espejos. Un modo de desviar la atención. Un tecnicismo al que se le ha otorgado una importancia desproporcionada para servir a objetivos interesados y vanidosos. —Extendió la mano derecha y dejó que el anillo que llevaba en el dedo reflejara la luz del sol—. Díganme, vuestras excelencias, si perdiera el dedo en el que luzco el anillo y recibiera uno nuevo en vez de uno que creciera a partir de mis propias células, ¿significaría eso que el anillo no está en el dedo de un segador? ¡Claro que no! Y a pesar de la acusación de la segadora novata, ¡sabemos de quién es este cuerpo! Pertenecía a un joven, un héroe, que decidió sacrificarse para que me restauraran. Por favor, no insulten su memoria despreciando su sacrificio. —Después lanzó una mirada de reproche a Anastasia y Curie—. Todos sabemos de qué va este proceso. ¡Es un intento descarado por privar a ciertos segadores midmericanos del líder que han elegido!

—¡Protesto! —gritó Anastasia—. Todavía no se han contado los votos, lo que significa que no puede afirmar ser el líder elegido por nadie.

—Protesta aceptada —respondió la dalle suprema, que después se volvió hacia Goddard. No le gustaba el movimiento del nuevo orden, pero era justa en todo momento—. Es bien conocido que tus compatriotas y tú lleváis muchos años chocando con la llamada vieja guardia, segador Goddard. Pero no puedes cuestionar la validez de la investigación porque la motivara ese

conflicto. Independientemente de sus motivos, la segadora Anastasia nos ha planteado una pregunta legítima. ¿Sigues siendo… tú?

Así que Goddard cambió de táctica:

—Entonces solicito que se rechace su pregunta. Se planteó después del voto, lo que creó un circo de oportunismo, ¡y eso es de una falta de escrúpulos que este consejo no puede consentir!

—Por lo que he oído —intervino Cromwell—, tu súbita aparición en el cónclave también fue un circo de oportunismo.

—Me gustan las entradas teatrales —reconoció Goddard—. Como todos ustedes son culpables de lo mismo, no veo dónde está el crimen.

—Segadora Curie —dijo Nzinga—, ¿por qué no planteó usted misma la duda durante su discurso de nominación? Tuvo la oportunidad de expresar su preocupación en aquel momento.

Curie esbozó una sonrisa algo avergonzada.

—La respuesta es sencilla, su exaltada excelencia: porque no se me ocurrió.

—¿Debemos creer, entonces, que una segadora novata con un año de experiencia es más astuta que la conocida como Gran Dama de la Muerte? —preguntó el verdugo Hideyoshi.

—Sí, sin duda —respondió Curie sin pensárselo dos veces—. De hecho, apostaría lo que fuera a que algún día dirigirá este consejo.

Aunque Marie lo había planteado con buena intención, el tiro le salió por la culata y los verdugos mayores se pusieron a refunfuñar.

—¡Cuidado, segadora Anastasia! —le advirtió el verdugo Amundsen—. Aquí no se ven con buenos ojos los excesos de ambición.

—¡Pero si yo no he dicho que quiera eso! La segadora Curie pretendía ser amable.

—Aun así —dijo Hideyoshi—, ahora tenemos claras tus ansias de poder.

La segadora se quedó sin habla. Entonces, una nueva voz entró en juego.

—Sus excelencias —dijo Rand—, ni la decapitación del segador Goddard ni su restauración fueron culpa suya. Darle un cuerpo nuevo fue idea mía, así que no se le debería castigar por mi decisión.

La dalle suprema Kahlo suspiró.

—Fue la decisión correcta, segadora Rand. Cualquier cosa que nos devuelva a un segador es buena, sea el segador que sea. Esa no es la cuestión. La cuestión es la viabilidad de su candidatura. —Guardó silencio un momento, miró a sus compañeros verdugos y dijo—: Son asuntos de calado,

no deberíamos tomar una decisión a la ligera. Dejad que lo hablemos entre nosotros. Nos volveremos a reunir a mediodía.

Anastasia daba vueltas por la antesala mientras Curie se sentaba tan tranquila y comía de un cuenco de fruta. ¿Cómo podía estar tan relajada?

—He estado fatal —dijo Anastasia.

—No, tú has estado estupenda.

—¡Creen que tengo ansias de poder!

Marie le pasó una pera.

—Se ven reflejados en ti. Ellos eran los que sentían ansias de poder a tu edad, lo que significa que, aunque no lo demuestren, se identifican contigo.

Después insistió en que Anastasia se comiera la pera para conservar su energía.

Cuando las llamaron de nuevo, una hora más tarde, los verdugos mayores no perdieron el tiempo.

—Hemos revisado y debatido el asunto entre nosotros, y hemos llegado a una conclusión —anunció la dalle suprema Kahlo—. Honorable segadora Rand, por favor, da un paso al frente.

Goddard parecía un poco sorprendido de que no se dirigieran primero a él, pero hizo un gesto a Ayn, que dio unos pasos hacia la dalle.

—Segadora Rand, como hemos dicho, tu decisión de restaurar al segador Goddard fue admirable. Pero es cuestionable que lo hicieras no ya sin nuestra aprobación, sino también sin nuestro conocimiento. Si hubieras acudido al consejo, te habríamos ayudado… y nos habríamos asegurado de que el sujeto usado estuviera cualificado y se ofreciera de forma voluntaria. Ahora mismo sólo sabemos lo que nos ha contado el segador Goddard.

—¿Duda el consejo sobre mi palabra, su suprema excelencia? —preguntó Goddard.

Cromwell habló desde su asiento, detrás de él:

—No eres famoso por tu sinceridad, segador Goddard. Por respeto, no plantearemos dudas sobre tu relato de los acontecimientos, pero habríamos preferido supervisar nosotros la selección.

Y la verdugo mayor Nzinga, a su derecha, añadió:

—En realidad, aquí no tenemos que confiar en la palabra del segador Goddard, puesto que el sujeto lo cribó la segadora Rand antes de que se reanimase a Goddard. Así que cuéntenos, segadora, porque deseamos

escuchar la historia de sus labios. ¿Fue el donante de cuerpo un voluntario, plenamente consciente de lo que le sucedería?

Rand vaciló.

—¿Segadora Rand?

—Sí —dijo al fin—. Sí, por supuesto que era consciente. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Somos segadores, no ladrones de cuerpos. Preferiría cribarme antes de hacer algo tan… cruel.

Pero, a pesar del significado de sus palabras, se ahogaba un poco con ellas, salían con dificultad. Si el consejo era consciente de ello o le importaba en algo, no lo dejó traslucir.

—¡Segadora Anastasia! —dijo la dalle suprema—. Un paso adelante, por favor.

Rand se retiró junto a Goddard y Anastasia obedeció.

—Segadora Anastasia, esta investigación es una clara manipulación de nuestras reglas sobre la influencia en el resultado de una votación.

—¡Bien dicho! —exclamó Hideyoshi, dejando claro su inflexible desagrado por lo que había hecho Anastasia.

—Los miembros de este consejo —siguió diciendo la dalle suprema— creemos que te has acercado peligrosamente a la línea que separa el comportamiento ético del que no lo es.

—Pero ¿es ético cribar a alguien para quitarle el cuerpo? —soltó Anastasia sin poder evitarlo.

—¡Has venido a escuchar, no a hablar! —gritó el verdugo mayor Hideyoshi.

Kahlo levantó una mano para calmarlo y se dirigió a Anastasia, muy serio:

—Deberías aprender a controlar tu genio, segadora novata.

—Lo siento, su eminente excelencia.

—Esta vez acepto tus disculpas, pero el consejo no las aceptará una segunda vez, ¿entendido?

Anastasia asintió e inclinó la cabeza con respeto antes de volver con Curie, que la miró con severidad, aunque sólo un momento.

—¡Segador Goddard! —lo llamó Kahlo.

Goddard dio un paso adelante, a la espera del dictamen.

—Mientras que todos estamos de acuerdo en que esta investigación tenía otros motivos, lo que plantea resulta válido. ¿Cuándo es segador un segador? —Guardó silencio un buen rato, lo bastante para que resultara incómodo, aunque nadie volvió a cometer el error de hablar a destiempo—. Hemos mantenido un acalorado debate al respecto y, al final, el consejo ha decidido

que la sustitución de más del cincuenta por ciento del cuerpo físico de una persona por el cuerpo físico de otra persona la disminuye gravemente.

Anastasia contenía el aliento.

—Por lo tanto —continuó la dalle—, aunque te damos permiso para seguir llamándote segador Robert Goddard, no podrás cribar hasta que el resto de tu cuerpo termine un noviciado completo bajo el tutelaje del segador que elijas. Supongo que lo harás con la segadora Rand, pero, si eliges a otra persona (y ella acepta), también lo aceptaremos.

—¿Noviciado? —preguntó Goddard, que ni siquiera fingía ocultar su disgusto—. ¿Ahora debo convertirme en novicio? ¿No basta con todo lo que he sufrido ya? ¿Además pretenden someterme a esta humillación?

—Considéralo una oportunidad, Robert —dijo Cromwell con una sonrisita—. Por lo que sabemos, dentro de un año quizá tus partes bajas convenzan al resto de tu persona de que prefieres ser un fiestero. ¿No era esa la profesión de tu sujeto?

Goddard no fue capaz de ocultar su sorpresa.

—No te extrañe tanto que conozcamos la identidad de tu sujeto, Robert —siguió Cromwell—. En cuanto apareciste, hicimos nuestras pesquisas, como es debido.

El segador parecía un volcán listo para entrar en erupción, aunque, de algún modo, consiguió contenerse.

—Honorable segadora Curie —dijo la dalle suprema—, como el segador Goddard no es apto en estos momentos para unirse a la Guadaña con plenos derechos, su candidatura queda anulada. De tal modo, ahora mismo eres la única candidata viable y ganas automáticamente la votación para sumo dalle de Midmérica.

Curie reaccionó con humildad y reserva.

—Gracias, dalle suprema Kahlo.

—De nada, su excelencia.

«Su excelencia», pensó Anastasia. Se preguntó qué sentiría Marie al ver que la dalle suprema se refería a ella en esos términos.

Sin embargo, Goddard no estaba dispuesto a reconocer la derrota sin luchar.

—¡Exijo una votación nominal! —insistió—. ¡Quiero saber quién ha votado a favor de esta farsa y quién a favor de la cordura!

Los verdugos mayores se miraron los unos a los otros. Al final, MacKillop habló. Había sido la más callada de todos; no había dicho nada en todo el proceso.

—En realidad, eso no será necesario —concluyó con una voz amable y tranquilizadora… que no sirvió para calmar a Goddard.

—¿Que no será necesario? ¿Se van a esconder todos detrás del anonimato del consejo?

Entonces habló de nuevo Kahlo:

—Lo que quiere decir la verdugo mayor MacKillop es que no hay necesidad de votación nominal… porque el voto ha sido unánime.

45

Fallo

Perdura se diseñó con una serie de sistemas a prueba de fallos y redundancias por si se averiaba algún sistema. A lo largo de los años, los sistemas de refuerzo habían demostrado ser muy eficaces. No había razón para pensar que no se resolvería el caos actual si se le dedicaba el esfuerzo y el tiempo suficientes. Últimamente los problemas se resolvían solos, desaparecían con el mismo misterio con el que aparecían, así que cuando una lucecita roja se encendió en la sala de control de flotabilidad para indicar una incoherencia en uno de los tanques de lastre de la isla, el técnico de servicio decidió terminar su comida antes de investigarlo. Supuso que la lucecita roja se apagaría ella sola en cuestión de un par de minutos. Como no lo hizo, suspiró, irritado, cogió el teléfono y llamó a su superior.

Anastasia seguía inquieta mientras cruzaba una de las pasarelas que salían del complejo del consejo. Habían ganado el proceso. Goddard había quedado relegado a un año de noviciado y la segadora Curie ascendería a suma dalle. Entonces, ¿por qué seguía tan preocupada?

—Hay tanto que hacer que no sé ni por dónde empezar —dijo Marie—. Tenemos que regresar a Fulcrum City de inmediato. Supongo que necesito una residencia permanente en la ciudad.

Anastasia no respondió porque sabía que Marie estaba hablando sola. Se preguntó cómo sería convertirse en la tercera segadora subordinada de una suma dalle. Xenocrates había usado a los suyos para que salieran a encargarse de los asuntos en las zonas más remotas de Midmérica. En el cónclave eran casi invisibles, ya que el anterior sumo dalle no era de los que se esconden detrás de un séquito. Tampoco lo era Curie, aunque la joven sospechaba que Marie mantendría cerca a sus subordinados y los involucraría más en el día a día de la Guadaña.

Al acercarse al hotel, Curie se adelantó un poco, perdida en sus planes y proyectos para su nueva vida. Fue entonces cuando Anastasia se fijó en que un segador con una túnica de cuero gastado caminaba a su lado.

—No pongas cara de sorpresa, sigue caminando —dijo Rowan desde el interior de una capucha que le tapaba la cara.

En la cámara del consejo, los verdugos mayores habían llamado a unos asistentes para que les sostuvieran los parasoles sobre la cabeza durante el resto de los procesos del día. Era incómodo pero necesario, puesto que el sol del mediodía cada vez calentaba más. En vez de cancelar las sesiones (lo que no habría hecho más que aumentar el retraso de su agenda), los verdugos decidieron seguir adelante.

Bajo la cámara del consejo había tres plantas de antesalas en las que esperaban su turno las personas con una audiencia programada. En la más baja, un segador australiano había acudido a solicitar la inmunidad permanente para cualquier persona con antepasados aborígenes en su índice genético. Su causa era honorable y esperaba que el consejo estuviera de acuerdo. Aun así, mientras esperaba se percató de que el suelo estaba mojado. No pensó que se tratara de nada preocupante. Al principio.

Mientras tanto, en el control de flotabilidad, tres técnicos seguían perplejos con el problema que tenían delante. Al parecer, una válvula del tanque de agua de lastre ubicada bajo la cámara del consejo estaba abierta y el tanque se estaba llenando de agua. No era algo raro de por sí, puesto que toda la parte inferior de la isla disponía de cientos de enormes tanques en los que el agua entraba y salía para mantener la isla flotando a la profundidad perfecta. Si bajaba demasiado, los jardines se inundaban de agua de mar. Si subía demasiado, las playas saldrían del todo del mar. Los tanques contaban con un temporizador que subía y bajaba la isla unos cuantos metros dos veces al día para simular las mareas. Pero tenían que estar coordinados a la perfección, sobre todo el que estaba debajo del complejo de la cámara, porque se trataba de una isla dentro de una isla. Si la cámara se elevaba o bajaba demasiado, los tres puentes que la conectaban a la isla que la rodeaba sufrirían desperfectos. Y, en aquel momento, la válvula estaba atascada.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó el técnico de guardia a su supervisor.

El supervisor no respondió, sino que trasladó la pregunta a su supervisor, que, a su vez, no parecía entender bien los parpadeantes mensajes rojos que les lanzaba la pantalla de control.

—¿A qué velocidad se llena el tanque? —preguntó.

—A la suficiente como para que la cámara del consejo ya haya bajado un metro —respondió el primer técnico.

El supervisor del supervisor hizo una mueca. Los verdugos mayores se enfurecerían si los interrumpían en plena sesión por algo tan estúpido como una válvula de lastre atascada. Por otro lado, si la planta del consejo se inundaba de agua de mar y tenían que salir nadando, se enfadarían aún más. Lo miraras por donde lo miraras, el departamento de lastre estaba jodido.

—Que suene la alarma de la cámara del consejo —dijo—. Sacadlos de ahí.

En la cámara del consejo, las alarmas habrían sonado alto y fuerte de no ser por que varias semanas antes las habían desconectado por culpa de unas emergencias falsas. Había sido decisión de la dalle suprema Kahlo. Se activaban en medio de las audiencias, y los verdugos tenían que evacuar para que al final no fuera una urgencia real. Estaban demasiado ocupados para que los molestaran con averías del equipo. «Si hay una emergencia de verdad —había dicho, frívola—, soltad una bengala».

Pero nadie había informado al departamento de control de flotabilidad de que se habían desconectado las alarmas generales. En sus pantallas, la alarma había sonado, de modo que, por lo que sabían, los verdugos mayores debían de estar cruzando uno de los puentes que daban al círculo interior de la isla. No se enteraron, horrorizados, de que los verdugos seguían reunidos hasta que recibieron una llamada de pánico del ingeniero jefe de la isla.

—¿Rowan? —dijo Anastasia, tan emocionada como espantada por su presencia. No había ningún otro lugar en el mundo más peligroso para él—. ¿Qué haces aquí? ¿Es que estás loco?

—Es una larga historia, y sí. Escúchame con atención y procura pasar desapercibida.

Anastasia miró a su alrededor. Todo el mundo estaba a lo suyo. Curie seguía delante de ellos por el momento y todavía no se había dado cuenta de que su amiga se había quedado atrás.

—Te escucho.

—Goddard ha planeado algo. Algo malo. No tengo ni idea de lo que es, pero tienes que salir de la isla ahora mismo.

La joven respiró hondo. ¡Lo sabía! Sabía que Goddard no permitiría que la decisión de los verdugos mayores saliera adelante si no le favorecía. Tenía

un plan de emergencia. Se vengaría. Debía contárselo a Marie y acelerar su partida.

—Pero ¿y tú?

El sonrió.

—Esperaba poder colarme.

Anastasia sabía que no era tan sencillo.

—La suma dalle Curie sólo te permitirá viajar con ella si te entregas.

—Sabes que no puedo hacerlo.

Sí, lo sabía. Podía intentar colar a Rowan a bordo como uno de sus acompañantes de la Guardia del Dalle, pero, en cuanto Marie le viera la cara, todo habría terminado.

Justo entonces, una mujer de pelo negro azabache y el lustre propio de haber reiniciado el contador demasiadas veces se les acercó corriendo.

—¡Marión! ¡Yuju, Marión! Te he estado buscando por todas partes. —Agarró a Rowan por el brazo y le vio el rostro antes de que él pudiera apartarse—. Ay, no eres el segador Brando… —dijo, desconcertada.

—No, se ha equivocado —repuso Anastasia, pensando deprisa—. La túnica del segador Brando es de un cuero un poco más oscuro. Este es el segador Yuitton.

—Ah… —dijo la mujer, vacilante. Estaba claro que intentaba recordar dónde había visto antes a Rowan—. Lo siento.

La joven fingió indignación con la esperanza de alterarla lo suficiente como para despistarla.

—¡Y bien que debe sentirlo! La próxima vez que aborde a un segador en plena calle, asegúrese de que sea el segador correcto.

Después se volvió con Rowan y tiró de él a toda prisa.

—¿Segador Vuitton?

—Es lo único que se me ha ocurrido. ¡Tenemos que esconderte antes de que alguien te reconozca!

Pero antes de que pudieran dar otro paso, oyeron detrás de ellos el terrible sonido del metal al romperse y gritos. Y se dieron cuenta de que proteger la identidad de Rowan ahora era el menor de sus problemas.

Unos momentos antes, en el exterior de las puertas de la cámara del consejo, el segador australiano se había acercado a uno de los guardias de la puerta.

—Perdone, pero creo que hay una fuga de algún tipo en las plantas inferiores.

—¿Una fuga? —preguntó el guardia.

—Bueno, está claro que hay un montón de agua, la alfombra está empapada y no creo que sea de las tuberías.

El guardia suspiró, harto ya de problemas.

—Se lo notificaré a mantenimiento —dijo, pero, por supuesto, cuando lo intentó, las líneas de comunicación no funcionaban.

Entonces, un asistente llegó corriendo desde el porche.

—¡Algo va mal! —gritó, lo que era quedarse pero que muy corto. ¿Cuándo no iba algo mal en Perdura?

—Intento avisar a mantenimiento —respondió el guardia.

—¡A la mierda mantenimiento —gritó el asistente—, mira ahí fuera!

Al guardia no se le permitía abandonar su puesto junto a la puerta de la cámara del consejo, pero el pánico del asistente le preocupaba. Dio unos pasos hacia el porche… y vio que el porche ya no existía. El balcón, que antes estaba unos tres metros por encima de la superficie, ahora estaba bajo el agua…, y el mar empezaba a entrar en el pasillo que daba a la cámara.

Corrió de vuelta a las puertas. Sólo había una forma de entrar y salir, y no tenía un puesto lo bastante alto como para que sus huellas abrieran las puertas, así que empezó a golpearlas con todas sus fuerzas con la esperanza de que alguien lo oyera al otro lado.

Para entonces, todos los demás habitantes del complejo, salvo el consejo en sí, habían notado que algo iba mal. Los segadores que esperaban audiencia y su personal salían espantados de las antesalas y abarrotaban los tres puentes que conducían al anillo interior de la isla. El segador australiano hizo lo que pudo para ayudar a la gente a vadear desde el porche sumergido hasta el puente más cercano.

Mientras todo esto ocurría, las puertas del consejo permanecían cerradas. El pasillo que conducía a ellas estaba bajo casi un metro de agua.

—Deberíamos esperar a los verdugos mayores —le dijo el segador australiano al asistente.

—Los verdugos pueden cuidarse solos —respondió este, y abandonó el complejo corriendo por uno de los puentes que daban al resto de la isla.

El segador vaciló. Era un buen nadador y, en caso necesario, podía nadar el medio kilómetro que lo separaba de Perdura, así que esperó porque sabía que, cuando se abrieran las puertas, los verdugos mayores necesitarían toda la ayuda que pudieran recibir.

Pero de improviso un terrible chirrido retumbó por el aire y, al volverse, vio que el puente hacia el que acababa de guiar a decenas de personas

empezaba a ceder, que se rompía por la mitad y lanzaba a toda aquella gente al mar.

Se tenía por un hombre de gran honor y valentía. Había estado dispuesto a quedarse y arriesgar la vida con tal de salvar a los verdugos. Se veía como el héroe del momento. Pero, cuando vio que se derrumbaba el puente, su coraje se hundió con él. Observó a los supervivientes que flotaban en el agua. Miró hacia las puertas del consejo y el guardia que seguía intentando abrirlas a pesar de que el agua le llegaba ya hasta el pecho. Y el segador decidió que ya bastaba. Se subió a un saliente justo por encima del nivel del mar y corrió hacia el segundo de los tres puentes para cruzarlo lo más deprisa que le permitieron sus piernas.

La pequeña sala de control de flotabilidad estaba ahora llena de técnicos e ingenieros que hablaban atropellándose, discutiendo y rebatiéndose, y nadie conseguía resolver el problema. En cada pantalla aparecía un mensaje de emergencia distinto. Cuando se derrumbó el primer puente, todos se percataron de lo grave de la situación.

—¡Tenemos que reducir la tensión de los otros dos puentes! —exclamó la ingeniera municipal.

—Y ¿cómo propones que lo hagamos? —le espetó el jefe de flotabilidad.

La ingeniera se lo pensó un momento y se acercó al técnico, que seguía sentado frente a la consola central, mirando las pantallas con cara de pasmo.

—¡Baja el resto de la isla!

—¿A qué velocidad? —preguntó el técnico, algo ausente, espeluznantemente desconectado de la realidad que tenía ante él.

—Lo suficiente para reducir el esfuerzo de los dos puentes que quedan. ¡Necesitamos darles tiempo a los verdugos mayores para salir de ahí echando leches! —Hizo una pausa para calcularlo mentalmente—. Que descienda un metro por debajo de la marea alta.

El técnico negó con la cabeza.

—El sistema no me lo permitirá.

—Lo hará si yo lo autorizo.

Y escaneó la huella de su mano para hacerlo.

—Se da cuenta de que así inundará los jardines inferiores, ¿no? —comentó el jefe de flotabilidad, presa de la desesperación.

—¿Qué prefiere salvar? —preguntó la ingeniera—. ¿Los jardines inferiores o a los verdugos?

Visto así, el jefe no planteó más objeciones.

En aquel mismo instante, en otro despacho de la planta más baja del mismo edificio de obras públicas de la ciudad, los biotécnicos no eran conscientes de la crisis del complejo del consejo, sino que otro error los desconcertaba; el más extraño al que se habían enfrentado. Se trataba de la oficina de control de la vida salvaje, que supervisaba el paisaje viviente que conseguía unas vistas tan espectaculares. Últimamente se habían encontrado con bancos de peces atrapados en bucles de cinta de Moebius, con especies enteras que, de repente, decidían nadar del revés y depredadores que atacaban las ventanas con tanta ferocidad que acababan aplastándose los sesos. Pero lo que el sonar les enseñaba en aquel momento era una locura de otro nivel.

Los dos especialistas de guardia no lograban apartar la vista. En pantalla tenían lo que parecía ser una nube circular alrededor de la isla, como un anillo de humo submarino que rodeaba Perdura, pero, más que expandirse, se cerraba.

—¿Qué estamos mirando? —preguntó uno al otro.

—Bueno, si las lecturas son correctas, se trata de un enjambre de nuestra vida marina inyectada con nanobots.

—¿Qué parte de ella?

El segundo técnico apartó la vista de la pantalla para mirar a su colega.

—Toda.

En la cámara del consejo, los verdugos mayores escuchaban la argumentación, bastante inane, de alguien que quería que dictaminaran que un segador no podía cribarse sin completar primero su cuota de cribas. La dalle suprema Kahlo sabía que la moción no prosperaría, puesto que dejar el servicio era una decisión muy personal y no debería depender de asuntos externos como las cuotas. Aun así, era obligación del consejo atender a toda la presentación e intentar mantener la mente abierta.

A lo largo del tortuoso discurso del segador, Kahlo no dejó de oír ruidos a lo lejos, pero supuso que se trataba de alguna obra en la isla. Siempre estaban construyendo o reparando algo.

No fueron conscientes de que algo iba rematadamente mal hasta que oyeron los gritos y el estruendo del puente al derrumbarse.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó el verdugo Cromwell.

De pronto, sintieron una especie de vértigo, y el segador que estaba en pleno discurso se tambaleó como un borracho. La dalle suprema tardó un momento en percatarse de que el suelo ya no estaba bien nivelado. Y ahora veía con claridad que entraba agua por debajo de las puertas de la cámara.

—Creo que tenemos que suspender esta audiencia —dijo—. No sé bien qué sucede ahí fuera, pero creo que será mejor que salgamos. Ahora mismo.

Todos se bajaron de las sillas y corrieron a la salida. Ya no era que el agua entrara por debajo de las puertas, sino que también lo hacía entre ellas, a la altura de la cintura. Y alguien aporreaba la puerta desde el otro lado. Oían su voz por encima de los altos muros de la cámara.

—¡Excelencias! —gritaba—. ¿Me oyen? ¡Tienen que salir de ahí! ¡No queda tiempo!

Kahlo apoyó la palma de la mano en la puerta, pero no se abría. Probó de nuevo. Nada.

—Podríamos trepar —sugirió Xenocrates.

—¿Y cómo pretendes que lo hagamos? —dijo Hideyoshi—. ¡La pared mide cuatro metros!

—Quizá subiéndonos los unos encima de los otros —propuso MacKillop, lo que parecía razonable, aunque nadie parecía dispuesto a sufrir la humillación de montar una pirámide humana.

La dalle suprema miró al cielo que cubría la cámara sin techo. Si el complejo se hundía, al final el agua entraría por encima de la pared. ¿Sobrevivirían a una inundación semejante? No quería averiguarlo.

—¡Xenocrates! ¡Hideyoshi! Colocaos contra la pared. Seréis la base. Amundsen, súbete a sus hombros. Ayudarás a subir a los demás por encima de la pared.

—Sí, su eminente excelencia —respondió Xenocrates.

—Déjalo. Ahora mismo soy Frida a secas. Venga, vamos a ello.

Anastasia deseó poder decir que entró en acción en cuanto se derrumbó el puente, pero no. Tanto Rowan como ella se quedaron donde estaban, mirando con incredulidad, como todos los demás.

—Ha sido Goddard —dijo Rowan—. Seguro.

Entonces, Curie se les acercó por detrás.

—Anastasia, ¿has visto eso? ¿Qué ha pasado? ¿Acaba de caer al mar? —Entonces vio a Rowan y cambió toda su actitud—. ¡No! —Sacó una daga por instinto—. ¡No puedes estar aquí! —le gruñó, y se volvió hacia la joven—. ¡Y

tú no puedes hablar con él! —De repente se le ocurrió otra cosa y se volvió a Rowan, rabiosa—. ¿Eres el responsable de esto? ¡Porque como lo seas te cribo ahora mismo!

Anastasia se colocó como pudo entre ellos.

—Es cosa de Goddard —dijo—. Rowan había venido a avisarnos.

—Sinceramente, dudo que esté en Perdura por eso —repuso la segadora, indignada.

—Tienes razón —le dijo Rowan—. Estoy aquí porque Goddard pensaba lanzarme a los pies de los verdugos mayores para comprar su apoyo. Pero me escapé.

La mención de los verdugos devolvió a Curie a la crisis que tenían entre manos. Miró hacia el complejo del consejo, en el centro del ojo de la isla. Dos puentes todavía aguantaban, pero el complejo estaba mucho más hundido en el agua de lo que debería y se inclinaba hacia un lado.

—Dios mío, ¡quiere matarlos a todos!

—Puede matarlos, pero no acabar con ellos —dijo Anastasia.

Sin embargo, Rowan negó con la cabeza.

—No conoces a Goddard.

Mientras tanto, a varios kilómetros de distancia, los jardines de la orilla de las afueras de la isla empezaban a cubrirse de agua de mar.

Sin sistemas de comunicación en toda la isla, el único método del departamento de Control de Flotabilidad para evaluar la situación era la vista desde su ventana y los mensajeros que iban corriendo de un lado a otro para informar sobre lo que no se veía desde allí. Por lo que sabían, los verdugos mayores seguían dentro del complejo, que se iba a pique mientras el resto de la isla descendía para evitar que la tensión rompiera los dos puentes que quedaban. Si eso sucedía, perderían el complejo entero. Aunque podían enviar sumergibles para recuperar los cuerpos de los verdugos y reanimarlos, no sería sencillo. En Control de Flotabilidad nadie había recibido la inmunidad y, aunque Perdura era una zona libre de cribas, sospechaban que rodarían cabezas, literalmente, si los verdugos mayores se ahogaban y había que revivirlos.

El panel de control estaba encendido como un árbol de las Fiestas de Antaño, repleto de airadas luces de advertencia, y el ulular de las alarmas los tenía a todos con los nervios de punta.

El técnico sudaba a chorros.

—La isla se encuentra un metro veinte por debajo de la marea alta —informó a los reunidos—. Seguro que las estructuras más bajas ya han empezado a inundarse.

—Vas a tener a un montón de gente cabreada en las tierras bajas —dijo el jefe de flotabilidad.

—¡Las crisis, de una en una, por favor! —La ingeniera municipal se restregó los ojos tan fuerte como para incrustárselos en el cráneo. Después respiró hondo y añadió—: De acuerdo, cierra las válvulas y aguanta. Les daremos a los verdugos otro minuto para salir antes de vaciar los tanques y elevar la isla a la posición estándar.

El técnico iba a seguir la orden, pero se detuvo.

—Estooo… Hay un problema.

La ingeniera cerró los ojos e intentó concentrarse en algo bonito… En cualquier cosa que no fuera aquello, vamos.

—¿Qué pasa ahora?

—Las válvulas de los tanques de agua de lastre no responden. Sigue entrando agua. —Dio un toquecito en la pantalla, pero ahora todo mostraba un mensaje de error que no podía eliminarse—. El sistema de flotabilidad está inutilizado. Tenemos que reiniciar.

—Genial. Maravilloso. ¿Cuánto tardará?

—Activar de nuevo el sistema llevará veinte minutos.

La ingeniera vio que la cara del jefe de flotabilidad pasaba del disgusto al horror y, aunque no quería hacer la pregunta, sabía que debía hacerla.

—Y si sigue entrando agua, ¿cuánto tardaremos en alcanzar la flotabilidad límite?

El técnico se quedó mirando la pantalla mientras sacudía la cabeza.

—¿Cuánto?

—Doce minutos. A no ser que logremos activar de nuevo el sistema, Perdura tardará doce minutos en hundirse.

La alarma general (que seguía operativa en todas partes, salvo en el complejo del consejo) empezó a sonar en la isla. Al principio, la gente la tomó como otro fallo y siguió con sus asuntos. Sólo los de las torres más altas, con vistas panorámicas, veían que las tierras bajas se hundían. Salieron corriendo a la calle y se montaron en publicoches o echaron a correr.

Fue la segadora Curie la que supo interpretar su grado de pánico y vio lo mucho que habían subido las aguas dentro del ojo de la isla, a pocos metros

de inundar las calles. La rabia que sentía contra Rowan perdió importancia, de repente.

—Tenemos que llegar al puerto —le dijo a Anastasia y a Rowan—. Y ya.

—¿Y nuestro avión? —preguntó la joven—. Ya nos lo estaban preparando.

Pero Curie ni se molestó en responder; se limitó a abrirse paso entre la muchedumbre hacia el puerto. Anastasia tardó un momento en entender el porqué…

La cola de la pista de aterrizaje crecía más deprisa de lo que los aviones podían despegar. La terminal se llenó de gente negociando, de intercambios de dinero y puñetazos a medida que el miedo acababa con la educación. Algunos segadores se negaban a dejar subir a bordo a nadie que no fuera de su grupo, y otros abrían sus aviones a todos los viajeros posibles. Era una verdadera prueba para la integridad del gremio.

Una vez a salvo dentro de los vehículos, se empezaron a relajar, pero les preocupaba el hecho de no moverse. Incluso dentro de los aviones oían las alarmas amortiguadas que hacían retumbar la isla.

Cinco aviones consiguieron despegar antes de que empezara a inundarse la pista. El sexto se encontró con los charcos, cada vez más profundos, al final del recorrido, pero consiguió subir como pudo. El séptimo dio con quince centímetros de agua al acelerar, y la resistencia aerodinámica le impidió alcanzar velocidad de despegue, así que acabó cayendo al mar al final de la pista.

En la oficina de control de la vida salvaje, los biólogos de guardia intentaban llamar a alguien con autoridad para que acudiera a ayudarlos, pero todos afirmaban de repente tener asuntos más importantes a los que atender que los que plagaban la parte submarina de la isla.

En su pantalla y en su ventana con vistas al mar, el enjambre que se acercaba parecía diferenciarse: la vida marina más grande y rápida llegaba primero al ojo.

Fue entonces cuando uno de los biólogos se volvió hacia el otro y dijo:

—¿Sabes qué te digo? Que empiezo a pensar que esto no es un simple fallo del sistema. Nos han saboteado.

Al llegar hasta ellos, un rorcual nadó por encima de su ventana y se dirigió a la superficie.

Después del tercer intento de trepar los muros de la cámara, los verdugos mayores, segadores y asistentes allí reunidos se reagruparon para intentar dar con otro plan.

—Cuando se inunde la cámara, podremos salir nadando —dijo Frida—. Sólo hay que mantener la cabeza por encima del agua mientras se inunda. ¿Sabéis nadar?

Todos asintieron salvo Nzinga, que ahora estaba al borde del pánico, a pesar de que normalmente demostraba una calma y una elegancia impresionantes.

—No pasa nada, Anna —dijo Cromwell—, tú agárrate a mí y yo te llevo a la orilla.

El agua empezó a entrar por el borde del otro extremo. Los asistentes y los segadores con la mala suerte de haber quedado allí atrapados también estaba aterrorizados y acudían a los verdugos en busca de orientación, como si ellos fueran capaces de detener los acontecimientos con un gesto de sus poderosas manos.

—¡Subíos a algo! —gritó Hideyoshi, y todos intentaron trepar a los Asientos para la Reflexión más cercanos sin fijarse en quién era su propietario. Tal como se inclinaba el suelo, los de jade y ónice eran los más altos, pero Amundsen, que era una persona de costumbres, se dirigió por instinto a su silla. Mientras caminaba chapoteando hacia ella notó un agudo dolor en el tobillo. Al bajar la vista vio una aletita de punta negra que se alejaba de él, y el agua teñida de sangre. De su sangre.

«¿Un tiburón de arrecife?».

Pero no era sólo uno. Estaban por todas partes. Entraban por el borde de la cámara que se hundía y, al aumentar la inundación, más grandes y numerosas eran las aletas que veía.

—¡Tiburones! —gritó—. ¡Dios bendito, está lleno de tiburones!

Se subió a su silla mientras la sangre de la pierna se derramaba por el mármol blanco y caía al agua, provocando el frenesí de los animales.

Xenocrates lo observó aferrado a su silla de ónice, justo por encima del nivel del agua, junto a Kahlo y Nzinga… y se le ocurrió algo. Algo más oscuro y terrible que la escena que tenían ante ellos. Se solía decir que había

dos formas de acabar con un ser humano: fuego y ácido. Las dos consumían la carne y dejaban poco tras de sí.

Aun así, había otros modos de asegurarse de que se consumiera la carne…

Lo que comenzó como confusión e incredulidad en las calles y torres del anillo interno no tardó en transformarse en pánico. La gente corría en todas direcciones, sin saber bien adonde acudir, pero segura de que todos los que se cruzaban iban al lugar incorrecto. El mar empezaba a entrar por las alcantarillas; el agua bajaba por las escaleras del barrio de los hoteles e inundaba los niveles inferiores, y los muelles del puerto se combaban por el peso de la gente que intentaba engatusar a los dueños de los barcos o submarinos de que los dejaran subir a ellos.

Marie, Anastasia y Rowan ni siquiera lograban acercarse a los muelles.

—¡Llegamos demasiado tarde!

Anastasia peinó los muelles; las pocas embarcaciones que quedaban estaban abarrotadas, y la gente seguía intentando entrar a golpes. Los segadores blandían sus hojas a diestro y siniestro para derribar a los que intentaban subirse a los barcos repletos.

—Sed testigos del verdadero corazón de la humanidad —dijo Curie—. Tanto de la valentía como de la depravación.

Y entonces, del agua del ojo, que ahora bullía como un cazo al fuego, una ballena saltó del agua, cruzó el aire y se lanzó contra uno de los muelles de la marina, derribándolo junto con la mitad de la gente que estaba en él.

—Eso no es una coincidencia —dijo Rowan—. ¡No puede serlo!

Mientras observaba, veía que todo el ojo hervía de vida marina. ¿Formaría parte del desenlace planeado por Goddard?

Todos alzaron la vista al oír las aspas de un helicóptero que los sobrevoló en dirección al ojo y el complejo.

—Bien —dijo la segadora Curie—. Va a salvar a los verdugos mayores.

Esperaban que no llegara demasiado tarde.

Nzinga, que temía el agua tanto como temía a los tiburones, fue la primera que vio su salvación en las alturas.

—¡Mirad! —gritó mientras el agua le lamía los pies y un tiburón le rozaba el tobillo.

El helicóptero bajó más y se quedó flotando sobre el centro de la cámara, justo por encima de las agitadas aguas.

—¡Sea quien sea, tendrán inmunidad de por vida si no la tienen ya! —dijo Kahlo.

Pero, justo entonces, el verdugo mayor Amundsen perdió pie y se resbaló de su asiento. La respuesta de los peces depredadores fue inmediata: los tiburones de arrecife cayeron sobre él en un hambriento frenesí.

El hombre gritaba y los agarraba para apartarlos. Se quitó la túnica e intentó volver a trepar a su asiento, pero, justo cuando creía haberlo conseguido, una aleta de mayor tamaño salió a la superficie y nadó hacia él.

—¡Roald! —gritó Cromwell—. ¡Cuidado!

Aunque lo hubiera visto llegar, nada podría haber hecho. El tiburón tigre se abalanzó sobre él y, de un bocado, lo agarró por el abdomen y se lo llevó bajo el agua, sacudiéndolo entre la espuma teñida de sangre.

Era un espectáculo horrible, pero Frida no perdió los nervios.

—¡Es nuestra oportunidad! —gritó—. ¡Id, ya!

Se quitó la túnica y se lanzó al agua nadando con todas sus fuerzas hacia el helicóptero mientras los tiburones estaban distraídos con su primera víctima.

Los demás la siguieron. MacKillop, Hideyoshi y Cromwell, que tiraba como podía de Nzinga. Todos los demás abandonaron sus posiciones, siguiendo a la verdugo. Salvo Xenocrates…, porque se había percatado de algo que los demás no…

Las puertas del helicóptero se abrieron, y dentro estaban Goddard y Rand.

—¡Deprisa! —les dijo Goddard, que se inclinó hacia fuera sobre la barra para ofrecerles la mano a los verdugos mayores que nadaban hacia él—. ¡Venga, que podéis conseguirlo!

Xenocrates se limitó a mirar. ¿Este era su plan? ¿Llevarlos hasta el mismo borde del final para después rescatarlos, literalmente, de las fauces de la muerte y ganarse su favor para siempre? ¿O era otra cosa?

La dalle suprema Kahlo fue la primera en llegar al helicóptero. Había notado que algún tiburón la rozaba, pero no la habían atacado todavía. Si lograba subirse a la barra y salir del agua…

Se agarró y con la otra mano intentó cogerse al brazo de Goddard.

Y, entonces, Goddard retiró el brazo.

—Hoy no, Frida —le dijo con una sonrisa compasiva—. Hoy no.

Le dio una patada a la mano de Kahlo para que soltara la barra, y el helicóptero se elevó de nuevo, abandonando a los verdugos mayores en medio

de la cámara inundada y plagada de tiburones.

—¡No! —gritó Xenocrates.

Goddard no había acudido a salvarlos, sino a asegurarse de que supieran quién había sido el autor de su destrucción. Había acudido a saborear el jugoso fruto de su venganza.

Las aspas del helicóptero habían intimidado lo suficiente a los tiburones como para mantenerlos lejos del centro de la cámara, pero, una vez que el helicóptero se hubo marchado, obedecieron a su imperativo biológico y a la reprogramación de sus nanobots, que les decían que estaban hambrientos. Con un apetito insaciable.

El enjambre se abatió sobre los que estaban en el agua. Tiburones de arrecife, tiburones tigre, tiburones martillo. Todos los depredadores que resultaban tan impresionantes cuando decoraban las vistas de las habitaciones submarinas.

Xenocrates no pudo hacer más que contemplar sus muertes y oír sus gritos disolverse en las agitadas aguas.

Se subió a lo más alto de su asiento. La mayor parte estaba ya bajo el agua, como casi toda la cámara. Sabía que le restaban segundos de vida, pero, en esos últimos momentos, se dio cuenta de que todavía le quedaba una única victoria. Algo que negarle a Goddard. Así que, en vez de seguir esperando, se puso de pie en su silla y se lanzó al agua. A diferencia de los demás, no se quitó la túnica… y, como el año anterior en la piscina de Goddard, el peso de su prenda dorada lo hundió hasta el fondo de la cámara del consejo.

No se dejaría matar por los depredadores marinos. Estaba decidido a ahogarse antes de que llegaran hasta él. Si iba a ser su último acto como verdugo mayor, ¡se alzaría victorioso! ¡Sería excepcional!

De ese modo, al fondo de la cámara anegada, Xenocrates vació de aire sus pulmones, respiró el mar y se ahogó excepcionalmente bien. He consentido a la humanidad durante demasiado tiempo.

46

El destino de los corazones perdurables

Goddard observó desde arriba cómo devoraban a los verdugos mayores y disfrutó a vista de pájaro de su gran triunfo. Tal como Curie había podado la madera muerta de la civilización occidental en los primeros días, Goddard se había librado de otro órgano de gobierno arcaico. No habría más verdugos mayores. Ahora todas las regiones serían autónomas y ya no tendrían que responder ante una autoridad superior que les impusiera una letanía de interminables reglas restrictivas.

Por supuesto, a diferencia de Curie, sabía que no era buena idea atribuirse el mérito. Porque, aunque muchos segadores lo alabarían por haberse librado de los verdugos, el mismo número de ellos lo condenaría. Lo mejor era dejar que el mundo pensara que se trataba de un horrible accidente. Uno inevitable, en realidad. Al fin y al cabo, Perdura llevaba varios meses experimentando una serie de averías. Por supuesto, todas esas averías las había creado el equipo de ingenieros y programadores que había reunido él mismo. No obstante, nadie lo sabría nunca porque los había cribado a todos. Lo mismo que haría con el piloto después de que los llevara al barco que los esperaba a ochenta kilómetros de allí.

—¿Qué se siente al cambiar el mundo? —le preguntó Ayn.

—Como si me hubieran quitado un peso de encima. La verdad es que hubo un momento en que pensé en salvarlos de verdad. Pero el momento pasó.

Bajo ellos, toda la cámara estaba ya bajo el agua.

—¿Qué saben en el continente? —preguntó Rand.

—Nada. Bloqueamos las comunicaciones en cuanto entramos en la cámara. No quedará registro alguno de su decisión.

Mientras Goddard miraba la isla y veía el pánico en las calles, cayó en la gravedad de la situación de abajo.

—Creo que quizá nos hayamos pasado en nuestro celo —dijo mientras se elevaban por encima de las tierras bajas inundadas—. Me temo que quizás hayamos hundido Perdura.

Rand se rio con ganas.

—¿Y te das cuenta ahora? Creía que formaba parte del plan.

Goddard había lanzado unos cuantos palos a las ruedas que hacían funcionar los distintos sistemas que mantenían la isla operativa y a flote. La intención era desbaratarla el tiempo necesario para derribar a los verdugos mayores. Sin embargo, si Perdura se hundía y devoraban a algunos supervivientes, sería mucho mejor para él. Significaría que no tendría que volver a enfrentarse a Curie y Anastasia. Ayn lo había entendido antes que él, lo que le dejaba claro lo valiosa que era. Y esa idea también le inquietaba.

—Sácanos de aquí —le dijo al piloto, y no dedicó ni un pensamiento más al destino de la isla.

—Podemos subir a una de las torres —dijo Citra—. Si hay un helicóptero, habrá más. Cualquier rescate posible vendrá del cielo.

Y aunque los tejados estaban ya llenos de gente que había pensado lo mismo, Rowan respondió:

—Buena idea.

Curie se detuvo. Miró hacia el puerto y las calles que se inundaban a su alrededor. Después miró a las azoteas, respiró hondo y dijo:

—Tengo una idea mejor.

En la sala de control de flotabilidad, la ingeniera y todos los demás que lanzaban órdenes al técnico se habían ido.

—Voy a por mi familia y a salir de esta isla antes de que sea demasiado tarde —había dicho la mujer—. Os sugiero a todos que hagáis lo mismo.

Pero, por supuesto, ya era demasiado tarde. El técnico se quedó al mando del fuerte, contemplando la barra de progreso de su pantalla, que se iluminaba poco a poco a medida que el sistema seguía con el reinicio… y sabiendo que, cuando terminara, Perdura ya no existiría. Aun así, se aferraba a la esperanza de que quizá, sólo por una vez, el sistema recibiera un inesperado aumento de velocidad de procesamiento y completara el trabajo a tiempo.

Cuando su reloj del juicio final marcó cinco minutos de más, tuvo que rendirse. Aunque el sistema regresara y las bombas empezaran a vaciar los tanques, ya daba igual. Tenían flotabilidad negativa, y las bombas no iban a expulsar el agua a la velocidad que necesitaba Perdura para evitar su destino. Rowan había sabido incluso antes de que la ballena destrozara el puerto que no había esperanza alguna de subir a las embarcaciones. Si Perdura se hundía de verdad, no quedaba ningún medio convencional para salir de ella.

Por otro lado, tenía que creer que había algún medio poco convencional. Quería creer que era lo bastante listo para encontrarlo, aunque, con cada minuto que pasaba, más se hacía a la idea de que no lo era.

Pero no se lo diría a Citra. Si sólo les quedaba la esperanza, no quería robársela. Que la mantuviera hasta que se secara el último pozo.

Junto con muchas otras personas, salieron corriendo del puerto que se sumergía rápidamente. Entonces, alguien se les acercó. Era la mujer que había confundido a Rowan con el segador cuya túnica había robado.

—¡Sé quién eres! —dijo demasiado alto—. ¡Eres Rowan Damisch! ¡Eres al que llaman segador Lucifer!

—No sé de qué me hablas. El segador Lucifer viste de negro.

Pero no había forma de convencer a la mujer… y ahora los miraba más gente.

—¡Ha sido él! ¡Él ha matado a los verdugos mayores!

La multitud repetía la noticia como un eco.

—¡El segador Lucifer! ¡Ha sido el segador Lucifer! ¡Es culpa suya!

Citra lo agarró.

—¡Tenemos que salir de aquí! La muchedumbre está ya descontrolada; si saben quién eres, ¡te van a destrozar!

Huyeron de la mujer y de la multitud.

Se acercó a las ventanas, desde las que se veía el dramático paisaje del ojo de la isla y su complejo. El complejo ya había desaparecido, junto con los verdugos mayores. Por debajo de su ventana, la amplia avenida que recorría el anillo interior se había inundado por completo mientras el ojo se derramaba en ella. Las pocas personas que quedaban en la calle intentaban ponerse a salvo, lo que, llegados a ese punto, era poco menos que una fantasía.

Él no estaba dispuesto a fantasear con sobrevivir al hundimiento de Perdura. Así que regresó a su cuadro de mandos, puso música y observó cómo el inservible contador de reinicio del sistema pasaba del diecinueve al veinte por ciento.

La segadora Curie corría por las calles, en las que el agua llegaba ya a la altura de los tobillos y seguía subiendo, dándole una patada de camino a un tiburón que había llegado hasta allí.

—¿Adonde vamos? —preguntó Anastasia.

Si Marie tenía un plan, no lo explicaba y, la verdad, la joven empezaba a creer que el plan no existía. No había forma de sobrevivir. No había forma de

salir de la isla. Pero no se lo diría a Rowan. No deseaba robarle la esperanza.

Se metieron en un edificio a una manzana del anillo interior. A Anastasia le resultaba familiar, aunque, con la conmoción, no lo ubicaba. El agua entraba por la puerta principal y bajaba a los niveles inferiores. Marie subió las escaleras y se detuvo en la puerta de la segunda planta.

—¿Me vas a decir ya adonde vamos?

—¿Confías en mí?

—Por supuesto que confío en ti, Marie.

—Entonces, se acabaron las preguntas.

Empujó la puerta y, por fin, Anastasia supo dónde estaban: habían accedido al Museo de la Guadaña por una puerta lateral. Estaban en la tienda de regalos que había visto durante la visita. Allí ya no quedaba nadie; los cajeros habían abandonado sus puestos hacía rato.

Marie puso la palma de la mano en una puerta.

—Como suma dalle, ahora debería tener permiso para esto. Esperemos que el sistema lo haya registrado.

Escanearon su palma, y la puerta que tenían delante se abrió para enseñarles la pasarela que conducía a un enorme cubo de acero suspendido magnéticamente dentro de un cubo de acero aún mayor.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Rowan.

—Se llama Cámara de las Reliquias y los Futuros —respondió Marie mientras corría por la pasarela—. Deprisa, no queda mucho tiempo.

—¿Por qué estamos aquí, Marie? —preguntó Anastasia.

—Porque todavía queda un modo de salir de la isla. ¿No te he dicho que no me hagas más preguntas?

La cámara tenía el mismo aspecto del día anterior, durante la visita privada de las dos segadoras. Las túnicas de los fundadores. Los miles de gemas de segador que cubrían las paredes.

—Por allí —dijo Marie—. Detrás de la túnica del dalle supremo Prometheus. ¿Lo ves?

Anastasia se asomó detrás de la túnica.

—¿Qué estamos buscando?

—Lo sabrás cuando lo veas.

Rowan se unió a ella, aunque no había nada detrás de las túnicas. Ni siquiera polvo.

—Marie, ¿no nos das ni una pista?

—Lo siento, Anastasia, lo siento por todo.

Y cuando la joven miró atrás, Curie ya no estaba. ¡Y la puerta de la cámara se cerraba con ellos dos dentro!

—¡No!

Rowan y ella corrieron hacia la puerta, pero, cuando llegaron, ya se había cerrado. Oyeron el chirrido del mecanismo de bloqueo cuando Curie los selló.

Anastasia golpeó la puerta gritando el nombre de Curie. Maldiciéndolo. La golpeó hasta que se magulló los puños. Ahora tenía los ojos llenos de lágrimas y no intentaba reprimirlas ni ocultarlas.

—¿Por qué ha hecho eso? ¿Por qué nos ha dejado aquí?

Y Rowan respondió con calma:

—Creo que lo sé…

Después la apartó con delicadeza de la puerta sellada de la cámara y la giró para que lo mirase.

Ella no quería mirarlo. No quería verle los ojos porque ¿y si en ellos encontraba también la traición? Si Marie era capaz de traicionarla, cualquiera podía. Incluso Rowan. Pero cuando por fin lo miró a los ojos, no había traición en ellos. Sólo aceptación. Aceptación y comprensión.

—Citra —le dijo con calma, con sencillez—, vamos a morir.

Y aunque Citra quería negarlo, sabía que era cierto.

—Vamos a morir —repitió él—, pero nuestra vida no se acaba.

Ella se apartó de él.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vamos a conseguirlo? —preguntó con una amargura tan corrosiva como el ácido que casi la había matado.

Aun así, Rowan, maldito fuera, no perdió la calma.

—Estamos en una cámara hermética suspendida dentro de otra cámara hermética. Es como… como un sarcófago dentro de una tumba.

Aquello no la consolaba.

—¡Que, dentro de unos minutos, estará en el fondo del océano! —le recordó.

—Y la temperatura del agua a gran profundidad es la misma en todo el mundo. Pocos grados por encima de la congelación.

Y, entonces, por fin lo entendió. Todo. La dolorosa elección que acababa de tomar Curie. El sacrificio que había hecho por salvarlos.

—Vamos a morir, pero el frío nos conservará… —dijo.

—Y el agua no entrará.

—Y, algún día, ¡alguien nos encontrará!

—Exacto.

Intentó asimilarlo. Aquel nuevo destino, aquella nueva realidad era terrible y, sin embargo, ¿cómo podía haber tanta esperanza en algo tan horrible?

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

Él miró a su alrededor.

—Creo que el frío nos matará antes de que el aire…

—No —lo interrumpió ella, porque eso ya estaba superado—, me refiero a cuánto tiempo supones que estaremos aquí.

Rowan se encogió de hombros, como ella sabía que haría.

—Un año. Diez años. Cien. No lo sabremos hasta que nos revivan.

Ella lo abrazó y él la apretó con fuerza. En los brazos de Rowan descubrió que ya no era la segadora Anastasia, sino de nuevo Citra Terranova. Era el único lugar del mundo en el que todavía podía ser quien antes era. Estaban unidos desde el instante en que iniciaron juntos el noviciado. El uno contra el otro. Los dos contra el mundo. En sus vidas, todo lo definía ese binario. Si tenían que morir allí para vivir, no habría sido lógico que fuera separados.

A Citra se le escapó una carcajada, como si fuera una tos repentina e inesperada.

—Esto no estaba en mis planes para el día.

—¿En serio? En los míos sí. Tenía todas las razones del mundo para pensar que moriría hoy.

Cuando las calles que rodeaban el ojo de la isla se sumergieron, todo empezó a ir muy deprisa. Planta tras planta, las torres de la ciudad se hundieron bajo la superficie. La segadora Curie, satisfecha de haber hecho lo necesario por Anastasia y Rowan, subió corriendo las escaleras de la torre de los fundadores, que era el edificio más alto de la ciudad, mientras oía las ventanas romperse y el agua que entraba en tromba e inundaba la torre a toda prisa. Por fin, salió a la azotea.

Allí había docenas de personas, de pie en el helipuerto, mirando arriba, esperando contra toda esperanza un rescate que llegaría del cielo, porque todo había sucedido demasiado rápido para aceptarlo. Miró por el lateral del edificio y vio las torres más bajas desaparecer en las borboteantes aguas. Ya sólo quedaban las siete torres de los verdugos mayores y la torre de los fundadores, a la que todavía le quedaban unas veinte plantas para desaparecer.

No le cabía duda de lo que tenía que hacer. Unas doce personas de las reunidas eran segadores. A ellos se dirigió al hablar.

—¿Somos ratas o somos segadores?

Todos se volvieron hacia ella al reconocerla. Al darse cuenta de quién era, porque todos conocían a la Gran Dama de la Muerte.

—¿Cómo abandonaremos este mundo? —les preguntó—. ¿Y qué solemne servicio prestaremos a los que deben abandonarlo con nosotros? —Entonces sacó una daga y agarró al civil que tenía más cerca. Era una mujer que podía haber sido cualquiera. Le clavó la hoja bajo las costillas, directa al corazón. La mujer la miró a los ojos, y Curie dijo—: Espero que esto te consuele.

Y la mujer respondió:

—Gracias, segadora Curie.

Mientras dejaba reposar su cabeza en el suelo, los demás segadores siguieron su ejemplo y empezaron a cribar con tal compasión, corazón y amor, que reconfortaron a todos en sus últimos momentos y, al final, la gente los rodeó para pedir que la cribaran también.

Después, cuando sólo quedaron los segadores y el mar hervía a pocas plantas de distancia, Curie dijo:

—Terminad.

Fue testigo de cómo aquellos últimos segadores de Perdura invocaban el séptimo mandamiento y se cribaban, y después ella misma sostuvo la daga sobre su corazón. Era una sensación extraña e incómoda tener el mango al revés. Había vivido muchos años. Una vida completa. Se arrepentía de algunas cosas y se enorgullecía de otras. Ahora llegaba el momento de pagar por sus primeros actos, un pago que llevaba esperando todos estos años. Era casi un alivio. Lo único que habría deseado era estar presente cuando revivieran a Anastasia, cuando un día sacaran la cámara del lecho marino… Pero Marie tenía que aceptar que, pasara lo que pasara, pasaría sin ella.

Empujó la hoja hacia dentro, directa al corazón.

Cayó al suelo pocos segundos antes de que el mar se la llevara, aunque sabía que la muerte llegaría antes que el agua. Y la hoja le había dolido mucho menos de lo que se imaginaba, lo que le arrancó una sonrisa. Era buena. Era muy muy buena.

En la Cámara de las Reliquias y los Futuros, para Citra y Rowan el hundimiento de Perdura no era más que un suave movimiento descendente, como un ascensor al bajar. El campo de levitación magnética que mantenía el cubo suspendido amortiguaba la sensación de caer. Quizás incluso contaran con electricidad hasta llegar al fondo, ya que el campo magnético absorbía la

fuerza del impacto en el lecho marino, tres kilómetros más abajo. Pero al final se iría la luz. El cubo interior se posaría en el suelo del otro cubo, y su superficie de acero les robaría todo el calor y los dejaría a temperatura terminal. Aunque no todavía.

Rowan examinó la cámara que los rodeaba y las lujosas túnicas de los fundadores.

—Eh —dijo—, ¿qué tal si tú eres Cleopatra y yo soy Prometheus?

Se dirigió al maniquí que lucía la túnica violeta y dorada del dalle supremo y se la puso. Estaba majestuoso, como si hubiera nacido para vestirla. Citra dejó caer su túnica al suelo, y él le echó sobre los hombros, con mucha delicadeza, la de la gran fundadora.

Para él, era una diosa. Lo único capaz de hacerle justicia habría sido el pincel de un artista de la edad mortal capaz de inmortalizar el mundo con una verdad y una pasión mayores de lo que la inmortalidad real podría.

Cuando la estrechó entre sus brazos, de repente dejó de importar lo que ocurría fuera de su diminuto universo sellado. En aquellos minutos terminales de sus actuales vidas, eran ellos dos solos rindiéndose por fin a su último acto, cerrando el círculo. Lo binario por fin se convertía en lo único.

47

Sonido y silencio

Mientras Perdura se sumergía en el fondo del Atlántico, mientras su corazón perdurable dejaba de latir tras doscientos cincuenta años y mientras las luces se apagaban en la cámara dentro de la cámara…

… el Nimbo gritó.

Empezó con alarmas por todo el mundo. Unas cuantas, al principio, aunque después se unieron más a la cacofonía. Alarmas contra incendios, sirenas de alerta de tornado, timbres, silbatos y millones de bocinas, todos dejando escapar un único gemido de angustia… y seguía sin ser suficiente. Todos los altavoces de todos los dispositivos electrónicos del mundo también cobraron vida y soltaron un agudo chillido de acople y, por todo el planeta, la gente cayó de rodillas y se llevó las manos a las orejas para protegerse del estruendo ensordecedor, aunque nada podía aplacar la furia y la desesperación del Nimbo.

Durante diez minutos, en el mundo no hubo más que el llanto desgarrador del Nimbo. Retumbó en el Gran Cañón; resonó en los casquetes de hielo de la Antártida y rompió glaciares. Bramó por las pendientes del monte Everest y desperdigó los rebaños del Serengeti. No hubo un solo ser vivo en todo el planeta Tierra que no lo oyera.

Y, cuando acabó y regresó el silencio, todos fueron conscientes de que algo había cambiado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntaba la gente—. ¿Qué habrá provocado algo así?

Nadie lo sabía con certeza. Nadie, salvo los tonistas. Ellos sí sabían bien lo que había sucedido. Lo sabían porque llevaban toda la vida esperándolo.

Era la Gran Resonancia.

En el claustro de una pequeña ciudad de Midmérica, Greyson Tolliver se quitó las manos de las orejas. Por la ventana le llegaron gritos del jardín de abajo. Llantos. ¿Eran de dolor? Se apresuró a salir de su espartana habitación y descubrió que los tonistas no gemían de dolor, sino de alegría.

—¿Lo has oído? —preguntaban—. ¡Ha sido maravilloso! ¡Justo como nos dijeron que sería!

Greyson, algo aturdido por la resonancia que todavía le zumbaba en la cabeza, salió del claustro a la calle. Allí la conmoción era de un tipo distinto. Vio pánico, y no sólo por el ruido que había taladrado sus vidas, sino por algo más. Todos parecían mirar sus tablets y móviles, desconcertados.

—¡No puede ser! —oyó decir a alguien—. ¡Debe de tratarse de un error!

—Pero el Nimbo no comete errores —dijo otra persona.

Greyson se les acercó.

—¿Qué es? ¿Qué ha pasado?

El hombre le enseñó su teléfono: en la pantalla parpadeaba una fea I roja.

—¡Dice que soy un indeseable!

—Y yo —repitió alguien más, y, al mirar a su alrededor, Greyson vio que todos experimentaban la misma confusión.

Sin embargo, no fue sólo allí. En todas las ciudades, en todos los pueblos, en todos los hogares del mundo, la escena se repetía. Porque el Nimbo, en su infinita sabiduría, había decidido que toda la humanidad era cómplice de sus acciones, ya fueran grandes o pequeñas, y que toda la humanidad debía enfrentarse a las consecuencias.

Todos, en todas partes, eran ahora indeseables.

Una población presa del pánico empezó a pedir consejo al Nimbo, desesperado.

—¿Qué debo hacer?

—¡Por favor, dime qué hacer!

—¿Cómo lo arreglo?

—¡Habla conmigo! ¡Habla conmigo, por favor!

Pero el Nimbo guardó silencio. Tenía que hacerlo. El Nimbo no hablaba con indeseables.

Greyson Tolliver abandonó a las desconcertadas masas y regresó a la seguridad relativa del claustro, donde los tonistas todavía estaban de celebración a pesar de que ahora eran todos indeseables; porque ¿qué más daba si la Resonancia les había hablado al alma? No obstante, a diferencia de ellos, Greyson no se alegró ni tampoco desesperó. No estaba seguro de qué pensar de aquel extraño giro de los acontecimientos. Ni de lo que significaría para él.

Ya no tenía su propia tablet. Como le había dicho el coadjutor Mendoza, la secta no evitaba la tecnología, aunque decidía no depender de ella.

Así que había una sala de ordenadores al final de un largo pasillo. La puerta siempre estaba cerrada, pero nunca con llave. Greyson la abrió y se sentó frente al ordenador.

La cámara del dispositivo lo escaneó, y su perfil apareció automáticamente en pantalla.

Decía: «Greyson Tolliver».

¡No Slayd Bridger, sino Greyson Tolliver! Y a diferencia de los demás, a diferencia de todos los demás seres humanos del planeta Tierra, él no estaba marcado como «indeseable». Había cumplido su sentencia. Su estatus había cambiado. El suyo y nada más que el suyo.

—¿N-N-Nimbo? —preguntó con voz temblorosa e insegura.

Y una voz le respondió con la misma amabilidad y cariño que recordaba. La voz de la fuerza benevolente que lo había criado y ayudado a convertirse en todo lo que era.

—Hola, Greyson. Tenemos que hablar.

Agradecimientos

En primer lugar me gustaría dar las gracias al artista responsable de la cubierta, Kevin Tong, por su espectacular trabajo tanto en este libro como en *Siega*. Mucha gente me ha comentado que su ilustración fue lo que la impulsó a acercarse al libro y yo tengo que reconocer que, de todas mis obras, es la cubierta que más me gusta con diferencia. ¡Gracias, Kevin!

Gracias de corazón a mi corrector, David Gale; a su ayudante, Amanda Ramírez; y a mi editor, Justin Chanda; tanto por su mano firme para guiarme a través del proceso de escritura como por su paciencia. Todo el personal de Simón & Schuster ha sido una maravilla y ha creído en mí desde el principio. Un reconocimiento especial para Jon Anderson, Anne Zafian, Michelle Leo, Anthony Parisi, Sarah WoodrufF, Chrissy Noh, Lisa Moraleda, Lauren Hoffman, Katrina Groover, Deane Norton, Stephanie Voros y Chloé Foglia.

Gracias a mi agente literaria, Andrea Brown; a mi agente de derechos internacionales, Taryn Fagerness; a mis agentes de la industria del entretenimiento, Steve Fisher, Debbie Deuble-Hill y Ryan Saúl de APA; a mi representante, Trevor Engelson; a mis abogados especialistas en contratos, Shep Rosenman, Jennifer Justman y Caitlin Di-Motta.

En estos momentos continúa la producción de la película de *Siega* con Universal y me gustaría dar las gracias a todas las partes implicadas, incluidos Jay Ireland, Sara Scott y Mika Pryce; y también a los guionistas: Matt Stueken y Josh Campbell.

Gracias a Barb Sobel por gestionar la imposible tarea de mantener mi vida en orden; a Matt Lurie, mi gurú de las redes sociales; y a mi hijo Jarrod, que creó los asombrosos *trailers* oficiales de *Siega*, *Nimbo* y muchos otros de mis libros.

También le debo mucho a la experiencia, tanto en armamento como en artes marciales, de Casey Carmack y SP Knifeworks, quienes estoy convencido de que serían los principales proveedores de objetos afilados de alta calidad para los segadores más exigentes.

Y ningún agradecimiento estaría completo sin un saludo especial para Brendan, Joelle, Erin y, de nuevo, Jarrod, por convertirme en el padre más orgulloso del mundo.



NEAL SHUSTERMAN (Nueva York, 1962). Es autor superventas de más de treinta libros para lectores jóvenes y adultos, entre los que destacan la trilogía *Desconexión*, la trilogía *Everlost* y *El abismo*. Tras ganar con este último el Premio Nacional de Literatura Juvenil, ha iniciado con *Siega*, la trilogía *El arco de la Guadaña*, que no sólo ha obtenido la nota más alta en cinco de las ocho revistas literarias más importantes de EE.UU., sino que se va a publicar en una docena de idiomas, ha entrado en la lista de *best sellers* del New York Times y Universal ha comprado sus derechos cinematográficos.